



Serie
REPORTEROS
Vol.2

MARILÓ LAFUENTE
BESOS
DE
Agua

BESOS
DE
Agua

Serie
REPORTEROS
Vol. 2

MARILÓ LAFUENTE

Primera Edición: noviembre de 2019

Título original: *Besos de agua*

Serie: Reporteros, vol. 2

Copyright @ Mariló Lafuente, 2019

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección: Raquel Antúnez

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

*A ti, Silvia, por haberte convertido en la fantástica mujer que eres hoy, con tus defectos y virtudes, pero auténtica. Sé que de alguna manera he contribuido a ello y por eso me considero afortunada y me siento muy orgullosa. Tu vida ha dado pleno sentido a la mía.
Te quiero.*

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)
[Biografía](#)

Capítulo 1

El viaje de vuelta a Barcelona, contra lo que habían pronosticado Diego y José después de lo sucedido la noche anterior, fue muy tranquilo; una balsa de aceite, al menos al principio.

Salieron de Madrid sin dramas ni lloros desconsolados. Parecía que Andrea había asumido el encuentro con Mateo.

—Chicas, ¿queréis que paremos para estirar las piernas? —preguntó José volviéndose hacia ellas que iban sentadas en el asiento trasero.

Ninguna de las dos contestó, simplemente negaron moviendo la cabeza de un lado a otro. Siguieron recostadas en el asiento y sin quitarse las gafas de sol. A pesar de que los cristales del coche eran tintados, apenas podían abrir los ojos.

—Os vendría bien caminar un poco y que os diera el aire. —Diego intentó convencerlas.

—Si queréis parar, parad, pero ¡no deis más la brasa! —contestó Andrea cabreada.

—No tenéis buen beber, ¿eh? —les recriminó José.

Julia y Andrea no abrieron la boca ante el último comentario; pero, levantándose las gafas de sol, lo fulminaron con la mirada.

Diego conducía el coche, y a su lado iba José. Los dos conversaban animadamente. Por el contrario, ellas iban en completo silencio, mirando a través de la ventanilla contemplando el paisaje. Parecían muy tranquilas, pero no era real.

Julia apenas podía pensar en otra cosa que no fuera en su cabeza, ¡le iba a estallar! Desde que había abierto los ojos, unas horas atrás, cualquier ruido o movimiento brusco retumbaba como si le dieran martillazos desde dentro. Además, cuando se levantó de la cama, todo le daba vueltas igual que cuando se acostó. Su cabeza parecía una noria. En aquel nefasto momento se arrepintió, repitiéndose sin parar las mismas preguntas de siempre: «¿Por qué he bebido tanto? ¿Por qué me he dejado convencer por Andrea?».

Poco a poco, recordó y vio con claridad lo sucedido antes de que empezaran a beber como cosacas. ¡Joder, habían visto a Mateo besando a otra mujer! Bueno, pensándolo bien, no sabía si catalogar aquel magreo como tal, más que un beso era, literalmente, comerle la boca.

Julia jamás podría olvidar la cara de Andrea en aquel momento. Se reflejaron tantos sentimientos que era difícil enumerarlos; su expresión cambiaba en cuanto iba asimilando la escena que tenía lugar ante ella y, después de la sorpresa, la decepción predominaba sobre todos los demás.

Julia siempre creyó que, a pesar del tiempo que había transcurrido, Mateo volvería a ella y que no la sustituiría por otra mujer, al menos, no tan pronto. Pero allí estaba él, comiéndole la boca a aquella joven y metiéndole mano, descaradamente, por debajo de aquella minifalda. No se parecía al Mateo que ellas conocían, aquel que incluso pedía que hablaran o rieran más bajo en un restaurante para no llamar la atención. En cambio, este que había aparecido el día anterior ante ellas, retozaba en la barra del bar sin importarle si lo miraban o lo escuchaban. Parecía estar totalmente desinhibido o, peor, desmadrado.

Andrea, después de ser espectadora en primera fila de aquel espectáculo subido de tono, se había quedado totalmente hundida. Cuando pudo reaccionar, los cuatro salieron de aquel bar; eso sí, totalmente sorprendidos. A partir de aquel momento, empezaron a beber comentando el suceso. Andrea lloraba sin saber el motivo exacto, le dolía ver aquella escena cuando todavía tenía

esperanzas de que volviera a ella. Pero, a la vez, experimentaba una profunda rabia. Se sentía estafada.

Poco a poco, y cuanto más alcohol ingería, las lágrimas iban remitiendo y la risa ocupaba su lugar. Hasta que llegó el momento en el que consiguió su objetivo; no acordarse de nada y solo entonces dio por finalizada la velada. Aunque, en realidad fue Diego el que dijo «basta» y las sacó del bar.

No obstante, esa momentánea amnesia tenía un precio; ¡la monumental resaca que estaba sufriendo!

A pesar de llevar unas oscuras gafas de sol, apenas podían abrir los ojos. Si Julia había bebido hasta perder la noción de dónde se encontraban; Andrea, que había bebido mucho más, ni siquiera recordaba quién estuvo a su lado. Era de suponer que su hermano y José no se habían apartado de ellas y habían sido sus ángeles de la guarda, pues su hermano jamás las dejaría solas en una situación así, pero no lo recordaba.

Todavía, cuando cerraba los ojos, veía a Mateo ciñendo a aquella mujer contra su cuerpo mientras su mano entraba bajo aquella falda tan corta, imaginando qué era lo que buscaba. Tampoco podía olvidar con qué lujuria la besaba, como si nunca hubiera besado a nadie. ¡Cómo dolía recordarlo! Por más que se esforzaba, no podía apartarlo de su mente.

Cuando salió de aquel bar, lo único que quería era olvidarse de todo, de la escena que había visto, de Mateo y de sus años juntos. También quería olvidar su metedura de pata y del dolor que llevaba meses padeciendo. Deseaba una pócima mágica que le dejara la mente en blanco y no había nada mejor que el alcohol para esos casos, al menos era rápido.

Si en ese momento pudiera pedir un deseo, tendría muy claro qué pediría: una amnesia y que todo el tiempo que pasó con Mateo, incluido él mismo, quedaran en el olvido para siempre. De esa manera acabaría su sufrimiento.

Lo había olvidado durante una noche, pero no como ella quería, Andrea deseaba algo permanente. Además, estaba pagando un alto precio por aquellas horas de amnesia teniendo en cuenta que, una vez pasado el efecto del alcohol, volvía a revivirlo todo con la misma fuerza del día anterior, si no más.

Mirando a través de la ventanilla del coche, reconoció aquel paisaje árido y lleno de molinos eólicos. Aquellas vistas, y las horas que llevaban de viaje, le dieron una idea de dónde se encontraban; estaban cerca de Zaragoza. Iban a parar a comer, aunque a ella no le entraría ningún alimento. En esos momentos solo deseaba llegar a su casa, encerrarse entre sus cuatro paredes y llorar todo lo que le viniera en gana sin el consuelo de nadie. ¿No podían entender que necesitaba desahogarse y verter lágrimas sin parar? Era la mejor manera de superar ese dolor.

El móvil sonó dentro de su bolso. Lo sacó y se quedó mirando la pantalla, pero sin contestar y dejando que la música de *Supermassive Black Hole*, de su grupo preferido: Muse, sonara sin cesar.

Julia primero la miró a ella y después se asomó para comprobar quién llamaba, aunque ya se lo imaginaba.

—¿Vas a contestar? —preguntó Julia.

—No.

—Pues entonces, ¡por tu madre te lo pido!, ponlo en silencio, porque si no me va a estallar la cabeza. ¡Qué manía tiene la gente de poner sonidos tan escandalosos como melodía del móvil! —protestó Julia en voz tan baja que apenas se le entendía.

Andrea no se molestó ni en contestarle, accionó el registro de llamadas y pudo ver en la pantalla que había muchas de Mateo, no tenía ganas de contarlas. La noche anterior, cuando salió

de aquel bar y su conciencia todavía estaba lúcida, apagó el móvil y no lo encendió hasta que salieron de Madrid.

—¿Cuántas llamadas perdidas tienes? —interrogó Julia llena de curiosidad, viendo un gran número en la pantalla.

Esta la miró directamente, levantando sus gafas.

—Mira, precisamente en estos momentos, no tengo el cuerpo para contar llamadas. O, si lo prefieres, como diría ahora mismo Marina; ¡no tengo el cuerpo jotero! O, como diría tu amiga Macarena; ¡no tengo el chichi pa' farolillos!

Volvió a reinar el silencio. Tanto Diego como José estaban atentos a lo poco que hablaban las dos amigas en el asiento trasero. José apenas la conocía y pensaba que su reacción era de lo más normal; una desilusión, una gran borrachera y empezar a pasar página. Es lo que haría él. Pero Julia y Diego, que la conocían bien, sabían que esta era la calma que precedía a la tormenta. No era Andrea mujer de quedarse las cosas dentro, todo lo contrario, tenía que expulsarlo fuera. Le quedaba llorar, gritar, patalear y después, aunque siguiera dándole vueltas y rallándose la cabeza, se quedaría más tranquila y relajada.

Por eso, excepto a José, a los demás no les vino por sorpresa la explosión de Andrea.

—¡No me digáis que no es casualidad! ¡Joder! ¿Cuántos bares habrá en Madrid? ¡¡¡Miles!!! ¡Y la puta suerte quiere que vaya al mismo en el que está ese gilipollas comiéndose a aquella tía! ¡Porque se la estaba comiendo! Eso no lo puede dudar nadie.

—Andrea, ¡no lo pienses más! —suplicaba Julia sujetándose la cabeza. Entre los gritos de Andrea, justo a su lado, y el esfuerzo de ella por contestarle; pensó que la cabeza le explotaría—. Y, sobre todo, ¡no grites, por tu madre!

Como si no hubiera escuchado las súplicas de su amiga, volvió a la carga totalmente fuera de sí.

—Pero ¿cuánto tiempo lleva en Madrid? Apenas un mes y no se la ha follado en la barra del bar porque... ¡Joder! —espetó dando una palmada en su pierna y cambiando de tema—. Conmigo tardó seis meses en echar el primer polvo; que era muy lento, coño. ¡Y míralo ahora! Menudo gilipollas de mierda.

Echaba humo por las orejas y nadie se atrevía a decirle que no chillara y que no fuera tan grosera. Era mejor que sacara todo el veneno de golpe y poco a poco volvería la calma.

Diego, por el retrovisor, vio la cara de sufrimiento de Julia y sonrió levemente; las resacas había que pasarlas sin medicación. Aquella mañana, con una carita que daba pena, le había pedido un ibuprofeno o algo que le fuera bien para el dolor de cabeza, pero él no podía suministrarle nada. Y, para aliviarla un poco, la tomó en sus brazos y le masajeó con cariño las sienes, la besó con dulzura y la mimó. Le hizo tomar una bebida isotónica para reponer minerales y rehidratar. Poco más podía hacer, era cuestión de tiempo que se encontrara mejor. Si hubiera sido por ella, se hubiera atiborrado de analgésicos, pero, tener un médico al lado en momentos como ese, ¡era lo peor del mundo! Tenía que pasar la resaca sin anestesia.

Claro que un viaje en coche, por muy cómodo que el vehículo fuera, no era el mejor lugar para sufrirla.

—Te dijo hace unos meses que se marchaba. Nunca debiste hacerte ilusiones de que volviera —le expuso Diego.

—Todos me decían que parecía imposible que su enfado durara tanto tiempo y que era cuestión de días que Mateo volviera conmigo. Nadie se lo imaginaba sin mí, y yo nunca me hice a la idea de que me había dejado —aseguró Andrea.

—Yo te advertí muchas veces —comentó Julia—. Nunca se debe perder el respeto a la pareja y

el «gilipollas» o el «imbécil» lo tenías siempre en la boca.

—¡Solo era una forma de hablar! Igual que si dices «coño», «hostia» o «joder», son simplemente expresiones —se defendió su amiga.

—¡No, guapa! No es lo mismo soltar un «joder» que llamar a tu novio gilipollas —recalcó Julia con contundencia.

—Julia, déjalo ya —le pidió Diego viendo por el retrovisor los pucheros de su hermana.

Esta, al mirar a su amiga y darse cuenta de que estaba hurgando en la herida sin necesidad, se quedó durante unas décimas de segundo sin saber qué decir. La abrazó con fuerza y enseguida reaccionó.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! Tú eres una bocazas, y yo no me quedo atrás.

—Tienes toda la razón —aseguró Andrea mientras unas lágrimas asomaban por el borde de sus gafas—. No has dicho ninguna mentira, soy una estúpida metepatas.

—Mateo no ha hecho las cosas bien. Para empezar, no ha sido claro, debió hablar contigo desde el primer momento sin que hubiera confusiones entre vosotros —aseguró Julia. Diego, que la escuchaba, carraspeó. Ella enseguida se dio cuenta, le sacó la lengua mirándolo a través del espejo retrovisor y añadió—: Ya lo sé, yo también me equivoque, ¡ya está! —Y se cruzó de brazos. Ella no era, precisamente, la más adecuada para criticar a nadie.

No pararon en Zaragoza como era su intención, era pronto para comer y tanto Julia como Andrea lo único que querían era llegar a casa cuanto antes y echarse en la cama. Rodearon la ciudad para tomar la autopista de Barcelona. Dos horas después llegaban al peaje de Martorell.

Dejaron a José en su casa y llevaron a Andrea a la suya. Diego y Julia tenían la intención de quedarse a comer con ella, sabían que no estaba bien y no querían dejarla sola. Pero Andrea no consintió ni que entraran en el portal, así que no les quedó más remedio que hacer lo que ella quería. No era compañía, precisamente, lo que necesitaba en ese momento, sino intimidad y, sobre todo, poder desahogarse a gusto.

Deseaba llorar y gritar, maldecir y regodearse en su desgracia, apenarse y enfadarse; pero en soledad sin que nadie mitigara ni una pizca de ese sufrimiento. Era su duelo y quería pasarlo precisamente así.

—Si nos necesitas en cualquier momento, llámanos y vendremos enseguida. Voy a estar a tu lado siempre que lo necesites, igual que tú estuviste conmigo, ¿de acuerdo? —declaró Julia mientras la abrazaba.

—No te preocupes; si os necesito, grito —respondió Andrea haciendo un poco de broma para que se fueran más tranquilos.

—No, si puede ser, habla normal que te escucharé igual —suplicó Julia temiendo por su cabeza. La resaca todavía la acompañaba.

Julia y Diego se montaron de nuevo en el coche y fueron a su casa, una edificación nueva y moderna situada en Sant Cugat. Allí les esperaba el pequeño Derek con su querida Dolores. Apenas llevaban quince días viviendo en su nuevo hogar y la vida les había cambiado por completo. Julia volvía a trabajar en la redacción. Había abandonado su periodo de reportera y lo que más añoraba de todo aquello era a su compañero, aunque se veían con mucha frecuencia, ya que José y Diego también se habían convertido en buenos amigos.

Diego se había incorporado al hospital y el duro trabajo realizado en Estados Unidos había disparado su carrera hacia la cumbre. Estaba acostumbrado a utilizar técnicas vanguardistas en el mundo de la neurocirugía, las cuales, en Barcelona, apenas había dos cirujanos que las dominaban. Este hecho lo colocó entre los más reclamados de la ciudad y del país.

Dolores se había adaptado a las mil maravillas a la ciudad y al país en general, estaba

encantada y ya había contactado con unas compatriotas de su mismo pueblo; La Paz, situado en la Baja California.

Y el pequeño estaba siempre contento con tanta gente a su alrededor que lo mimaba. Ya tenían mirada una guardería para comenzar en septiembre, claro que no contaban con el beneplácito de Dolores que rechazaba por completo la idea de separarse de su niño y les amenazaba con volver a Nueva York si lo hacían.

Capítulo 2

Finalmente, Andrea llegó a su casa y, completamente sola, apoyó la espalda contra la puerta después de cerrarla y soltó su bolsa en el recibidor de cualquier manera. Inspiró profundamente dos o tres veces seguidas y se dirigió a la cocina; tenía la boca seca, necesitaba agua con urgencia. No era de extrañar después de todo el alcohol que había ingerido. Todavía se mareaba, le dolía la cabeza y tenía la lengua áspera como la suela de un zapato. En definitiva, seguía teniendo una buena resaca.

Abrió el frigorífico y echó un vistazo por si le apetecía algo, pero nada de lo que veía era de su agrado, así que cogió una botella de agua bien fresca y empezó a beber dejándola casi vacía. Saciada su sed y sin ganas de comer nada, se fue al salón. Ni siquiera subió la persiana, dejando la habitación sumida en las tinieblas.

«¡La vida es una mierda!», pensó mientras se hundía en el sofá.

Se quedó tumbada bocarriba mirando al techo. Después de lo que había visto con sus propios ojos, sí que tenía la certeza de que todo había acabado. Ya no quedaba ni la más mínima duda, aquellas duras imágenes que tenía grabadas a fuego en su retina lo ponían de manifiesto. Pero la mente era muy cabrona, al menos la suya y, en vez de ayudarla a pasar página, ¿qué hacía? Pues, todo lo contrario; rememorar los momentos felices, aquellos primeros tiempos en los que se enamoraron y su vida era de color de rosa.

Andrea, en el instituto, era una alocada, hablaba por los codos y estaba considerada la más popular de la clase. Suerte que, además de gustarle estudiar, tenía facilidad para ello. Era un trasto, pero nadie podía decirle nada porque sus notas eran siempre buenas. La sonrisa ante ese recuerdo la hizo sorber por la nariz.

En primero de bachiller, Mateo llegó al instituto procedente de un colegio concertado y teniendo que repetir curso. Era un chico tímido que nunca llamaba la atención. Ella apenas se percató de su presencia, hasta que, pasados dos meses de clase, les tocó hacer un trabajo juntos, estaban en el mismo grupo. En cambio, Mateo sí que se había fijado en ella desde el primer día.

A partir de entonces quedaban muy a menudo. Sin darse cuenta ni proponérselo se convirtieron en inseparables. Eran una pareja equilibrada; Mateo aportaba la tranquilidad y reflexión, y Andrea la espontaneidad y la alegría.

Comenzaron sus estudios universitarios juntos y cada día iban hasta la Universidad Autónoma de Bellaterra. Andrea estaba muy segura de lo que quería estudiar; Periodismo. Desde muy pequeña, su juego preferido era hacer entrevistas a todo el mundo con la grabadora que le trajeron los Reyes Magos unas Navidades. En cambio, Mateo no lo tenía muy claro, pero se apuntó con ella. En la facultad de Periodismo conocieron a Julia el primer día de clase y, a partir de ahí, los tres se convirtieron en amigos inseparables.

Poco a poco, aquel equilibrio del principio se fue fracturando, y esa tranquilidad y reflexión, en vez de sosegar a Andrea, la sacaba de sus casillas. Empezaba a ver a Mateo un poco flemático, demasiado calmado para ella, no se alteraba por nada y eso le hervía la sangre. Aquella timidez, que al principio le producía una gran ternura, empezaba a percibirla como una dejadez.

Y al contrario sucedía lo mismo, Mateo no soportaba tanta actividad, le irritaba que hablara tanto, que fuera tan espontánea e incluso que se riera de aquella manera tan escandalosa. Lo que en un principio le gustaba y, sobre todo, admiraba en Andrea, llegaba a saturarlo.

Poco a poco, ella lo convirtió en el blanco de sus sarcásticos comentarios cuando menos lo esperaba y delante de quien fuera. Mateo, debido a su carácter tranquilo, lo soportaba con estoicismo, pero apenas lo hablaban, únicamente pasaban por ese problema de puntillas.

Sin embargo, entre ellos nació un elemento nuevo y algo inquietante; el agobio que empezaban a sentir el uno del otro. Como dice la canción de Bunbury:

«Lo que más te gustó de mí
es lo que quieres cambiar».

Mateo había cambiado con los años y su timidez había derivado en una seguridad que le faltaba cuando empezaron a salir juntos. El éxito laboral le había dado una gran confianza en sí mismo.

Y, además, la forma de actuar de cada uno ante aquella situación era muy diferente. A Andrea le hervía la sangre esa pasividad y la respuesta era muy acorde con su temperamento, montar una buena bronca. En cambio, el carácter pacífico y la paciencia de Mateo le hacían callarse una y otra vez, tragándose todo lo que pensaba.

Allí, precisamente, radicaba el problema; Andrea le pinchaba, pero no hablaba claramente de lo que le molestaba, lo que quería y esperaba de él. Y a Mateo le sucedía lo mismo, tragaba sin poner las cosas en claro, sin ponerla en su sitio y sin pararle los pies. Ella pretendía que, con sus broncas, Mateo reaccionara. Y él, que pensara un poquito antes de hablar.

El mal de muchas parejas también les afectó a ellos: la falta de comunicación, la rutina, el dejarse llevar por la situación, la comodidad y el cansancio. Todo se unía y, aunque entonces ninguno de los dos lo viera venir, era el preludio de una ruptura anunciada.

Podría tardar una semana, dos meses, incluso llegar a aguantar años; pero, al final, esa situación no se podía alargar y más en una pareja joven con toda la vida por delante.

Andrea resopló frenando la caída de una lágrima que resbalaba por la nariz. Con lo lista que era no pudo ver lo que estaba sucediendo, en vez de pararse y razonar y hacer razonar a Mateo, cada vez lo hizo peor.

Claro que era fácil verlo en ese momento, cuando ya lo había perdido, de lo cual estaba más segura que nunca: ¡lo había visto con otra mujer!, pedir más pruebas era imposible.

Pero, durante los años que habían estado juntos, no todo había sido malo, todo lo contrario, habían vivido momentos increíbles. Se amaban o, al menos, se habían amado mucho, eso Andrea no lo dudaba a pesar de la ruptura.

No pudo evitar, a pesar del dolor que oprimía su corazón, que su mente rebuscara entre los recuerdos y enseguida encontró miles de buenos momentos, divertidos; como el tiempo de la universidad junto a Julia y a dos compañeros más; Raúl y Jesús. Necesitaba evocar cosas como esas y olvidar un poco todas las amargas.

Por eso le vino a la memoria aquellas vacaciones en la montaña cuando llevaban dos años juntos. Fue un viaje con todas sus amigas y sus parejas. Recordaba a su amiga Ana, junto a su novio Benicio, que meses después se marcharían para Argentina y que a partir de entonces su amistad se quedó en una simple felicitación por Navidad y cumpleaños.

También estaban Julia con su hermano Diego que, por aquel entonces, ya estaban juntos. Y, para acabar, su amiga Laura y su pareja, un chico de Vic, no recordaba muy bien si se llamaba Marc o Alex y al cual dejó un año después. También la relación con Laura se fue enfriando, comenzó una vida en solitario con nuevas amigas y, tres años más tarde, quedaban simplemente para tomar un café de forma esporádica y muchas veces no sabían ni de qué hablar. Si no se dedicaban a recordar el pasado, aquellos felices años de instituto que las unió, no surgía otro tema de conversación y se quedaban en un incómodo silencio.

El destino las había separado, pero en ese viaje todo el grupo se lo pasó en grande. Se divertieron muchísimo. Sin duda, unas de las mejores vacaciones de su vida.

Fue un verano que decidieron hacer una acampada en los Pirineos aprovechando un famoso festival musical: *Pirineos Sur*. Viajaron hasta un precioso pueblo de los Pirineos aragoneses, Sallent de Gállego en el Valle de Tena y se llevó a cabo en un escenario único; el Pantano de Lanuza. El ambiente era de fiesta y los ritmos cruzados de África y América Latina, el tema del festival de aquel año.

—Al final no vamos a querer hacer otra cosa que bailar —dijo riéndose Mateo, un negado al baile, pero que se había aficionado a los calientes ritmos caribeños. Movía a Andrea de un lado a otro, la cual no podía dejar de reír, contoneándose contra su trasero y marcando, mientras, unos pasos de merengue, bachata o salsa. Había encontrado el baile perfecto para él.

—Bailar no sé si bailáis, pero te estás poniendo morado —comentaba Benicio observando cómo se restregaba contra el trasero de Andrea—. Donde esté un buen tango que se quite todo esto.

—Te gusta mucho a ti arrimar la cebolleta —le echaba en cara Julia sin poder dejar de reír.

—¡Pues yo no quiero volver a bailar otra cosa en mi vida! —contestó de nuevo Mateo.

No pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su boca al recordar aquel viaje. El teléfono, que seguía en silencio, vibró a su lado, y Andrea volvió a la realidad, alejando todos esos instantes que siempre guardaría en su memoria.

Alargó la mano y vio en la pantalla la foto de Mateo. Era él, después de cinco meses la volvía a llamar. Había comenzado la noche anterior, con infinidad de llamadas perdidas que no quiso descolgar, y seguía insistiendo. Esa vez, sin embargo, miraba el móvil como si el propio aparato le fuera a dar la solución. Durante unos segundos siguió mirando la foto de Mateo mientras vibraba sobre la palma de su mano, no sabía qué hacer y al final, sin saber qué la impulsó, posó su dedo sobre el círculo verde. Guardó silencio esperando a que él dijera algo.

—¿Andrea? ¿Estás ahí? —preguntó Mateo con voz vacilante ante aquel silencio.

—Sí, estoy aquí —afirmó ella tajante y seca.

Pero no añadió nada más, se quedó esperando, no una explicación, porque llevaban muchos meses separados; en realidad, no sabía qué esperaba. Ella era la que se había engañado durante todo ese tiempo, negándose a aceptar la realidad, Mateo le había dejado claro que no quería nada con ella. Cinco meses sin contestar a sus llamadas era más que suficiente para saber que aquello era una ruptura, cualquiera lo hubiera sabido, pero ella no. En cambio, ya estaba claro, la evidencia era indiscutible. Por eso estaba confusa, no sabía por qué en esa ocasión sí quería hablar con ella. Quizás la curiosidad por saber qué diría fue lo que la animó a contestar a esa llamada.

—Andrea, he pensado mucho durante toda la noche y no merecías enterarte así de que había seguido con mi vida. Debí decirte la verdad, darte la explicación que te merecías, pero sé que soy un cobarde y que siempre evito enfrentarme a los problemas de cara. Ayer, cuando te vi, añoré los buenos momentos que pasábamos juntos, cómo nos divertíamos y que aquella pelea había conseguido que los olvidara. Me gustaría poder seguir teniendo una relación amistosa contigo.

—¡No sigas por ahí, Mateo! ¡Me importa una mierda lo que tú quieras ahora! Durante cinco meses he estado esperando que pudiéramos, al menos, hablar una sola vez frente a frente. Todo el mundo me decía que seguías enfadado, pero que lo nuestro tenía solución. Todo este tiempo he mantenido la esperanza de que cualquier día volverías. Si aquella única vez que contestaste a mi llamada, porque no sabías que era yo, me hubieras dejado claro que no era una pelea en la que necesitabas más tiempo, sino una ruptura en toda regla; habría sido suficiente para enterarme y no

esperarte durante estos meses. Creo que, después de mantener una relación durante seis años, al menos merecía esa deferencia. Pero no ha sido así. Durante este tiempo has jugado al señor poderoso, mientras yo suplicaba que hablaras conmigo. No has sido claro. ¡Ni una palabra me has dejado decirte! —exclamó Andrea, ya sin poder controlar las lágrimas que salían sin cesar—. He esperado una oportunidad para intentar arreglar lo nuestro, pero no has sido capaz ni de darnos eso. Ahora ya no hacen falta las palabras, porque las imágenes fueron muy elocuentes y directas. No puedo desearte que te vaya bien en la vida, porque no necesitas de mis deseos; ya vi que te va estupendamente. Ahora sí que ya no hay nada más que decir.

—¡Pero yo no quiero perderte! ¡Quiero que sigas en mi vida!

—¿Como una amiga? —espetó totalmente indignada—. ¡Cómo puedes tener tanta cara! Mira, Mateo, ¡vete a la mierda!

Y, sin querer escuchar más, acabó con la llamada y tiró el móvil a la otra punta del sofá, enterrando la cara entre sus manos, mientras lloraba sin control y los sollozos eran más que audibles. El dolor no la dejaba pensar, ¿cómo podía creer que podrían ser amigos, después de compartir tantas cosas? ¡Era imposible! ¡Ella nunca podría tenerlo como tal! Con un amigo no se besa una metiendo la lengua hasta la misma campanilla ni se acaricia de una forma tan lujuriosa como se habían acariciado. ¡Y, mucho menos, se llega a follar como lo habían hecho ellos! Sería como renunciar a esa época de su vida, como si hubiera sido una equivocación y ella de eso estaba segura; lo había amado y todavía lo amaba, como al único hombre de su vida.

Capítulo 3

Pasaron unos largos minutos para que aquellas amargas lágrimas dejaran de inundar sus ojos, resbalando rápidamente hasta sus labios, pero al final se calmó. Ni se molestó en mirar el móvil, no necesitaba hacerlo para saber que habría más llamadas y mensajes de Mateo. ¡Cómo podía ser tan...! Ni siquiera encontraba un calificativo para definirlo. Después de mantener una relación de seis años y de dejarla sin ninguna noticia durante cinco meses, ¿de verdad le pedía que fuera su amiga? Era lo más humillante que le habían dicho, sobre todo después de verlo retozar con aquella mujer.

Andrea había sido la culpable de la pelea, de eso era muy consciente, pero eran adultos y las cosas no se dejaban así. Si hablando hay posibilidad de solucionarlo, ¡estupendo! Y si, a pesar de intentarlo no hay solución, entonces se puede quedar como amigos. Pero ¿qué pretendía? Después de dejarla tanto tiempo sin saber si seguía teniendo novio o no, ¿salía con que quería ser su amigo? No quería amigos de esa calaña.

Había repasado muchas veces lo sucedido y todas las palabras y gestos estaban grabados en su cabeza, no había olvidado ni una sola expresión.

Aquella noche de fin de año, después de hablar con su hermano y llorar con él por su situación y por la de su querida amiga Julia, su ánimo quedó un poco tocado. Teniendo dos personas tan queridas sufriendo por separado —Diego en Nueva York y Julia en Túnez, el último destino de su trabajo—, la verdad era que no estaba para muchas fiestas.

De camino hasta la casa de los amigos donde iban a tomarse las uvas empezó todo.

—He hablado con Diego —le comentó Andrea en el coche.

—¿Cómo está?

—¡Hecho polvo! ¡Mira que no conozco a esa zorra! ¡Pero no puedo con ella! ¡Obligar a mi hermano a casarse me parece lo más despreciable que una mujer puede hacer! En estos momentos, ella es un pendón, y Diego un desgraciado que, incluso, tiene que esconder los sentimientos hacia su hijo para que esa golfa no lo utilice contra él. Su vida es una puta mierda, y me jode que sea así por una petarda.

—¡Tu hermano también parece nuevo! ¿Cómo no utilizó un preservativo?

—¡Lo que me faltaba! Sabes perfectamente, porque te lo he dicho mil veces, que estaba tan borracho que no recuerda nada de lo sucedido.

—Mira, Andrea, hasta ahora no te he dicho nada; pero, si tan borracho estaba como para no acordarse de nada, ¡no entiendo cómo pudo echar un polvo!

—¿Qué quieres decirme con eso? ¿Que está mintiendo? —preguntó volviéndose hacia él con las cejas arqueadas, el ceño fruncido y los orificios de la nariz muy abiertos. Además, casi hablaba entre dientes.

—Tú puedes desconocer cómo funciona el cuerpo de un hombre con una monumental borrachera, pero yo no, y te puedo asegurar que, si estás tan borracho como para no saber lo que sucedió, el organismo no funciona, ¡vamos, que no se te levanta!

—¿Vas a poner en duda lo que dice mi hermano?

—¡Yo no pongo en duda ni lo que dice tu hermano ni lo que dice nadie, solamente te digo lo que yo he comprobado!

—¡Mira, eres un imbécil, eso es lo que eres!

—¡No te pases, Andrea, que estoy llegando al límite! Además, no me cuentes nada más, no quiero saberlo.

—¡Pues no te metas con mi hermano!

—Últimamente, cualquier comentario lo conviertes en discusión, y yo no tengo ganas de pelea. Es más, estoy empezando a cansarme de esta mala costumbre. Así que vamos a dejarlo y acabemos bien el año.

Andrea recordó cómo el resto del viaje fueron en silencio, estaba siendo un final de año muy extraño, muy diferente al anterior. De su amiga Julia, momentos antes de salir de casa, había entrado en su móvil un mensaje en el que le decía que la echaba de menos y que le gustaría estar con ella. ¡Solo le faltaba aquello! Entre la conversación con su hermano y después la nota llena de melancolía de Julia, casi no pudo terminar de maquillarse, era acordarse de ellos y empezar a llorar, no hacía más que limpiarse el rímel que cada vez que lloraba teñía de negro sus mejillas. No estaba en la mejor disposición para recibir una crítica contra su hermano, aunque fuera cierta.

Durante toda la cena, los dos se evitaron. Andrea, en lo más profundo de su alma, sabía que las palabras de Mateo no eran ni más ni menos que lo que ella había pensado en muchas ocasiones. Pero una cosa era decirlo ella, y otra muy diferente que fuera Mateo quien lo hiciera. ¡De eso ni hablar!

Ella de su hermano podía pensar o decir lo que quisiera, pero los demás no. ¡Qué se había pensado!

Además, últimamente, siempre que reñían a Andrea le perdían las formas. No debería haberle faltado el respeto, ¡lo sabía! Pero su carácter explosivo y el hablar sin pensar siempre le jugaban malas pasadas.

Y no tendría que haberle importado lo que Mateo le recriminaba, porque ella misma lo había pensado muchas veces. Hacía ya un tiempo que cualquier cosa que él decía le molestaba y entraba al trapo. Un simple comentario de lo más banal acababa en una discusión.

Cuando las doce campanadas dieron entrada al año nuevo, fue Mateo el que se colocó a su lado y acercando sus labios a los de Andrea, antes de besarla, le dijo:

—Deseo que este año nos devuelva la tranquilidad y complicidad del principio, y nos olvidemos de tantas discusiones. Te quiero, Andrea.

Ella lo besó con todas sus fuerzas, pero todavía estaba resentida y era tan cabezota que necesitaba más tiempo, así que no dijo nada, pero la tensión aumentaba por momentos.

Después de tomar las doce uvas y los brindis de rigor, la música y la bebida fueron invitados de honor. Todos bailaban contentos, mientras las botellas se iban vaciando y acumulando sobre la mesa.

Andrea no dejaba de beber como si se tratara de agua. Mateo la observaba y, cuando pensó que llevaba encima un cupo generoso de alcohol, se acercó hasta ella y la tomó entre sus brazos para bailar. Ella reía sin cesar.

—Andrea, cariño, no deberías beber más, mañana no te encontrarás bien y te arrepentirás.

La reacción de ella no se hizo esperar y, después de haber pasado cinco meses desde aquel momento, no podía entender por qué se comportó de aquella manera. El alcohol fue la excusa, pero durante toda la noche, desde que hizo aquel comentario sobre su hermano, Andrea tenía algo dentro que debía sacarlo. Y eligió, como siempre, el peor momento, lugar y formas para hacerlo.

—¿Me estás diciendo que no beba más? —gritó Andrea.

—Solo te aconsejo que no tomes más alcohol, no te digo lo que tienes que hacer —le contestó Mateo intentando que entrara en razón.

Y allí empezó; bueno, mejor dicho, allí acabó todo. Más que una discusión, fue un monólogo de

Andrea, mientras Mateo no salía de su asombro y su cara de estupefacción lo reflejaba.

—¡Me estás tocando ya las narices! ¿Tú quién te has creído que eres? Cuando veníamos hacia aquí, criticabas a mi hermano a pesar de su desgracia. ¡Y ahora me dices que no beba! ¿Crees que soy una borracha? ¿Es eso? ¡Si no te gusta lo que soy, ya te puedes largar! ¡Serás imbécil! ¿Te digo yo que eres más aburrido que una partida de ajedrez por radio? No, ¿verdad? ¡Pues lo eres! ¡Eres un perfecto cretino!

Mateo no decía nada, la escuchaba, y ella tendría que haber reaccionado, decirle que lo sentía, que tenía razón y sobre todo callarse. Pero Andrea, cuando cogía carrerilla, era imparable y nada la iba a frenar. Estaba enfadada, aunque no sabía bien con quién, pero tenía a Mateo allí y con él iba a descargar toda su furia y frustración.

Y por ello, aunque entonces no lo sabía, iba a pagar un alto precio.

Ante el silencio de él, y que todos los amigos empezaban a encontrarse incómodos con aquella situación, Andrea reaccionó; pero ya era demasiado tarde. Se quedó callada mirando a Mateo, el cual hacía lo mismo. Sus ojos se encontraron y fue como si el alcohol que ella llevaba en su cuerpo se hubiera evaporado. Vio cómo la miraba sin creerse lo que acababa de hacer y decir, dejándolo en evidencia delante de todos sus amigos.

Andrea, al ver su expresión, supo que había traspasado una línea que nunca debió haber cruzado. Su madre se lo había dicho mil veces: «el respeto en la pareja no se debe perder nunca, cuando se pasa ese límite, todo se acaba». Más de una vez, Rosa, su madre, después de escucharlos discutir, le había dicho que era un mal asunto. Le recriminaba, sobre todo a ella, que perdía los papeles y no sabía ni lo que decía.

Era imposible determinar el tiempo que estuvieron mirándose a los ojos, podían haber sido dos segundos, dos minutos o dos horas. Durante aquel tiempo, el arrepentimiento y el miedo fueron los sentimientos que asomaban en los ojos de Andrea. Las palabras de su madre se repetían en su cabeza como un disco rayado. ¡Todo había pasado como un relámpago ante ella! E imaginaba que en la mente de Mateo había sucedido algo muy similar, por la expresión de incredulidad que reflejaba su cara.

Al final, él, en completo mutismo, se giró dándole la espalda, entró en una habitación a buscar su cazadora y volvió a salir, ni siquiera le dedicó una última mirada, ni a ella ni a ninguno de los presentes. Tampoco su boca se abrió para decir adiós, fue hasta la puerta de la calle y, sin más, se marchó.

Todo se quedó en silencio, a pesar de que la música seguía sonando; pero, ante lo que había sucedido, incluso aquel ritmo de Jennifer López junto a Pitbull era insuficiente para calmar la tensión que las palabras de Andrea habían provocado.

Avergonzada, por ser el motivo del mal rollo que se respiraba en el ambiente y por fastidiar aquella fiesta, Andrea siguió los pasos de Mateo; pero, cuando llegó a la calle, él ya no estaba. No tuvo más remedio que llamar a un taxi. Esperó durante veinte minutos en la calle, mirando hacia un lado y otro con la esperanza de ver aparecer a Mateo, pero eso no sucedió. Se montó en el taxi y, en silencio, la llevó a su casa.

Cuando llegó, abrió la puerta con ansiedad, pero no había nadie, su hogar estaba vacío. Mateo todavía no había llegado, así que se metió en la cama, mejor lo esperaría acostada. Se había pasado y tendría que disculparse con él por sus crueles palabras. Y, no solo con él, también con todos sus amigos por ponerlos en una posición incómoda. Nadie se lo merecía. Dando vueltas a lo sucedido, encontró algo para recriminar a Mateo cuando llegara: que la había dejado tirada.

Al día siguiente, cuando se despertó con un terrible dolor de cabeza comprobó que, por primera vez desde que vivían juntos, Mateo había dormido fuera de casa, y empezó a inquietarse. Lo llamó

mil veces al móvil, pero no le contestaba, le mandó mensajes que él ni siquiera leía. ¡Estaba realmente enfadado!

Tendría que darle un tiempo para que se calmara.

Capítulo 4

Andrea seguía en el sofá repasando los sucesos, las palabras, los gestos y todo lo que tuviera que ver con Mateo, que pasaban ante ella como si de una película se tratara. ¡Volvería! Eso es lo que pensó al día siguiente, el primer día del año, Andrea y todo el mundo; Mateo tan solo necesitaba unos días para olvidar su enfado y perdonarla.

Pero los días pasaban y Mateo no regresaba a casa y lo peor de todo era que no daba señales de vida. Seguía sin contestar a sus numerosas llamadas, se negaba a salir del estudio cuando Andrea iba a la cadena de televisión para forzar un encuentro y obligarlo a hablar. No quería saber nada de ella.

En un principio, él se encerró en su trabajo y en casa de sus padres. Solamente tardó dos semanas en encontrar un piso pequeño donde se refugiaba y trataba de ser fuerte para no claudicar y volver junto a Andrea.

Día tras día, se levantaba imponiéndose ese reto, permanecer alejado de ella, a pesar de amarla y de llorar por su ausencia. La echaba de menos, pero no podía soportar sentirse como lo hacía últimamente, como si fuera un simple felpudo que colocas en la puerta de entrada, así se sentía Mateo. Estaba cansado de soportar su falta de respeto y salidas de tono. Ya no le servía que más tarde se diera cuenta y, poniéndole una excusa y dos besos, quisiera resolver el asunto.

Se acabaron las disculpas, las sesiones maratónicas de sexo como compensación y, sobre todo, el ya repetitivo e inútil: «te juro que ya no lo vuelvo a hacer». No había marcha atrás, había tomado una decisión y tenía que luchar por mantenerse firme.

Las horas que pasaba en casa, Mateo hacía ejercicios para fortalecerse y mantenerse firme y a distancia de ella, repitiéndose a sí mismo una y otra vez todos los desplantes que Andrea le había dedicado a lo largo de aquellos años. Recordaba las discusiones por simples tonterías y que los llevaban a días sin hablarse. Las malas contestaciones y los insultos que, aunque eran suaves — como un «imbécil» o un «gilipollas» —, dolían de la misma manera que uno más fuerte. Aunque padecía amnesia en algunos aspectos, para ser honesto, debería reconocer también sus fallos; cuando delante de todo el mundo le decía «tú qué sabrás» o simplemente la mandaba a callar. La falta de respeto era recíproca.

Solamente se regocijaba recordando todo lo malo que sucedía entre ellos porque, si hubiera recordado lo bueno — que hubo y mucho —, no podría estar lejos de Andrea. Olvidaba echar un simple recuerdo a lo cariñosa que era, los besos que siempre le daba, y a los que él se había convertido en adicto. No podía ni pensar lo que sentía al tenerla en la cama, era el mayor regalo que una persona podía hacerle; ardiente, vibrante y muy entregada. Hacer el amor con ella era como descubrir el sexo cada noche.

Podía contar con ella para cualquier cosa, recoger un paquete, ir a correos, comprar lo que fuera, era capaz de dejar sus cosas sin hacer por hacer las suyas y, no solo con él, era así con todo el mundo.

Por eso Mateo se centraba únicamente en resaltar todo lo malo de ella, alejando todos los aspectos buenos, que eran muchos. Pero todo aquello ya no le convenía; se trataba de mantenerse alejado, de despegarse de ella, de cortar con la adicción que suponía Andrea en su vida.

Y, a juzgar por los resultados, lo estaba haciendo de maravilla, quizás de tanto pensar en todo lo malo que había sucedido entre ellos, se estaba pasando, porque Andrea no era ningún monstruo,

todo lo contrario. Tenía sus cosas malas, como todo el mundo, ni más ni menos. No obstante, tenía muchas virtudes y estas superaban con creces a todos los defectos, pero tenía uno muy feo; tenía la boca muy grande y no pensaba antes de hablar.

Habían pasado dos meses y Mateo seguía totalmente apartado de todo el mundo, no tenía relación con ningún amigo de la pareja, aunque todos ellos intentaban mediar para una reconciliación. Era como si intentara alejarse, no solo de Andrea, sino de todos. Claro que después de cómo lo había tratado delante del grupo, poniéndolo en evidencia, no quería que nadie sintiera lástima por él, estaba avergonzado.

—¡Mateo!

—Hola, Rubén —contestó con resignación. Sabía perfectamente el motivo de aquella llamada, porque todos sus amigos habían hecho lo mismo.

—¿Qué pasa, chaval! No nos vemos nunca, por eso te llamo. Mira, creo que estás llevando muy lejos una simple discusión.

—¿Simple, dices? A mí no me lo pareció. Una cosa que tendría que haber quedado entre nosotros fue de dominio público.

—Pero ya conoces a Andrea y tú mejor que nadie. Es una bocazas, pero, tal y como suelta las palabras, se arrepiente.

—Por eso, porque la conozco, estoy harto y he llenado mi cupo de aguantar desplantes e insultos.

—Pero ¿de verdad la dejas después de tantos años? No eches por la borda una relación por una discusión sin importancia. En el momento resultó un poco incómoda, no te lo voy a negar, pero al día siguiente se disculpó con todos nosotros, uno por uno nos llamó para pedirnos perdón. Haz lo mismo, tío, deja que se disculpe contigo, y arreglad este asunto.

—Estoy cansado de todo, hasta de tantas reconciliaciones. No me vais a convencer, he tomado una decisión y es firme. No perdáis más el tiempo porque no voy a retroceder ni un paso.

—Bueno, todos creemos que te equivocas, pero tú sabrás. Nos vemos cuando quieras, Mateo.

—De acuerdo, os llamaré.

Si les cogía el teléfono no se dejaba convencer, por mucho que lo intentaban. Pasaban los días y aquellas conversaciones se convirtieron en un intercambio de saludos, porque, en el momento en que intentaban hablarle de Andrea, les cortaba con rapidez. Y quedar con él para tomar una caña era una misión imposible, Mateo se había vuelto el hombre más ocupado del mundo y el más inaccesible.

Por eso, muy pocos amigos habían podido hablar con él para mediar por Andrea y hacerle recapacitar. Todos pensaban que una relación de tantos años no se podía tirar por la borda por unas palabras dichas bajo el efecto del alcohol.

Únicamente Julia lo logró, se acercó hasta su casa y, aunque al principio dudó, al final le abrió la puerta. Y, por mucho que se esforzó intercediendo por su amiga, no hubo manera de convencerlo. Mateo se cerró en banda y no quería saber nada de ella, lo tenía muy claro.

Todos los esfuerzos de Julia para explicarle que todavía no estaba todo perdido, que podían hablar, que Andrea lo amaba y estaba arrepentida; cayeron en saco roto. Según le dijo, aquel episodio fue la gota que colmó el vaso y hasta allí había llegado su relación y su paciencia.

A partir de la ruptura, cuanto más lejos estaba de Andrea, más fuerte se hacía él y con mayor ímpetu resistía la tentación de correr a sus brazos.

La dependencia se iba apagando y en su puesto quedaba una firme decisión, la de no volver a ser ninguneado por nadie, así era como se sentía con respecto a ella: «ninguneado», esa era la palabra exacta que tenía para definirse a sí mismo.

Pasados dos meses, a pesar de seguir amándola, se empezaba a sentir eufórico, feliz y con una fuerte necesidad de salir, de conocer gente, de ser el dueño de su propia vida y de tomar sus propias decisiones.

Al llevar las riendas en solitario, se empezó a dar cuenta de un importante detalle, que toda la responsabilidad, en vez de estar repartida entre los dos, siempre había recaído sobre Andrea. Ella era la que, normalmente, decidía sobre cualquier cosa, ya fuera una tontería —como podía ser el menú del día— o, por el contrario, algo de vital importancia. Sin Andrea a su lado, él debía de tomar todas las decisiones y era una de las cosas que más le agobiaba. Solo entonces —aunque nunca lo reconocería ante nadie, pero a él mismo era imposible de engañarse—, se dio cuenta de lo injusto que durante todos aquellos años había sido con Andrea. Ella siempre le había hecho la vida muy fácil y, desde que todo dependía de él, cualquier cosa se le hacía un mundo.

Quizás en la forma de ser de Andrea, esa que tras tantos años junto a ella aborrecía, también él tenía cierta responsabilidad. Jamás se había parado a pensar en todo lo que recaía sobre ella y que nunca le había echado en cara.

—Pero una cosa no tiene nada que ver con la otra, la falta de respeto es intolerable —pensaba Mateo en voz alta, justificando su actitud.

Claro que también resonaban en su cabeza, no las quejas de Andrea, pero sí el agobio que suponía para ella cargar con esa responsabilidad, parte de la cual le correspondía a él.

Sin embargo, era más cómodo hacerse el longuis y esperar a que ella tomara todas las decisiones.

Por más que lo intentó, no pudo acallar las muchas conversaciones que resonaban en su cabeza y que lo culpabilizaban de la ruptura tanto como a Andrea. La última, solamente tuvo lugar dos días antes de fin de año, pensando en pasar juntos unos días de vacaciones. La queja casi silenciosa de Andrea retumbaba con fuerza en su conciencia.

—Si para Semana Santa los dos tenemos unos días de vacaciones, podríamos hacer una escapada, ¿no te gustaría?

—¡Claro!, estaría bien.

—¿Dónde te apetecería ir? —preguntó Andrea, mientras colocaba sobre sus piernas el ordenador, dispuesta a buscar, por lo menos, el destino.

—Me da igual, Andrea, ya sabes que no me importa ir a un lugar o a otro.

—¡Cómo no! ¡Ya me conozco yo ese «me da igual»! —ironizó alargando las últimas palabras y cambiando el tono de voz—. Sé lo que pretendes, yo elijo destino y como elegir, según tú, lleva consigo una serie de compromisos, me los como yo sola. Planifico el viaje, eso quiere decir que me encargo de buscar avión o barco si decidimos irnos lejos. Después busco alojamiento, comparo infinidad de precios y reservo hotel y, si tenemos que hacer alguna visita, saco las entradas por si acaso. Y a ti solo te queda el quejarte por todo, ¿no es así?

—¡Yo nunca me quejo! —contestó ofendido.

—¡Venga, Mateo!, al menos ten el valor de reconocerlo.

—Eso no es quejarse, a veces hay cosas que salen mal y tienes que protestar a la fuerza.

—¿Y por qué no reclamas a la compañía aérea o al hotel? No, las quejas me las como yo. Como si no me costara nada planearlo, para tener que estar durante tooodo el viaje —dijo alargando excesivamente la palabra— escuchando lo que no está bien o no te gusta. Aunque no lo creas, estar atendiendo continuamente cómo te lamentas por cualquier insignificancia me hace sentir mal, como que no lo he hecho bien.

—Eso no es así, yo me quejo de la situación, no de que tú lo hicieras mal.

—Sea así o no, me siento fatal. Tus quejas siempre me crean inseguridad y que he fallado en mi

cometido. Empiezo a comerme el tarro y, aunque siempre elijo la mejor opción, con cada protesta tuya pienso que debería haber elegido el otro hotel o la otra compañía aérea que estuve comparando. No sé, pienso mil cosas, pero el sabor que me queda es de fracaso, de que podía haberlo hecho mejor. Y, si no lo crees, prueba por una sola vez a planear cualquier cosa y, cuando los de alrededor empiecen a protestar, me cuentas cómo te sientes.

—Si lo prefieres nos quedamos en casa, tú elijas —soltó Mateo con la intención de acabar con aquella discusión.

—¡Ya sé que yo elijo, como siempre! Pero quiero que lo hagamos los dos.

Mateo ya no volvió a decir nada más, se mantenía en silencio y esa era la manera más sencilla y menos comprometida de zanjar el tema.

También sabía que Andrea prepararía todo para hacer una escapada, a pesar de quejarse mucho, siempre lo hacía.

Tenía que reconocer que, para esos asuntos y otros más, era un comodón y apenas hubieran viajado si hubiera dependido de él.

Pero estaba tan ofuscado que no era capaz de ver nada de eso, ni siquiera lo más evidente, y eso que su conciencia gritaba con fuerza. En aquellos momentos, Andrea para él era la causa de todos sus males y, si lo apurabas un poco, no solo de los suyos, sino de los de todo el mundo.

Capítulo 5

Andrea salía del periódico junto a sus compañeros. Todos iban a tomar una caña antes de volver a sus casas, pero ella tenía algo en mente que no la dejaba centrarse en nada.

—Andrea, vamos al bar de Paco, ¿te vienes? —le preguntó uno de sus compañeros.

Ella iba tan concentrada en sus cosas que ni escuchó la proposición hasta que no la tocaron en el brazo.

—¿Ehhhh? ¿Qué pasa? —preguntó desconcertada.

—Estás empanada. ¿Que si vienes a tomar una birra? —le repitió otra compañera.

—No puedo, tengo que pasar a ver a mi madre —mintió—. Adiós, chicos. —Y fue directa a su coche mientras levantaba la mano para despedirse de todo el grupo.

A pesar de que toda la gente a su alrededor le aconsejaba que no insistiera más, que no volviera a llamarle o a ir a su casa, Andrea tenía otros planes. Quería intentarlo, tenía que hablar con él y no le importaba lo que todo el mundo le decía.

En cuanto llegó a su casa fue lo primero que hizo, llamar a Mateo. Insistió hasta que la llamada finalizó, pero nadie respondía nunca ni siquiera un mensaje, nada en todos aquellos meses.

Lo intentó muchas veces más, pero jamás recibía contestación.

No desistiría en su empeño, al día siguiente, como llevaba haciendo desde hacía un par de días, volvería a llamarlo. Lo amaba y no podía hacer otra cosa que implorar mil veces su perdón. Pero para eso primero debía de conseguir hablar con él, algo que parecía imposible.

Aquella tarde, cuando salió del periódico, y como sucedía todos los días, declinó la invitación de sus compañeros para tomar una cerveza antes de volver a casa. Tenía que probarlo todo para ponerse en contacto con Mateo y había algo que le faltaba por probar, llamar desde otro número de teléfono. Pasó por una tienda de telefonía móvil y compró uno. No podía tirar la toalla sin intentarlo por última vez.

Cuando llegó a su casa, la melancolía se apoderó de ella como sucedía todos los días, se encerró entre aquellas cuatro paredes que formaban su hogar y se mortificó poniendo la música que tanto les gustaba a los dos. Era una manera que había elegido para pagar su culpa, un castigo que como un ritual repetía en cuanto entraba en su hogar. Y lo mismo que un cura pone una penitencia después de la confesión de los pecados, ella se obligaba a escuchar esas letras que tanto significaban para ellos, como una forma de expiación.

En silencio, y sin poder evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas sin cesar, escuchaba una y otra vez la canción *No one like you*, de Scorpions o *Nothing else matters*, de Metallica.

Andrea cantaba al mismo tiempo que ellos con rabia y sin dejar de llorar. Con dos canciones pensó que ya había tenido suficiente, que su ración de masoquismo estaba cubierta, así que apagó la música sumiendo la casa en un silencio abrumador. Se quedó sentada sin hacer otra cosa que calmarse. Entonces se quedó mirando la bolsa que contenía el nuevo móvil con un número desconocido para Mateo. Lo sacó de la caja y lo puso en marcha. Con muchos nervios marcó su número. Respiró con profundidad antes de accionar la llamada. La mano le temblaba, iba a hablar con él después de meses de intentos fallidos. Cuando escuchó su voz a través del móvil, se angustió tanto que no era capaz de hablar con coherencia.

—¿Mateo? ¿Eres tú? Yo..., yo..., Mateo, por favor —rogó con voz temblorosa—, déjame decirte....., escúchame, yo... Dios mío, ¡no me salen las palabras!

Mateo estuvo a punto de colgar sin decirle una palabra. Llevaba meses ignorando sus constantes llamadas porque temía que lo convenciera. Siempre le había costado tomar una decisión y aquella era una de las más difíciles a las que se había enfrentado. En los momentos de bajón, que los tenía, pensaba en si estaba haciendo lo correcto o se estaba dejando llevar por la euforia. Todo el mundo a su alrededor le decía que había sacado las cosas de quicio, y él tenía muchas dudas. Por eso no quería hablar con ella y romper de una vez, prefería seguir como estaba sin tomar una decisión. Se había marchado de casa, pero podía volver en cualquier momento y no sería él el que cerrara esa puerta.

—Andrea, no deberías llamarme. Necesito aclarar mis ideas y averiguar qué es lo que quiero. Deja que lo descubra sin tu presencia. Cuando sepa cuál es mi decisión, te juro que serás la primera persona en saberlo. Pero, por ahora, te quiero lejos de mí.

—No, no, no, Mateo, ¡por favor! —imploró Andrea sollozando—. ¡Escúchame!

—Lo siento, pero no quiero escuchar nada. No eres la culpable de todo, pero sí de una gran parte. No estoy dispuesto a dejarme ningunear ni por ti ni por nadie. La distancia me está haciendo fuerte y si un día vuelvo a tu lado quiero ser un hombre sin complejos.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, pero debemos hablarlo con calma, todo lo que hemos compartido no ha sido malo y tienes que reconocerlo. Nos merecemos una segunda oportunidad, y yo voy a luchar por ello —sugirió Andrea poniendo todo el énfasis en el pasado compartido.

—Yo, por el momento, no voy a luchar por nada, lo único que necesito es alejarme de ti. Todavía tengo que descubrir si podemos seguir siendo una pareja. Deja que lo averigüe yo solo.

—Podemos descubrirlo juntos, por favor —imploró ella entre sollozos—. No me eches de tu vida.

—En estos instantes solo quiero tenerte lo más lejos posible. Adiós —sentenció escuetamente sin dejar tiempo para una réplica o una nueva súplica.

Y, con esas frías y duras palabras, después de compartir tantas vivencias durante aquellos años, ¡colgó, sin más! Sin dejarla hablar, sin intentar arreglarlo y darse una segunda oportunidad. Apenas hubo una despedida, un frío adiós que ella no se merecía.

—¡No, Mateo! ¡Por favor, no me dejes! —repetía desesperada, dejándose caer de rodillas en el suelo y abrazándose a sí misma. Con el corazón destrozado, era incapaz de reaccionar, únicamente podía repetir la insoportable sentencia que Mateo le había impuesto.

«Tengo que descubrir si podemos seguir como una pareja».

«Solo quiero tenerte lo más lejos posible».

Como si de una canción se tratara, las repetía una y otra vez, no lo creía capaz de ser tan insensible con ella, después de todo lo que habían compartido. Era imposible que, por un mal momento, por unas palabras duras y crueles —pero, a fin de cuentas, palabras— fuera capaz de tomar una decisión tan radical. Y, lo que más le dolía, ¡sin darle la opción de hablarlo cara a cara y mirándose a los ojos! Se merecía una defensa porque, después de meditar mucho, sabía los motivos de aquel comportamiento.

Todavía no se lo podía creer, pero aquello sin duda era una realidad.

«¡¡Me ha dejado definitivamente!?!», se repitió una y otra vez llorando amargamente. La duda estaba servida, en ningún momento le había dicho «olvidame» o «lo nuestro se acabó». Ella había entendido que todavía lo estaba pensando, que debía descubrir si todavía quedaban sentimientos hacia ella. No era una ruptura en toda regla.

Mateo colgó sin apenas haberle dejado hablar. No podía seguir escuchando sus ruegos y sollozos por más tiempo sin que su alma se rompiera en mil pedazos. Jamás había podido verla llorar. Si la dejaba hablar o se encontraban cara a cara, su firme decisión flaquearía y le volvería

a dar otra oportunidad. ¿Y para qué? Para que un mes después, o tal vez seis, todo se volviera a repetir. No era lo que quería. Lo mejor era cortar por lo sano de una vez, aunque no se atreviera a decirlo rotundamente, con el tiempo Andrea comprendería que la ruptura era definitiva.

Pero era difícil hacerlo, porque todos los amigos, los compañeros en la cadena, incluso sus padres... ¡Todos!, intentaban hacerle recapacitar. Le repetían una y otra vez que estaban hechos el uno para el otro, que por una discusión no se podían tirar seis años de relación por la borda.

Incluso su madre, que adoraba a Andrea, se permitió decirle: «Si con cada pelea, tu padre se hubiera marchado de casa, se tendría que haber empadronado en la calle, porque eran tantas las discusiones entre nosotros que hubiera pasado más tiempo fuera que dentro». ¡Toma ya! Hasta su madre intentaba que se lo pensara mejor y escuchara a Andrea.

Pero él no tenía esa intención, no pensaba volver con ella, lo tenía muy claro, es más, jamás en su vida había tenido algo tan claro como la decisión de dejarla. Sin embargo, sabía que no había sido claro con ella, había dejado su ruptura en el aire, como si en cualquier momento pudiera haber una reconciliación.

Así que, para evitar que nadie le siguiera calentando la cabeza ni le dieran consejos que no había pedido o las llamadas e incómodas visitas de Andrea siguieran como hasta ese momento, empezó a darle vueltas a una idea fija, estaba pensando marcharse de Barcelona, al menos por un tiempo.

Habló con los directores de diferentes cadenas de televisión de todo el país, tanteando el terreno. Tuvo suerte, podía hacerlo al día siguiente si quería y, además, podía elegir entre dos opciones; una en Madrid y la otra en Sevilla.

Después de la corta conversación que mantuvo con Andrea, lo tenía muy claro, quería marcharse de Barcelona, poner tierra entre ellos y empezar así una nueva vida. No había sido sincero con ella ni tampoco claro. Había dejado su relación en un limbo, en un «a lo mejor más adelante, cuando yo me aclare». Por eso temía encontrársela en algún lugar y, aunque era difícil que en una ciudad tan grande llegara a suceder, no era algo imposible. Era un cobarde y decirle lo que le dijo por teléfono era una cosa, pero encontrársela cara a cara era algo muy diferente. Le faltaba valor. En cambio, si se marchaba a Madrid o a Sevilla, seguro que era más difícil el encuentro, casi imposible.

No lo dudó ni consultó con nadie y, media hora después, aceptaba el puesto. Eligió Madrid y solamente tuvo que esperar los quince días de rigor que debía darle a su jefe.

Capítulo 6

¡Dicho y hecho!

Solo dos semanas después de la llamada, y ante el asombro de todo el mundo, Mateo se trasladó a Madrid para trabajar en una cadena nacional.

Todos los que lo conocían pensaron cuando se marchó que no tardaría en volver, que no estaba acostumbrado a vivir solo. Pero nada más lejos de la realidad. Mateo se adaptó a la vida en la capital mejor de lo que la gente pensó, ¡muchísimo mejor! Más que eso, estaba encantado con el cambio. ¡Eufórico!

Desde el primer momento se dejó embaucar por su nueva vida y todo lo que eso significaba; nueva gente, nuevos compañeros y, sobre todo, nuevas mujeres a su alrededor.

Muy poco tardó en amoldarse a la vida de soltero, cambió sus costumbres y salía una noche sí y otra también. Parecía que la noche madrileña se había convertido en su hábitat natural. Desde el primer momento, y guiado por sus nuevos compañeros, Mateo se dejó llevar por ese ambiente, no se quedaba ni un solo día en casa y, en poco más de un mes, no parecía la misma persona.

El éxito entre las mujeres hizo que su confianza creciera como la espuma. Mateo era guapo, nunca había caído en eso, sabía que no estaba mal, pero jamás imaginó que pudiera tener tanto éxito entre las mujeres, ¡estaba exultante!

Cada tarde se repetía la misma operación y casi la misma conversación.

—¡Mateo! —lo llamaba uno de sus compañeros mientras se preparaban para salir—. Nos vamos a tomar unas cervezas y a tapear, ¿te vienes?

—¡Claro que voy! ¿Qué me vais a enseñar hoy? —contestaba Mateo, encantado de seguir conociendo todos los lugares que la ciudad de noche le ofrecía.

—Hoy nos vamos a Moncloa, es jueves y hay mucho movimiento.

—¡Vámonos ya! ¿Lleváis el coche? Si queréis podemos ir en el mío, no lo voy a dejar aquí.

—Vale, Luis va contigo, así te guía, y yo voy con Andrés que también tiene el coche aquí.

Y junto a tres compañeros de la cadena, solteros como él, emprendían el camino hacia la parte de la ciudad más animada. Desde que vivía allí, estaba comprobando que era verdad el dicho de: «Madrid nunca duerme».

No quería pensar, había empezado a salir con aquellos compañeros y, desde entonces, no había perdido el tiempo. El primer día que salió, una guapa valenciana que estudiaba en Madrid se acercó a él con más pretensiones que las de simplemente tomar una copa.

Estaba más que animado, pletórico. «¡He ligado!», pensó. Pero, en cuanto sus labios se posaron sobre los de aquella mujer, no pudo evitar sentir como si una corriente eléctrica le impidiera besarla. Entonces, la imagen de Andrea llorando se coló en su mente. Sus labios no reconocían esos que estaba besando y añoraban los de aquella mujer que había dejado en Barcelona.

Pero su decisión de pasar página era muy firme y, en contra de lo que su corazón le dictaba que hiciera, actuó completamente al revés. Tomó a aquella mujer, de la que apenas conocía el nombre, entre sus potentes brazos y se obligó a besarla con lujuria. Metió su lengua arrasando la de ella y borrando con su creciente excitación cualquier recuerdo de Andrea.

Terminó de besarla y de tocarla con descaro sin importarle que estuvieran en medio de un garito oscuro, pero lleno de gente. No era el único, sin embargo, hasta ese momento, jamás había hecho algo así en público. Cuando ya estaban, tanto él como su guapa acompañante, tan excitados que

apenas podían seguir tocándose sin sucumbir a las ganas de arrancarse la ropa; Vanesa, como así se llamaba ella, le cogió de la mano y lo guio hasta los lavabos.

—¡Ven aquí! —Y, sin más, lo empujó dentro del baño de caballeros. Se encerraron en uno, y ella le desabrochó el pantalón con urgencia, sacando su dura erección. Mateo tampoco se quedaba quieto y subió su diminuta falda hasta la cintura, dejándola con unas braguitas tan pequeñas que apenas se percibía que llevaba algo puesto. Sacó del bolsillo de sus pantalones un preservativo que colocó en un segundo y, sin más preámbulos, apartó la prenda dejando su sexo expuesto a él. La cogió por los glúteos subiéndola a pulso y, sujetándola contra la puerta con su cuerpo, la penetró de una fuerte embestida.

Era la primera vez que volvía a estar con una mujer que no fuera Andrea. Fue muy diferente la experiencia, aquello no iba de sentimientos, ni siquiera de gusto. Era deseo, sexo, nada más. Era un hombre, tenía unas necesidades y, en ese momento, necesitaba follar. ¡Punto!

Aquella mujer gritaba sin que él hiciera nada, porque Mateo solo se preocupaba de su propio desahogo, pero, por lo visto, a ella le pasaba lo mismo.

Cinco minutos después, tiraba el preservativo usado mientras se colocaba la ropa, lo mismo que hacía ella.

—¡Ha sido genial! —exclamó Vanesa mientras se bajaba la falda y se arreglaba su pelo—. Podríamos quedar algún día.

Mateo iba a decirle que ni hablar. Pero después lo pensó mejor. Tener su teléfono no le obligaba a nada y quién sabe lo necesitado que podía llegar a estar en algún momento.

—Muy bien. —Cogió su móvil y, cuando estuvo preparado, le pidió—: dime el número.

Mientras ella le dictaba cifra tras cifra, él los apuntaba. Salieron del lavabo y volvieron a la barra. Ninguno de sus compañeros estaba solo, así que siguió con aquella chica que se pegó a él como una lapa. A las dos de la mañana, Luis se acercó.

—¿Nos vamos ya? Mañana tenemos que trabajar, recuerda que no es viernes, es jueves.

—Venga, vámonos. ¿Les has dicho algo a ellos? —preguntó señalando hacia donde se encontraban el resto de compañeros.

—Sí, les he dicho que si querías nos íbamos ya.

Mateo se dirigió a la chica que seguía a su lado.

—Adiós, Vanesa. Es tarde y mañana tenemos que trabajar.

—Ok, llámame. —Y, dándole un beso, se marchó hacia un grupo de chicas que no estaban muy lejos.

Salieron del garito y, antes de dejar a su compañero en su casa, ya planearon ese fin de semana.

—El sábado he quedado con una chica para pasar el fin de semana en la sierra. Son cuatro amigas y les he prometido que llevaría a mis amigos. ¿Te animas o pensabas ir a Barcelona? —le preguntó su compañero Luis.

—No, me quedo aquí. ¿Las has visto? ¿Están bien? —preguntó Mateo sonriendo.

—No son unas modelos, pero están muy bien. Te estás volviendo un poquito especial. Desde que te tiras en cualquier rincón oscuro a tías como la de esta noche, pareces más exigente —comentó Luis.

—No es eso, no estoy buscando modelos, pero tampoco quiero..., ya me entiendes, ¡joder! No me hagas hacer un comentario machista, porque no lo soy.

—Tú eres un sibarita, te gusta de lo bueno lo mejor —añadió guiñándole el ojo—. ¿Vendrás o no?

—Claro que iré, seguro que será interesante.

—Te puedo decir que, si las amigas son como Nuria, será más que interesante —aseguró Luis

recordando esa misma noche.

—Entonces cuenta conmigo y espero que no haya una mojigata en el grupo o al menos que no me toque a mí en el reparto.

Paró el coche delante de su casa, y Luis se apeó levantando la mano en señal de despedida. Mateo continuó solo hasta el barrio de Usera donde había alquilado una vivienda. Estacionó el coche en el aparcamiento y subió a su piso. En cinco minutos estaba tumbado en la cama, pero no podía dormir. Cogió el móvil para comprobar que tenía el teléfono de Vanesa y, al ver en su agenda el de Andrea, algo dentro de él se encogió. Sintió una punzada de remordimientos, sin embargo, enseguida se repuso. Un profundo suspiro acalló su mala conciencia. Esa era su nueva vida, nada de sentimientos ni compromisos, iba a hacer en cada momento lo que le apeteciera. Iba a disfrutar de su libertad y había empezado con buen pie. Tenía el ego por las nubes y se sentía un conquistador. Había vivido muchos años a la sombra de Andrea, anulado por su fuerte personalidad, y por fin descubría que no era un cero a la izquierda, que no la necesitaba a su lado. Era un pensamiento muy egoísta, muy lejos de lo que de verdad era el amor.

La vida de Mateo estaba cambiando a marchas forzadas.

Capítulo 7

A Andrea, en cambio, le sucedía todo lo contrario que a Mateo. Desde esa llamada de teléfono en la que él le había dicho que tenía que descubrir si podrían seguir juntos, ella se había sumido en una profunda tristeza.

Día tras día, se culpaba de todo lo sucedido, se mortificaba por ser la única causante de la ruptura. No podía apartar de su cabeza ni un solo minuto que su carácter explosivo era el único culpable de que Mateo no quisiera saber nada de ella.

Durante aquellos meses, había repasado todas las peleas entre ellos, los motivos de ellas y tenía que reconocer, muy a su pesar, que siempre era ella la que explotaba, aunque la mayoría de veces la dejadez y apatía de Mateo, ante cualquier situación que se presentaba en sus vidas, era la causa de aquellas explosiones. En la que fue su última discusión, tenía una excusa para comportarse como lo hizo, y fue la situación de su hermano y Julia, separados por una mala jugada del destino. La postura de su amiga, negándose a escuchar las explicaciones de Diego, producía en Andrea una impotencia y una frustración tan grande que incluso su carácter había cambiado. Se había convertido en una mujer mucho más irascible y siempre acababa pagándolo con Mateo. Este, en vez de tener cierta empatía por el momento tan delicado por el que estaba pasando, se mantenía a cierta distancia emocional, como si el asunto no tuviera nada que ver con él. En lugar de calmarla, siempre echaba más leña al fuego.

A pesar de ser la fuerte y la voz cantante de la pareja, no concebía la vida sin él. Tan autosuficiente se creía, tan fuerte y segura que pensaba que era, pero el abandono de Mateo le había demostrado lo equivocada que estaba.

Durante los primeros días, no se lo creía, era como si estuviera delante de una enorme pantalla viendo una película; la vida de una pareja, era difícil reconocerlo, pero ¡era la suya! Lo amaba y no le importaba rebajarse todo lo que fuera necesario con tal de que él volviera a su lado, de recuperarlo.

Siempre había pensado que, si un día se separaban, sería ella la que daría el paso, ella era la que tomaba más decisiones, la que guiaba el destino de la pareja, la que imponía el ritmo, la que proponía, hacía y deshacía a su antojo. Mateo siempre iba a remolque, se dejaba querer y lo hacía de maravilla, era un hombre totalmente dependiente, todas las decisiones importantes de pareja siempre recaían en ella.

Por eso siempre se había sentido segura, la más fuerte de los dos y jamás había pensado que, un día, él pudiera llegar a abandonarla, ¡ni siquiera se le había pasado por la cabeza! No obstante, eso era exactamente lo que había sucedido, que Mateo se había ido, la había dejado.

Esa misma tarde, junto a su amiga y compañera de trabajo, Marina, se desahogaba y lloraba desconsolada, como hacía muy a menudo.

Marina era una joven zaragozana, a la que su ciudad se le había quedado pequeña y el periódico local demasiado estático.

Se trasladó a Barcelona buscando nuevos retos y estaba encantada. Se había adaptado a la ciudad y a todos sus compañeros con gran facilidad, claro que tenía un carácter único, todo le venía bien.

Congeniaron desde el primer momento. Entró a trabajar al periódico en septiembre, pero fue desde su ruptura con Mateo que se hizo indispensable en su vida. Con la ausencia de Julia, Marina

se había convertido en su paño de lágrimas. La escuchaba y consolaba con gran paciencia y, además, siempre que podía la hacía reír.

Aquella tarde, salieron juntas del periódico y se fueron directas hasta la casa de Andrea, la que hasta hacía unos meses compartía con Mateo. Desde que él se marchó, vivía confinada entre esas cuatro paredes, consumiéndose en su desgracia. En cuanto entraron, fue como si toda la angustia que Andrea arrastraba se concentrara allí y se sintiera en el ambiente, Marina se lo dijo sin perder un minuto.

—Tienes que salir de casa, te estás marchitando y, aunque no te des cuenta, el ambiente de esta casa es deprimente. Tenemos que cuadrar un fin de semana en el que te vas a venir conmigo a Zaragoza.

—Si da lo mismo donde esté, el problema es que no llego a asimilarlo. ¡Joder, Marina!, ¡que estábamos bien, coño! Y por una discusión se va, sin más, sin una sola explicación. Y eso cuesta de digerir.

—Porque es un cobarde. Cuando dejes de darle vueltas, comprenderás que estás mejor sin él. Cuantos más detalles conozco de vuestra vida, más convencida estoy de lo que te voy a decir, ¡era como un vampiro!, te absorbía la energía, se aprovechaba de ti. Piénsalo bien y te convencerás, en vez de sentir lástima, sentirás una gran liberación.

—¡Pero yo lo quiero!

—Pues muy mal, en la vida hay que tener un poquito de orgullo, no mucho, pero es que tú careces hasta del mínimo necesario. Lo primero que debes hacer es salir de este enclaustramiento. ¡Que le den! ¡Hay vida después de Mateo y fuera de esta casa! ¡Descúbrela!

Andrea se quedó en silencio, no quería contestar, pero ella no lo creía así. Estaban bien y ya tenían una vida montada, y eso era lo único que quería, recuperar su vida. Pero no iba a discutir con ella, nadie la entendía. Hacía muy pocas semanas que habían hablado y no le dio la impresión de que lo suyo fuera una ruptura sin retorno. Por eso, con sutileza, cambió de tema.

—El mes que viene me voy a Madrid con mi hermano, con Julia y su compañero José.

—¡Estupendo! Pero en cuanto vuelvas te vienes conmigo a Zaragoza, te pongas como te pongas y, si no me acompañas, no me busques para nada. ¡Tú misma!

No le quedaba más remedio que aceptar, porque Marina era muy insistente y ya llevaba mucho tiempo tratando de convencerla y sabía que ya no podía darle más excusas. La verdad era que, desde que Mateo la había abandonado, Marina se había convertido en su único consuelo en cualquier momento del día. Al trabajar juntas, no tenía que quedar con ella o ajustar agendas para verse, como sucedía con Laura o Ana, sus amigas del colegio.

—¡Voy a ser un coñazo, lo presiento! ¿No ves que soy una compañía nefasta? ¿Qué pensarán tus amigas de mí?

—¿Y qué quieres que piensen? ¡Ay, mira que eres tonta, pues que eres un encanto! Lo dicho, en cuanto vuelvas de Madrid nos vamos.

No le dio opción para seguir protestando, le había dado un ultimátum. Sabía que era capaz de hacerlo. Todo el mundo le decía lo mismo; que tenía que salir, empezar a pasar página y era más fácil que, entre tanta gente que pensaba de esa manera, la equivocada fuera ella.

Después de escucharla y tratar de distraerla, Marina se levantó del sofá, donde habían estado cenando.

—Me voy, se hace muy tarde —le dijo—. Mañana nos vemos y no te olvides de lo que hemos hablado. No intentes escabullirte, ya me entiendes, no busques ninguna excusa que te estoy viendo venir. Si vienes, nos divertiremos y, poco a poco, te olvidarás de Mateo. Si no vienes, dejaremos a un lado la amistad, tú irás por tu lado, y yo por el mío. Lo siento, pero, si no quieres compartir

tanto lo bueno como lo malo, es tontería seguir llamándonos amigas. Tú eliges. —Antes de que Marina saliera de su casa, Andrea sabía que, en poco tiempo, pasarían un fin de semana juntas en la capital maña.



Andrea, cansada de recordar todo lo vivido, se levantó del sofá cuando ya eran las cuatro de la madrugada para meterse en la cama. No sabía si podría dormir; pero, desde que había llegado a casa a las tres de la tarde del viaje a Madrid, llevaba más de doce horas sin dejar de pensar en todo lo vivido.

Habían pasado ante ella todos los acontecimientos importantes de su vida junto a Mateo; sus momentos más dulces y divertidos, hasta los más duros y dolorosos. Se había autoinfligido, como penitencia, recordar los momentos más lastimosos, la bronca que le armó a Mateo y que fue la causa de su ruptura, pero, hasta entonces, sin perder las esperanzas de recuperarlo.

Sin embargo, la noche anterior, el azar o el destino quisieron que Andrea conociera la realidad de primera mano. ¡Y claro que lo hizo! A un metro de distancia, tuvo que ver cómo Mateo abrazaba y besaba a otra mujer. Y lo más cruel es que, si hubiera permanecido más tiempo en aquel bar, podría haberlo visto follar allí mismo, por lo menos eso parecía por la forma tan descarada de meterle mano a aquella chica.

Todas sus esperanzas cayeron igual que una construcción de piezas de madera al perder el equilibrio. Y ella sintió cómo se derrumbaba y golpeaba fuertemente su corazón.

Pasaría toda la noche así, pero a partir del día siguiente empezaría su nueva vida, no la había elegido ella, pero no le quedaba más remedio que aceptarla. No le quedaban más lágrimas por derramar, sus ojos estaban hinchados y secos. Todavía quedaban unas horas para que su corazón se dejara llevar y sufriera su desengaño, que se compadeciera y llorara todo lo que quisiera porque, a partir del día siguiente, no se iba a permitir seguir así por más tiempo. A pesar del dolor, sentía rabia, ya que mientras ella esperaba su vuelta con los brazos abiertos, Mateo estaba en los brazos, pero de otra o de otras.

Esa misma madrugada, totalmente vencida mientras iba del sofá hasta su cama, hizo el firme propósito de empezar de cero. Le costaría, pero tenía una voluntad de hierro.

Y, en contra de lo que ella suponía, en cuanto puso la cabeza sobre la almohada, se quedó dormida sin darse tiempo a pensar en nada más.

Durante horas se había reprochado aquel comportamiento, había sentido cómo su corazón se fustigaba al recordar todas las veces que había insultado a Mateo. Se había vapuleado a sí misma sin compasión, se había repetido tantas veces que el pecado era solo suyo que el sentimiento de culpabilidad no desaparecería de su mente nunca.

Pero, a pesar de todo eso, iba a empezar su nueva vida. A Mateo ya no podría recuperarlo, había aprendido la lección de la forma más dura; perdiendo a la persona amada.

El día siguiente amaneció de la mejor manera para comenzar una nueva vida. Era un día claro, ni una nube rompía el intenso azul del cielo. El calor de finales de mayo se dejaba notar. Andrea se despertó y apenas se paró a pensar, ya sabía que su vida era una mierda, pero no se iba a parar a recapacitar sobre ello.

Sin remolonear en la cama, se levantó y, cuando entró al lavabo y su imagen se reflejó en el espejo, casi le da un patatús.

—Joder, ¡qué susto! ¿Cómo voy a salir así a la calle? ¡Me multarán por asustar a la gente! —se dijo mientras se miraba y contemplaba horrorizada el resultado de un día completo de

mortificación—. ¡Se acabó! —exclamó en voz alta mientras se quitaba la ropa y abría el grifo del agua caliente de la ducha—. Se acabaron las lágrimas y la pena, ¡se acabó Mateo! ¡Qué patética he sido! Cinco meses esperando a que volviera, y él, mientras tanto, ¿qué hacía? ¡Se había olvidado de que existía! Pues, ¡pasemos página también!

Fue como si en su mente hubiera un interruptor y, hasta ese momento, hubiera estado apagado. De repente, al ver a Mateo con otra, se había encendido y lo veía todo con mucha claridad, tanta que su pena y dolor se habían perdido por el desagüe mientras se duchaba. Mirándose en el espejo, antes de entrar en la ducha, había tomado una firme determinación y cuando salió del lavabo era algo más que eso; se había convertido en una obsesión.

—Me voy a la peluquería, tengo que hacer algún cambio para que, al mirarme al espejo, me quede convencida —se decía a sí misma.

Por el camino pensaba en cortarse el pelo, como hizo su amiga Julia, sin embargo, al verse frente al espejo y contemplar las tijeras de la peluquera, no tuvo narices de hacerlo. Pero sí que se atrevió con otro cambio; el color. No quería sutilezas, tenía que ser algo osado y así lo hizo. Su melena castaña se convirtió en un vivo color cobre.

«A mi madre le va a dar un síncope cuando me vea —pensó observando su imagen reflejada en un escaparate—. Necesitaba hacerlo, tengo que cambiar muchas cosas en mi vida y este pelo significa el comienzo, el punto de partida».

Capítulo 8

Aquella determinación dio resultado y empezaba a seguir adelante con su vida sin Mateo a su lado. Iba despacio, pero con pasos seguros. Su estado de ánimo había cambiado y cada vez se parecía más a la alegre mujer que fue y que todo el mundo conocía y echaba de menos.

Marina y Andrea salieron casi corriendo del periódico para emprender el viaje a Zaragoza. Ya tenían el equipaje en el coche y en dos horas y media llegarían para cenar.

Se había convertido en una costumbre pasar los fines de semana con su amiga y compañera de trabajo en su ciudad natal. Se divertía mucho y, en esos momentos, se olvidaba completamente de Mateo.

Acababa de comprobar, con sus propios ojos, que Mateo la tenía más que olvidada, que ya no volvería con ella.

Aunque al principio fue un duro golpe, tenía que reconocer que había sido la mejor forma de pasar página. Lo que se podía llamar una terapia de choque. Y, al ver el resultado, tenía que reconocer que había sido lo mejor que le podía pasar.

Durante unos meses había mantenido sus esperanzas intactas; pero, aquella estampa y con una mujer tan diferente a ella, hizo que todas sus ilusiones cayeran de repente. Fue como si la venda que cubría sus ojos desde que Mateo se marchó de casa cayera sin más y viera por primera vez la realidad.

Y, después de esos terribles momentos en los que pensó que jamás podría reponerse y que nunca volvería a levantar cabeza, sucedió el milagro.

Igual que el ave fénix resurge de sus propias cenizas, algo así le estaba sucediendo a Andrea.

Esa misma semana, empujada por su compañera, se marchaba con ella a Zaragoza. La noche del sábado, junto a todos los amigos de Marina, revivió de su propia desgracia y, ante el asombro de su amiga, apareció la espontánea y divertida Andrea de siempre.

—¡Dios mío, Andrea! —le había dicho Marina con los ojos como platos viendo cómo se divertía—. ¡Has vuelto! ¡Eres tú!

—¡Tienes razón! Pero ¿qué me queda después de lo que vi en Madrid? ¡Nada! ¡Pues a otra cosa!

Ese sábado, Marina y Andrea llegaban tarde y suerte que solo tuvieron que cruzar el puente de Piedra, porque sus padres vivían en la calle Villacampa, pero, aun con todo, se habían retrasado mucho.

Corrieron por la zona de don Jaime, hasta llegar a las calles peatonales mayor concurridas a esas horas de la noche. Entraron en uno de los muchos bares, donde las esperaban el grupo de amigos de Marina. Después de saludar a todos y pedir al camarero lo que tomarían, se acomodaron en la mesa y contemplaron el ambiente.

—¡Me cago en la puta! ¡No me lo puedo creer! —maldijo Marina. Y es que era muy bruta y, como le decían sus amigos, hablando parecía un camionero. Todos se volvieron para ver qué le sucedía porque, por una tontería de nada, era capaz de soltar el mayor juramento que había.

—¿Qué te ha pasado? —preguntaron casi todos al unísono, mirándola con una interrogación en la cara—. ¿Qué te has olvidado esta vez?

—¡Andrea! ¿Ves a aquel hombre que está en la mesa del fondo a la derecha, justo debajo del cuadro de las uvas? —Todos se concentraron en aquella mesa y en el grupo que la ocupaba, pero

nadie los conocía, y a Andrea tampoco le sonaba aquella cara. Se volvió hacia Marina, preguntándole con los ojos qué pasaba con él—. Hija, ¡mira que eres pava! Llevamos dos semanas encontrándonos con él y con el otro que está de espaldas. ¿No los reconoces?

—¡Coño, Marina, que no! ¡No los he visto nunca! —aseguró Andrea esforzándose por encontrar en su mente la imagen de él.

—¡Pues te juro que son ellos! Comemos muchos días en el mismo restaurante.

—¡Vale, es casualidad! Tú te has fijado en ellos, y yo no. ¡Ya está! No me digas que soy pava. ¡Como si tuviera que fijarme en todos los hombres!

—¡En todos no, pero en estos sí! Si no pensaras tanto en quien no debes, no se te iban a escapar estos dos adonis. Pero ¡como siempre estás en la luna de Valencia, te lo pierdes todo!

En ese momento, el camarero les trajo la tabla de quesos que habían pedido junto a sus jarras de cerveza. Se integraron en la discusión del grupo, olvidándose de aquellos dos hombres.

Y, desde aquella mesa, Álvaro hizo una señal a su hermano, indicándole hacia dónde debía mirar. También él se había dado cuenta de que aquellas dos mujeres eran las que se encontraban a menudo en el mismo restaurante de Barcelona donde ellos comían todos los días.

Marina ya se había olvidado totalmente de aquellos varones que, una hora antes y acompañados por un numeroso grupo, habían abandonado el bar, no sin antes dirigirles una significativa mirada, ellos también las habían reconocido.

Sacó su paquete de tabaco y se levantó de la mesa.

—Chicos, salgo a fumar. ¿Me acompañáis? —preguntó casi por compromiso. Estaba acostumbrada a salir sola porque era la única del grupo que fumaba.

—Te esperamos aquí —dijo alguien sin quitar la atención de la animada conversación.

Andrea observaba los movimientos casi mecánicos de su amiga y no pudo evitar una sonrisa, siempre era lo mismo, estuviera donde estuviera. Después de coger el paquete de tabaco, buscaba el mechero apartando los vasos y botellas que estaban en la mesa, palmeándose los bolsillos traseros de su pantalón y volviendo a mirar otra vez dentro de su bolso porque nunca sabía dónde lo dejaba. ¡Era un caso con los mecheros! Igual tenía cinco que ninguno.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Andrea alargando la mano hasta coger su paquete de tabaco y abrirlo para sacar el mechero que estaba dentro. Ella, cuando lo veía por encima de la mesa y antes de que lo perdiera, siempre lo metía en la cajetilla. Se lo tendió cuando Marina estaba a punto de vaciar su bolso sobre la mesa.

—Sí, por favor. Ven conmigo.

Las dos se levantaron de la mesa y salieron a la puerta donde había concentrados un considerable número de fumadores. Se apartaron un poco de la misma entrada y se sentaron en el escalón de un portal contiguo.

—¿Los has visto cuando se han ido? —preguntó Marina, mientras inhalaba el humo con placer y dando una calada tan intensa que medio cigarrillo se carbonizó.

—¿A quién? —dijo Andrea que ya ni se acordaba sobre quiénes le hablaba, porque ella no había reconocido a nadie.

—¡Ostras, Andrea, te lo he dicho antes! Esos chicos que veíamos en el restaurante que hay al lado del periódico.

—¡Qué pesada eres! ¡Que yo no los había visto nunca! No me lo habías dicho hasta hoy, no sé en qué querías que me fijara.

—¡Ni que fueras ciega! ¡Si es imposible no fijarse en ellos! Pero, como siempre vas pensando en otra cosa, te pierdes los mejores momentos. El lunes, en cuanto nos los encontremos, me acercaré a ellos y les diré que los vi en Zaragoza.

Pasaron la noche de un garito a otro hasta que se despidieron del grupo para volver a casa. Y como si fuera cosa del destino, justo cuando pasaban por una de esas calles peatonales del casco antiguo, un grupo salía de uno de los numerosos bares, tropezándose casi con ellas.

—El destino se empeña en unirnos —le dijo uno de ellos a Marina, plantándose frente a ellas evitando que siguieran de largo.

—Eso parece, ¿verdad? —contestó esta con una amplia sonrisa.

Los dos se quedaron parados sin apartar los ojos el uno del otro; aunque, por lo que podía observar Andrea, se tenían más que contemplados. Marina era una mujer que llamaba la atención; menuda, igual que una muñeca, de aspecto delicado con una piel de porcelana, cualquiera la tomaría por una turista nórdica y no por española. Su rubia melena enmarcaba con delicadeza un rostro dulce, unas líneas suaves y armoniosas, y unos ojos azules tan claros que eran capaces de iluminar la noche más oscura. Y, si con todo eso no te había robado el corazón, lo haría esa sonrisa sensual que hacía imposible dejar de mirarla.

No era de extrañar que aquel hombre la observara de aquella forma. Andrea se apartó un poco, se sentía incómoda entre los dos, pero Álvaro, que por el rabillo del ojo vio sus intenciones, la incluyó rápidamente en la conversación.

—Soy Álvaro, y aquel que sale ahora es mi hermano —dijo señalando hasta la entrada del bar donde otro hombre, de la misma estatura y rasgos similares, se despedía con la mano de unos amigos—, Héctor.

—Yo soy Marina, y ella es mi amiga, Andrea. Sois de Barcelona, ¿verdad? Os veo a diario comer en el restaurante La Viña.

—No, somos de Zaragoza y vivimos en Barcelona desde hace cuatro años —contestó dejando sitio a su hermano, que se colocó a su lado, frente a aquellas dos mujeres—. Mira, Héctor —continuó señalándolas—. Ellas son Marina y Andrea, las chicas que nos encontramos casi todos los días a la hora de la comida.

—¡Qué casualidad!, ¿no? Yo también soy de aquí y trabajo en Barcelona. Ella es mi amiga y pasamos muchos fines de semana juntas, Andrea es la única barcelonesa.

Héctor miraba a Andrea sin pestañear. Las dos amigas eran muy guapas, pero completamente diferentes. Mientras Marina parecía nórdica, Andrea era la clásica belleza mediterránea con unos almendrados ojos verdes que transmitían todo el misterio que una mujer tiene oculto. Y, para terminar —por si todavía le quedaba una pizca de cordura—, unos labios gruesos y jugosos le hacían imposible dejar de mirarla.

Sin darse cuenta, allí estaban los cuatro sin apenas intercambiar una sola palabra, plantados frente a frente. Era una sensación rara, como si el mundo se hubiera parado a su alrededor y solo ellos siguieran respirando.

—¿Tomamos una última copa? —sugirió Héctor

Y juntos entraron en uno de aquellos bares. Aunque en algo se equivocó Héctor, ya que no sería la última copa, sino la primera de muchas más.

Capítulo 9

Apartir de aquel momento se hicieron inseparables. Héctor y Álvaro eran mellizos y, aunque los dos tenían la piel clara, el pelo rubio y los ojos azules; no se parecían entre ellos. Las dos se sorprendieron cuando entre bromas los hermanos les hablaron de su familia.

—Nosotros somos medios suecos —confesó Héctor.

—¡Y no solo eso, también somos medio *hippies*! —intervino Álvaro divertido al ver las caras de ellas.

—¡Venga ya! ¡Se quieren quedar con nosotras! No les hagas caso a estos tunantes. ¿No ves que son muy jóvenes para ser *hippies*? Además, no tenéis esa pinta, más bien de todo lo contrario —aseguró Andrea. Lo de medio suecos tenía un pase, pero lo de *hippies* no colaba.

—Mi madre es sueca y vino a España con unos amigos a una comuna que formaron en un pueblo abandonado de la provincia de Huesca. Allí conoció a mi padre y ya no volvió a Suecia. Se casaron, y primero nació Alex, dos años antes que nosotros.

—¡Claro, por eso sois tan rubios! —contestó Marina sorprendida por la historia.

—¿Tú también eres sueca? —le preguntó Álvaro riéndose—. Porque eres más rubia que nosotros.

—¡Qué tontería he dicho! No, soy de Zaragoza y sin ascendentes nórdicos. Mi padre es aragonés, y mi madre, navarra.

—¿Y tú, Andrea? —preguntó con curiosidad Héctor.

—Pues mi familia es de lo más aburrida, no hay mezcla de genes tan diferentes como los vuestros, mis padres son los dos de Barcelona.

Fue una curiosidad que dio para muchas conversaciones, ya que ellos viajaban al menos una vez al año a Suecia para ver a la familia. Claro que más les gustaba a sus tíos y primos venir a verlos a ellos a España.

Muy a menudo a partir de ese momento, conociendo su ascendencia, las dos amigas bromeaban con ellos comparándolos con Thor.

Álvaro era más fuerte que su hermano, aunque llevaban el mismo tipo de vida sin mucho tiempo para el deporte. En cambio, Héctor se mantenía mucho más delgado. Aunque ninguno de los dos tenía nada que ver con el musculado cuerpo del mitológico dios nórdico.

También en la forma de ser eran diferentes, Álvaro era abierto, de esas personas que no les cuesta entablar conversación con nadie, muy activo, siempre preparado para comerse el mundo.

Por el contrario, Héctor era más serio sin ser aburrido, pero era la cabeza reflexiva, el que siempre ponía un «pero» a cualquier deslumbrante idea de su hermano. Era el que mantenía los pies en el suelo, el que no se dejaba llevar por la euforia de una idea, como solía hacer Álvaro.

En un principio, cuando volvieron a Barcelona, todos los días comían juntos, aunque muchas veces los horarios no coincidieran.

—He llamado a Álvaro, le he dicho que hoy nosotras teníamos que comer antes. ¡Vaya mierda! No lo veré hasta la tarde.

Las dos se sentaron en la mesa que habitualmente compartían con ellos. Pero ese día sería imposible encontrarse. Las dos salían a cubrir una noticia de última hora.

Ya hacía un mes desde que se encontraron en Zaragoza y la vida de nuestras dos amigas había cambiado por completo.

Estaban leyendo la carta, cuando Marina, nerviosa, le dijo sin levantar la vista de la cartulina:

—Anoche me fui con Álvaro —le confesó tímidamente a Andrea.

—Ya te vi, ¿dónde fuisteis? —preguntó distraídamente, estaba pensando qué elegir; si una ensalada que es lo que debería o pedir un plato de pasta fresca que realmente era lo que le apetecía.

—¿Me quieres escuchar? Mírame. ¡Anoche me fui con Álvaro!

—¿Que ya te he oído...! ¿Que te fuiste...? —Por fin había entendido lo que Marina le quería decir. Apartó los ojos de la carta y, acercándose tanto a ella que casi se rozaban, le exigió—. ¡Empieza ya! ¡Tenías que haberme llamado!

—¡Pero es que hemos venido juntos!

—¿Toda la noche?! Empieza a contármelo todo. ¿Y por qué no me lo has dicho cuando has llegado al periódico?

—¡Te lo estoy contando ahora! ¡Madre mía, Andrea! ¡Me quiero casar con él! ¡Es el hombre de mi vida! ¡Lo amo con toda mi alma!

—¿Se puede estar más loca que tú? ¡Solo hace un mes que lo conoces! ¿Cómo te vas a casar con él? ¡Estás para que te encierren!

—Andrea, ¡es el hombre más maravilloso que he conocido! ¡Y él también me quiere! Me lo dijo ayer, ¡confesamos nuestros sentimientos y los dos nos amamos!

—¡Estáis locos!

—¿Tú no sientes nada por Héctor?

Andrea recapacitó, la verdad es que no se había parado a pensar en lo que sentía por él. Se habían vuelto inseparables. Las dos primeras semanas, salían los cuatro juntos; pero, a partir de entonces, lo hacían de vez en cuando. Álvaro y Marina querían más intimidad y muchas veces se iban por su cuenta.

Y ellos también salían solos, pero no se había planteado qué clase de sentimientos tenía hacia Héctor. ¡Maldita Marina! Con lo tranquila que estaba y, después de esa conversación, se taladraría la cabeza.

—¿Es que ni siquiera os habéis besado? —insistió Marina con los ojos como platos a punto de salirse de las órbitas—. ¿Después de un mes y ni un beso? ¿Y qué hacéis cuando estáis juntos?

—¡Nos conocemos! ¡Hablamos, nos reímos! ¡Solo hace un mes que lo conozco!

—Pues para mí es como si lo conociera de toda la vida. ¡Besa como los ángeles! Y, después de anoche, sé que es el único hombre que habrá en mi vida.

Y simultáneamente, en la oficina de los hermanos Arbea, mantenían una conversación, si no igual, muy similar.

—¿Se puede saber dónde has pasado la noche, golfo?

—¡Te lo pensaba contar! Pero hemos estado toda la mañana acompañados.

—¿Y a Marina también se lo ibas a contar?

—No hace falta que a ella le cuente nada, porque estábamos juntos. —La cara de Héctor fue todo un poema, lo miraba extrañado, como si después de pasar un mes juntos, hacer el amor con Marina no fuera lo más normal del mundo—. No me mires así. Estoy tan seguro de que Marina es la mujer de mi vida que tu dudosa mirada me cabrea. ¡Estoy enamorado de ella!

Héctor cada vez estaba más asombrado y le costaba creerlo. La verdad era que, a esas alturas, esperaba otra cosa; que Álvaro le dijera que se había cansado de ella, que no volverían a salir juntos, ¡algo así! ¡Cualquier cosa!, todo menos lo que acababa de escuchar.

—¿Estás seguro? —preguntó Héctor, necesitaba que su hermano se lo confirmara.

Lo conocía muy bien y sabía que las mujeres le duraban un suspiro. Álvaro tenía fama de

veleta, de ir de flor en flor. Héctor no lo veía con una relación. Aunque tenía que reconocer, en ese momento en el que se paraba a pensar, que Marina era especial, jamás había visto a su hermano tan ilusionado y feliz, no había caído en ello hasta que este le había confesado sus sentimientos.

Álvaro miraba a su hermano esperando su aprobación o sus bendiciones.

—¿Qué piensas? ¡Dispara ya! —exclamó nervioso. Valoraba mucho la opinión de su hermano a pesar de tener los mismos años. Él siempre había sido el alocado, el descerebrado, el irresponsable, «el bala perdida». En cambio, Héctor era el sensato, el juicioso.

—Me ha cogido por sorpresa, no me lo esperaba. Pero tengo que reconocer que, desde que estás con Marina, te veo más centrado y mucho más feliz.

Álvaro, al escuchar esas palabras, respiró con tranquilidad. Saber que su hermano tenía ese buen concepto de su relación, lo relajaba.

—¿Y tú? ¿Cómo vas con Andrea?

—No me lo he planteado ni me he parado a pensar. Salimos, estamos bien juntos, hablamos, nos empezamos a conocer.

—¿Y no querrías conocerla en otro aspecto? —preguntó Álvaro con una sonrisa en sus labios llena de picardía.

Héctor no pudo evitar soltar una fuerte carcajada, pero al escuchar a su hermano le vino a la cabeza que le gustaría conocer a Andrea en la intimidad porque, todo lo que iba descubriendo en ella, ¡le encantaba! Su forma de ser, su alegría, su espontaneidad, sus ojos, sus labios, su cuerpo, su forma de vestir, de hablar, de caminar... ¡Le gustaba todo de Andrea! O, mejor dicho, ¡le gustaba Andrea!

La voz precipitada de Álvaro, lo sacó de su ensoñación.

—Voy a bajar un momento al restaurante, quiero ver a Marina. Hoy no comerán con nosotros, tienen que estar a las tres en el Museo Nacional del Arte de Cataluña, dentro del Palacio de Montjuic, para hacer unas entrevistas. ¿Vienes conmigo?

—Ve tú, yo no puedo, en cinco minutos tengo una visita.

Álvaro salió disparado.

Cuando Héctor se quedó solo en la oficina, alargó la mano para coger su móvil y, durante unos segundos, lo miró vacilante. Al final no le dio más vueltas y con decisión escribió:

«¿Nos vemos esta noche?».

Pero, antes de enviarlo, se quedó mirando fijamente la pantalla y volvió a escribir, esa vez muy despacio. Su dedo tocaba suavemente cada letra, dejando plasmado en la pantalla algo que no pensó que diría.

La culpa era de su hermano y sus locas ideas que, sin querer, también se metían en su cabeza y hacían mella. A Héctor todo el mundo lo tenía por el mellizo reflexivo, de pensar mucho; tanto lo que hacía, como lo que decía. Pero lo que nadie imaginaba era que, en muchas cosas, se dejaba influenciar por su alocado hermano.

No lo pensó más y lo envió.

«Te echo de menos».

A muy poca distancia, Álvaro entraba en el local y, en cuanto las vio, se acercó a ellas con una enorme sonrisa en los labios. Tanto Andrea como Marina enseguida lo vieron acercarse y le sonrieron de la misma manera. Se sentó al lado de la rubia que le volvía loco y la besó con urgencia, ante la cara de asombro de Andrea. Segundos después, bajo peligro de morir asfixiados,

finalizaron aquella unión y ambos tomaron aire.

—¡Te echaba de menos! —susurró Álvaro para justificar el tórrido beso que acababa de darle.

—¡Y yo a ti, cariño! Pero creo que estos besos no deben de ser legales.

Los tres rieron y mantuvieron una rápida conversación. Pero, antes de marcharse, tuvo que dedicarle a Marina unas carantoñas. Andrea, para darles un poco de intimidad, cogió su móvil y vio varios mensajes, pero solo uno le llamó la atención: «¿Héctor? ¿Qué querrá?».

Y, si ver que le había mandado un mensaje le puso ya nerviosa, cuando leyó el contenido se quedó como un flan. No fue la primera línea lo que la alteró, podía pedirle para quedar, era de lo más normal. Pero, cuando leyó la segunda frase, el móvil casi se le resbala de las manos, incluso se atragantó. Cogió el vaso de agua para evitar toser. Volvió a leerlo. No cabía duda, había leído bien. ¡La echaba de menos!

Álvaro se despidió, y ellas poco después se levantaron para coger el coche. Cada una iba pensando en sus cosas.

Andrea no le había contestado, pero iba a hacerlo. A ella también le apetecía verlo, se encontraba muy bien a su lado, demasiado. Desde que había empezado a quedar con Héctor, había días que al llegar a la cama se daba cuenta de que en todo el día no se había acordado de Mateo ni una sola vez, que era aquel rubio, con unas facciones suaves, él que ocupaba su mente todo el tiempo.

Cuando salieron del Palacio de Montjuic, se sentaron a tomar una cerveza, justo arriba, desde donde podían ver toda la ciudad a sus pies. Hacía una bonita tarde de verano, pero allí, bajo los inmensos árboles, el ambiente era genial.

Marina sacó su móvil, tecleando sin parar, seguro que hablando con su amado Álvaro. Andrea hizo lo mismo. Volvió a leer su mensaje y le contestó. Le apetecía mucho quedar con él.

«Ok. ¿Dónde quedamos?».

Y le sucedió lo mismo que horas antes le había pasado a Héctor, empezó a escribir y, cuando terminó y antes de enviarlo, dudó durante unos segundos, pero al final lo hizo.

«¡Qué narices! —pensó—. Yo también lo echo de menos, quiero estar con él y, desde que Marina me confesó y he visto con mis propios ojos cómo va su relación, yo también quiero probar esos labios. ¡Ea, ya lo he hecho!», recapacitó. Por fin había reconocido para ella misma cuáles eran sus deseos inconfesables.

«Yo también te echo de menos, ¡mucho!».

Héctor estaba en su despacho, cuando un «hey» —el sonido que el hada de Link, Navi, utilizaba en el juego de *Zelda*— le avisó de que había recibido un nuevo mensaje y, cuando vio que era de Andrea, quería ir tan rápido que no acertaba.

Mientras lo abría, la cabeza le dio para pensar muchas cosas, ¿y si se había metido en un terreno pantanoso? Conocía su ruptura, los motivos y lo mal que lo había pasado, lo que no sabía era si todavía sentía algo por su exnovio. La verdad era que sobre eso habían hablado, pero siempre pasaban de puntillas, ninguno de los dos se sentía muy cómodo con aquel tema de conversación.

Podía darle largas para volver a quedar, que le expresara que la echaba de menos, para Héctor tenía unas connotaciones especiales. Dependiendo de cuál fuera la postura de ella, sabría si, como le había dicho su hermano, podía adentrarse en una nueva fase con Andrea o, de lo contrario, hasta allí había llegado su historia.

Él estaba más que dispuesto a dar un paso más, a entrar en una nueva etapa junto a ella. Deseaba compartir nuevas experiencias, algo más carnal, más excitante, la deseaba a ella. Sentía curiosidad y verdadera lujuria cada vez que pensaba en esos labios y qué sería sentirlos bajo los suyos.

Dudó un poco antes de leer su mensaje, estaba nervioso y temía que ella no quisiera seguir adelante, por eso cuando en su pantalla apareció las palabras que Andrea había escrito, en vez de calmarse, todavía se puso más alterado. La excitación lo sacudió como si una potente descarga eléctrica hubiera atravesado todo su cuerpo. No solo aceptaba quedar esa tarde, ¡sino que también lo echaba de menos!

Suerte que estaba solo y no tuvo que pasar por el escrutinio de su avisado hermano, porque, aunque nadie más notara el cambio que se había producido, él lo hubiera hecho; lo conocía mejor que nadie.

«¡De hoy no pasa! ¡Por fin probaré el sabor de esos labios por los que tantas veces suspiro!».

«¿Te paso a buscar al periódico?».

Contestó Héctor sin perder más tiempo.

Segundos después, Navi le avisó de que volvía a tener un nuevo mensaje.

«No estoy en el periódico, estoy con Marina tomando una caña en Montjuic, hemos acabado ahora mismo».

«¿Dónde quedamos?».

Preguntó ya nervioso Héctor.

«Paso a buscarte por la oficina, ¿te parece?».

Propuso Andrea.

«Ok. Te espero aquí. No tardes».

Contestó lleno de impaciencia.

Andrea no pudo evitar que una sonrisa iluminara su cara, gesto que no pasó desapercibido para Marina.

—¿Y esa sonrisa? —le preguntó llena de curiosidad—. ¿Se puede saber con quién estás hablando?

Levantó la vista del móvil y la fijó en la cara de su amiga, que la miraba llena de curiosidad. No podía esconderlo por más tiempo. Hasta ese instante, siempre que Marina le preguntaba, ella se escaqueaba como podía, cambiando de conversación o simplemente escondía lo que empezaba a sentir por Héctor bajo una amistad.

Pero, saber que Álvaro y Marina habían compartido más que unos besos y después ver con sus propios ojos esa intimidad, le produjo una punzada de envidia, ella también deseaba compartir lo mismo con Héctor.

—Hablabas con Héctor. Pasaré a buscarlo a la oficina —comentó con naturalidad, como si fuera la cosa más normal del mundo—. De paso, te dejo donde quieras.

—Álvaro iba a venir a buscarme desde la oficina, pero, si tú vas allí, le digo que me espere. — Y, sin decir nada más, volvió a teclear en su móvil. Segundos después, dejándolo sobre la mesa y, como si acabase de comprender que allí había algo más, concentró toda su atención en Andrea—. ¡Desembucha! —le exigió.

Ya sabía ella que aquello no iba a quedar así, Marina tenía que enterarse de qué estaba

sucediendo. Y lo mejor de todo era que ella estaba deseando contárselo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó riendo, sabiendo que le iba a confesar a su amiga unos sentimientos que ella casi acababa de descubrir.

—¿Cómo? ¡Pues todo lo que me escondes!

—¿La verdad? —manifestó mirando fijamente a su amiga, mientras esta movía la cabeza asintiendo—. Me he dado cuenta de que me estoy enamorando de Héctor. Desde que os he visto besaros, estoy deseando probar sus besos, aunque también me da un poco de miedo.

—¿Miedo de qué? —interrogó asombrada Marina—. Es solo un beso.

—Tengo miedo de que, al besarlo, lo compare con Mateo, que me dé cuenta de que sigo enamorada de él y no pueda seguir adelante con Héctor. —Marina se quedó pensativa, los miedos de su amiga eran muy normales y sería una putada que sus ilusiones se desvanecieran así. No podía decirle que no pasaba nada, porque no era verdad y el miedo de Andrea era un miedo real. Pero también sabía que, si no lo probaba, no lo sabría con certeza—. No me gustaría romper con Héctor porque un simple beso nos separe, pero sé que será así. Él tiene unas expectativas para nosotros, y yo creo que también, pero todo dependerá de lo que sintamos al besarnos.

—Puedes posponerlo, no hace falta precipitarse. Podéis seguir como hasta ahora —la aconsejó Marina—. Si no estás segura, no necesitas hacerlo.

—Ya es tarde. —Suspiró enseñándole el mensaje de Héctor y su contestación.

Marina lo leyó y lo entendió perfectamente, el mensaje de Héctor le daba a entender muchas cosas, y la contestación de ella era una invitación.

—¡Hala, pues no se hable más! ¡Ya está todo dicho!

—¿Nos vamos? —preguntó Andrea, apurando su bebida.

Sin más, bajaron las escaleras, pasaron por delante de la famosa Fuente Mágica, en esos momentos con surtidores normales sin las luces ni la música que la hacían famosa. Finalmente llegaron a la Avenida María Cristina, donde habían aparcado el coche.

Capítulo 10

En menos de media hora, estaban delante de la oficina. Álvaro, inquieto, paseaba por la acera sin perder de vista los coches que se acercaban, las esperaba en la puerta. En cuanto las vio, fue hasta ellas, las saludó y, después, besó a Marina como si hiciera un año que no lo hacía.

—Héctor está arriba, esperando una llamada importante. Me ha dicho que subieras. No creo que tarde mucho.

—Vale, subo. Nos vemos mañana —aseguró algo nerviosa, se quedaba sola ante el peligro.

—¡Te llamo luego! —le gritó Marina, mientras ella se perdía junto a Álvaro entre los demás transeúntes.

Andrea se volvió al escucharla y sonrió al ver cómo Marina le guiñaba un ojo y cruzaba los dedos. La observó mientras se alejaba junto a Álvaro que la estrechaba contra su costado. Hacían una buena pareja. Sería mucha casualidad que las dos amigas, el mismo día, conocieran a dos hermanos y que se convirtieran en pareja, ¡esas cosas nunca sucedían!

Andrea esperó al ascensor. Cuando este llegó, entró y subió hasta el cuarto piso. Atravesó el pasillo hasta llegar a la oficina de Diseño Gráfico de los Hermanos Arbea.

Cuando sonó el timbre, Héctor accionó el botón de abrir, Álvaro le acababa de mandar un mensaje avisándole de que Andrea subía ya. Lucía, la secretaria, ya se había marchado, igual que Joan, que junto a Álvaro y Victoria se encargaban del Departamento de Diseño e Informática realizando páginas web modernas y creativas, además de funcionales.

Marcela, con Roberto y Carmen, se ocupaban del Departamento de Packaging o el diseño de embalajes y branding o, lo que es lo mismo, crear una marca a partir de un producto.

El último departamento era el de Héctor, el de Maquetación Editorial y Creación de Portadas. Junto a él trabajaban Teresa, Carlos y Javier.

La oficina estaba vacía, no quedaba nadie del personal que trabajaba allí, solamente estaban ellos dos. Héctor salió de un despacho y le hizo señas con la mano para que entrara y fue tras él. Este se sentó de nuevo en su sillón y cogió el teléfono.

—Discúlpeme, pero había saltado la alarma —mintió Héctor señalándole una silla para que se sentara—. Al salir mis compañeros la habrán accionado —siguió con su embuste descaradamente, mientras la miraba haciendo pucheros.

Andrea lo observaba y aquella expresión le pareció tan tierna que a punto estuvo de lanzarse y besarlo de una vez. «¿Se puede ser más guapo?», pensó mientras lo miraba sin perder ni uno solo de sus gestos. ¡Estaba para comérselo! ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

¡Claro que lo sabía! Pero nunca lo había observado tan minuciosamente como en ese momento.

«¿Y esa voz?», siguió pensando Andrea, mientras todos sus sentidos se veían desbordados por aquel hombre que tenía delante. Mira que habían hablado horas y horas, pero jamás había prestado una atención tan detallada como estaba haciendo en estos momentos, podía distinguir las distintas características, el tono de su voz grave, muy varonil, y a la vez resultaba melodioso. Solo de escucharlo se estaba poniendo a mil.

«¡Cálmate, Andreíta, no seas loba! —pensó al sentir cómo su cuerpo empezaba a reaccionar—. ¡Que tú con una mente tan calenturienta te estás poniendo verraca!».

Pero, por mucho que lo intentaba, no podía apartar los ojos de Héctor, que se había metido de nuevo en la conversación que mantenía por teléfono, ignorándola.

Andrea se hizo una pregunta: «¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que hice el amor?».

La respuesta la sorprendió. ¡Seis meses, más o menos! ¡Con razón su cuerpo estaba excitado! Llevaba seis meses marchitándose.

Todos los gestos que Héctor hacía inconscientemente estaban despertando en Andrea el deseo. Todo lo encontraba sexi, incluso el simple movimiento de su mano, pasándola por la nuca y estirando así el cuello, le parecía sensual.

También comprobaba lo apasionado que era vendiendo su trabajo, aunque hablaba con palabras que no había escuchado jamás, que suponía que serían sobre programas informáticos desconocidos para la mayoría de personas.

En ese momento, Héctor levantó la mirada y sus ojos se encontraron. La sonrisa que le dedicó provocó que toda la sangre de su cuerpo se concentrara en la cara. «¡Me ha pillado!», pensó Andrea sin poder apartar la vista de él. Y, cuando le guiñó un ojo con una expresión llena de picardía, ya no pudo coordinar sus pensamientos por más tiempo, solamente corresponderle con una sonrisa.

Para disimular su azoramiento y todos los pensamientos subidos de tono que pasaban por su mente y que ella temía que Héctor pudiera adivinar, sacó precipitadamente su móvil, intentando esconder su cara durante unos segundos, hasta que se bajara el sofocón. ¡Debía de estar roja como un tomate! Notaba hasta el calor que desprendía.

No sabía qué le pasaba cuando Héctor la miraba así, de esa forma, entrecerrando los ojos y con una media sonrisa, como si se la quisiera comer entera. Le estaba entrando complejo de Caperucita delante del lobo.

¿Y ella cómo reaccionaba? ¡Como si fuera una colegiala, ruborizada hasta las orejas! Jamás se había comportado así ni siquiera cuando era adolescente.

—No se preocupe que, mañana jueves por la tarde o como muy tarde el viernes por la mañana, le mando la portada que tenemos en mente —decía Héctor al interlocutor del teléfono—. Solo tengo que añadir un par de elementos para que quede lista. Después, cuando reciba las maquetas, hablamos de nuevo. Quedamos así. —Andrea tuvo tiempo de recomponerse mientras Héctor se despedía. El silencio, durante unos segundos, llenó la habitación mientras ellos se observaban—. ¡Ya está! Siento haberte hecho esperar, pero era una de las escritoras más famosas del país y poder hacer la portada de uno de sus libros es todo un privilegio y a la vez un gran desafío. Si le gusta y sale bien, nuestro éxito está asegurado. Pero, si no..., mejor no pensar en ello. ¿Cómo ha ido el día?

—Bueno, hemos entrevistado a un grupo de expertos, tanto españoles como americanos, en el arte románico.

—Suen a aburrimiento total.

—Pues uno de ellos es de tu tierra, de Jaca, y de aquí se iban a estudiar la fachada de la catedral.

—Es verdad, la catedral de Jaca es del románico. No me acordaba. Y hay muchos pueblos de la zona con iglesias románicas.

—Ya me he enterado, si quieres te doy una clase particular.

—No de eso, precisamente. Preferiría de otra asignatura.

—¿Sí? ¿De qué asignatura? —interrogó Andrea sin pensar en las consecuencias.

—¡No me provoques! —Fue la contestación de Héctor, pensando en algo como la biología y, sobre todo, una clase sobre el cuerpo humano; su cuerpo, en especial. Y, sin darle tiempo a pensar, le volvió a preguntar algo mucho más directo—. ¿Has leído mis mensajes?

—Sí, ¿y tú los míos? —contestó levantando una ceja y dejando que Héctor tomara la iniciativa.

Él comprendió que no quería ser la primera en contestar y no le importó hacerlo a él, aunque con cierto temor en abordar lo que sería un paso adelante para su relación, hasta ese momento más bien de amigos, eso sí, con mucha afinidad.

—¿De verdad me echabas de menos? —preguntó rodeando la mesa y quedando frente a ella.

Andrea estaba nerviosa, pero apenas se le notaba. Se mantenía firme frente a él. Con una sonrisa pícaro donde las hubiera, provocó que Héctor se removiera inquieto.

—¡Claro! Parece que me he acostumbrado a tu compañía. —No iba a seguir hablando, pero al final no pudo contenerse, no estaba en su naturaleza hacerse la tímida cuando no lo era. No le gustaban los juegos de medias palabras, ella era clara y no iba a dejar de serlo—. La verdad es que es muy fácil estar a tu lado y conversar contigo. Me siento muy a gusto. —¡Ya estaba dicho! Tampoco hacía falta tirarse a la piscina, una sutil pista era más que suficiente. Tras lo cual le tocaba hablar a él y, según la contestación, sabría si le pasaba lo mismo que a ella.

Héctor no contestó, pero en cambio se acercó más a ella y fue aproximando sus labios a los de Andrea. El movimiento fue muy despacio, casi a cámara lenta, esperando que ella se alejara o se quedara quieta, dándole la oportunidad, sin palabras, de rechazarlo o de recibir ese beso.

Pero Andrea no se movió ni un milímetro. Tenía miedo de que de ese primer beso entre ellos dependería su futuro. Durante todo el mes, al menos mientras estaba con Héctor, no se acordaba de Mateo ni un solo segundo. Pero ya todo era diferente, necesitaba saber si en el aspecto físico tampoco lo añoraba y si los besos de Héctor podían desbancar del todo al hombre que había ocupado su corazón durante tantos años.

Por fin sus labios se rozaron y durante un segundo se quedaron quietos, como si ninguno de los dos se atreviera a seguir adelante sabiendo lo que podía significar. Fue la propia Andrea, quizás la más valiente, la que abrió sus labios y los presionó contra los de él. Y todo lo demás se desencadenó.

Héctor aceptó la invitación sin más titubeos, arrastró sus manos cogiéndola por la cintura y, mientras su cuerpo se estrechaba contra el de ella, sus labios comenzaban un beso, quizás el más importante de sus vidas.

Cuando lo dieran por terminado, los dos tendrían claras muchas cosas.

Andrea sabría si Héctor podría reemplazar a Mateo, si no quedaba nada dentro de ella que añorara a su antiguo amor. Si podía empezar una relación con él sin sentir ningún remordimiento. Si las señales de su cuerpo eran verdaderas.

Héctor no tenía que demostrarse nada a él mismo, pero sí infundirse confianza sin que ningún fantasma del pasado se interpusiera entre los dos.

Él la oprimía con fuerza, quería sentirla utilizando todos sus sentidos. ¡Era una sensación increíble!

Mientras sus cuerpos se contoneaban, buscando el mayor roce posible entre ellos, el aroma de Andrea penetraba dentro de él, igual que lo hacía el sabor de su boca. También en su oído se colaban todos los suspiros y gemidos que ese apasionado encuentro estaba provocando en ella.

«Es una experiencia única —pensó Andrea—, imposible compararla con cualquier otra y tampoco quiero hacerlo». Ese beso, el primero que compartía con Héctor, no era equiparable a ningún otro que sus labios hubieran saboreado antes. Ni mejor ni peor, diferente y único.

La fuerza con la que sus brazos la apresaban y la dulzura que destilaban sus labios era una combinación irresistible.

Andrea cerró los ojos y dejó que las sensaciones la transportaran y la hicieran volar. Solamente quería dejarse llevar. Y es que estaba en una nube y no sabía distinguir si todo lo que sentía estaba

sucediendo de verdad o era uno de sus innumerables sueños.

Cuando los labios de Héctor se separaron de los suyos, abrió los ojos y comprobó que no era un sueño, Héctor estaba frente a ella rozándola con sus calientes y sensuales labios.

—¡Joder, Andrea! ¡Me matas! ¡Eres perfecta!

—Lo mismo digo. ¿Sabes? —Pensó durante unas décimas de segundo y al final habló con sinceridad—. Tenía miedo de que me besaras.

—¿Y eso? —preguntó él con curiosidad.

—¿Cómo te lo explico? —Puso en orden su cabeza y enseguida eligió las palabras correctas para hacerlo. Era rápida—. No es que no me apeteciera probar tus labios, pero tenía miedo de que mientras me besabas otra persona se colara entre nosotros. También temía las consecuencias que tendría si fuera así. Siendo más directa, me daba miedo de que mientras ocurría pudiera pensar en Mateo y añorar sus besos.

—¿Y ha sucedido? —indagó Héctor con un hilo de voz.

—¡Para nada! Lo único en lo que podía pensar era en que no sabía si estaba soñando. Pero nada más. Además —contestó rápidamente para tranquilizarlo—, ¡ha sido un beso único! ¡Jamás podría compararlo con ningún otro!

La respuesta de Héctor fue contundente y volvió a saquear su boca. Sus labios se movían con mayor deseo y con más tranquilidad, mientras sus manos no paraban quietas. Después de unos segundos o quizás minutos, Héctor comprendió, lleno de frustración, que si seguían así acabarían tirados en el suelo o sobre la mesa y no quería que eso sucediera en su primera vez. Así que con un enorme esfuerzo apartó sus manos, terminó el beso de repente y se alejó de ella.

—¿Nos vamos? —sugirió suspirando lleno de frustración y separándose de ella muy a su pesar—. Si seguimos así, no voy a tener voluntad para mantenerte vestida por mucho tiempo.

—Será lo mejor —aceptó Andrea con el mismo suspiro lleno de frustración que él y reconociendo que tenía razón.

Se recompusieron y colocaron bien sus ropas, aunque Héctor tuvo que hacer malabares para recolocar su miembro, totalmente erecto, dentro de sus pantalones.

—Te invitaría a cenar en casa —le dijo mirándola con deseo—, pero sé que mi hermano me habrá cogido la delantera.

—Sí —masculló pensando en la confesión de Marina esa misma mañana—. ¿Quieres venir a la mía? —preguntó inesperadamente, su subconsciente se colaba más veces de las que debía.

—¿Estás segura? ¿Sabes lo que sucederá si nos quedamos en un lugar a solas? Pues ni más ni menos que lo que acabamos de evitar hace unos segundos.

—¡Claro que lo sé! ¿Piensas que yo no lo estoy deseando?

Ya no tuvo que decir nada más, la cogió de la mano, y salieron a toda velocidad de la oficina. Tuvieron que volver sobre sus pasos al darse cuenta de que no había conectado la alarma.

—Me nublas tanto el entendimiento que no sé ni lo que hago —aseguró Héctor mientras volvían de nuevo hacia el ascensor.

Ya en la calle, se montaron en el coche de Andrea que tenía aparcado casi delante de la oficina y, a pesar del intenso tráfico, no les costó llegar. Apenas pudieron hablar durante todo el viaje, estaban más que excitados, se deseaban y la ansiedad por llegar los estaba matando.

Héctor no podía ni mirarla porque, si lo hacía, se abalanzaría sobre ella para volver a tomar posesión de esos labios. Desde que los había probado, no tenía otra cosa en mente que volver a besarla. Por eso prefería mirar por la ventanilla.

Andrea, que desconocía del esfuerzo casi hercúleo que Héctor estaba haciendo, lo miraba de reojo preocupada. No entendía su indiferencia, cuando unos minutos antes la devoraba. Al final no

pudo contenerse.

—¿Te pasa algo? Si no te apetece venir, no tienes por qué hacerlo, te puedo dejar donde me digas.

—¿Eso es lo que estás pensando? ¡Nada más lejos de la realidad, Andrea! No puedo ni siquiera mirarte para mantenerme quieto y no lanzarme sobre ti —se sinceró sin mirarla—. Desde que hemos salido de la oficina, no puedo controlarme y me estoy obligando, como humanamente puedo, para mantener las manos alejadas de ti.

Andrea no pudo evitar que el calor subiera a sus mejillas tiñéndolas de color escarlata. Pero la satisfacción se reflejaba en sus ojos y una sonrisa tonta apareció curvando sus labios. Sin añadir nada más, siguió conduciendo hasta llegar a su casa.

Dejó el coche en el aparcamiento y subieron los tres pisos. Estaban solos, pero no se atrevía a acercarse a ella, porque no respondía de poder parar de nuevo.

Cuando llegaron a la puerta, Andrea, nerviosa, sacó las llaves del bolso y, con mano temblorosa, intentó meterla en la cerradura sin conseguirlo. Los dos miraban el cerrojo como si la intensidad de sus miradas fuera suficiente para abrir aquella puerta.

Por fin esta cedió y los dos se quedaron mirando el interior sin atreverse a cruzar el umbral. Al final entraron con rapidez y, en cuanto la puerta se cerró tras ellos, a Héctor le fue imposible esperar más tiempo. La cogió por la cintura atrayéndola hacia él y dio rienda suelta a su cuerpo.

Se había contenido tanto durante la última hora que, con ella entre sus brazos, era imposible seguir haciéndolo. De ahí en adelante solo mandaba su cuerpo.

Capítulo 11

La excitación entre ellos crecía hasta lo más alto por momentos. Jamás con Mateo le había sucedido algo así, él era más calmado, se dejaba llevar, pero sin urgencia. Eso no quitaba que disfrutase siempre del sexo junto a él. Pero Héctor era todo lo contrario, muy impetuoso, impaciente, era fuego y ella estaba ardiendo entre sus brazos.

Lo cogió de la mano y fueron directos a su habitación. En cuanto entraron, Héctor descubrió muchas cosas de Andrea con una simple mirada, su habitación era igual que ella, alegre y romántica, eso fue lo primero que pensó al ver esas paredes pintadas de color lila y llenas de alegres cuadros. Era una de las aficiones de Andrea, le encantaba la pintura y toda su casa era una muestra de ello. Romántica, por la colcha blanca y rosa de la cama con cabezal de forja blanca. Y personal porque el tocador y las mesitas de noche estaban llenas de objetos, libros que estaba leyendo, ¿un diario? Sí, sí era un diario, ¿qué mujer de treinta años escribía todavía un diario? Una muy romántica. Había también frascos de perfumes y muchas cajitas.

—¡Ya sé lo que estás pensando! Que tengo demasiadas cosas, ¿verdad? —se disculpó ella al ver cómo Héctor recorría su habitación con curiosidad y con asombro.

—Te equivocas. Pensaba que esta habitación es igual que tú. Lleva tu personalidad impresa en cada detalle.

No sabía si decírselo o no, pero al final pensó que si estuviera en su lugar se sentiría mejor al saber algo así.

—A los dos meses de la marcha de Mateo, o un poco antes, cambié por completo el dormitorio y muchas cosas de la casa. No me sentía cómoda. La puse a mi gusto y al de Marina, porque Julia estaba lejos entonces.

—¿Te sentiste mejor? —preguntó Héctor.

—Tengo que reconocer que fue un paso muy importante. Ahora siento esta casa solo mía sin ningún fantasma.

—Pues si solo estamos tú y yo —continuó arrastrándola hasta la cama—. No perdamos más tiempo con la decoración.

Sin más demora, la tumbó en la cama colocándose sobre ella mientras buscaba sus labios. Ya no se volvieron a acordar de la decoración ni de Mateo o de ese diario que tanto había asombrado a Héctor. Todo a su alrededor quedó olvidado cuando sus cuerpos se unieron formando uno, y sus labios se fundieron en un beso apasionado y muy ardiente.

Sin dejar de besarla, Héctor cogió la orilla de la camiseta de Andrea y tiró hacia arriba, sacándola por la cabeza. La miró y, al verla con ese sujetador tan sugerente y que dejaba al descubierto gran parte de sus pechos, no pudo evitarlo y sus manos volaron al cierre para deshacerse de él.

—Andrea, ¡tengo que verte! ¡No puedo centrarme!

Se apartó de ella para quitarle el resto de la ropa, bajo la vergonzosa mirada de Andrea mientras sentía los ardientes ojos de Héctor sobre ella. Cuando no quedó nada sobre su cuerpo, Héctor se deshizo de la suya tan deprisa que a ella no le dio tiempo de verlo ni de disfrutar de un momento tan erótico. Ocurrió en un visto y no visto y, cuando se quiso dar cuenta, lo tenía encima.

—¡Eres un tramposo, no me has dejado verte! —protestó Andrea.

—¡Pero voy a dejar que me sientas! —afirmo Héctor mientras se colocaba entre sus piernas,

adueñándose, con aquel simple gesto, de cada centímetro de su piel.

Y ya no pudieron hablar ninguno de los dos, sus bocas se besaron y sus cuerpos se acoplaron de tal forma que parecían un solo ser. Héctor entraba y salía de ella disfrutando de una sensación indescriptible, y Andrea se quedaba sin respiración cada vez que él la penetraba. Se sentía colmada y no podía evitar que, con cada embestida, un gemido se perdiera dentro de la boca de Héctor. Al final, no pudieron aguantar por más tiempo la excitación y se vieron sorprendidos por un increíble orgasmo. Disfrutaron hasta el último segundo de todas las sensaciones que el placer estaba dejando en sus cuerpos, hasta que solo les quedó una paz tan grande que se quedaron completamente relajados uno en brazos del otro. Héctor se dio la vuelta arrastrándola consigo hasta quedar sobre su pecho.

—¡Todavía no he acabado contigo! Así que no intentes huir —le dijo al sentir cómo Andrea se removía entre sus brazos.

—No pensaba huir, tan solo iba a ponerme a tu lado, creo que peso demasiado.

Héctor la cogió con firmeza y la mantuvo sobre su pecho, sin dejar que se moviera ni un milímetro de donde estaba. Todavía seguía dentro de ella.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Realmente crees que no puedo contigo? No me ofendas, por favor, Andrea. —Y, sin más, empezó a hacerle cosquillas en la cintura, provocando que sus movimientos lo volvieran a excitar y quedara anclado de nuevo dentro de ella.

—¡Oh, Dios mío! —agregó mirando donde sus cuerpos se unían—. ¡Esto no debería estar así! Tendría que seguir en reposo.

—¡Tú tienes la culpa! Así que haz algo para arreglarlo.

Eso hizo y esa vez con más calma se volvieron a amar, despacio porque ya no tenían la urgencia del principio, ya solo se preocupaban de disfrutar cada segundo. Cada movimiento los hacía gozar deseando más, aumentando el ritmo de su particular danza hasta que se sumieron, nuevamente, en un increíble clímax.

En esa ocasión sí que cayeron agotados, ninguno de los dos se preocupó de nada más que no fuera disfrutar de la cercanía de sus cuerpos. Las caricias suaves y lentas que unas manos perezosas, que no dejaban de recorrer una y otra vez su cuerpo, dejaron a Andrea tan relajada que ya no le importó si pesaba o no, únicamente deleitarse del momento.

—¿Puedo hacerte una pregunta incómoda? —declaró Héctor.

No quería seguir adelante con alguna duda, necesitaba estar seguro de que los dos sentían lo mismo al estar juntos. Hasta ese momento no había dicho nada, pero todo se había vuelto diferente y no quería equívocos. Era la primera vez que hacían el amor, pero quería que todo estuviera claro, que no hubiera malentendidos ni confusiones de ningún tipo. Se arriesgaba, sin embargo, lo prefería. No iba buscando una aventura, con sus treinta y cuatro años ya no estaba para seguir jugando, y Andrea le gustaba de verdad.

Ella se envaró a su lado y no era que temiera lo que iba a decir, pero justo en ese instante quizás no esperaba algo así. No obstante, le contestó.

—No hay preguntas incómodas, al menos para mí. Puedes cuestionarme lo que quieras, te contestaré con total sinceridad —respondió con cierto temor.

—¿Hemos estado los dos solos o había alguien más en la cama con nosotros?

Andrea entendió la pregunta en cuanto Héctor la formuló. En cierta manera era lógico que preguntara algo así, hasta entonces Mateo existía, pero no se hablaba de él. Héctor estaba preocupado por ese detalle, porque no sabía hasta qué punto había dejado de importarle. Solo sabía que durante seis años había salido con él y que este la había abandonado. Y que dos meses antes, casualmente, lo había encontrado en Madrid besando a otra mujer. Conocía los hechos,

porque Andrea se los había contado, pero no sabía nada más. Desconocía qué había supuesto para ella, si estaba dolida, si seguía enamorada, si lo echaba de menos. Quería saber la verdad, le importaba tres cominos lo sucedido, lo que realmente quería conocer eran los sentimientos de Andrea después de lo ocurrido.

—¿Qué te preocupa, Héctor? —le preguntó ella mirándolo fijamente.

—Conozco tu historia con Mateo, pero desconozco lo que sientes; si has pasado página o, por el contrario, todavía está presente. ¿Lo has comparado conmigo? La verdad es que todo esto me preocupa y no solo ahora, ya viene de días atrás. Pero, después de hacer el amor contigo, no puedo pensar en otra cosa y me inquieta. No quiero sombras entre nosotros.

—A mí también me preocupaba, incluso esta tarde, cuando nos hemos besado, te he dicho lo que me sucedía; tenía miedo. Pero te juro que todo se ha quedado en eso, en un simple temor. Nadie ha estado entre nosotros, te aseguro que hemos estado completamente solos.

—Sin embargo, quiero saber algo más. Hablo de sentimientos. No sé cómo te sentiste entonces, cuando Mateo se marchó de tu lado. Pero lo que más me interesa saber es cómo te encuentras aquí y ahora. Por tu pasado tengo curiosidad porque quiero saberlo todo y es una parte importante de ti, pero no me preocupa, en cambio el presente sí.

—Me imagino que me sentí como cualquier persona que la dejan. Primero pensé que era imposible que me pudiera dejar, que yo era la que llevaba el peso de la pareja, porque así era. Cuando comprobé, una semana después, que no volvía a casa, empecé a tener miedo de perderlo y no me importaba rebajarme y pedirle perdón mil veces; pero él siempre me ignoró.

»Cuando se fue a Madrid, supe que lo había perdido, aunque siempre mantuve la esperanza. Esta murió de la forma más cruel, cuando la casualidad quiso que lo viera en brazos de otra mujer. A partir de entonces, tuve la absoluta certeza de que lo había perdido y dejé de engañarme. Me invadió un sentimiento de traición y todas mis esperanzas murieron, de repente, en aquel mismo momento. Dicen que, a veces, una imagen vale más que mil palabras y es una gran verdad. Todo el mundo estaba empeñado en que Mateo volvería y, aunque yo les decía que no, mantenía las ilusiones intactas. Pero, al ver la realidad con mis propios ojos, toda esperanza desapareció. Fue la mejor terapia, una de choque.

»Ahora creo que ya hacía tiempo que me había hecho a la idea, pero me empecinaba porque todos mis planes se habían derrumbado. Soy una persona muy cuadrículada y me gusta tener el control de mi vida y, con el abandono de Mateo, ese control desaparecía y mi existencia entraba en una espiral llena de desorden, algo a lo que yo no estaba acostumbrada.

»Pero después apareciste tú, y te puedo asegurar que no pienso en Mateo o, al menos, no pienso en él como tú crees.

—¿Y cómo piensas en mí? Si es que lo haces, claro está —recalcó Héctor.

Andrea no pudo evitar dedicarle una sensual sonrisa que decía mucho.

—¿De verdad necesitas que te conteste a esa pregunta después de lo que acabamos de compartir? Solo te voy a decir una cosa y creo que con eso no te quedarán más dudas. En mi vida, solamente he estado con dos hombres, con Mateo y... contigo. Jamás he estado con alguien si no he tenido un sentimiento más fuerte que una simple atracción.

La confesión de Andrea despejaba muchas incógnitas que hasta ese momento eran motivo de preocupación para Héctor o, mejor dicho, de inquietud.

Capítulo 12

A partir de aquel momento se hicieron inseparables. Compartían una gran complicidad en todas las facetas, se divertían juntos, tenían muchas aficiones en común y la pasión entre ellos saltaba por cualquier roce.

Una semana después de aquella tarde en la que su incipiente relación dio un paso adelante, Andrea estaba tan ilusionada que se moría por contárselo a su querida Julia y, de paso, a su hermano. Así que en cuanto salió del periódico, pensó en ir hasta su casa y ponerlos al tanto de su vida. Sabía que Héctor se tendría que quedar en la oficina hasta bien entrada la noche, se les estaba resistiendo un trabajo y entre todos habían decidido hacer horas extras. Él, en una caliente llamada de teléfono, le había dicho cómo esperaba encontrarla cuando llegara a su casa, porque eso era lo que sucedía casi todas las noches; que las pasaban juntos.

Cuando salió del periódico, Andrea le mandó un mensaje a Héctor.

«Voy a ver a Julia y a mi sobrino, luego nos vemos».

Después sonrió divertida y quiso ponerlo un poco nervioso, se abrió dos botones más de su blusa por donde asomaba un escandaloso sujetador que apenas tapaba nada, únicamente exhibía su pecho en toda su plenitud, y se hizo una sugerente foto que le mandó. Andrea tenía poco pecho, pero el milagro de los sujetadores con relleno le hacía lucir un impresionante escote.

Después de mandarle la foto, no pudo evitar escribir un comentario en el mismo tono provocativo.

«¿Así es como quieres que te espere?».

Y, sin más, le dio a enviar. No había pasado ni un segundo cuando entraba un nuevo mensaje. Andrea sonrió, sabía que era de Héctor y no se equivocaba.

«Esta provocación tendrá su castigo. Has conseguido que mi polla ya esté desesperada, ¡bruja! Prepárate, porque me voy a vengar».

Con una sonora carcajada, puso el coche en marcha y salió de la ciudad rumbo a Sant Cugat.

Estaban los tres en casa, Dolores había salido con unas amigas, y ellos habían disfrutado de un día de fiesta en familia. En cuanto llamó, la puerta exterior se abrió y entró en la enorme parcela que tenían alrededor de la casa. Enseguida apareció su hermano sonriendo lleno de felicidad. ¡Quién hubiera imaginado ese final! Cuando solo unos meses antes eran tan desgraciados. La vida les había dado una segunda oportunidad, y ellos la habían aprovechado aferrándose a ella. Después de todo lo ocurrido, desprendían felicidad por cada poro de su piel. Ver a su hermano así, después de sufrir tanto, le producía una tranquilidad indescriptible.

—¡Estamos en el jardín! —contestó Diego mientras esperaba que Andrea llegara hasta él. Le dio dos besos, y juntos se acercaron hasta el porche trasero de la casa en donde estaba Julia tumbada junto a Derek en el mullido césped. Se levantó dejando al pequeño disfrutando sobre la hierba y cogió a su amiga con un fuerte abrazo.

—¡Ya te vale! Estoy muy enfadada contigo, hace más de una semana que no sabía nada de ti.

—¡Pero tú tampoco vienes a verme! —se quejó Andrea cogiendo al pequeño en brazos,

estrujándolo y dándole besos, hasta que el paciente Derek protestó.

—¡Ahora soy madre! —anunció llena de felicidad, mientras Diego a su lado la cogía por la cintura y la estrechaba contra su cuerpo. Cualquiera momento era bueno para demostrar su amor.

—¡Venga ya, no me cuentes historias! ¡Tienes a Dolores!

—¡No empecéis con los «y tú más»! Pero es que últimamente no podemos ni comer un domingo juntos, siempre estás en Zaragoza. Tienes a tu madre un poco mosca.

—¿Solo un poco? —aseguró Julia mirando a Diego alucinada—. Tu madre no deja de interrogarnos contigo todos los días y a todas horas. Diego es tan discreto que siempre intenta conciliar a todos. Yo no diría que está un poco mosca solamente, más bien creo que tienes a tu madre histérica.

—Bueno, pues a eso vengo, a ponerlos al día de mi vida. Hasta ahora no os lo había dicho porque no había nada seguro. Pero ha sucedido algo y quiero que lo sepáis. Los viajes a Zaragoza tienen mucho que ver y...

—¿Quieres cortar el rollo e ir al grano de una vez? ¡Sí que te gusta divagar! ¡No te enrolles más! —soltó Julia histérica.

—Joder, hermano, ¡cómo tienes a la colega! ¿No la habrás preñado ya? ¡Está más insoportable que nunca!

Ni Julia ni Diego negaron las palabras de Andrea y, en cambio, una sonrisa tonta apareció en sus labios.

—¡¡¡No!!! ¡Es eso! ¡Estás preñada! Y luego me dices a mí, ¡anda que me llamas para contarme nada! ¡Me dan ganas de largarme!

—¡Todavía no lo hemos confirmado! —dijo riéndose—. Tú hermano no me deja que haga una prueba porque apenas hay una semana de retraso....

—Por eso, porque puede ser un simple retraso —cortó Diego terminando con la especulación—. No quiero que nos hagamos ilusiones por nada. Esperaremos lo normal.

—¡Pero yo sé que estoy embarazada! —protestó Julia.

—Pues, si lo estás —continuó Diego tomándola de nuevo entre sus brazos—, dentro de dos semanas lo seguirás estando. —Dicho lo cual, la besó logrando que se calmase—. Y, ahora —siguió diciendo él—, cuéntenos eso tan importante.

—Bueno, pues allá va. He conocido a alguien. —Y se calló. Le daba vergüenza después de que hacía apenas unas semanas la habían visto tan desesperada como si nunca se fuera a reponer de la pérdida de Mateo.

—¡Ya estamos otra vez con acertijos! —protestó Julia de nuevo.

—Joder, tía, ¡dame tiempo que es difícil! —quiso excusarse Andrea—. He conocido a un hombre y la verdad es que estamos muy bien juntos. ¡Ya está! ¡Ya lo he dicho!

—¡De eso nada! ¡No has dicho nada! Empieza de nuevo y con todo tipo de detalles.

Ya sabía Andrea que no se iba a conformar con la noticia sin más. Julia siempre quería todo con pelos y señales. Así que suspiró con fuerza y le contó cómo se habían conocido para seguir con todos los pormenores; cómo era, dónde trabajaba, le habló de su hermano y de Marina que también estaban saliendo, de los viajes a Zaragoza, en fin, todo. Andrea creyó que había satisfecho su curiosidad, pero se equivocaba.

—Y ya no hay nada más que contar. —Sacó su móvil y les enseñó unas fotos para que lo conocieran.

—¡Eso de que no hay nada más que contar...! ¿Habéis follado ya?

Diego no pudo evitar que una parte de la cerveza que estaba bebiendo saliera disparada, se había atragantado. A Andrea, que la conocía muy bien en esa faceta —la de malhablada con

palabras sucias que no se cortaban ni un pelo—, no le extrañó nada la salida de su amiga y, además, cuñada.

—Será mejor que Derek y yo nos vayamos, y os dejemos hablar con tranquilidad. No sé si estamos preparados para escucharos. Además, eres mi hermana pequeña, y no quiero conocer detalles íntimos de tu vida sexual.

—¿Qué pasa, hermanito? —preguntó con sorna señalando a Julia—, ¿contigo esta no habla como si fuera una camionera? Porque menudo vocabulario tiene la niña.

Diego, riéndose, se agachó para coger al pequeño mientras le decía a su hermana:

—Estoy acostumbrado a ese vocabulario, pero en la intimidad. Y me gusta mucho, no sabes tú bien cómo me pone escucharla hablar así. Pero eres mi hermana y comprende que no quiera ponerme a cien delante de ti y tenerte que echar de casa para tirarme sobre ella.

Andrea levantó las manos para disculparse y se sentó al lado de Julia que no dejaba de reír por las palabras de Diego a su hermana.

—Eso te pasa por bocazas y por querer sacarle los colores. Has sido el cazador cazado.

—¡No me imaginaba así a mi hermano! ¡Qué corte!

—¡Joder, tía! Que tu hermano folla como los ángeles y hace que me corra hasta que me quedo sin sentido y los ojos me dan vueltas sin cesar. Por no contarte otras cosas.

—Julia, ¡o te callas o me largo! ¡Que es mi hermano y no puedo imaginármelo en esa tesitura! Así que cállate.

—¡Qué mojigata eres! —Se carcajeó—. Venga, cuéntame. Las dos se metieron en la conversación. Andrea le explicaba todo lo que su amiga quería saber; que llevaban dos semanas que casi no salían de la cama, que era una máquina, que estaba más que satisfecha y que empezaba a enamorarse como una tonta de Héctor, que cuando sabía que lo iba a ver un cosquilleo en su vientre se extendía por todo el cuerpo produciéndole un escalofrío—. ¿Y Mateo? ¿Ha pasado a la historia completamente? —preguntó Julia.

—Apenas me acuerdo de él y menos en momentos íntimos. Héctor también me lo ha preguntado y tengo que decir que no lo echo en falta, ¡para nada! Cuando Héctor me besa, no puedo pensar en nadie más. Y, cuando estamos en la cama, bueno..., en esos momentos no sé ni quién soy yo, como para acordarme de alguien más.

—Por lo que puedo comprobar, folla como los ángeles también.

—¡Porque no hay nada superior! Bueno, sí, podría decir que folla como un dios. Bueno como Apolo no, desde que leí los *Cazadores Oscuros* no me gusta ese dios. Me quedo con el dios atlante; mi Aqueron. Y, si nos vamos a la mitología nórdica, Thor está bien, mejor que Odín, aunque...

—¡Estás como una cabra! —aseguró Julia cortando su verborrea y poniendo los ojos en blanco—. ¡Tú y tus libros! Y ahora, hablando en serio, ¿has olvidado a Mateo? ¿No estarás usando al tal Héctor para intentar sacarlo de tu cabeza y de tu corazón?

—Es lógico pensar eso cuando durante meses fui tan pesada. Pero también tengo que decirte que, cuando lo vi con aquella rubia totalmente diferente a mí, fue como si se destruyera la imagen que tenía de él. Y entonces apareció Héctor. No es una continuación de Mateo, es todo lo contrario, autosuficiente es poco. Visto a distancia, me unen muchas más cosas con Héctor de lo que me unían con Mateo. Cuando salimos juntos, no tengo que preocuparme por los dos; al contrario, siento que se preocupan por mí. Es una sensación maravillosa sentirme el centro de su vida. Después de tantos años con Mateo, jamás me había sentido así.

—Mateo era como un niño grande y ahora tienes a un hombre a tu lado. Me alegro mucho por ti. ¿Cuándo lo conoceremos?

—No quiero asustarlo con familia.

—Vale, preséntamelo a mí que no soy nada tuyo y antes que cuñada fui amiga. Además, técnicamente todavía no somos familia. Faltan casi dos meses para que seamos cuñadas.

—Voy a buscar un par de cervecitas bien fresquitas y a decirle a mi hermano que ya puede venir. —Y se marchó dejándola sola.

Julia miraba el móvil de su amiga. No debería ni siquiera pensar algo así, era forzar una situación. Pero ¿cuántas veces le había dicho Andrea que se desmelenara, que fuera más espontánea, que alguna vez hiciera algo sin pensar en las consecuencias que su acción podía acarrear? No tenía mucho tiempo para darle vueltas, así que cogió el móvil de Andrea y buscó en la agenda el nombre de Héctor. Cuando lo encontró, lo pensó durante un segundo más y al final le dio a la tecla de llamada. Sonaron dos toques y al tercero respondió. Julia habló precipitadamente.

—Antes de que digas algo de lo que te puedas arrepentir, soy Julia, la amiga y cuñada de Andrea. Tanto a Diego como a mí nos encantaría conocerte, pero la pava de mi amiga dice que es pronto y que no quiere asustarte. —Héctor se quedó quieto escuchando a esa mujer. ¿Qué clase de amiga podía tener Andrea? Si eso se había preguntado alguna vez, ahí tenía la respuesta, una capaz de meterse en su vida de esa forma. No pudo evitar que la sonrisa borrara la sorpresa inicial de su cara. ¿Eso pensaba Andrea? ¿Que su familia lo asustaría? Julia seguía hablando—. ¿Por qué no vienes cuando salgas del trabajo y cenamos los cuatro juntos? De verdad que me muero por conocerte.

—¿Y si es muy tarde? Sé que tenéis un niño pequeño.

—¿Seguro que te apetece venir? Te esperamos, no importa la hora.

—No sé por qué pensaba eso Andrea, me apetece mucho conocerlos, ¡de verdad! Estoy todo el día escuchándola hablar de vosotros.

—No se hable más, nos vemos en unas horas. Espero que no se enfade, ya la conoces, a veces es más rara que un perro verde. —Héctor no pudo evitar una fuerte carcajada, justo cuando Andrea salía con Derek en brazos. Cuando llegó junto a ella, se dio cuenta de que estaba hablando con su móvil. Y no tuvo ninguna duda cuando la escuchó despedirse—. Madre mía, ¡con qué cara me mira! ¡Nos veremos luego si no me ha matado antes! —Y, sin más, le pasó el teléfono a Andrea.

Esta no sabía ni con quién iba a hablar y, cuando escuchó la voz de Héctor, casi se cae de la silla. Cuando él le explicó que estaba invitado a cenar y que se verían allí, ¡se quedó abriendo la boca igual que un pez fuera del agua! Dios mío, ¡aquella mujer estaba muy loca! Después de decirle lo bien que estaba en la foto y que se la guardaba, colgó.

Andrea se volvió hacia Julia que ya estaba al lado de Diego y se encaró con ella.

—Pero ¡cómo puedes estar tan loca! ¿Sabes qué ha hecho? —le preguntaba a su hermano totalmente ofendida—. ¡Ha llamado a Héctor y lo ha invitado a cenar!

—Tampoco es para llamarla loca, quizás un poco atrevida —la defendió este sonriendo y mirándola con adoración—. Hace lo que deberías haber hecho tú.

Julia miró a su amiga mientras le sacaba la lengua. Si pensaba que Diego le iba a llamar la atención, iba lista.

—¿Cuántas veces me has aconsejado que me desmelene? ¡Pues eso es lo que he hecho! Y que sepas que es mucho más agradable hablar con él que contigo. Nos tomamos esta cerveza y preparamos algo —fue la respuesta de Julia. Para nada estaba arrepentida de lo que acababa de hacer.

—Estás muy consentida y siempre te sales con la tuya. ¡Míralo! —dijo Andrea mirando a su

hermano un poco más calmada, que sonreía como un bobalicón—. Lo que acabas de hacer podríamos calificarlo de delito, ¡has invadido mi intimidad!

—No seas tan dramática. Me ha dicho que él está encantado de venir a cenar, así que relájate. No entiendo por qué no querías que lo conociéramos, no tenemos enfermedades contagiosas y sabemos comportarnos. ¿Es un finolis? ¿Un pijo muy pijo? ¿Tiene algún tic? Ya nos explicarás por qué no somos dignos de conocerlo.

Andrea la cortó porque era capaz de desvariar hasta el infinito con sus cansinas preguntas.

—Julia, no sigas que ya tengo dolor de cabeza con tus absurdas divagaciones. Ya está hecho. Yo quería preparar más el encuentro, apenas nos conocemos, solo llevamos poco más de un mes saliendo.

—Pero ya ha habido tema y eso significa mucho, al menos por tu forma de ser. No vas buscando un polvo rápido que te alivie el picor. —Rio Julia abochornando a su amiga.

—¡Ya vale! —contestó colorada como un tomate—. Delante de mi hermano no quiero hablar de estos temas, ¿no lo entiendes? No tiene por qué saber de estas cosas. Se acabó la conversación.

—¡Vale! Qué mojigata eres —protestó moviendo la cabeza mientras Diego no podía aguantar la risa—. Vamos a la cocina a preparar algo especial para esta ocasión.

Tres horas después, los cuatro cenaban en buena sintonía. Desde el primer momento conectaron a la perfección. Hablaron de la vida de Diego en Nueva York, de las misiones de Julia como reportera. Héctor les contó de personas famosas para las que habían realizado trabajos, de su refugio en Canfranc. Sin darse cuenta, se les hizo muy tarde y quedaron en verse de nuevo.

Ya de vuelta, cada uno tuvo que hacerlo en su coche, pero Héctor le debía una, así que la llamó y le pidió que pusiera el altavoz del móvil.

—Te voy a explicar cómo me has tenido esta tarde. No he podido evitar pasarla más caliente que un mono. Y todo porque a una señorita le ha apetecido jugar a última hora. Pues ahora me voy a vengar y te voy a contar que, en cuanto entremos en casa, te voy a arrancar la ropa con los dientes. Te voy a dejar completamente desnuda y recorreré con mi lengua cada centímetro de tu piel. ¿A que ya estás caliente? Pues no te queda nada. Hasta que lleguemos, piensa en mi boca recorriendo tu cuerpo. —Y colgó.

Andrea, que quería seguir disfrutando de esa forma tan peculiar de excitarse, intentó llamarle, pero no había forma de contactar con él y, totalmente frustrada, tuvo que esperar a llegar a casa.

Héctor estaba en el rellano esperándola con una enorme sonrisa.

—¿Me has llamado? —preguntó él siguiendo con su revancha.

—Vas a vengarte de mí, ¿verdad? Ten piedad —suplicó mimosa, pero él no tenía la intención de ablandarse por una súplica ni por aquel mohín con el que intentaba convencerlo.

Cuando entraron en casa, Héctor cumplió a rajatabla todo lo que le había dicho por teléfono y la excitó una y otra vez, manteniéndola al borde del orgasmo durante mucho tiempo. En eso consistió su castigo; en excitarla con sus dedos, con su lengua, con su miembro, hasta que estaba tocando el cielo con la punta de los dedos. Pero, antes de conseguirlo, se apartaba de ella por completo y simplemente esperaba que a Andrea se le pasara la urgencia. La tenía en sus brazos; excitada, nerviosa y totalmente frustrada.

—¡Por favor, Héctor! ¡Déjame llegar y seré tu esclava el resto de mi vida!

Pero él era duro, y una y otra vez la acariciaba por la zona donde Andrea ardía. Tenía su sexo hinchado y tan mojado que sus dedos se perdían dentro de ella sin querer. Se detenía cuando sentía cómo Andrea se contoneaba en torno a su mano, intentando alargar esa caricia. Cuando pasaba aquella sensación de que inminentemente se iba a correr, Héctor volvía a la carga y esa vez eran sus labios los que la acariciaban dulcemente, saboreándola y llevándola de nuevo casi al éxtasis

con su lengua, para pararse antes de que lo consiguiera. Y, por último, su miembro se coló dentro de ella, entrando de un solo empuje y llenándola hasta que la hacía arquearse, lo necesitaba en lo más profundo de su canal, sintiendo cómo rozaba las paredes y sabiendo que no le permitiría llegar.

Al final, un sollozo de Andrea lo alarmó, la frustración estaba provocando estragos.

—Shhhhhhh. Cariño, ¿es algo que no has vivido jamás! Pero vas a comprobar que merece la pena el sacrificio. A partir de ahora desearás que lo hagamos siempre así.

Y, durante unos minutos más que a Andrea le parecieron horas, la mantuvo al borde de su liberación.

Pero, cuando el placer se hizo el dueño de su cuerpo, apenas podía respirar. Jamás había sentido algo parecido, todo su cuerpo se estremecía convulsionando sin poder tomar las riendas. Gemía y sollozaba por igual, no sabía qué estaba ocurriendo porque su placer no acababa nunca y la estaba dejando agotada, no podía ni sujetarse al causante de ese estado, sus manos casi sin fuerza resbalaban. Héctor se dejó llevar junto a ella, porque era imposible mantenerse firme por más tiempo, Andrea era como un huracán. Verla disfrutar no tenía precio.

Cuando pudo recuperarse, se volvió hacia Héctor y le preguntó.

—¿Qué me has hecho?

—¡Te he castigado! Me has tenido toda la tarde excitado, y es el castigo que te merecías; sufrir.

—¿Sabes una cosa? —susurró besándolo con pasión—. Creo que te voy a mandar todos los días fotografías sugerentes para asegurarme así mi castigo.

Héctor la cogió haciéndole cosquillas y riendo como dos adolescentes. Había sido una noche mágica, jamás había disfrutado del sexo como esa noche con Héctor. Empezaba a necesitarlo más que a nadie o, lo que era igual, empezaba a estar enamorada de él y eso la confundía y le daba miedo.

Capítulo 13

Apartir de ese momento, las tres amigas —Julia, Marina y Andrea—, junto a sus hombres, se hicieron inseparables. Durante todo el verano disfrutaron del jardín en casa de Diego y Julia. Las tres parejas congeniaron a la perfección y, en poco más de un mes, fue como si se conocieran de toda la vida.

La boda de Julia y Diego llegó por fin a mediados de septiembre y fue íntima, pero sin que faltara nadie. La ceremonia se llevó a cabo en una preciosa masía preparada para tal fin. Todo era perfecto; el entorno, el lugar, los invitados y la comida, era como un cuento de hadas. Los novios no se merecían menos, habían sufrido mucho y al final la recompensa mereció la pena. Además de las dos familias, la boda contó con muchos amigos.

Noelia y Mireia acudieron con dos *tiarrones* que después de la boda los disfrutarían como en ese instante hacían con la comida, no se les iban a escapar sin exprimirles todo el jugo.

También asistieron Macarena y Bruno. Ellos siempre en su línea; ella esperando, y él siempre indeciso; quiero, pero no puedo, voy a darle una oportunidad, no aguanto esta situación, etc., las mismas dudas de siempre. ¡Hombres! ¡Qué poco decididos eran!

Y, por supuesto, José no podía faltar al enlace de su amiga y protegida, tenía un nuevo compañero, Eduardo, un santanderino. Vivía con menos tensión que cuando viajaba junto a Julia, más que nada por el miedo que pasaba por ella; la echaba de menos. Siempre sería su compañera, aunque esta ya no ejerciera de reportera.

Todos los invitados pasaron un día increíble, y los novios no pudieron evitar experimentar todos los estados posibles; rieron, cantaron, bailaron, lloraron, pero sobre todo estaban radiantes de felicidad. La vida se había cebado con ellos y los había hecho sufrir mucho, pero les estaba devolviendo la felicidad a lo grande.

Héctor y Andrea compartían la dicha de los recién casados y bailaban tan acaramelados que nadie sabía el esfuerzo que estaban haciendo para no escaparse. Pero era la boda de su hermano y merecía la pena quedarse, su felicidad era contagiosa. Al final, Diego había tenido razón, Julia no estaba embarazada, había sido un simple retraso y, aunque no les hubiera importado tener un bebé, decidieron esperar a que Derek fuera un poquito más grande.

Y Marina y Álvaro eran una especie aparte, cualquiera que los viera pensaría que llevaban años de relación. Les había dado muy fuerte. Pero era verdad que se complementaban de una forma increíble y transmitían una complicidad difícil de conseguir si no era con una larga relación.

La novia tiró el ramo como mandaba la tradición y, entre todas las invitadas, cayó en manos de Marina.

—Ya sabéis lo que dicen las malas lenguas —les explicó Julia entre risas—: «de una boda sale otra boda». Has cogido el ramo, por lo tanto, serás la próxima novia.

Marina observó a Álvaro con picardía, como si con aquella mirada compartieran un secreto que nadie sabía y solamente ellos conocían.

—Ya veremos —contestó Marina riendo y abrazando aquellas flores.

Llegó el invierno y, justo en la noche de fin de año, el anuncio de Marina y Álvaro los iba a dejar a todos sin palabras. Aquella tarde, todo el grupo se había reunido con motivo de la celebración de la Nochevieja en la enorme casa de Julia y Diego, así lo habían decidido porque

había mucho espacio y no se tenían que preocupar por aparcar, algo para tener en cuenta en esas fechas. Derek estaba ya durmiendo, y Dolores se uniría a ellos en la fiesta; era como una más, todos la querían como a una mami.

—¡Chicos! —les gritó Álvaro para llamar la atención de todo el grupo cada vez más numeroso. Cuando quedaron en silencio y supo que tenía la atención de los presentes, siguió hablando—. Marina y yo os queremos dar una noticia.

Las voces de todas las chicas fueron tirando a la diana para ver si acertaban:

—¡Que os vais a vivir a Zaragoza! —gritó Macarena que desde hacía dos meses vivía en Barcelona y trabajaba junto a Julia en la misma agencia de noticias. Echaba muchísimo de menos Madrid y la mitad de su alma se había quedado allí. La otra mitad era sevillana, la tierra de sus padres. La vida traía esas sorpresas, no podía soportar permanecer por más tiempo al lado de Bruno ni en su vida laboral, como compañero de reportajes alrededor del mundo, ni en su vida personal, porque no terminaba de decidirse. Cuando estaban en la otra punta del mundo la convencía de que, en cuanto volvieran a Madrid, dejaría a Rosa, su mujer. Le repetía constantemente que quería estar con ella, que la amaba, etc. Pero, cuando definitivamente estaban en casa, la llamaba para decirle que no podía dejarla y que se iban a dar otra oportunidad, que se lo debía y que tenía que intentar arreglarlo.

Y, así, siempre; la historia se repetía en todos los viajes. El problema era que ella lo amaba de verdad, pero ya se había cansado. Un día, cuando llegaron de viaje desde Filipinas, todavía no había entrado por la puerta, cuando Bruno la llamó para contarle otra vez la misma cantinela. No lo pensó dos veces, se despidió de la agencia y se trasladó a Barcelona, donde Julia, además de consolarla, le buscó trabajo a su lado.

—¡Que estás preñada! —Esa vez fue Andrea la que alzó la voz, poniendo a la pobre Marina más colorada que un tomate.

—¡Que os vais de viaje! —dijo Diego, probando suerte.

Nadie daba en el blanco, así que Álvaro los hizo callar de nuevo levantando la mano y, sin dejarlos especular más, les dio la noticia.

—No habéis acertado... ¡Nos casamos!

Todo el mundo pensó: «ya lo sabemos, están hechos para eso, para pasar por la vicaría», pero ninguno del grupo había entendido lo que de verdad querían decir. Así que fue Marina la que les comunicó el resto de la noticia.

—Nos casamos dentro de tres meses, el veintiuno de marzo.

—¡Joder con el ramo! Sí que ha surtido efecto, además, instantáneo —comentó Julia sin salir de su asombro.

Todo el mundo se esperaba que anunciaran que se casaban para el año siguiente, porque la gente planeaba las bodas con más de un año de antelación, pero ¿tan pronto? Nadie se lo imaginaba ni siquiera su hermano o Andrea, su mejor amiga, lo sabían. Lo habían llevado en completo secreto.

Las felicitaciones les llovían, igual que las clásicas bromas de «¿Ya lo habéis pensado bien?» o «¡No sabéis dónde os vais a meter!».

La noche dio para todo; para divertirse, para celebrar y para nuevos deseos. Pero, como si de un nubarrón se tratara, también dio para recuerdos, para recordar un pasado cercano y desagradable, para que por un momento los lejanos fantasmas hicieran su aparición nublando la completa felicidad del presente.

Andrea no pudo evitar echar la vista atrás y recordar que, hacía prácticamente un año, Mateo y ella estuvieron juntos por última vez y que, tras su monumental riña, él desapareció. Sentada entre

sus amigas, no pudo evitar que los recuerdos volaran y que las palabras tan hirientes que le dirigió a su entonces novio le dolieran solo al recordarlas.

Era normal que Mateo se hubiera marchado de su lado, viéndolo desde la perspectiva que daba el tiempo, no entendía cómo se había comportado así con él. En cambio, a Héctor no le había levantado la voz ni una sola vez ni tampoco le había faltado el respeto. Pero la duda la acechaba.

¿Por qué no lo había hecho todavía? ¿Porque era pronto? ¿Porque había aprendido la lección? ¿Y si volvía a hacerlo? ¿Se estaba agobiando ella sola!

De repente, unas manos alrededor de su cintura le hicieron bajar de esa nube llena de confusión. Se dio la vuelta para encontrarse con los intensos ojazos azules de Héctor, que la miraba como si quisiera entrar dentro de su alma. En cuanto la vio, arrugó su entrecejo con preocupación y no pudo evitar llevársela a un rincón más tranquilo.

—¿Qué te sucede? —preguntó él preocupado, el semblante de Andrea no le gustó nada.

Y, como la sinceridad era, más que un deber, una filosofía entre ellos; ni siquiera intentó disimular y le contó sus dudas. Había descubierto junto a Héctor que esconder las cosas no llevaba a ninguna parte, eso solo podía generar confusiones y dudas, y ellos no querían eso.

—Los fantasmas del pasado me han acechado.

—¿Te acuerdas de Mateo? —preguntó expectante.

—Bueno, de lo que me acuerdo es de la riña que tuvimos hace ahora mismo un año. Me preocupa porque contigo todavía no me he puesto nunca a soltar sapos y culebras como me ponía con él. No te he perdido el respeto ni te he gritado como una energúmena. Y me preguntaba el porqué. Me inquieta que un día llegue a comportarme así contigo.

Héctor respiró tranquilo. Soltó todo el aire que había contenido cuando empezó a hablar. No era que se acordara de su exnovio, sino que se preocupaba porque un día se comportara igual con él.

—Eso no pasará, cariño, porque yo no voy a dejar que suceda. Con Mateo tenías otro tipo de relación, no le contabas tus incertidumbres ni tus problemas, no le decías lo que te gustaba y lo que odiabas, y eso siempre lleva a malentendidos y frustraciones. Nosotros no tenemos ese inconveniente, tenemos la confianza de decirnos las cosas y, si te preocupa, para tu tranquilidad te diré que nunca dejaré que suceda. Te quiero, Andrea.

—Yo creo que también, pero me da miedo quererte, creo que, si tomo confianza con este sentimiento, me volveré a comportar fatal. Siento que hasta ahora tenía que luchar por conseguir tu amor, pero me da miedo saber que lo tengo y que puedo llegar a comportarme como una arpía, como fui en el pasado. ¡No sé qué me sucede!

—Es normal tener miedo. Después de un fracaso, el temor a que todo se vuelva a repetir se hace muy real. Cuando yo terminé con Inés, era incapaz de compartir con nadie un minuto de intimidad. No luches contra ello, déjate llevar. Estamos como estamos y no pienses en nada.

—¿Me prometes que me ayudarás?

—¡Siempre, cariño!

Juntos volvieron a la fiesta. Héctor tenía la facilidad de tranquilizarla y darle la confianza que a ella le faltaba, todo lo contrario que le había pasado siempre con Mateo, que, muchas veces, solo con mirarlo ya se encendía ella sola, hasta que no le quedaba otro remedio que saltar y siempre lo hacía a la yugular.

Capítulo 14

En esos mismos momentos, pero a seiscientos veinte kilómetros de distancia, Mateo vivía su primera noche del año en un ambiente completamente diferente al que había vivido hasta entonces. Estaba rodeado de sus compañeros de trabajo y de unas mujeres tan explosivas que parecían sacadas de la revista *Playboy*.

La noche empezó con un total desmadre, bebiendo cava al más puro estilo Tarantino, igual que este bebía del pie de Salma Hayek en *Abierto hasta el amanecer*, eso mismo hizo él, bebió del pie de una escultural mujer que más tarde se follaría en cualquier esquina del local. Y no fue la única que se puso a tiro, sino que la noche dio para más. Era lo que tenía la última noche del año, que volvía a la gente un poco loca.

Después de beber lo que no estaba escrito, bailar y saltar como si le fuera la vida en ello y meter mano a cuantas mujeres pudo, terminó la velada en un sofá, donde una morena a la que ni se había molestado en preguntarle su nombre le hizo una mamada, ¡sin más! Solo por invitarla a una copa.

A altas horas de la madrugada, un taxi lo llevó a su casa, un pequeño piso de apenas cuarenta metros cuadrados situado en el barrio de Usera.

Antes de acostarse, comió un poco. Al día siguiente tenía que trabajar por la tarde, así que le quedaban unas horas por delante para reponerse de todos los excesos. En Navidad tampoco había podido ir a casa para estar con su familia, pero después de Reyes podía coger unos días de vacaciones.

Se tumbó con la intención de quedar enseguida dormido, pero no fue eso lo que sucedió. Su cabeza empezó a recordar, igual que había hecho Andrea unas horas antes, cómo había sido la Nochevieja del año anterior. Todo lo que sucedió en aquella fiesta pasó delante de él como si de una película se tratara.

Pero, un año después, empezaba a tener serias dudas de que la decisión que tomó entonces fuera la mejor. Y no era que la incertidumbre hubiera aparecido de repente, ¡qué va! Llevaba ya un tiempo pensando en Andrea y en todo lo que ella había significado en su vida.

Empezaba a estar cansado del círculo en el que él mismo se había metido. Aquel no era su mundo, él no era un mujeriego, pero esa era la impresión que tenían sus compañeros y toda la gente que lo conocía en Madrid. ¿Y qué iban a pensar, si desde que vino a vivir a la capital actuaba de esa manera? ¿Qué podían pensar cuando usaba a las mujeres para después tirarlas?

En cuanto llegó a su nuevo destino, se transformó; era otra persona que nada tenía que ver con la que había sido en Barcelona. Durante esos meses, las mujeres pasaban por su vida sin apenas conocer nada de ellas, en muchos casos ni siquiera el nombre. Y se estaba dando cuenta de que, la gente que conocía en aquel ambiente de perversión, no le compensaba el regusto amargo que le dejaba en la boca cuando volvía a casa.

Empezaba a estar cansado de ese tipo de existencia desenfundada y de ese tipo de compañía. Sentía añoranza por su tranquila vida al lado de Andrea. Se arrepentía en silencio, sin comentarlo con nadie, de no haberle dado la oportunidad que mil veces le pidió y, más que pedirle, ¡le suplicó!

Pero entonces nada podía hacerle cambiar de opinión, estaba seguro de su forma de actuar y que, en aquella disputa, él era el que tenía la posesión absoluta de la verdad. Lo había

avergonzado en público y ridiculizado ante sus amigos faltándole el respeto. Pero, en ningún momento durante todo el año, pensó en el sufrimiento de Andrea, en su arrepentimiento, ¡nada! Durante los primeros meses, se sintió acosado cuando ella lo perseguía para pedirle perdón. Era igual de molesta que una mosca cojonera.

Sin embargo, todo cambió cuando aquella noche del mes de junio la vio en medio del bar, mirándolo fijamente con sus ojos anegados de lágrimas. Donde antes había una mirada intensa, llena de luz y vida, de repente, todo se había apagado. Y solo entonces reconoció el dolor de Andrea.

No podía engañarse, le hirió que ella lo viera así, besando a aquella desconocida de una forma tan pecaminosa y sucia. No pudo evitar quedarse paralizado, ni siquiera pudo sacar la mano que tenía dentro de las bragas de aquella mujer.

Mateo se llevó una gran impresión y, a partir de entonces, todo empezó a cambiar. La imagen de Andrea, totalmente destrozada, aparecía cada vez más a menudo dentro de su cabeza. Él intentaba por todos los medios posibles hacerla desaparecer, pero no había forma de conseguirlo; es más, cuanto más lo intentaba él, más insistente se volvía en su mente.

Mateo entró en una espiral complicada, cuanto más pensaba en ella, más depravado se volvía. Creía con mucha firmeza que, disfrutando de la noche madrileña y terminando cada una de ellas con un buen polvo, conseguiría olvidarla por completo y, sobre todo, sacar de su mente la imagen que tanto le empezaba a mortificar.

Pero no era eso lo que sucedía, cada día se sentía más culpable. No había movido un dedo para arreglar su convivencia con Andrea, ni siquiera la había escuchado cuando ella se lo pedía tan desesperadamente. Jamás le conmovió verla desolada.

Se removió inquieto en la cama. ¿Por qué le acechaban esos pensamientos precisamente en ese momento? Para todos sus amigos, tenía una rutina que muchos desearían: ligaba cada noche, se divertía, era independiente, no tenía que rendir cuentas a nadie. Llevaba una vida idílica.

Pero esa no era la realidad, al menos de un tiempo a esa parte, esa existencia loca le empezaba a hastiar y, cuando llegaba a la soledad de su casa, se sentía solo y completamente frustrado. Añoraba la risa de Andrea, la complicidad que compartían; sus besos dulces; los planes que continuamente hacía, porque lo planeaba todo; las prisas de la mañana y cómo le gustaba observarla cuando se vestía a lo loco por estar dos minutos más en la cama; compartir el lavabo... Lo añoraba todo, incluso las peleas con sus correspondientes reconciliaciones.

Suspiró agobiado, eran las doce de la mañana y todavía no había dormido nada. Se levantó y encendió un cigarrillo. Sí, había empezado a fumar después de ocho años sin hacerlo, hasta en eso la había cagado.

Miró el teléfono y al final lo cogió. Buscó entre sus contactos y encontró lo que quería. Se quedó observando la pantalla, pensando en si llamar o no, su fiel amigo Iñaki le miraba sonriendo. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, casi desde que se vino a Madrid. Se dio cuenta de que no solo se había comportado mal con Andrea, sino con toda su gente; sus amigos, sus antiguos compañeros de trabajo, incluso con su familia. Se dejó llevar por la vida fácil de desenfreno como si fuera un adolescente y no un hombre de treinta y cuatro años.

Iñaki vivía con su novia, Lina. No pudo evitar que el recuerdo de aquellos tiempos felices surgiera sin más. Andrea y él vivían juntos, y los cuatro salían muy a menudo los fines de semana a cenar o a comer. Incluso un año se fueron juntos de vacaciones a Galicia. Pero, desde que estaba en Madrid, apenas había mantenido un par de conversaciones con él.

Al final, le echó un par de huevos, los que le habían faltado durante muchos meses, y llamó. Enseguida la voz grave e inconfundible de Iñaki le contestó.

—¡Joder, Mateo! ¡Cuánto tiempo!

—¡Ya! No puedo poner ninguna excusa, lo siento, Iñaki.

—¿Y por qué ibas a hacerlo? La vida tiene estas cosas; unas temporadas estamos más cerca y otras más lejos. ¡No pasa nada! ¿Cómo va la vida? —le preguntó con un tono jovial sin tenerle en cuenta los meses de silencio.

—Bien, una vida monótona, pero bien, ¿y vosotros?

—También estamos bien. Lina se ha quedado en el paro, pero creo que aprovecharemos este tiempo e intentaremos quedarnos embarazados.

—¡Me alegro mucho!

—Da pereza, no te lo voy a negar, pero ya empezamos a tener una edad. En fin, es lo único que cambia, todo lo demás sigue como siempre. Pero cuenta tú, que seguro que tienes mucho más que decir que nosotros; has cambiado de ciudad, compañeros, amigos.

—Lo puedo resumir, durante un tiempo me he desmadrado... un poco. —Y con un largo suspiro terminó la frase—. Pero empiezo a estar cansado.

—Es lo normal. La novedad, muchas veces, nos nubla el sentido y solo dura un tiempo, después nos cansamos y buscamos la rutina de siempre.

—¡Eso es lo que me está pasando! Durante unos meses me olvidé de todo, pero ahora... —Dejó la frase a medias y lo pensó unos segundos antes de continuar, decidiendo ser sincero con su amigo—. ¿Habéis..., habéis estado con Andrea? ¿Cómo está? —titubeó.

—¡Joder, tío! ¡Ha pasado más de un año! ¿Ahora preguntas por ella? Pues voy a ser muy sincero contigo, porque soy tu amigo y porque, ¡qué coño!, porque me da la gana. Mereces que alguien te cante la caña porque, ¡joder!, te has portado con Andrea como «un mierda». ¡Ya está, ya lo he dicho! Mira, Mateo, yo estaba presente cuando a ella se le fue la olla ya hace un año. ¡Pero Andrea es así!, bruta como nadie.

—¡Tú lo escuchaste todo! ¡Me faltó el respeto de una forma brutal! —Trató de justificarse.

—Mira, lo de perderse el respeto no era algo de ese día, ya hacía tiempo que teníais ese rollo y lo consentisteis, ¡los dos! No fue nada nuevo lo que sucedió como para recibir una respuesta tan contundente por tu parte. ¡Joder, que ni siquiera la escuchaste, no le dejaste ni pedirte perdón! Jamás quisiste arreglarlo.

—¡Ninguno de vosotros me dijo nada! Nadie me avisó de lo que veíais ni me echó una mano —intentó justificarse.

—¡Serás cabrón! ¿Cuándo te íbamos a avisar si no nos cogías el teléfono? Cuando ni siquiera nos abrías la puerta de tu casa. ¡Vete a la mierda! ¡Encima no te hagas la víctima!

—¡Lo siento! Es que no sé cómo defenderme.

—No lo hagas, que quedas mejor. Pasaste de todos y si nos veíamos era por casualidad. ¿Recuerdas las advertencias? Te repito las palabras textuales que nos soltabas antes de que te dijéramos nada, por si las has olvidado: «No quiero consejos ni charlas de nadie, si no, me largo». Con esas palabras nada más vernos, ¿te quedan ganas de seguir insistiendo? ¡Pues no!

—Lo siento —masculló arrepentido, todo lo que decía Iñaki era verdad—. No sé qué me pasó, no lo puedo entender. Me dejé llevar, primero por mi enfado, después por la inercia de hombre ofendido, y luego empecé a sentirme bien y me dejé llevar.

—No hace falta que lo sientas. Con nosotros te has portado mal, pero con Andrea... no tiene nombre. Llevabais seis años juntos, se merecía otro trato por tu parte. Deberías haber hablado con ella y dejarle claro que habías pasado página y, sin embargo, tuvo que verlo con sus propios ojos.

—¿¡Lo sabéis!?! —preguntó con gran asombro.

—Lina y Andrea se siguen viendo, no lo hacemos en grupo, como antes, pero ellas siguen

quedando.

—¿Y cómo está?

—¡Mira que tienes delito! Pero te lo voy a contar y, aunque sea con retraso, te mereces sufrir como lo hizo ella. La dejaste hundida en la miseria y culpándose de todo. Cuando descubrió tu vida en Madrid siendo espectadora en primera fila, parecía que iba a morir de pena. Pero, en pocas semanas, resurgió como el ave fénix.

—¿Y también tengo la culpa del destino, el azar o como quieras llamarlo? ¡Putá casualidad, ir al mismo bar! Con la cantidad de garitos que hay en Madrid, ¡no me jodas que no es mala suerte!

—Pero, si hubieras hablado con ella, al menos no se habría llevado esa sorpresa.

—¡Ahora lo sé!

—Pero nosotros sí lo sabíamos y no nos dejaste avisarte cuando todavía había solución para lo nuestro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado.

—Ya veo, no sabes nada. Pues Andrea sufrió mucho, pero... no hay mal que mil años dure. Está saliendo con alguien. —Mateo enmudeció. A través del teléfono a Iñaki no le llegaba ningún sonido y este pensó que se había cortado—. ¿Mateo? —llamó para cerciorarse de que había línea.

—Sí, estoy aquí —contestó a duras penas—. Sigue contándome.

—¡Ahhhhh, no! Si quieres más detalles, llama a Andrea, no soy un cotilla. Si hubieras mantenido el contacto con alguno de nosotros, lo sabrías. En eso no te voy a ayudar. Ella ha mantenido la amistad con todos nosotros, y creo que le debo una lealtad que tú no te has ganado. Que sea ella la que te cuente lo que quieras saber. Lo siento.

—No te preocupes, lo entiendo. Bueno, cuando vaya a Barcelona espero que me perdonéis y podamos vernos.

—Ya sabes el teléfono y dónde vivimos, lo demás corre de tu cuenta. Cuídate, Mateo.

—Y vosotros.

Colgó y a duras penas se levantó para beber algo, tenía la garganta seca. Parecía una persona ida, sus ojos estaban abiertos y, sin embargo, no veía nada. Caminaba arrastrando los pies sin coordinación alguna. El cerebro no le dejaba concentrarse en otra cosa y no podía asimilar la noticia que acababa de recibir. Se había quedado helado.

¡No era posible!

Pero ¿qué pensaba?, ¿que era el ombligo del mundo y que Andrea lo iba a esperar durante toda la vida? Su ego se había disparado hasta las nubes y no había calibrado bien el riesgo que corría. Durante meses, Andrea le suplicó un perdón que jamás le concedió. Su reacción no tenía lógica, ¿realmente creyó que ella seguiría toda la vida suplicando? De otra manera no se entendía, no era lógico el bajón que sintió al enterarse de que lo había sustituido. Otro había aprovechado el amor que él despreció una y otra vez.

Había seguido su ejemplo haciendo lo mismo que él. No tuvo huevos de romper con ella hasta que Andrea lo vio con sus propios ojos.

Mateo se había deslumbrado por aquel tipo de vida; salía cuando quería, que era muy a menudo, las mujeres lo encontraban atractivo y ninguna noche le faltó una a su lado para disfrutar del sexo. Pero, pasado el tiempo, se daba cuenta de que solo era eso; un acto con el único propósito de conseguir placer rápido y sin ataduras. Pues bien, eso era lo que había conseguido. Sin embargo, añoraba algo, no era ese tipo de relación la que le daba felicidad, lo supo en cuanto vio a Andrea parada en medio del bar mirándolo con una gran decepción reflejada en sus ojos.

Pero no retrocedió ni un paso, no echó marcha atrás ni le dio a su relación una segunda oportunidad, todo lo contrario, su vida se convirtió en un completo festival sexual. En ocasiones

parecía un adicto. Lo vio claro cuando su amigo Iñaki le dio la noticia, nunca podría olvidar a Andrea y, mucho menos, dejar de amarla.

¡Que imbécil había sido!

Capítulo 15

Mateo no lo pensó mucho, apenas un mes después, a principios de febrero, en un arrebato por recuperar su vida junto a Andrea, se despidió de su trabajo y de Madrid, y volvió a casa, de donde no debió salir jamás.

Llevaba tres días en Barcelona, pero todavía no había podido hablar con Andrea, a pesar de que en tres ocasiones lo había intentado, pero, al final, le había faltado valor. La primera vez, se quedó ante la puerta sin poder llamar al timbre; la segunda, llegó a llamar, pero nadie contestó. Y, la tercera, solo la observó de lejos y ni se acercó, la vio venir junto a un hombre, y se marchó sin esperar.

Tenía más que ensayado todo lo que quería decirle y, aunque sabía que salía con alguien — probablemente el hombre rubio que la acompañaba el día anterior—, pensaba quemar su último cartucho.

No le importaba jugar sucio ni tampoco echar mano del chantaje emocional. Le diría que seis años de relación pesaban mucho para dejarlo sin intentar arreglar su convivencia y que, al menos, tendrían que hacer un intento. Esperaba poder convencerla y, si no salía bien, tendría toda la vida para compadecerse a sí mismo.

Tenía todo el discurso más que estudiado, su único miedo era la respuesta de Andrea. No se merecía nada, lo sabía, pero solo esperaba una cosa, que ella no se comportara como lo hizo él un año atrás.

Pacientemente aguardó el momento propicio. Todos los días esperaba su llegada con la esperanza de que lo hiciera sola, lo cual tardó en suceder, pero aquel era el día. Llegó sin acompañante, aparcó al lado de su casa y salió del vehículo. Caminó de forma decidida hasta el portal y la perdió de vista en cuanto la puerta se cerró tras ella. Lo que ignoraba era si aquel rubio había llegado antes. No era adivino y, si no llamaba al timbre, sería imposible saberlo. No pensaba decirle que ya sabía que salía con alguien, era un dato que se guardaría para él.

Se acercó al portal de la que tan solo un año antes era su casa e, instintivamente, se echó mano al bolsillo del pantalón para sacar las llaves. Las tenía ya fuera, cuando se dio cuenta de que ya no era su casa ni las llaves que llevaba en la mano abrían esa puerta.

El dedo presionó aquel botón. Temblaba y lo mantuvo pulsando más tiempo del necesario, los nervios y la ansiedad hicieron acto de presencia y la espera de una respuesta se le hizo eterna. La voz de Andrea aceleró el ritmo de su corazón.

—¿Quién es? —preguntó sin más. «Suerte que no hay cámara», pensó Mateo.

—Soy Mateo —soltó rápidamente. Nada se escuchaba a través del interfono, ni siquiera la respiración y Mateo no sabía si le contestaría o le ignoraría como había hecho él meses atrás, cuando era Andrea la que llamaba a su casa un día y otro. Empezaba a inquietarse—. ¿Andrea? — Quiso asegurarse mediante una simple pregunta de que seguía al otro lado del intercomunicador.

—Sí. Perdona, pero no esperaba que fueras tú, me ha cogido por sorpresa tu visita.

—¿Podemos hablar?

Otro silencio. No obstante, esa vez no pensaba agobiarla, le daría todo el tiempo que necesitara, ya le había dicho que no se lo esperaba. Al final, una voz resignada le contestó.

—Sube.

Mateo, en cuanto la puerta se abrió, subió los peldaños de dos en dos sin perder un segundo. En

cuanto llegó al rellano, se encontró con Andrea parada en el umbral de la puerta. Hacía más de seis meses que no la veía, aunque le gustaría borrar aquel último encuentro. ¡Estaba preciosa! Siempre lo había sido, pero en ese instante estaba especialmente guapa. Ese cambio en su cabello le resaltaba mucho más esos ojazos verdes.

Parado ante ella, muchas sensaciones se agolparon en su cabeza, como si aquel último año nunca hubiera existido. Sentía una necesidad imperiosa de estrecharla entre sus brazos y de besarla. Dios, ¡qué ciego había estado! Cuanto más la miraba, más se convencía de que era la mujer de su vida.

Fue Mateo, ansioso, quien rompió el incómodo silencio.

—¿Estás ocupada? Si es así, puedo volver en otro momento.

—No, no. Entra —contestó apartándose y dejándole el paso libre.

En cuanto accedió a su antigua casa, no pudo evitar mirar a su alrededor con avidez. Descubrió, para su pesar, que Andrea había cambiado casi todo. Apenas quedaba nada de cuando él vivía allí, únicamente conservó algunos muebles y no se encontraban en el mismo lugar, ni siquiera la decoración se parecía a la anterior. Era un hogar completamente diferente al que compartieron.

—He cambiado un poco la casa —expuso Andrea, al ver cómo miraba todos los rincones con curiosidad.

—Ya lo veo —contestó sin esconder la decepción que sentía.

Ella, sin más contemplaciones, fue directamente al grano. Además de estar sorprendida, tenía una enorme curiosidad, quería conocer el motivo de aquella visita y qué quería decirle.

—¿De qué quieres hablar ahora, Mateo? —preguntó cruzándose de brazos.

—No vayas tan deprisa. Antes, me gustaría saber cómo estás, cómo va tu vida —comentó intentando suavizar y alargar el encuentro.

—Vale. —Y, a continuación, añadió de manera contundente—: Estoy bien y mi vida va bien. ¿De qué quieres hablar?

Andrea se esforzaba por entender esa nueva postura. Durante meses, cualquier intento de contactar con él fue una misión imposible y, cuando lo consiguió, apenas pudo hablar. Sin embargo, tras tanto tiempo, se presentaba ante ella con esa intención. Estaba impaciente por saber qué quería, pues ya nada tenían en común. Las cuentas las habían separado al poco tiempo de marcharse; en realidad fue él quien lo hizo, repartió el dinero y después le mandó un mensaje:

«He retirado de la cuenta en común la mitad del dinero».

Nada más. Y, cuando se llevó sus cosas de casa, actuó de la misma manera; una nota sobre la mesa del salón igual de escueta que la anterior. Quedó patente y bien claro que no tenían ya nada en común.

«Me llevo lo mío, de todo lo demás no quiero nada».

Así que no sabía de qué quería hablar un año después.

Mateo tomó aire dispuesto a poner en práctica sus ensayos, debía empezar por autoinculparse para que ella se relajara y fuera más receptiva con lo que quería decirle.

—Quiero pedirte perdón por tantas cosas que no sé por dónde empezar. —Andrea estaba alerta; pero, al escuchar aquellas palabras, su desconfianza se desvaneció. La había cogido desprevenida y no esperaba oír algo así. Su cara cambió y el recelo se tornó en sorpresa. A Mateo no le pasó por alto aquella alteración. Así que aprovechó su confusión para continuar hablando—. Perdóname por no dejarte hablar cuando me lo pedías, por ser tan orgulloso y no entender que tú

pasabas por un momento delicado y quedarme con las palabras que me dijiste. Debí darme cuenta de lo que sucedía y ayudarte en vez de cuestionarte, porque me lo pedías a gritos, pero no supe verlo. —Tomó aire porque lo que quería decirle le avergonzaba—. Perdóname por lo que viste en Madrid, no era yo, sino un hombre al que desconozco.

Andrea se quedó mirándolo, esperando a que dijera algo más; pero, pasados unos segundos, supo que no iba a seguir y que esperaba su contestación. ¡Pues si eso era lo que quería, lo iba a tener! Después de un año esperando se iba a despachar a gusto.

—¿Has terminado? Entonces viene mi turno, ¿no? Has tardado un año en venir a hablar conmigo, ¿y qué buscas ahora con ello? ¿Qué esperas de mí? Sé que me comporté como una psicópata; pero, como muy bien has dicho, no tuviste en cuenta lo que estaba sucediendo en mi vida, no te importó una mierda. No me preguntaste en ningún momento si estaba bien y sabías que sufría por mi hermano y por Julia, que estaba nerviosa, alterada y enfadada con el mundo por su desgracia. Sin embargo, en vez de apoyarme y de quitarle importancia, metiste el dedo en la llaga, y yo, como no podía ser de otra manera, salté.

»Te rogué tantas veces llorando que me dejaras explicarte, que escucharas cómo me sentía, pero te dio igual, te quedaste con la ofensa. No me permitiste pedirte perdón y, ahora, ya no creo que lo merezcas. He sufrido mucho por mis palabras y creo que la penitencia que me impusiste ha conseguido que el pecado expíe. Mi delito ha prescrito.

—¡Lo siento tanto que no sé cómo explicarte lo que me sucedió!

—Ya no hace falta ninguna explicación. Tú ya tienes una nueva vida y, por lo que pude comprobar, la has cambiado a lo grande. Y yo también he seguido tu ejemplo, así que todo está bien. No es necesario que le dediquemos a nuestra ruptura ni un minuto más.

—¡No, Andrea! ¡Yo no he pasado página! Eso es lo que vengo a decirte, que te echo de menos y que sigo amándote como el primer día. Nunca me perdonaré cómo te traté por muchos años que viva. —Hizo una pausa y tomó aire. No tenía derecho a pedir nada y lo sabía, pero iba a ir a por todas—. Quiero o, mejor dicho, te suplico que me des una oportunidad, ¡solo una! Necesito que entiendas que para mí nada ha cambiado y vengo a pedirte que ignoremos este último año, que hagamos borrón y cuenta nueva.

Andrea lo miraba y no podía entender la cara que llegaba a tener. «¿Hacer como que no ha existido este año?», pensó mientras la ira llegaba hasta su cara encendiéndola como si de un pimiento se tratara.

—Mira, Mateo, no pongas a prueba mi paciencia porque puedes salir malparado. ¿Cómo quieres que borre todo un año de mi vida? ¡Lo he vivido y lo he sufrido! ¡No puedo hacerlo! Recuerdo cada desplante tuyo y cada noche en vela llorando abrazada a la almohada. Recuerdo las veces que te dirigiste a mí como si fuera una desconocida, ¡entonces no tuviste en cuenta todo lo que habíamos compartido! Por no hablar del impacto que me produjo verte en Madrid. Fíjate si era ilusa que hasta aquella noche pensaba que volverías en cualquier momento. ¡Mi mundo se derrumbó! Y ahora tengo una nueva vida y, aunque me ha costado muchas lágrimas, lo he superado.

—¡Eso no es cierto! ¡Júrame que nunca piensas en mí! No me digas que, en muchas ocasiones, no te sorprendes a ti misma pensando en que estás cometiendo una equivocación. A mí sí me ha sucedido y muchas veces.

Ella ignoró sus palabras, porque la rabia la estaba inundando, ¿quién se pensaba que era para venir, después de un año de silencio, a darle lecciones? Daba igual si le sucedía eso o no, él era el menos indicado para exigirle nada y menos un juramento. Por eso, su enfado no se hizo esperar y, en pocos segundos, explotó como lo hace un volcán.

—¿Y quién eres tú para venir a mi casa y exigirme nada? ¿Quién te ha dado ese privilegio? Si no recuerdo mal, renunciaste a él voluntariamente. El tiempo no tiene marcha atrás como un coche, lo que se hace o se vive queda ahí, está tatuado en mi mente y en mi alma y no se puede borrar nada. Tú elegiste tu vida y yo tuve que aceptarlo, así de simple e injusto. ¡Y, ahora, no vengas con ese chantaje de sentimientos! Lo que piense o deje de pensar ni es asunto tuyo ni lo será nunca.

»La primera parte de tu visita ha estado genial, yo me comporté como una energúmena, y tú después fuiste un capullo. Lo hablamos, nos disculpamos los dos y aquí no ha pasado nada. Pero no intentes conseguir nada más.

—Déjame decirte algo y después me marcharé. ¡Te lo juro! —le suplicó Mateo. La conocía muy bien y sabía que la única forma de llegar a ella era esa, apelando a su misericordia, porque otra cosa no, pero Andrea era la persona más caritativa que conocía y solo le quedaba tomar ese camino—. Siempre me he sentido abrumado por tu fuerte personalidad, desde el principio pensé que me había tocado la lotería cuando te fijaste en mí. Y, cuando discutimos el año pasado y me fui, creí que era omnipotente, como si por una vez fuera más que tú. Me sentía como si estuviera manteniendo un pulso contigo y, en ese momento, fuera el ganador. Pero desde el verano no dejo de pensar en ti. Te sigo amando como siempre y me maldigo cada día por abandonarte. No puedo apartarte de mi mente y te pido otra oportunidad. Te necesito y nada de lo que he vivido durante un año me ha hecho tan feliz como un minuto a tu lado. No vengo a exigir nada, únicamente pido limosna, déjame amarte. Sé que no lo merezco, pero, aun así, te lo pido.

Y, dicho esto, se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, no quería seguir allí, conocía a Andrea mejor que a sí mismo y sabía que, cuando sacaba su genio, no había nada que la calmara. Seguiría con su modesto plan; decirle todo lo que quería y dejarla sola para que reflexionara. Sabía que ella era como una botella de cava, que explotaba al principio, pero luego interiorizaría todo lo que le había dicho. Así que, en completo silencio, se dio media vuelta sin despedirse de ella y caminó hacia la puerta, la abrió y salió sin mirarla.

Capítulo 16

Andrea miraba la puerta por la que acababa de desaparecer Mateo y no salía de su asombro. ¿Qué había sucedido? ¿La había dejado con la palabra en la boca? Después de todo lo que había sufrido, ¿volvía, le soltaba esa parrafada y se marchaba? No le había dejado contestar a su última réplica.

Durante unos minutos se quedó quieta sin saber muy bien qué hacer, si correr tras él y decirle todo lo que le venía a la mente o quedarse donde estaba y dejarlo pasar. Su cabeza no dejaba de darle razones para que le gritara que no tenía ningún derecho a entrar de nuevo en su vida para trastocarla, que no quería saber nada de él, que siguiera adelante, donde y como quisiera, pero que a ella la dejara tranquila. Pero no lo hizo, pasados esos primeros momentos de rabia contenida, se sentó y repasó dentro de su cabeza cada palabra que Mateo le había dicho.

Dos horas después, seguía sentada y hecha un mar de dudas. Sabía que amaba a Héctor, pero... ¡siempre ese jodido «pero»!, No sabía qué sentía por Mateo. Él tenía razón, muchas veces dudaba de si realmente amaba a Héctor o se había aferrado a él para olvidarlo.

El sonido del móvil la sobresaltó. Alargó la mano y el corazón le dio un vuelco, era Héctor. Respiró hondo antes de contestar.

—Héctor. ¿Qué tal el viaje?

—Hola, cariño, muy pesado. El avión ha salido con una hora de retraso y, al llegar a Vigo, había un temporal tan fuerte que nos han desviado hasta Santiago. Un fastidio. Espero terminar lo antes posible, porque te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. —No le comentó nada sobre la visita que había tenido. Mejor lo hablaría con él en persona. Empezaba a estar nerviosa porque las dudas cada vez eran más grandes.

—Hoy ya no podemos hacer nada, pero mañana estaremos a primera hora delante de la editorial. Tenemos entrevistas con varias personas, espero que no sean muy tocapelotas y quieran muchos detalles; apenas conocemos nada de su manera de trabajar, preferencias y muchas más cosas para tener en cuenta.

—Ya verás como todo será más sencillo, eres único para conseguir ilusionar a un cliente.

—¿Y a ti? Porque todo lo demás me da igual, es a ti a quien quiero ilusionar.

El timbre de casa sonó con insistencia y sobresaltó tanto a Andrea como a Héctor que escuchaba a través del teléfono.

Andrea agradeció a quien fuera no tener que contestar la pregunta. Estaba un poco confundida, la visita de Mateo la había trastocado y no quería engañar a nadie. Por eso, hasta que no estuviera segura de sus sentimientos, evitaría tocar ese tema con él.

—¡Joder! —exclamó Héctor a través del teléfono—. ¿Quién tiene tanta prisa?

—Ahora te lo digo —contestó mientras atravesaba el pasillo para abrir la puerta.

Allí estaba Marina junto a Macarena con el dedo todavía sobre el timbre. Abrió la puerta y las miró como interrogándolas. Marina, que vio su confusión, le contestó sin esperar su pregunta.

—Sabíamos que estabas sola y venimos a cenar contigo, ¿te parece mal?

—No, pero no entiendo tanta impaciencia. —Se llevó de nuevo el teléfono hasta su oído, dispuesta a decirle a Héctor quiénes eran, cuando Marina se lo arrebató mientras le preguntaba.

—¿Es Héctor? —Andrea movió la cabeza afirmativamente. La alegre voz de Marina le hizo

olvidar por un momento todo el lío que llevaba en su cabeza y sonrió al escuchar sus palabras—. ¡Cuñao! ¿Cómo ha ido el viaje? Vamos a cortar la comunicación, hemos traído cena y vamos a poner verdes a los hombres. Ya sabes cómo funcionan estas reuniones. Me he traído a Maca, así que hoy saldréis malparados todos.

Se despidieron de Héctor y las tres se sentaron en el sofá mientras colocaban unas bandejas de sushi sobre la mesa.

Macarena era la periodista que Julia conoció en su año de reportera y que coincidieron en algunos reportajes haciéndose muy amigas. Quizás la soledad, la cercanía y lo afines que resultaron sus caracteres propiciaron que en momentos difíciles se unieran.

Ella había pedido el traslado voluntario, primero de compañero, no quería seguir trabajando al lado de Bruno. Y, más tarde, no fue suficiente con eso y abandonó hasta la agencia. Su fama como periodista le abrió muchas puertas y se había mudado a Barcelona, al menos allí conocía a Julia. Trabajaba con ella y se habían convertido en amiga inseparable de Andrea y Marina. Julia se unía a ellas en ocasiones, pero estaba viviendo una larga luna de miel junto a Diego. Además, tenía más responsabilidades, el pequeño Derek exigía continuamente su atención, ¡adoraba a Julia, y ella a él!

—¿Dónde has dejado a Álvaro? —preguntó Andrea.

—Nos encontraremos en casa, porque seguro que hoy llegará tarde. Quería prepararle a su hermano todos los datos que pueda necesitar mañana.

Andrea pensó callarse, no decir nada de lo que empezaba a carcomerle por dentro. Pero, media hora después, iba a explotar si no hablaba con ellas.

—Necesito que me escuchéis y que me digáis qué me está pasando —les confesó muy seria y preocupada.

Sin perder ni un solo momento, les contó todo lo sucedido sin dejarse nada, incluso las enormes dudas que se habían despertado en ella. Esa indecisión la había acechado en algunas ocasiones, algo muy normal y que incluso lo había hablado con Héctor. Pero, desde la visita de Mateo y tras escuchar sus últimas palabras, se sentía muy indecisa para seguir con su vida. Tenía que arreglar este problema.

Estas la acechaban de vez en cuando; pero, al verlo y sobre todo al escuchar sus últimas palabras, le había sonado a maldición.

—¿Qué me está pasando? ¿Quiero a Héctor o quiero a Mateo? ¡Estoy hecha un lío! No sé qué pensar, tengo miedo a equivocarme. ¿Y si me quedo con Héctor y me doy cuenta de que realmente amo a Mateo? ¿Y si vuelvo con Mateo y me doy cuenta de que amo a Héctor? ¡Os juro que me voy a volver loca!

Tanto Marina como Maca se quedaron calladas pensando lo que le sucedía a la pobre Andrea. ¡Era una putada! ¡Vaya con Mateo! ¿Por qué volvía después de un año? Andrea lo había pasado muy mal; pero había pasado página, estaba genial junto a Héctor. Sin embargo, la entendían perfectamente, todas las dudas eran muy lógicas después de una ruptura. Y lo peor de todo era que no podían decirle nada, únicamente podían escucharla.

—¿Qué pensáis vosotras? —preguntó viendo cómo la miraban, pero ninguna de las dos abrió la boca.

—Que tienes razón; es un lío de narices, un marrón, una putada y todo lo que tú quieras añadir, pero ¿qué quieres que te digamos nosotras?

—¿Sois mis amigas? Pues lo que normalmente hacen las amigas, ¡ayudadme, joder!

—¿Quieres que freguemos el suelo, tendamos la ropa o planchemos? Aunque me repatea, lo haré, y Maca conmigo, ¿verdad? —confesó Marina mirando a su compañera—. Pero no podemos

hacer otra cosa que lo que hacemos, escucharte.

—Además —intentó excusarse Maca—, nosotras solo te hemos visto con Héctor, yo no conozco a Mateo, todavía no estaba en Barcelona cuando estabas con él.

—Conmigo apenas tenías trato cuando estabais juntos —le cortó Marina—. Llevaba muy poquito tiempo aquí cuando os separasteis ni lo llegué a ver.

—Entonces —continuó diciendo Maca—, no podemos saber cómo estabas con Mateo si nunca os hemos visto juntos.

—Puuuffff..., tenéis razón. Pero es que tengo miedo a tomar una decisión y que no sea la acertada. ¡Tengo terror a equivocarme!

Pero Andrea sabía que no las iba a convencer, que no le iban a decir qué debía hacer, porque ella en su posición haría lo mismo. La decisión era solo suya y si se equivocaba, mala suerte, pero no podría culpar a nadie.

Siguieron la velada escuchando a una Andrea confundida e indecisa. Tanto Marina como Maca tenían muy clara la postura que ellas tomarían, pero se cuidarían mucho de decirlo. Claro que no eran imparciales, Marina porque en dos meses Héctor se convertiría en su cuñado, y de Mateo, en cambio, solo sabía de él lo que Andrea le había contado. Y Maca porque no conocía a Mateo. Ninguna de las dos era imparcial.

Eran más de las diez de la noche cuando salieron de casa de Andrea dejándola sumida en un mar de dudas. Al salir del portal, se subieron la cremallera de la cazadora y ajustaron sus bufandas al cuello, era una fría noche de enero y apenas dijeron nada hasta que llegaron a la estación de metro. Andrea vivía en Poble Sec, cerca de sus padres. Marina y Maca atravesaron unas cuantas travesías hasta llegar a la estación de metro, mientras lo esperaban, intentaron entrar en calor.

—Coño, ¡qué frío hace hoy! —se quejó Marina calentando la punta de los dedos con su aliento.

—De frío me tendré que quejar yo, que soy de Sevilla, pero ¿tú? ¡Que la semana pasada en Zaragoza, donde has vivido hasta hace un año —puntualizó Macarena—, se nos congelaban los mocos pasando el puente de Piedra!

—¡Tienes razón! Pero lo cierto es que estoy congelada.

Terminando la charla sobre el tiempo, el frío y más inclemencias climatológicas, comentaron el tema que les había dejado a las dos muy preocupadas.

—¡Menuda putada la vuelta de Mateo! —comentó Maca, ante la cara de preocupación de su amiga—. Me ha dado mucha lástima Andrea, está muy confundida.

—¡Joder que sí! Igual el chaval es la mejor persona del mundo y, por lo que me ha contado Andrea, lo es. Pero ahora mismo no lo trago. Como dirían en mi tierra, ¡menudo *tontolaba*! —contestó Marina—. Ha tenido que volver cuando ella está de puta madre, solamente para remover las cenizas y no porque siga queriéndolo, sino porque es muy reciente.

—¿Tú de quién crees que está enamorada, de Héctor o de Mateo? —preguntó Maca.

—Sin lugar a dudas, de Héctor —respondió Marina muy tajante y con mucha seguridad.

—¿Por qué no se lo has dicho si estás tan segura? —rebató Maca—. Le hubieras hecho un gran favor, la pobre está tan confundida.

—Porque cada una tiene que cargar con las decisiones que tome en su vida y no quiero llevar esa responsabilidad encima durante el resto de mi existencia. Yo le puedo ayudar a elegir un vestido, el color de las paredes y muchas cosas más; pero, algo tan trascendental, ¡ni loca!

—Tienes razón, pero me jode que se pueda equivocar.

—Tranquila que al final elegirá lo mejor. ¡Ya lo veras! No le voy a decir nada a Álvaro, no quiero que tenga interferencias de ningún tipo.

—Mejor, aunque le dijeras que mantuviera la boca cerrada, es su hermano y se lo contaría.
¡Solo espero que, decida lo que decida, sea feliz!

Era un marrón muy grande el que le acababa de caer encima a la pobre Andrea, no salía de una para meterse en otra.

Capítulo 17

Esa noche no pudo dormir, daba vueltas y más vueltas. Su cabeza no tenía ni un minuto de descanso, pensaba en Mateo y en lo felices que fueron durante seis años, era algo que no podía negar ni olvidar. Pero luego pensaba en Héctor y, aunque solo habían estado juntos seis meses, también era muy feliz y no tenía ninguna duda de que estaba enamorada de él. Los dos eran muy distintos y la hacían sentir de diferente forma; pero, si ponía en una balanza su felicidad con uno o con el otro, no podía medirlo. Amaba a Héctor, de eso estaba muy segura, pero tenía dudas. ¿Y si se estaba engañando a ella misma? Héctor había entrado en su vida de una manera muy rápida y en un momento muy delicado.

Cuando sonó el despertador, Andrea solo tuvo que apagarlo, había sonado inútilmente, ya que durante toda la noche había estado despierta.

Se levantó y tomó un café mientras miraba en la televisión cómo iba el mundo. No obstante, no dejaba de pensar en una sola cosa, por muchas distracciones que buscaba; ¿seguiría sintiendo algo por Mateo? A simple vista creía que no, pero no quería echar por la borda su felicidad, quería estar segura al cien por cien.

Pensó que una ducha la ayudaría. Cuando entró al baño, la imagen que veía reflejada difería mucho de la Andrea de siempre. Sus ojos estaban hinchados por la falta de sueño y en su cara se reflejaba una preocupación que no podía esconder. Necesitaba hablar con alguien que aportara un poco de luz a sus dudas, el día anterior de poco le había servido confesarse con Marina y Maca. Pero estaba segura de que Julia se mojaría un poco más.

Así que cogió su móvil y, en cuestión de segundos sin pararse a saludarla o decirle un «buenos días» y con voz grave por la preocupación, le dijo:

—Julia, ¿podemos quedar para comer? Necesito hablar contigo con mucha urgencia.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? —la interrogó Julia preocupada por el tono que percibía en su voz lleno de angustia o al menos eso le pareció. La conocía muy bien y sabía que algo la preocupaba y mucho. Miró el reloj, eran las doce.

—Sí, estoy bien físicamente, pero tengo un grave problema y no sé cómo afrontarlo —señaló muy agobiada.

—¿De qué se trata? —inquirió Julia llena de incertidumbre y curiosidad.

—No puedo hablar ahora. Quedamos a la una en la Diagonal, donde siempre comemos, ¿puedes?

—Sí, no te preocupes, allí estaré.

Una hora después, Julia la esperaba sentada en una mesa y tomando una cerveza.

—¿Hace mucho que has llegado? —indagó quitándose la cazadora y la bufanda, dejándolas en la silla vacía y haciéndole un gesto al camarero para que le trajera una caña.

—No podía esperar más y llevo casi diez minutos. Empieza a contarme lo que sea, que me tienes de los nervios.

—Joder, Julia, ¡qué mierda de vida! Yo estaba tranquila y feliz, pero tú no sabes cómo se me ha complicado y lo peor es que soy una inútil y no sé qué debo hacer.

—Quieres calmarte y explicarme qué ha sucedido —apremió subiendo el tono de voz, mientras suavemente la zarandeaba cogiéndola del brazo.

—¡Mateo ha vuelto! Y no solo a Barcelona, sino a mi casa y pretende que retomemos la

relación en donde se quedó.

—¿Queeé?! ¿Cuándo? —preguntó Julia atónita. ¡Era lo último que podía imaginar!

—Ayer. Poco después de llegar a casa llamaron al timbre y era él. —Andrea le contó todo lo que hablaron, y cómo se marchó dejándola con la palabra en la boca.

—¡No me lo puedo creer! ¿Después de un año quiere que hagas como si no hubiera sucedido nada? ¿De qué va ese tío? ¡Valiente cretino! Porque lo habrás mandado a la mierda, ¿no? —Y, mirando a su amiga, supo que no había hecho nada de eso—. ¡Eres la hostia! ¿Te pierde la boca y no le dices nada?

—¡Claro que lo hice! Pero ¿no te estoy diciendo que después de soltar el último párrafo se marchó dejándome en medio del salón con cara de boba y observando cómo abría la puerta de la calle y salía de casa? ¿Qué parte no entiendes? Que no me dio tiempo a reaccionar, ¡joder! Cuando lo hice, ya debía de estar en su casa.

—¡Vale! Vamos a centrarnos. Él te dijo todo lo que le pareció, y tú escuchaste. Pero más tarde reaccionaste, ¿me equivoco o todavía no lo has hecho?

—Ahí está mi problema. Sus palabras me han hecho dudar y así no puedo seguir una relación con Héctor. Algunas veces me preguntaba si había dejado de querer a Mateo, si quería a Héctor o estaba confundida. Y ahora no sé a quién quiero. ¿Y si sigo con Héctor y me doy cuenta de que no lo quiero y al que de verdad amo es a Mateo? ¿Y si sucede al revés, vuelvo con Mateo y me doy cuenta de que amo a Héctor?

—¿De verdad no estás segura? —preguntó atónita Julia, no creía posible que hubiera dudas en el amor, al menos ella siempre lo había tenido muy claro—. ¡No lo entiendo!

—¡Pues es muy fácil, hija! Muchas veces pienso si no me precipité al empezar a salir con Héctor tan pronto y si no lo hice por despecho. Pero ¿y ahora qué hago? Dios mío, ¡me voy a volver loca! Ayer estuvieron por la noche Marina y Maca y, por mucho que les pregunté, no quisieron contestarme.

—¿Se puede saber qué les preguntaste? —curioseó Julia.

—Lo mismo que te voy a preguntar a ti, ¿qué hago? —suplicó con gran desespero.

Julia miró a su amiga y, al ver su cara de angustia, sintió lástima por ella. Tenía una decisión muy importante que tomar, quizás una de las más trascendentales de su vida, pero estaba llena de dudas. Era consciente de que no podía distinguir entre amor y cariño. Sin embargo, como habían hecho antes el resto de sus amigas, ella tampoco podía decirle qué debía hacer. Pero sí intentar calmarla o al menos que tomara una decisión sin precipitarse.

—No puedo decirte qué debes hacer, tanto Marina como Maca tenían toda la razón. Pero, decidas lo que decidas, no pasa nada; el mundo no se acaba. Y si te equivocas, aunque no sea en el momento, tendrá solución. Tú tienes que tomar la decisión con el corazón, pensando en ti y nada más.

—¿Es normal que no sepa a quién amo? Eso es lo que me ralla. No debería tener dudas, ¿qué clase de amor siento cuando no sé ni de quién estoy enamorada?

—Tienes que tener muy claro que Mateo te dejó, y no pudiste cerrar esa puerta, porque tú querías seguir con tu vida. Después, Héctor apareció y llenó ese vacío. Tu cuerpo y tu corazón han pasado página y has vuelto a ser feliz. Pero tu subconsciente o tu mente, la parte pensante, tiene dudas.

—Joder, ¡se podían poner de acuerdo todos y no volverme loca!

—Tomes la decisión que tomes, enseguida te darás cuenta de si es la correcta o no. ¿Cuándo viene Héctor?

—Esta noche.

—Pues cuando venga deberías hablar con él y ponerle al corriente de lo que te pasa. Y te aconsejo que no retrases mucho la decisión. Acabarás de los nervios, tú y todos los que estamos a tu alrededor. Date un par de días para pensarlo, aléjate de todo el mundo y, en soledad, piensa a quién echas más de menos, lo que te aporta uno y el otro, y con cuál de los dos te sientes más tú. Piensa en los pros y los contras de cada uno y, al final, elije. No es sencillo, pero no hay otro camino.

Capítulo 18

Andrea estaba muy nerviosa, ¡temblaba! Esperaba a Héctor que ya había llegado de Vigo y solo unos minutos antes había llamado para decirle que venía hacia su casa. No le había dicho nada por teléfono, el tema era delicado y prefería hablarlo cara a cara, pero tenía miedo.

Como le había aconsejado Julia, al volver de la comida pidió dos días de permiso por asuntos personales. También decidió que debía marcharse de Barcelona en cuanto hablara con Héctor. Con las prisas, apenas había podido buscar nada mejor, así que había reservado habitación en un pequeño hotel en Sitges.

No sabía cómo se tomaría Héctor la noticia, cuando se fue no sucedía nada anormal y, a su vuelta, todo eran dudas.

Tan ensimismada estaba que el sonido del timbre la sobresaltó. Se acercó hasta el interfono y abrió la puerta. No había pasado un minuto, cuando un Héctor radiante aparecía ante ella. La estrechó con fuerza entre sus brazos, mientras buscaba con ansiedad sus labios. Cuando los encontró, los tomó y fue como si su cuerpo entero se relajara, ese era el efecto que Andrea producía en él, y cuarenta y ocho horas sin ella lo mataban.

Ella no pudo ignorar esos labios porque los deseaba tanto como él, cerró los ojos y se abandonó en sus brazos saboreando su boca. ¿Qué dudas podía tener? Si no pensaba en nada, era aquello lo que quería. ¿Por qué dudaba? Héctor la llenaba en todos los sentidos, ¿qué era lo que no estaba bien?

Cuando terminaron aquel intenso y ardiente encuentro, Andrea se recompuso. Por unos instantes, mientras los labios de Héctor tomaban los suyos, se olvidó de todo. Con un gesto apesadumbrado, se dirigió a él.

—Héctor, tengo que hablar contigo —comentó con tono grave y serio.

Este, en cuanto vio su semblante, supo que algo sucedía, no era la alocada que siempre lo recibía con bromas. No, a esa Andrea no la había visto nunca. Así que, a pesar del deseo que lo hacía arder por dentro, se contuvo. Se alejó unos pasos de ella y su rostro se ensombreció dispuesto a escuchar lo que tuviera que decirle.

—¡No sé cómo empezar! —Miraba a Héctor pidiendo ayuda, pero él no decía nada, ni siquiera un gesto que le diera confianza. Él era como una máscara del teatro griego, inalterable. Así que a Andrea no le quedó otro remedio que seguir hablando—. ¡Estoy confundida, no sé lo que quiero o a quién quiero! —Aunque las palabras de Andrea lo estaban hiriendo gravemente, su cara no mostraba nada, ya tendría tiempo de derrumbarse en soledad, pero no pensaba mendigar amor. Ya lo hizo una vez y se juró mil veces que jamás volvería a sentirse tan vulnerable. Entonces tenía veinticinco años. Fue su primer gran amor y él, en ese momento, pensó que sería para toda la vida. Pero un día se acabó y, cuando Elena le dijo que quería cortar, él le suplicó mil veces que no lo dejara. De nada sirvieron sus ruegos ni sus lágrimas, nada la hizo cambiar de parecer. Más tarde se enteró de que su novia llevaba tiempo engañándolo con otro, más de medio año. Aprendió bien la lección y jamás volvería a suplicar amor, aunque se muriera por dentro—. ¡Por favor, Héctor, di algo! ¡Estoy hecha un lío!

—No te puedo ayudar. Solo te diré una cosa, si no estás segura de tu amor, si no sabes si me quieres o no; no me interesan ese tipo de sentimientos. Así que estamos perdiendo el tiempo —y, dicho esto, dio media vuelta con la intención de salir de su casa. Pero Andrea, que intuyó su

propósito, se plantó delante de él.

—¿No ves que estoy hecha un mar de dudas? ¿No piensas ayudarme? Pensé que me querías y que siempre tendrías tu apoyo. Al menos eso me has dicho siempre, que me ayudarías.

—¡Esto es bueno! ¿Qué quieres que te diga? ¿Quién tiene dudas? ¿Quién no sabe si me quiere o no? ¿Qué ha sucedido en dos días? Si crees que voy a mendigar unas migajas de cariño, estás muy equivocada, el amor no se pide como si fuera limosna, al menos yo no lo quiero así. Lo quiero todo y no lo que te sobre y, si no lo puedo tener todo, no quiero nada.

—Mateo vino ayer y me dijo que quería volver conmigo, que se había equivocado y que me seguía queriendo.

—Bueno, pues ya no hay más que hablar, vuelve con él y ya está —le indicó con una frialdad que la dejó helada mientras se daba la vuelta para marcharse. No tenía la intención de quedarse esperando.

Pero Andrea no le iba a consentir que se marchara sin escuchar todo lo que tenía que decir.

—¡Sí que hay que hablar! —le indicó cogiéndolo del brazo y tirando fuertemente de él, hasta que consiguió frenarlo, pero no que volviera a mirarla—. Me dijo algo que es por lo que tengo tantas dudas. Insistió en que pensaba muchas veces que se había equivocado tomando la decisión de marcharse, y que a mí también me sucedía lo mismo.

—¿Y te sucede lo mismo? ¿Tienes dudas?

—Muchas veces pienso si no me precipité en salir contigo y si el resentimiento fue el que me acercó a ti. ¡Claro que tengo dudas! Me sorprende esperando que en cualquier momento la cague contigo, que vuelva a ser la mujer desagradable que era, y que tú huyas.

—¿Y qué quieres que diga ahora mismo? ¿Quieres que te diga de verdad cómo me siento? —preguntó mirándola mientras su sangre hervía dentro de él y aparentaba una calma que no sentía. Andrea asintió con la cabeza, esperando las palabras tranquilizadoras de Héctor, pero se equivocó—. Pues, ahí va, si piensas que tus dudas me halagan, estás muy equivocada. Me siento estafado, engañado y que durante todo este tiempo has jugado conmigo. Me has utilizado para darle celos a tu novio, ¿no es eso? Pues por lo visto te ha dado resultado, ya tienes lo que buscabas. Nunca pensé que fueras una persona tan calculadora y tengo que reconocer que me engañaste por completo; pero, a estas alturas de mi vida, estoy curado de espanto.

Andrea palideció, las palabras de Héctor la estaban dejando totalmente descolocada. No hubiera imaginado jamás que él pensara algo así. Movi6 la cabeza de derecha a izquierda, para deshacerse de aquella sensación, nunca estuvo con él para volver con Mateo, nunca haría algo tal vil como utilizarlo para dar celos. ¡Jamás jugaría con los sentimientos de nadie! Por eso, que él pensará de esa manera la decepcionaba y la humillaba por igual. No era de esa clase de personas que se valen de cualquier medio para conseguir sus propósitos. Además, jamás estuvo en su mente volver de nuevo con Mateo, lo dio por perdido aquella noche en el bar de Madrid.

—Después de pasar todo este tiempo juntos, ¿eso es lo que piensas? Sí que tienes un bajo concepto de mí.

—¡Es lo que tú me estás diciendo, no quieras suavizarlo! ¿Seis meses juntos y no sabes lo que sientes por mí? Pues mira, no me interesa tu amor, ¡para nada! Eres falsa, interesada y ahora mismo solo puedo pensar que has sacado un buen rédito en este tiempo. Lo que más me preocupa es lo imbécil que he llegado a ser con mis años y experiencia. Pero soy maño y la dureza de mi tierra me ha hecho también un hombre duro.

—Pero ¿cómo puedes decir esas cosas de mí? ¿Es que no me conoces?

—Creía conocerte, pero veo que estaba equivocado. Empiezo a hacerme una idea, aunque un poco tarde, pero lo superaré, quédate tranquila. —Y, dando un paso hacia atrás, intentó terminar

de hablar haciendo un gran esfuerzo—. Bueno, solo me queda decirte... Da igual, no digo nada, mejor lo dejo así.

Andrea, al ver cómo hacía nuevamente la intención de marcharse, levantó el tono de voz, llamando la atención de Héctor, para intentar hacerlo reaccionar, pero no de la forma en la que él lo estaba haciendo.

—¡No has entendido nada! Pero, como muy bien has dicho hace unos segundos, eres maño y no vas a cambiar de parecer por mucho empeño que ponga o por mucho que me esfuerce en intentarlo. No quieres entenderme y no puedo luchar contra ello. Has tergiversado mis palabras de tal manera que no tengo nada que hacer, así que doy por terminada la conversación. Si solamente por comentarte una duda llegas a pensar tan mal de mí, es muy difícil que esto funcione. Por lo visto, nuestra incipiente relación estaba avocada al fracaso. En el primer contratiempo que ha surgido, no sabemos hablar como personas civilizadas y lo peor de todo es esta desconfianza.

Y, sin mediar ni una palabra más, Héctor —esa vez sí— se dio la vuelta y, sin volver la vista atrás ni hacer caso del dolor que sentía al escuchar aquellas palabras, salió de su casa.

Andrea no pudo evitar que sus ojos se inundaran con lágrimas no derramadas quedando totalmente vidriosos. Apenas pudo digerir aquella imagen tan dura que tenía lugar delante de ella, ver cómo Héctor desaparecía tras la puerta. Le dolía el alma y sentía cómo sus entrañas se desgarraban dentro de ella, se marchaba y, con aquel simple gesto, daba por finalizada su relación.

Se abrazó a sí misma dejándose caer en el sofá, se estaba rompiendo y con ese acto reflejo intentaba mantenerse de una pieza. Pero no eran esos brazos los que su cuerpo pedía, sino los potentes de Héctor que la calmaban en cualquier situación y la hacían sentir única en el mundo.

Allí sentada, y totalmente abatida, no pudo evitar comparar la marcha de Mateo y, en ese momento, la de Héctor. Las sensaciones eran muy diferentes.

La marcha de Mateo, el día anterior, la dejó sumida en una gran preocupación por las dudas que generó su vuelta, sobre todo, sentir que podría estar con Héctor por razones equivocadas, pero no le dolió como un año atrás.

En cambio, con la ausencia de Héctor podía sentir cómo su corazón se rasgaba y cómo le costaba llenar sus pulmones, apenas cabía aire dentro de ellos, aunque inspiraba con todas sus fuerzas. Era una sensación angustiosa. ¡Se estaba muriendo! Eso debía de ser lo que se sentía al abandonar este mundo.

¿Cómo iba a vivir sin Héctor?

El sentimiento de pérdida era insoportable. Andrea se temía que no solo era eso, sino que, en lo más profundo de su alma, ya sabía que había cometido una grave equivocación y, conociendo a Héctor, dudaba de que tuviera arreglo, no se fiaría más de ella.

Capítulo 19

Héctor salió de aquella casa sin volver la vista atrás. Mirándolo, nadie adivinaría cómo se sentía por dentro, su semblante era el mismo que cuando entró, un gesto serio y hermético, propio de un hombre de negocios con grandes responsabilidades y acostumbrado a tratar situaciones muy complicadas sin dejar ver jamás sus cartas a nadie. Pero no era así, si alguien lo hubiera analizado en profundidad hubiera visto que sus ojos habían perdido esa chispa que iluminaba su semblante, además de tener un gesto adusto y crispado.

«No puedes hundirte, no puede afectarte así su engaño —pensaba mientras caminaba a paso ligero hacia su coche—. Creí que era transparente, que lo que veía era lo que había, pero ¡me equivoqué! ¡De nuevo me equivoqué!», gritaba interiormente.

Necesitaba alejarse, se había enamorado de ella poniendo toda su alma en ello, y Andrea le correspondía con una vil traición. ¡Lo había utilizado!

Cogió el móvil y no lo pensó dos veces. En cuanto le contestaron, fue al grano sin mediar ni un saludo.

—Álvaro, me voy.

Su hermano, al otro lado de la línea, no entendía nada. Acababa de llegar de viaje y todavía no lo había visto. Tampoco tenía ningún otro desplazamiento previsto en una fecha cercana, así que debía de ser algo personal.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde? —preguntó preocupado.

—¡No lo sé! Pero tengo que largarme de aquí —contestó incómodo con ganas de colgar—. Ya te contaré, pero ahora me voy.

Álvaro no insistió, conocía a su hermano y sabía que, cuando estaba mal, aunque desconociera el motivo, lo mejor era dejarle solo. Y eso fue lo que hizo, sabía que unas horas después lo llamaría desde su destino y le contaría lo sucedido; pero, hasta entonces, por mucho que insistiera no abriría la boca. No le venía de nuevo, era algo a lo que Álvaro estaba acostumbrado desde su más tierna infancia, cuando algo le preocupaba, le contrariaba o simplemente se enfadaba; se alejaba de todo el mundo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le sucedió algo así y le daba en la nariz que Andrea tenía algo que ver con esta escapada tan repentina. Además, solo una hora antes, cuando le llamó desde el aeropuerto para anunciarle que el avión había aterrizado ya y que se iba a ver a Andrea, estaba plétórico. En cambio, en ese momento parecía otro hombre.

—Cuando puedas, llámame —le pidió Álvaro.

Héctor ni se molestó en contestarle, sin más, cortó la llamada. Su hermano era la única persona con la que no necesitaba fingir ni esforzarse por aparentar algo que no era, le conocía mejor que nadie. Así que, sin apenas equipaje, se montó en el coche y salió sin rumbo y sin importarle que ya fuera tarde para viajar después de un día tan ajetreado.

Andrea había llorado durante toda la noche, ahogando su pena. Empezaba a darse cuenta de que se había equivocado de nuevo. Pero le quedaba una única cosa por hacer para estar completamente segura. No necesitó pensarlo más, solo tenía que comprobar sus sentimientos hacia Mateo, si es que había alguno. No quería que aquella decisión se dilatara en el tiempo, así que cogió su móvil. Ni se molestó en buscar en la agenda el número de Mateo porque ya no estaba. Sin embargo, no le hizo falta, lo tenía memorizado en la cabeza. Tecleó sin dudar y esperó a escuchar su voz. Este no tardó nada en contestar, como si tuviera el teléfono en la mano.

—¿Andrea? —preguntó sorprendido.

—Sí, soy yo. —Y, sin alargar la conversación, fue al grano—. ¿Puedes venir ahora mismo?

—En media hora estoy allí —contestó con un tono grave, igual que el utilizado por ella.

Ya no siguieron la conversación y media hora después, puntual como un despertador, Mateo llamaba al timbre de la portería.

Al escuchar aquel característico sonido, accionó el botón de apertura sin preguntar quién era y esperó en el umbral. Cuando Mateo llegó al rellano, ella se apartó haciéndose a un lado, invitándole a entrar. Él no lo dudó y accedió hasta el salón como tantas veces había hecho a lo largo de los años.

Andrea iba tras él pensando qué iba a decirle, para qué lo había hecho acudir hasta allí. Pero, cuando Mateo se paró y se dio la vuelta quedando frente a ella, no le hizo falta pronunciar palabra, se acercó a él en silencio y, posando sus labios sobre los de Mateo, lo besó.

Aunque en el primer momento ese beso a él le cogió por sorpresa, al sentir aquellos labios sedosos y húmedos sobre los suyos no pudo contener por más tiempo su deseo y, estrechándola entre sus brazos, la ciñó contra su cuerpo todo lo que era posible, mientras abría su boca y la asaltaba.

Mateo cerró los ojos y se relajó mientras el sabor de Andrea inundaba su boca, dándose cuenta de que besarla era lo que siempre había querido, que ninguna otra mujer llenaría ese espacio jamás porque tenía nombre propio; Andrea.

Suspiró nervioso mientras la devoraba, no podía acercarse todo lo que deseaba. Había sido un año lejos de ella y, aunque intentó por todos los medios olvidarla, le fue imposible conseguirlo.

Andrea, desde el principio, había colmado todas sus necesidades, había sido todo en su vida. Ya la primera vez que la vio lo dejó marcado y, aquel año alejado de ella, le había servido para estar completamente seguro de una cosa; de que siempre sería la mujer de su vida.

Pero...

Nada tenían que ver los sentimientos de Mateo con las sensaciones que Andrea estaba percibiendo. Ya no eran aquellos los besos que su boca esperaba llena de ansiedad ni una sola mariposa revoloteaba por su estómago produciendo esas archiconocidas cosquillas y, si estaban allí, seguían esperando otros besos para volver a revolotear.

Los besos de Mateo ya no despertaban los sentimientos de un año atrás, su corazón no se sobresaltaba. Tampoco se aceleraba golpeando tan fuertemente contra su pecho y pensando que, de un momento a otro, rompería su caja torácica. Su estómago ya no se encogía cuando lo veía acercarse a ella o simplemente cuando escuchaba su voz. Ni temblaba por la anticipación de esperar su llegada, nada de eso había sucedido.

Sus besos no habían despertado las sensaciones de antes. Nada era como entonces. La pasión de Andrea había desaparecido por completo y ni una pequeña señal de lujuria apareció en su cuerpo. Sus labios dejaron de moverse quedando estáticos y sus manos apoyadas en la espalda de Mateo cayeron a lo largo de su cuerpo.

No hacían falta más experimentos, no tenía que probarse nada más. Sus labios protestaban, no eran los que deseaban y su boca intentó despegarse de la de Mateo, tampoco era el sabor que añoraba. Sus manos buscaban otra piel a la que dar sus caricias y su cuerpo necesitaba otro calor.

Dolía reconocerlo, pero aquel no era el hombre que quería junto a ella ni esos eran los besos que deseaba. Tampoco era ya el cuerpo que anhelaba bajo el suyo, suspirando porque la penetrara con fuerza hasta dejarla colmada, no quería ni el ritmo ni la forma de hacer de Mateo. No deseaba escuchar sus gemidos ni sentir su aliento sobre ella. Tampoco eran las palabras que la derretían las que él le estaba susurrando. No, en aquellos momentos no tenía ninguna duda, no era a Mateo a

quien amaba.

Mateo, por el contrario, estaba tan concentrado en sentirla y llenarse de ella que no se dio cuenta de las reacciones de Andrea hasta que ella apartó su boca con lentitud. Abrió los ojos y no tuvo ni una duda de lo que vio en los de ella; no había amor ni tampoco deseo hacia él. No quedaba ningún sentimiento.

La soltó al comprender lo que significaba. Conocía a Andrea muy bien y sabía que había dejado de sentir el amor que una vez profesó por él. Y lo peor de todo era admitir que no había más culpable que él. Nadie podía atribuir a Andrea esa ruptura, ya que, durante muchos meses, luchó con uñas y dientes por su relación. En cambio, él, ¡pobre diablo!, se creyó un dios porque le suplicaba que la escuchara.

Ya era tarde, el amor que ella sentía por él había desaparecido a base de decepciones, desplantes y abandono. Andrea había llenado su corazón con otro amor. No podía reprocharle nada cuando él, y solo él, había alejado a la única mujer que siempre amó.

Al verle la cara de desolación, Andrea le pasó la mano por la mejilla, acariciándolo e intentando darle consuelo, mientras le confesaba con todo el cariño del mundo lo que él intuía. Intentó suavizar sus palabras todo lo posible.

—Lo siento, Mateo, lo he intentado con todas mis fuerzas, pero todo ha cambiado. Durante meses he tenido las mismas dudas que tú y eso es lo que me ha obligado a llamarte, tenía que estar segura de mis sentimientos hacia ti. Por eso he actuado de esta manera, porque era la mejor forma de comprobarlo. Siento haberte hecho daño, si hubiera podido descubrirlo de otra manera, te juro que lo habría hecho. Pero no podía asegurarme sin comprobarlo. Creo que entre nosotros todo debe de estar bien, hemos compartido muchas cosas durante todos estos años, como para separarnos con odio y rencor.

—¡Dios mío, Andrea! Yo te sigo queriendo y no sé cómo podré vivir sin ti.

—Como has vivido durante este año, buscando otro camino, pero asegúrate de que esta vez sea el correcto. Mi experiencia me ha enseñado que al principio crees que el mundo se derrumba, que solo hay tinieblas. Pero, el día menos pensado, entre las nubes aparece un tímido rayo de luz y, poco a poco, irá apartando los negros nubarrones hasta dejar el cielo completamente azul y claro. Entonces, sentirás que la vida tiene de nuevo sentido, que vuelves a tener ilusiones. Todo volverá a empezar con la misma alegría.

—¿Eso te sucedió cuando te dejé? —preguntó limpiándose con la manga las lágrimas que empezaban a desbordarse.

—Sí, exactamente eso sucedió. Hasta que te vi en Madrid, mi vida era un continuo lamento, sintiéndome culpable por ser como era. Verte allí en aquel bar con aquella...

—¡No sigas! Al menos no comentes ese desafortunado incidente. Porque fue el principio de mis dudas.

—¿Por qué no me llamaste para decirme que te habías equivocado y que seguías amándome? ¿Por qué solo me dijiste que me querías como amiga? Yo estaba tan desesperada que hubiera escuchado tus disculpas y te hubiera perdonado. En el momento en que te vi junto a aquella mujer, fue como si me dijeras; «mira lo que he encontrado, vale mil veces más que tú y te tengo totalmente olvidada». ¡Eso es lo que se repetía en mi cabeza!

—Y yo no te llamaba porque estaba tan avergonzado que no podía mirarme al espejo sin sentirme basura. Por eso no te llamé.

—No hemos sabido hacerlo bien, Mateo. Tú durante meses no querías ni escucharme, cuando yo solo pretendía pedirte perdón. Los motivos por lo que estaba entonces tan irascible no merece la pena ni nombrarlos, es cosa del pasado. Pero sé que no actué bien, que fui una bocaza y que

toda la culpa fue mía. Esto es lo que durante tantos meses quise decirte, pero mi fama me precedía y comprendo que actuaras así, aunque me doliera.

—¿Cuándo te volviste a enamorar?

—¿Y cómo sabes que estoy enamorada? —interrogó llena de curiosidad. Ella no le había dicho nada y estaba segura de que nadie de su entorno se lo había comentado.

—Iñaki me lo dijo en Año Nuevo. Estuve hablando con él. Me echó en cara que me había alejado de todos y la forma de comportarme contigo. Después me comunicó que tú te habías vuelto a enamorar. A partir de entonces mi mente reaccionó y, aunque no tenía muchas esperanzas, creí que debía quemar mi último cartucho para intentar recuperarte. —Sonrió, aunque fue más parecido a un gesto de dolor que a una abierta sonrisa, y prosiguió—. Al parecer, me ha salido el tiro por la culata. —Andrea se mantuvo callada, no quería hacerlo sentir peor y no le hablaría del hombre que estaba ocupando su lugar. Al comprobar que ella no iba a decirle nada, continuó—: ¿Eres feliz? Preguntó lleno de tristeza.

—Hasta ayer era muy feliz, pero ahora no lo sé. Ayer, cuando le conté mis dudas y mis miedos, salió de casa diciéndome que lo había utilizado para darte celos.

—¡Ojalá fuera verdad! —se lamentó Mateo—. Volverá. Ya verás como no será tan tonto como yo.

—¡Uuuuffffff! —protestó Andrea—. Es tan cabezón que no sé cómo le voy a convencer. Mateo, en una ocasión me llamaste y yo aquel día no estaba preparada para aceptar tu ofrecimiento. Pero ahora lo veo muy claro y soy yo la que te pide que sigas en mi vida. No quiero perder tu amistad.

—Es algo que por el momento no voy a ser capaz de hacer. Lo siento mucho, Andrea, y espero con toda mi alma que, como tú dices, pronto encuentre el consuelo. Pero por ahora tengo que alejarme de ti. Ojalá me equivoque, pero creo que nunca podré olvidarte. Adiós, Andrea, sé muy feliz.

Mateo, en silencio y con la cabeza hundida, salió de aquella casa para no volver más. Había esperado tanto para reaccionar que había perdido su segunda oportunidad para siempre.

Capítulo 20

Andrea se quedó sentada en el sofá, ni siquiera lo siguió con la mirada mientras Mateo salía de su casa y de su vida para siempre, al menos como pareja.

Dolía ver cómo se alejaba y podía sentir cómo se cerraba esa puerta, cómo los años que compartió con él se quedaban confinados en una profunda parte de su corazón. No quería renunciar a nada, durante años fue feliz al lado de Mateo y ella era quien era por todo lo que había vivido a lo largo de su vida.

Durante aquellos años que habían quedado en el pasado fue feliz, lo amó y se sintió amada. No quería renegar de ellos.

Dolía cerrar esa puerta del todo, pero para encarar el futuro debía hacerlo, no quería dudas entre Héctor y ella. Las lágrimas rodaban silenciosas por sus mejillas y no solo por ella, sino sobre todo por Mateo. Le dolía verlo sufrir porque lo había amado mucho y siempre creyó que sería el hombre de su vida. Verlo salir de su casa tan hundido y compungido le producía una sensación dolorosa. Durante meses pensó que, si un día Mateo volvía a buscarla, y ella ya no le correspondía, sentiría el gusto de la victoria y sería feliz con su desgracia. Sin embargo, al suceder por fin eso que tanto ansió, se sentía fatal. Que no lo amara no significaba que no le tuviera cariño, siempre lo iba a querer, pero como a un amigo más.

Cogió el móvil y llamó a Marina, ella le diría algo de Héctor, estaba segura de que sabría de él. Pero, aunque pensó que sería fácil hablar con su amiga de lo sucedido; en cuanto escuchó su voz, se derrumbó y empezó a llorar desesperadamente. No podía hablar, y Marina, al otro lado de la línea, empezó a preocuparse.

—Andrea, ¡por favor! ¡Háblame! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué está pasando?

Ella quería contarle todo y sacar de su alma la pena que la asolaba, pero solamente los desgarradores gemidos de Andrea llegaban a través de la línea. Marina podía intuir qué ocurría, pero no tenía la completa seguridad.

La noche anterior, cuando Álvaro volvió a casa, le dijo que Héctor se había marchado sin destino y que intuía que Andrea era la causa de esa voluntaria distancia, pero desconocía el motivo real, no sabía qué había sucedido entre ellos.

Por eso, al escuchar llorar a Andrea y comprobar en qué situación se encontraba, no tuvo ninguna duda, entre ellos había pasado algo.

—Es por Héctor, ¿verdad?

—¡¡¡Sí!!! ¡Pero ha sido mi culpa! ¡Otra vez la he cagado! ¡Soy una imbécil, una gilipollas, una idiota y no voy a dejar de cagarla nunca! —Y volvió a llorar de nuevo con más desespero que antes.

—Primero, cálmate. Respira hondo, echa el aire muy despacio y vuelve a inspirar —dijo muy suavemente con un tono tranquilo que incitaba al sosiego. Cuando dejó de escuchar su respiración alterada, prosiguió—, y, ahora, cuéntame qué ha sucedido.

Andrea obedeció y siguió al pie de la letra las indicaciones de su amiga, no sabía si estaba más calmada, pero sí que había dejado de llorar y podía hablar. Tomó aire una última vez de forma audible y, de carrerilla, le contó lo que había acaecido en su vida durante las últimas veinticuatro horas; la vuelta de Héctor y lo mal que se había tomado sus dudas.

—¡Ostras, Andrea! ¡No me digas que se lo dijiste así: «no sé si te amo»! —preguntó Marina

horrorizada.

—¡Joder! ¿Cómo querías que se lo dijera? Le dije que me diera unos días para aclararme y saber a quién amaba.

—¡Pues es lo mismo! —declaró Marina, alucinada por el escaso tacto de su amiga.

—¿Y cómo debería haberlo dicho, señora sabelotodo? —Empezaba a tocarle las narices tanta insistencia. ¡Qué manía tenía la gente de rebozar todo! ¿Una no podía ser clara? ¡Pues no!

—¡De muchas maneras, pero así no! ¡Vamos! A mí me dice eso Álvaro y no quiero saber nada de él en su vida. ¿Es que no lo ves?

—¡Coño, no lo veo! ¡Y me estás poniendo histérica! ¿Cómo lo hubieras hecho tú?

—No lo sé, pero de esa forma nunca, puedes estar segura.

—¿Y qué hago ahora? —indagó Andrea agobiada y más consciente que nunca de que la había cagado de nuevo—. ¿Sabes algo de Héctor?

—No mucho, la verdad. Álvaro me dijo que su hermano se había marchado ayer y que, por la forma de hablar, estaba hecho polvo.

—¿Lo ves? No sirvo para tener pareja, con todas la cago y los hago sufrir. Tengo que hablar con Héctor, tengo que explicarle lo que me ha sucedido, que mis dudas eran infundadas y que lo quiero con toda mi alma. Pero ¡es tan cabezón! Tengo miedo de que no quiera escucharme.

—No puede ser. Tú intenta ponerte en contacto con él. Si me entero de algo, te llamo.

—¡Te dejo! Gracias, Marina, no sé qué haría sin ti. Eres mi ángel de la guarda.

Andrea cortó la comunicación con su amiga y buscó, llena de esperanza, a Héctor en su agenda, lo llamaría sin perder un instante más. Así lo hizo y, mientras escuchaba las señales de llamada, su corazón golpeaba frenéticamente contra las costillas. Pero la esperanza pronto se convirtió en desilusión, no sucedió lo que ella esperaba.

Durante todo el día insistió una y otra vez con llamadas, cada pocos minutos insistía, pero siempre la voz monótona le contestaba que estaba apagado o fuera de cobertura. Andrea sabía que, en cuanto Héctor encendiera su móvil, un aluvión de llamadas perdidas le saldrían reflejadas, era algo que él no podría evitar.

Pero, una semana después, seguía sin poder ponerse en contacto con él. Siempre que Andrea llamaba, estaba apagado, y él no le había devuelto ni una sola. Sabía con seguridad que las había visto todas, porque en algún momento del día encendería el móvil para llamar a su hermano y estar al tanto del negocio, al menos.

Pero, si Álvaro hablaba con él, no soltaba prenda, ni siquiera a su adorada Marina, porque la complicidad y lealtad entre los dos hermanos era de envidiar. Tanto Marina como ella estaban seguras de que Álvaro conocía el paradero de su hermano, pero el silencio era con lo único que topaban cuando lo interrogaban.

Faltaban tres semanas para la boda de Álvaro y Marina. Andrea se había cansado de insistir, se había rendido y ya no lo telefoneaba, ¿para qué? Estaba segura de que si no le devolvía ni una sola llamada de los cientos que había hecho a lo largo de esas semanas, era porque realmente no quería hablar con ella. Había tirado la toalla.

No solo le había llamado por teléfono, le había mandado mensajes, incluso varios correos electrónicos, solo le quedaba hacer una hoguera y aprender a hacer señales de humo para intentarlo. Pero Héctor no reaccionaba con nada. Se negaba a ver lo evidente, pero con aquel silencio e indiferencia le dejaba muy clara su postura, no quería saber nada de ella.

¡Otro desengaño en su vida! Y, al igual que el anterior, la culpa solo era de ella, de nadie más.

Aquella tarde había quedado en acercarse a casa de su hermano y Andrea necesitaba desahogarse, sentir que alguien la abrazaba, y nadie mejor que su querido sobrino Derek.

En cuanto llegó ante la casa, tocó el timbre exterior y las enormes puertas de hierro oxidadas, llamadas técnicamente «de chapa corten» y muy de moda, se abrieron. Conocía ese dato porque el día que las estaban poniendo hizo un ridículo horroroso. Tuvo que abrir a los técnicos y quedarse mientras colocaban las nuevas, ya que su hermano estaba de viaje. Pero, cuando las vio, le pareció que estaban en un estado lamentable y se acercó para hablar con el operario.

—Oiga, disculpe —dijo Andrea llamando la atención de los dos soldadores que estaban instalando las enormes puertas de entrada al jardín—. Mi hermano no ha pagado por unas puertas en ese estado. Antes de que sigan, voy a llamarlo.

—Señorita, estas puertas son así, es lo más moderno y más caro, por cierto. Se llaman puertas de chapa corten y su aspecto es oxidado.

—Deje que mi hermano me lo confirme —le comunicó al operario mientras lo llamaba por teléfono.

—Diego, os están poniendo unas puertas viejas y hechas polvo. Me intentan engañar diciendo que son súper modernas, pero a mí no me la pegan, eso es chatarra pura.

—Andrea —soltó su hermano muerto de risa—, deja que sigan trabajando. Es verdad lo que te dicen. —No pudo continuar porque la risa se lo impedía.

—Estáis como cabras poniendo algo así, al menos las pintarán, ¿no?

Esa vez fue Andrea la que hablaba y reía a la vez.

—Ni se te ocurra decirles que las pinten o cuando llegue me encargará de ti.

De vez en cuando Julia todavía le recordaba la conversación con el instalador.

Siempre que las contemplaba mientras se abrían, recordaba aquella anécdota y sonreía, en cambio ese día ni se fijó en ellas, su mente estaba tan ocupada que lo pasó por alto.

Andrea siguió el camino hasta la vivienda y dejó el coche detrás del de Julia. Hacía frío, una desapacible tarde gris con mucha humedad, de esa que te cala hasta los huesos y es casi imposible entrar en calor.

Andrea llevaba muchos días así, con el frío metido en el cuerpo, y nada lograba calentarla. La ausencia de Héctor le había dejado el alma helada.

Salió del coche a la vez que Julia abría la puerta de la vivienda, y el pequeño salió disparado hacia ella. Andrea se agachó y esperó con los brazos abiertos a Derek que, cuando llegó a su altura, se tiró en su regazo, fundiéndose en un enorme abrazo. ¡Era el niño más cariñoso que había en el mundo!

Había pasado ya un año desde la muerte de su madre y este era tan pequeño cuando sucedió que ni siquiera se acordaba de ella. Para Derek su verdadera madre, y la única que había conocido, era Julia.

Andrea, con el pequeño en brazos, abrió la puerta trasera del coche y cogió una bolsa de plástico del asiento. Era lo que esperaba el enano, ya que, siempre que venía su tía, le traía algo.

Caminaron hasta la casa deprisa, porque había empezado a llover. Dentro, el ambiente era cálido. Dejó al pequeño en el suelo para que abriera la bolsa y quitara el papel a una caja. Andrea se quitó el abrigo y el bolso dejándolo en una percha junto a la entrada y se fundió en un emotivo abrazo con su amiga y cuñada. Julia sabía, solo por el tono de su voz a través del móvil, que estaba sucediendo algo y no bueno, precisamente. Apenas le quedaba paciencia, pero no quiso interrogarla por teléfono. Por eso había insistido tanto para que viniera a casa.

—¡Brrrrrrrr! ¡Hace un frío que desmonta al personal!

—Vamos al salón que está la chimenea encendida. —Las dos fueron hasta la enorme sala y se sentaron frente a un chispeante fuego que, además de calor, daba un ambiente muy hogareño—. Tenemos una hora antes de que venga tu hermano. —Andrea la miró, intentando disimular y

hacerle ver que no entendía de qué estaba hablando, aunque sabía muy bien a qué se refería Julia. Pero esta, sin hacer caso a la cara de extrañeza de su amiga, le volvió a decir—. ¡Venga ya! ¿Intentas engañarme? ¡Que te lo has creído! Empieza a soltar todo lo que te sucede. No he querido sacarte la conversación cuando hablábamos por teléfono, precisamente para no agobiarte durante tu tiempo de reflexión. Tenías un dilema entre Mateo y Héctor, y pensé que todavía estabas «reflexionando» —añadió alargando apostó la palabra—. Pero ayer, cuando hablé contigo, por mucho que te esforzaste para seguir engañándome, no lo conseguiste, así que empieza.

Andrea suspiró y le abrió su alma poniéndola al tanto de su desgracia. Y, mientras hablaba y le contaba lo sucedido con todo tipo de detalle, no pudo evitar derrumbarse y que toda su angustia y desesperación salieran a relucir.

«La verdad es que —pensó Julia para sus adentros, mientras escuchaba a su amiga—, si pone un circo, le crecen los enanos. ¡Mira que cometer dos veces el mismo error! ¡Se lo he repetido millones de veces! No hables antes de pensar, pero ¡es una bocazas! No lo puede remediar».

¡Y era cierto! A Andrea le perdía la boca, su excesiva espontaneidad le jugaba malas pasadas desde que la conocía y nunca aprendía. Ya en la facultad, expresaba en voz alta lo que todos pensaban. Poner volumen a sus pensamientos le había causado graves problemas con algunos decanos. Incluso, en una ocasión, el profesor de Sociología le suspendió un trabajo por insolente. Muchas veces Julia pensaba que no la aprobarían y que jamás acabaría la carrera.

¡Y no digamos en el periódico! Siempre era ella la que protestaba en nombre de todos. Se jugaba su puesto muy a menudo porque siempre luchaba contra lo que no estaba bien sin ser consciente de las consecuencias. Su ética estaba por encima de todo.

Pero entonces todo era muy diferente; un suspenso o una reprimenda del jefe eran incomparables con perder al hombre de su vida.

—¡Ya lo sé! —gritó Andrea interrumpiendo los pensamientos de Julia—. Soy la misma bocazas de siempre y no aprenderé nunca —confesó llorando desconsoladamente—. ¿Por qué me tiene que volver a pasar otra vez lo mismo? Joder, Julia, ¡yo lo quiero! ¿Nunca me van a dar una segunda oportunidad? —Se quedó unos segundos callada antes de continuar rompiendo de nuevo a llorar—. Solo me la dan cuando los dejo de amar y ya no la quiero.

Julia la tenía cogida por el hombro, porque era lo único que podía hacer por ella, acompañarla y escucharla, nada más. No servían los consejos ni las reprimendas, nada de eso le servía de consuelo y en esos momentos no necesitaba otra cosa.

—Todo se arreglará, ya lo verás —la trataba de consolar Julia. No sabía qué decirle para que dejara de llorar. Y, aunque desahogarse era bueno, sospechaba que Andrea llevaba muchos días vertiendo más lágrimas de las que debía. Si seguía así se iba a deshidratar.

—He perdido a Héctor igual que perdí a Mateo. Incluso los hago huir, Mateo se fue a Madrid, y Héctor también se ha marchado y ni siquiera sé a dónde.

Ninguna de las dos se dio cuenta de que el tiempo pasaba, hasta que Derek, más atento que ellas, se levantó del suelo y salió disparado, gritando.

—¡Papá, papá, papá! —Había escuchado el sonido de las llaves abriendo la puerta y, aunque no conocía los horarios de su padre y ni siquiera había escuchado su voz, sabía que el que entraba en casa era él.

Julia no pudo evitar sonreír con ternura al contemplar cómo Derek corría hacia la puerta y se lanzaba a los brazos de Diego.

—Es como un cachorrillo —le explicaba a su amiga mientras se deleitaba con aquella escena tan tierna. Andrea se limpió de prisa los ojos, intentando que las miles de lágrimas que sin cesar llevaba derramando durante una hora seguida no dejaran ni rastro. Julia se volvió hacia ella y,

mirándola fijamente, le aseguró—: Si piensas que vas a pasar desapercibida bajo los rayos X de tu hermano, lo tienes claro. Tienes unos ojos tan hinchados que pareces un sapo. Como para que no se percate. Ya te digo yo que no, así que ve pensando qué le vas a decir.

—¡Joder, Julia! ¿No podrías mentirme un poco y decirme que estoy estupenda? ¿Cómo le puedo hacer entender a la gente que no es necesario ir siempre con la verdad por delante?

Julia se encogió de hombros sin entender muy bien las palabras de Andrea, a aquellas alturas, no iba a engañarla, la quería mucho como para hacerle algo así.

Se levantó con gran rapidez para ir a recibir a su marido. Faltaba muy poco para que se cumpliera el primer año desde su reconciliación, momento en el cual pusieron sus vidas en común y seguía sintiendo aquel cosquilleo que empezaba en su estómago y seguía recorriéndole todo el cuerpo. Era un nerviosismo, una excitación que empezaba erizándole el vello hasta hacerla estremecer.

Y a Diego le sucedía lo mismo que a ella, porque sus ojos, cuando se encontraban, se lo decían sin palabras, no lo podían disimular.

Se besaron con pasión, como si no hubiera más tiempo para ellos. Antes de separarse, le susurró al oído.

—No te pases con Andrea, está hecha polvo. No necesita rapapolvos y que le repitas la boca tan grande que tiene, ella ya lo sabe. Así que trátala con cariño, escúchala y nada más. ¿Vale, cariño?

—¡Te lo juro!

Cuando llegaron juntos al salón, Diego se acercó a su hermana, y esta, sin pensarlo dos veces, se refugió en los enormes brazos de su hermano. Se sintió arropada y protegida y escondió la cara en su pecho sin poder evitar el volver a sollozar. «¡Joder! —pensó Andrea llorando de nuevo a moco tendido—. ¡Todavía me quedan lágrimas! ¿No se acaban nunca?».

—Tranquila, cariño, no te preocupes por nada. Ya verás como todo se arreglará.

—Claro que se arreglará y yo te diré en qué momento; dentro de un año, cuando haya olvidado a Héctor, entonces, él volverá a mi vida para llenarme de dudas. Lo mismo que ha sucedido con Mateo —le contestó a su hermano con rabia. Pasaba del llanto a la ira en décimas de segundo.

—Dale un poco más de tiempo, los hombres somos lentos para reaccionar. —Diego intentaba calmarla como fuera.

—¿Casi un mes no es suficiente? ¿Y no podía decirme algo mientras lo piensa? ¿O es que yo elijo a los más lentos de todos? Eso debe de ser, porque Mateo ha reaccionado al cabo de... ¡Un año! ¿Tengo que esperar otro año para que Héctor dé señales de vida?

No dijeron nada al respecto, ni Julia ni Diego sabían qué decirle, así que, en esos casos, lo mejor era permanecer callados, y dejar que ella sacara toda su desdicha. Durante más de media hora, Andrea repitió, esa vez para su hermano, lo que había sucedido con Héctor. Lloró, se derrumbó, se enfadó y al final, ante un suspiro de alivio de Julia y Diego, se calmó.

Capítulo 21

Por mucho que Marina interrogaba a Álvaro, no conseguía sacarle prenda.

Esa mañana, mientras desayunaban juntos antes de salir cada uno a su puesto de trabajo, Marina lo intentó por última vez, pretendía sacarle información sobre Héctor. Y aquella vez lo intentaría tocándole la fibra sensible.

—¿Qué tal está tu hermano? Espero que, al menos, él esté bien. Porque Andrea lleva dos días sin ir a trabajar —exageró Marina y dejó de hablar. Ya había conseguido lo que quería, llamar la atención de Álvaro.

—¿Qué le pasa a Andrea? —preguntó preocupado.

—¿Qué quieres que le pase? No seas tan iluso. Está totalmente hundida, ni siquiera se centra en su trabajo. Por eso el jefe le ha dicho que se tome unos días de descanso.

—No lo entiendo, fue ella la que le pidió que no se vieran —contestó Álvaro intentando defender a su hermano.

—¡Joder con tu hermano! Menudas entendederas tiene. Se lo tendría que mirar porque eso no fue así. Y lo sabes porque te lo he explicado. El caso es que Héctor no consiente en hablar con ella por mucho que lo intenta. ¿Qué hay de malo en contestar las llamadas?

—Héctor también se quedó muy hundido —lo defendió Álvaro—. Si después de llevar más de seis meses juntos, la persona a la que amas te dice que no sabe si te quiere a ti o no, ¿tú qué harías? Es duro, Marina.

—Conociendo a Andrea, tendría que saber que es muy bruta hablando, más que nosotros. Pero hay que reconocer que fue legal y que no quiso engañarle ni un solo segundo. Pero lo peor de todo es que lo quiere con toda su alma y el silencio de Héctor la está matando. Bueno, ¿nos vamos? —comentó Marina bebiendo el último sorbo del café. Ya había cumplido su objetivo. Solo esperaba que Álvaro le contara a su hermano aquella conversación. Eran tan herméticos estos chicos que no sabía de qué forma ayudar a la pobre Andrea.

Si Héctor estaba en Zaragoza, aquel fin de semana lo vería porque no pensaba separarse de Álvaro ni un momento.

Salieron de casa con el tiempo justo y, por tanto, les tocó correr.

En cuanto Álvaro llegó a la oficina, se encerró en su despacho y buscó entre los contactos del móvil. Llamó a uno que no tenía nombre ni foto, únicamente un número. Al segundo toque, una voz más que conocida respondió.

—¿Qué hay, Álvaro? ¿Hay algo urgente?

—¿Cómo estás, Héctor?

—Bien. ¿Por qué llamas tan temprano? ¿Algún problema?

—En la oficina está todo controlado, pero tenía que decirte algo, luego tú haz lo que quieras. Se trata de Andrea, está mal, lleva dos días sin ir a trabajar. —Álvaro se tomó un respiro.

Le costaba decirle a su hermano algo referente a ella, ya que se lo había dejado muy claro la última vez que hablaron del tema; no quería saber nada de Andrea y temía que, si empezaba a contarle algo, colgaría como había hecho en otras ocasiones.

Al otro lado de la línea un largo suspiro fue lo único que escuchó. Siguieron unos segundos en silencio, hasta que Héctor volvió a hablar.

—Cuéntamelo. —Escueta y directa, esa fue su contestación.

Álvaro no tardó nada en pasarle toda la información que tenía después de hablar con Marina aquella misma mañana. Le dejó muy claro que, en cuanto él se marchó, Andrea ya sabía que a quien amaba de verdad era a él. Se había dejado llevar por sus miedos y, sobre todo, porque las palabras de Mateo habían plantado dentro de ella una duda muy seria.

Le comentó lo que Marina le había dicho, que Andrea era tan leal que, mientras recapacitaba, no quería engañarlo ni de pensamiento.

Y por fin llegó a la parte más delicada, la que, según su querida amiga, el jefe le había dado unos días libres porque no podía concentrarse y llevaba dos días encerrada en su casa totalmente hundida. Cuando no le quedó nada por contarle, ansioso, le preguntó:

—Bueno, ¿qué te parece?

Este no contestó con rapidez, asimiló primero todo lo que su hermano le contaba. Tardó bastante en hacerlo o por lo menos así lo pensó Álvaro que empezaba a impacientarse. Antes de que las protestas de su hermano le llegaran, le contestó:

—No cambia nada. Lo que me cuentas no va a variar lo que pienso y siento.

Así era Héctor, frío como un témpano de hielo. Solamente podía recordar una y otra vez las últimas palabras de Andrea y no era capaz de pasar de ahí. Lo que su hermano le decía no llegaba a convencerlo.

—Tú verás. Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena. En vez de ver el lado bueno de lo sucedido: la honestidad de Andrea; te has quedado con su incertidumbre, muy lógica, por cierto. ¿Acaso no tuviste tú las mismas dudas cuando Elena te abandonó? Pues deja que te refresque la memoria, a los pocos meses de tu ruptura, Eva se cruzó en tu camino y no seguiste con ella por el enorme recelo que sentías. Dudabas y no sabías si seguías enamorado de Elena o si solamente salías con Eva para olvidarla. ¿Ya no te acordabas de ese «minúsculo» detalle? Te dejo que tengo una visita. Adiós, hermano.

Y, sin esperar una contestación, cortó la llamada. Álvaro no pudo evitar que una enorme sonrisa apareciera en sus labios. Sabía el efecto que producía en su hermano exponerle algo sin dejarle tiempo para replicar, se quedaría dándole vueltas y más vueltas, y eso era precisamente lo que buscaba; que pensara. Había que reconocer que Andrea no había tenido lo que se dice tacto al plantearle sus temores. Pero así era ella, directa y, sobre todo, bocazas. Cuando se embalaba hablando nunca se sabía qué soltaría por esa boquita.

Podía parecer un grave defecto después de lo ocurrido, pero la mayoría de veces era refrescante encontrar a una persona tan sincera y leal. Como todo en la vida, su forma de ser tenía un lado bueno y otro malo, y Héctor se había quedado solo con lo malo.

Álvaro se centró en su trabajo y en pocos segundos se olvidó por completo de la conversación. Tenía muchas cosas en la cabeza y el trabajo era una de ellas, la ausencia de su hermano y conseguir que el negocio no se resintiera le producía un enorme dolor de cabeza. Héctor siempre había llevado el mayor peso de la empresa, la responsabilidad de la mayoría de asuntos. Aquella era la oportunidad para demostrar a todo el mundo, él incluido, que tenía la misma capacidad para guiar el negocio que su hermano.

Pero lo que de verdad lo tenía alterado era su boda. Solo faltaban quince días para el feliz acontecimiento y los nervios empezaban a causar estragos, ¡ni la valeriana le hacía efecto!

Y eso que era un mero trámite, porque desde hacía tres meses vivía junto a Marina y habían sido los días más felices de su vida. Todo el mundo lo trataba de loco, por casarse cuando no hacía ni un año que la conocía. Pero él estaba muy seguro de sus sentimientos y de los de ella. Era como si se conocieran de toda la vida y no necesitaba de largos años para darse cuenta de que era la única mujer de su vida, eso lo tenía muy claro. Sin embargo, era un acontecimiento que reuniría

a las dos familias y a sus amigos, y quería que todo saliera bien. Tanto él como Marina habían invertido mucho tiempo para que ese día todo el mundo disfrutara de una fiesta preparada con mucho cariño.

Así que, sin recordar a su hermano ni un minuto más, se sumergió en un mar de proyectos, repartiendo tareas entre el personal y asignando a cada uno de ellos un cometido diferente.

Héctor, en cambio, se quedó muy confundido y cabreado. Miraba su móvil asombrado, ¿le había colgado Álvaro? ¡Le había colgado! Pasó de la pregunta incrédula a la certeza, todavía más sorprendente. ¡No era posible!

—¡Será gilipollas! —expresó en voz alta sin apartar los ojos de su móvil.

Y, completamente cabreado, tiró el aparato sobre el sofá. Y, si él le cortaba el teléfono, ¿quién lo iba a escuchar? Siempre lo hacía Álvaro.

Se asomó al pequeño balcón de su apartamento para comprobar la temperatura de esa mañana de marzo. Al abrir la puerta, una ráfaga de viento helado le golpeó con fuerza en la cara. Aunque estaban a punto de entrar en la primavera, la nieve seguía cubriendo gran parte de las montañas. En las calles del pueblo de Canfranc ya no quedaba nada de nieve, pero en las montañas que rodeaban al pueblo todo seguía blanco. Una copiosa nevada les había sorprendido tres días antes, dejando un bonito manto blanco. Él lo agradecía, porque era el primer viaje que hacía ese año a su pequeño paraíso. Desde el mes de septiembre pasado no había estado allí y ya pensaba que aquel año no vería la nieve.

Pero llevaba dos días disfrutando de los deportes invernales como un loco, era una forma de dejar de pensar en Andrea. Todas las mañanas subía a Candanchú y se las pasaba esquiando sin cesar, cogía el remonte una y otra vez para bajar la pista del Tubo Zapatilla, una pista difícil, pero muy gratificante para los amantes del esquí. Ese deporte no tenía secretos para él; se había criado, prácticamente, sobre unos esquíes.

Cuando sus padres se casaron en 1977 se instalaron en Canfranc. Su padre era monitor de esquí durante el invierno y profesor de gimnasia en el colegio de la localidad. Y, en el verano, daba clases de patinaje en la pista de Jaca.

Fruto del matrimonio, primero nació su hermano Alex y, dos años después, él y su hermano Álvaro. Vivieron una niñez muy feliz en un pequeño pueblo de montaña donde todo el mundo se conocía. Cuando su hermano mayor empezó el BUP, todos se trasladaron a vivir a Jaca, y Héctor fue, de toda la familia, el que peor lo llevó.

Y apenas se habían acostumbrado a vivir en una pequeña ciudad, cuando otra vez la familia al completo se volvió a trasladar y esa vez el destino fue Zaragoza, justo cuando su hermano mayor empezaba la universidad.

Sus padres se conocieron durante un verano en una comuna instalada en el pueblo de Ruesta. Ese pequeño municipio fue desalojado en el año sesenta debido a la construcción del pantano de Yesa. A pesar de que el agua jamás llegaría al pueblo, sí inundó todos los campos de cultivo y, sin tierras para sembrar, sus habitantes no tenían medios para sobrevivir.

A finales de la década de los setenta, y durante dos años, convivieron junto a otros jóvenes dedicándose a levantar las casas semihundidas que eran pasto de la vegetación. Las hicieron habitables y vivían de la agricultura, de animales que criaban ellos mismos y de la fabricación artesanal de diversos objetos de marroquinería como collares, pulseras, pendientes y bolsos que después vendían en los mercadillos de los pueblos cercanos.

Pero, cuando formaron una familia, se convirtieron en unos padres muy tradicionales, como diría el dicho popular, más papistas que el papa. Todo lo que en su juventud habían tenido de bohemios, lo tenían tras la paternidad de responsables. Demasiado, pensaban sus hijos.

El timbre de la puerta lo sacó de sus divagaciones. No esperaba a nadie, porque apenas dos personas sabían dónde se refugiaba. Se acercó a la entrada y, al abrir, no pudo evitar poner cara de sorpresa, nunca se hubiera imaginado verla allí. Hacía tiempo que no sabía nada de ella, pero allí estaba ante él con aquella sonrisa que un día lo enamoró, pero que en aquel momento no le decía nada. Era Elena, su exnovia.

—¡Vaya cara! Parece que has visto a un fantasma —exclamó aquella muñeca rubia con cara de porcelana, abalanzándose sobre él y abrazándolo.

—La verdad es que no esperaba visitas —comentó quedándose completamente estático.

—Tampoco yo esperaba encontrarte aquí. Durante todo el invierno no has venido ni un solo día. ¿Cómo estás? Yo acabo de llegar para pasar el fin de semana esquiando. Vengo con unos amigos, estamos aquí al lado, en una casa rural. ¡Cuéntame algo!

—Bueno, yo también llevo unos días aquí, tenía mono de la nieve y he venido a desquitarme.

—¿Cuánto hacía que no nos veíamos? Desde un poco antes de que te fueras a vivir a Barcelona. ¿Estás bien? Te encuentro serio, bueno, siempre lo has sido.

—Estoy bien, ¿y tú? —preguntó, más por corresponder a su interés que porque le importara la vida de Elena.

—Me han dicho que tienes novia, ¿no la voy a conocer?

—No, se ha quedado en Barcelona. En cambio, yo no sé si tienes pareja. —No quería darle explicaciones de su vida y se estaba dando cuenta de que no le guardaba el rencor que creía tener hacia ella. Ya habían pasado cuatro años desde la última vez que la había visto.

—No, estoy sola, la tuve..., pero se acabó hace más de un año.

—Bueno, creo que será mejor que te vayas, tus amigos se van a quedar congelados —añadió deseando quitársela de encima.

—Sí, será lo mejor. Me ha gustado verte, Héctor, y espero que no me guardes rencor —comentó Elena al comprobar cómo intentaba deshacerse de ella de una manera rápida y muy poco disimulada.

—Ese capítulo pertenece al pasado y te aseguro que no hay rencor, pero tampoco vamos a engañarnos, nunca llegaremos a ser buenos amigos.

—Ni lo pretendo, aunque me gustaría, pero sé que no merezco tu amistad. No te incomodo más.

—Además, he quedado en Jaca y voy a tener que darme prisa si quiero llegar a tiempo —dijo intentando suavizar un poco sus bruscos modales.

—Gracias por el esfuerzo. ¡Me he alegrado de verte! —exclamó mientras se alejaba bajando las escaleras.

—Cuídate, Elena.

—Eso hago y de verdad.

Cerró la puerta y no le dedicó ni un minuto de su pensamiento a Elena y a su antigua relación. Las palabras de su hermano le retumbaban dentro de la cabeza repitiéndolas una y otra vez. Imaginaba a Andrea triste con aquellos hermosos ojos verdes hinchados por tantas lágrimas, y se ponía enfermo.

—Qué bocazas eres, hermano, tenías que contármelo, ¿verdad? ¡Qué cabrón llegas a ser! —masculló en voz alta mientras se ponía la cazadora y cogía las llaves del coche saliendo de casa.

Capítulo 22

Andrea conducía por la autopista de peaje en dirección a Zaragoza. Acababan de dejar atrás el pueblo de Fraga y se metían de lleno en los Monegros, tierra árida donde las hubiera, pero con un encanto muy atrayente.

Maca viajaba a su lado y miraba por la ventanilla ese desértico paisaje ensimismada en sus propios pensamientos. Sus vidas eran una mierda, pensaban las dos. El amor, que para casi todo el mundo era una bendición, para ellas era una verdadera agonía.

Un suspiro de Maca cargado de amargura, pena, dolor y resignación las hizo reaccionar a las dos.

—¿Estás bien? —preguntó Andrea volviéndose hacia ella, examinando con rapidez a su amiga.

—No, ¿y tú? —contestó Maca con sinceridad y sin ningún intento de disimular.

—Tampoco. —También fue una contestación rápida y sincera. Entre ellas no necesitaban disimular ni dulcificar la forma de sentirse. No estaba Marina, que era por la cual ocultaban un poco su amargura, así que sinceridad ante todo.

Volvió a instalarse el silencio en el coche, a pesar de que el volumen de la música estaba muy alto. Pero los pensamientos de cada una de ellas eran mucho más potentes que el sonido de la canción que tronaba. Un par de minutos después, Maca rompió el silencio con un fuerte suspiro.

—Es que, encima, nos vamos de boda, el colmo de las desgracias. ¡Es para pegarse un tiro! ¿Se puede ser más masoquista que nosotras? —protestó Maca, volviendo a resoplar con fuerza mientras movía la cabeza de un lado a otro con incredulidad.

—¿Y qué hacemos? ¿No vamos a la boda de Marina? ¡Es nuestra amiga, coño! Al menos, tú no te encontrarás a Bruno. Te recuerdo que Héctor es el hermano del novio y estará allí.

—¡Ya lo sé, joder! Tenemos que ir, pero en estos momentos es lo que menos me apetece, no tengo yo el cuerpo para aguantar tanta felicidad —rebatía Maca como una niña pequeña—. Todavía me siento más desgraciada de lo que soy. Ahora mismo sería la perfecta invitada a un velatorio, ¡imagínate el esfuerzo que tengo que hacer para ir a una boda!

—El mismo que yo. Bueno creo que incluso peor, hace un mes que no veo a Héctor y me ha dejado muy claro que no quiere saber nada de mí, ni siquiera cruzar una palabra conmigo. Pero se lo debemos a Marina, ha estado a nuestro lado, nos ha consolado, nos ha escuchado y, ahora, nosotras le echaremos un par de ovarios y la acompañaremos en el día más feliz de su vida, aunque por dentro nos rompamos en mil pedazos.

—¡Vale! En cuanto vea las torres del Pilar, me enfundaré la sonrisa, esa que dice: «qué contenta y feliz estoy», y no la borraré de mis labios hasta que volvamos a cruzar el Ebro para salir de la ciudad y regresar a Barcelona. ¿Te parece bien?

—¿Sabes algo de Bruno?

—Directamente, no. Sé con certeza que me está buscando, pero en los lugares equivocados. Dejé caer que me iba a Nueva York y pensé: «si tienes huevos, búscame allí». Muy pocas personas saben realmente dónde estoy y sé con seguridad que ninguna de ellas le dirá nada; tienen terminantemente prohibido dar a conocer mi paradero. Si no se lo dicen, es imposible que dé conmigo.

—Ya me imagino que no has huido para darle noticias en este momento. Pero alguien de confianza te habrá contado algo sobre él. No me creo que no te digan nada.

—Algo sé —señaló disimulando.

Pero no seguía hablando. Andrea se volvió hacia ella, apartando por unos segundos sus ojos de la carretera y casi deja el volante para hacerla hablar.

—¿Y no me has dicho nada todavía? ¿Cuándo pensabas contármelo? ¡Ya te vale!

—¡Es que no sé nada con certeza, todo son suposiciones de Lucía, mi amiga! ¿Qué crees que me va a decir ella?

—¡Coño, Macarena! ¿Qué te va a decir? Pues si ha hablado con él, te lo dirá y también te habrá contado de qué han conversado. ¡Eres la hostia, tía!

—¡Vale! —exclamó dándose por vencida—. Te voy a contar las suposiciones de mi amiga Lucía. ¿Contenta?

»Estaba Lucía en el bar Yebra, en el barrio de la Macarena, cerca de la muralla y algo alejado de la zona más turística de la ciudad, la otra Sevi.....

No tuvo más remedio que callarse, cuando una alterada Andrea le soltó un grito haciéndola callar.

—¡Valeeeee! ¿Te estás quedando conmigo? ¿Pretendes hacerme un *tour* gastronómico por Sevilla?

—Joder, tía, ¡estás histérica! Solo pretendía darte unos datos, ahora sigo contándote. Vaya prisas, ¡si todavía nos queda más de una hora para llegar! —protestó Macarena.

—¡Lo siento! Y tienes toda la razón; estoy histérica, nerviosa y ¡muerta de miedo!

—Yo tengo el presentimiento de que todo va a salir bien y no me preguntes en qué me baso para pensar así; como te he dicho, es un presentimiento.

—Pues yo no, todo lo contrario, pienso que mañana va a ser el día más horrible de mi vida. Pero vamos a dejarlo, y sigue contándome lo de Bruno.

—Sigo y paso por alto dónde se encontraron. Pues estaba Lucía comiendo, cuando se acercó a ella Bruno. Me dijo que iba desesperado, pero tú no la conoces, es muy exagerada y cuando habla siempre me creo la mitad y esta vez seguro que no era una excepción. Bueno, fue a los pocos días de mi renuncia, no hacía ni una semana que me había marchado de Madrid, cuando se presentó en Sevilla. Y, en la ciudad, solo sabía dónde encontrar a una persona; a Lucía. Así que, desde la estación de Santa Justa, donde media hora antes le había dejado el AVE; tomó un taxi y se presentó en el bufete. Como era la hora de la comida, lo mandaron al bar en el que estaba. Bruno conocía el lugar de trabajo de Lucía porque, siempre que íbamos a Sevilla, la recogíamos cuando salía del trabajo.

»Le suplicó que le dijera dónde estaba, pues tenía que hablar conmigo. Ella sabía dónde me encontraba y por qué me había ido, pero ante Bruno se hizo la tonta. Le dio a entender que ni siquiera sabía que me había despedido y empezó a sacarle información. Bruno cantó como un canario y, según Lucía, le confesó lo que sentía por mí, pero que no podía dejar a su mujer porque esta amenazaba con tomarse un tubo de pastillas si lo hacía.

»Lucía entonces le preguntó: «Y, si no puedes dejar a tu mujer, ¿qué esperas de Maca? ¿Qué puesto quieres que ocupe ella en tu vida?». Él, en un principio, se quedó mudo, quizás porque hasta ese momento solo había pensado en él, pero mi lugar en su vida no lo tenía muy definido. Al final, soltando un enorme suspiro, rindiéndose y sin saber dar una explicación coherente; Bruno le confesó que me amaba a mí, pero que con su mujer tenía una deuda que no sabía si algún día podría saldar.

Andrea se volvió hacia Maca y, con mucha curiosidad, le preguntó:

—¿Qué deuda tiene con su mujer? Nunca nos lo has contado. Siempre nos dices que, cuando está contigo, todo empieza muy bien, pero que llega un momento en el que se arrepiente y vuelve

con ella. —Andrea quería descubrir la verdad, y su amiga no saldría del coche sin contárselo todo.

—Adela, su mujer, perdió el bebé que esperaban.

—¿Tuvo algún accidente?

—Eso mismo le pregunté cuando me lo contó por primera vez. ¡Qué va! Fue un aborto espontáneo. En el hospital le dijeron que algo no iba bien desde el principio.

—Entonces es que es tonto.

—Se lo he dicho mil veces, pero él no atiende a razones. Yo tengo mi teoría y creo que es una arpía de cojones y le hace chantaje emocional.

—Ya y, por lo que veo, le funciona.

—Ya ves si le funciona. Eso o a mí me engaña como a una bellaca, que también puede ser —agregó Maca sin ninguna certeza—. Pero ya me he cansado de esta situación. Y, como él no elige, lo hago yo por él. Si no renuncia a su mujer, soy yo la que me tengo que alejar. Estoy sufriendo de la misma manera que antes; pero, al menos, no tengo que preocuparme de cuándo se marchará ni sentirme continuamente rechazada.

—¡Estamos completas! Tú enamorada de un hombre que no sabe lo que quiere, y yo de otro que no quiere ni escucharme.

—Mañana será la boda y me comportaré de una forma ejemplar. Pero esta noche será solo mía y, si es necesario, para olvidar voy a beberme el Ebro, como dice Marina. Pero te juro que, cuando me eche en la cama, voy a dormir de un tirón toda la noche sin sobresaltos ni pesadillas. Solo quiero dormir sin la ayuda de la química.

—Sigue contando qué te ha dicho tu amiga, que nos hemos desviado del tema.

—Resumiendo, que está hecho polvo y que ahora sí que está pensando seriamente en dejar a su mujer. Nada más.

—Pero todavía no la ha dejado, ¿verdad?

—No.

Se volvieron a quedar calladas hasta que las primeras naves industriales las devolvieron a la realidad. Estaban en Malpica, la zona industrial en la entrada de Zaragoza desde la carretera de Barcelona. Se miraron la una a la otra y, como si fuera un acuerdo firmado, las dos subieron las comisuras de sus labios, dejando asomar una media sonrisa que más bien parecía una mueca.

Al verse la una a la otra con aquella sonrisa de compromiso y tan forzada, no pudieron evitar soltar unas sonoras carcajadas y esa vez totalmente sinceras.

Y así entraron en la ciudad inmortal, como se denomina también a la capital maña. Con el Pilar frente a ellas, fueron directas al hotel que estaba en pleno centro.

Capítulo 23

Como habían planeado, esa noche declinaron la invitación de Marina y Álvaro. Su amiga sabía perfectamente cómo se sentía Andrea y ella no le podía asegurar que Héctor no acudiera esa noche a una cena informal que la pareja había planeado con sus amigos. Su cuñado no había devuelto ninguna de las innumerables llamadas de Andrea, dejando muy claro que no quería saber nada de ella. Al día siguiente, ninguno de los dos podría evitar encontrarse, pero el marco sería muy diferente al de aquella noche. En la boda habría mucha más gente y sería más fácil evitar un encuentro, que al parecer Héctor no quería que se produjera. Y Andrea también podría pasar desapercibida y evitarlo. Pero esa noche, en un grupo de diez o quince personas, sería imposible que ese choque no se produjera.

Una vez instaladas en la habitación, aunque les daba mucha pereza moverse, las dos se obligaron a salir y cenar algo, aunque fuera una de las increíbles tapas que servían en cualquier bar de la zona. El hotel estaba en pleno centro de la ciudad, a dos manzanas del Pilar.

Recorrieron todos los garitos que tanto Marina como Álvaro y Héctor les habían enseñado en los numerosos fines de semana que pasaban en aquella ciudad. Era muy curioso, pero las dos recordaban cada bar y sus especialidades.

Una caña en uno, otra en otro, entre la calle don Jaime y la calle del Refugio no dejaron bar por visitar. A las tres de la mañana, llegaron al hotel con mucha dificultad. Se tumbaron en la cama y consiguieron su objetivo; las dos pasaron la noche sin sobresaltos, durmiendo de un tirón, claro que el despertar no fue tan caritativo con ellas y durante toda la mañana tuvieron que luchar contra una enorme resaca.

—Joder, Maca, ¡ya no me acordaba de esta sensación! No sé qué es mejor; si pasar la noche sobresaltada o este dolor de cabeza. ¡Me va a estallar!

—¡Ohú, miarma! ¡Vaya *tajá* que hemos *pillao*!, pero ahora ya es tarde para lamentarse. Así que tómate un Espidifen y vamos a por un café —se quejaba Maca sacando su vena andaluza y aguantándose la cabeza entre las manos para que dejara de darle vueltas.

Las dos buscaron en su bolso ese sobre maravilloso que valía para todo; igual te aliviaba un dolor de cabeza que de menstruación. Era el medicamento mágico. Suerte que la boda no era hasta las cinco de la tarde y se podrían recuperar.

Andrea cogió el móvil y vio cuatro llamadas perdidas de Marina. En ese momento, se dio cuenta de que en pocas horas volvería a ver a Héctor. Percibir tan cercano ese momento le dio pánico. Durante un mes le había dejado muy claro que no quería nada con ella, pero ¿cómo actuaría cuando se encontraran? ¡Porque se iban a encontrar!

—¡No voy a ir a la boda! —soltó de repente Andrea, dejando a Maca con cara de no entender nada. Para evitar que su compañera dijera algo, siguió hablando atropelladamente—. Tengo miedo, Maca. No puedo ver a Héctor, no sé cómo reaccionará. Solo de pensar tenerlo frente a mí, y que pueda decirme algo que me haga sufrir más, me dan escalofríos.

—Héctor no te dirá nada, y lo sabes. Es discreto y no un malaje para montarte un pollo delante de todos. Además, es la boda de su hermano, así que no digas eso porque sabes que no es verdad. Que estés *jiñá* no lo pongo en duda, pero no porque él te vaya a increpar. Tienes miedo porque sabes que vas a sufrir al ver delante de ti lo que has perdido, nada más. Así que intenta ponerte algo en la cara para estar un poco *apañica*, aunque vamos a necesitar algo más que una

mascarilla y una crema, ¡*miarma!* —exclamó Maca asustada al ver que su reflejo en el espejo no era mejor que el de Andrea—. Hostia, ¡qué caras! Esto no hay quién lo arregle. Y, ahora, coge el móvil y llama a la pobre Marina —exclamó alargando el teléfono y olvidándose de su desastrosa imagen.

Y eso fue lo que hizo sin decirle en ningún momento, claro está, que no quería ir a su boda. Cuando ya Marina le había dado más de diez veces las instrucciones de todo lo que tenían que hacer, Andrea se atrevió a preguntar:

—¿Has visto a Héctor? Porque imagino que no faltará a la boda.

—No lo he visto, pero sé que está en Zaragoza y que asistirá. —Marina, por unos segundos, dudó de si seguir hablando de su cuñado o permanecer callada. Pero al final se decidió por lo primero—. Durante todo el mes ha estado en el apartamento que tiene en Canfranc y, después de la boda, vuelve a Barcelona.

—¿Álvaro ha hablado con él? ¿Le ha preguntado por mí? ¿Piensa hablar conmigo algún día? ¡No puedo seguir viviendo con esta incertidumbre! Hace unos segundos me planteaba huir, no sé si podré soportar ver a Héctor imaginando lo que piensa de mí; que soy la peor persona del mundo.

—Eso no es verdad. Héctor huyó despavorido porque no podía soportar que pudieras elegir a Mateo. Temía la cercanía y que con tu decisión no te decantaras por él. Sabe que no estás con tu ex, pero su orgullo le impide llamarte o coger tus llamadas.

—Está enfadado.

—¡Claro que está enfadado! ¿Tú no lo estarías? ¡Le dijiste que no sabías si lo querías o lo habías utilizado para olvidar a Mateo! ¿No crees que sea motivo para tener un enorme cabreo?

—¡Ya lo sé! No lo dije bien, lo solté como me vino. ¡Maldita sea mi boca! Pero ya no puedo hacer nada. Llevo un mes mortificándome por ello, no obstante, no consigo borrar lo que dije y cómo lo dije.

—Te voy a decir algo, aunque no debería. —Marina se mordió el labio ante la duda de contarle a Andrea lo que sabía. Para no traicionar la confianza de Álvaro, Marina simuló qué era lo que imaginaba que sucedería—. Tengo la intuición de que en mi boda todo se arreglará.

—¿Sabes algo? ¿Te lo ha dicho él? ¡No me engañes, por tu padre! Estoy desesperada. Tú no sabes lo que es ser la única causante de que el hombre al que más quieres, por unas absurdas dudas, se aleje de ti. Y lo más duro es que esas dudas, en cuanto salió por la puerta, ya habían desaparecido. No había llegado al coche, cuando ya sabía que Héctor era el hombre de mi vida.

—Ya verás como todo se arregla, ten confianza.

—¡Ojalá sea verdad! —Y, despidiéndose hasta dentro de un par de horas en casa de sus padres, Andrea colgó.

—¿Qué te ha dicho? Por lo que veo algo que te ha tranquilizado.

—Marina cree que todo se va a arreglar.

—¡Ves! Aunque Héctor sea un poco malaje, está enamorado de ti hasta las trancas. ¡Venga, vamos a comer que me voy a poner hasta el corvejón! ¡Y después a restaurarnos que falta nos hace!

Andrea la miró sin entenderla y es que, en algunas ocasiones, según las expresiones que utilizaba, tendrían que subtítularla. Maca, que se dio cuenta por la cara que su amiga ponía, no pudo evitar soltar una carcajada que pagó cara, su cabeza amenazaba con estallar. Cuando pudo hablar, le dijo:

—¡Joder, tanto presumir de idiomas! Te voy a traducir para que lo entiendas, torpe. Dicho de otra forma; me voy a poner hasta el culo de comer.

—Eres muy malhablada, peor que yo.

Al medio día, después de ponerse hasta el «corvejón» se arreglaron poniendo los cinco sentidos en ello. Cuando dieron por terminada la restauración, montaron en el coche y fueron a casa de los padres de Marina para hacer las veces de damas de honor.

En cuanto la novia vio a sus amigas, se abalanzó sobre ellas y las abrazó.

—Os estaba esperando como agua de mayo. ¡Necesito un respiro! —exclamó Marina abrazada a ellas.

—Ya hemos llegado. Deja que te veamos. No parece el mismo vestido que elegiste. ¡Estás impresionante! —recalcó Andrea separándola para verla mejor.

—¡Es verdad! Pareces una princesa de cuento de hadas. No recordaba que fuera así cuando fuimos a las pruebas contigo —declaró Maca mientras la hacía girar.

—Pues es el mismo. Lo que cambia es el peinado y el maquillaje —aseguró Marina.

Durante días miraron vestidos de novia estilo sirena, Marina era delgadita y ese modelo le quedaba fantástico. Pero la dependienta, que conocía muy bien su trabajo, le sacó un traje de novia totalmente diferente y, cuando se vio ante el espejo, dijo:

—¡Este es mi vestido de novia!

La verdad es que era precioso. Por delante lucía un escote a la caja, sin embargo, por detrás dejaba toda la espalda al descubierto. A pesar del frío, el vestido no tenía mangas. Un cuerpo de blonda hasta la cintura de donde salía, de forma majestuosa, una vaporosa falda de tul. Un moño bajo del que prendía un largo velo y un maquillaje sutil y muy favorecedor. No llevaba los labios rojos, como a ella le gustaba lucirlos, pero estaba perfecta.

—El resultado es fascinante. ¡Estás guapísima! —repitió Andrea, abrazándose a ella.

—¿Y vosotras? Dejadme que os vea. Maca, ¡estás impresionante! Estoy segura de que no te van a faltar pretendientes.

—¡No, por favor! —suplicó Maca ante la sentencia de su amiga. Solo le faltaban los cansinos moscones con lo pesados que se ponían en las bodas.

—Andrea, ¡estás espectacular! Y te aseguro que, si Héctor no cae rendido a tus pies, es que no tiene sangre en las venas o se ha quedado ciego.

—O no me soporta o ha dejado de quererme o nunca me ha querido —aseguró Andrea con miedo a hacerse ilusiones.

—Vamos a dejar de hacer conjeturas y, si os parece, nos centramos en ti —dijo Maca señalando a la novia—. Pareces alterada.

—¿Solo alterada? Espera y verás cuando entre la brigada del protocolo.

¡La pobre estaba histérica!

Claro que no era para menos, con su madre revoloteando sin parar poniéndole bien el vestido, el pelo, velo arriba, velo abajo; ¡era un suplicio y un agotamiento verla revolotear! Suerte que la mujer no decía nada, pero parecía que tenía veinte manos.

¿Y las dos hermanas? Eso era una locura, cada una de ellas dando instrucciones contradictorias, la estaban volviendo loca. Pili, su hermana mayor, le ordenaba que levantara un poco el vestido enseñando los zapatos. Pero luego se acercaba Olga y le hacía bajarlo porque quedaba un poco ordinario. ¡No se aclaraban! Y el fotógrafo echaba fuego porque estaba allí casi de bulto. Solo les faltó a sus hermanas coger la cámara y hacer ellas mismas las fotos.

Al final, Marina, completamente mareada del ir y venir frenético de su familia y solo para ponerse un vestido, un tocado, cuatro fotos a disgusto y poca cosa más; les pidió que salieran porque necesitaba hablar con sus amigas. Las tres, ya solas en la habitación, respiraron profundamente para intentar calmarse.

—¡Qué torbellinos! —exclamó Maca, mirando la puerta por donde acaban de salir las tres

mujeres y haciendo reír a sus amigas.

—¡Tela, los dos días que llevo! Pero ¿las habéis visto? Pues llevan histéricas desde que les dije que nos casábamos. Miedo me da ir descubriendo todo lo que han preparado. Solo te diré que Álvaro me comentó ayer que su madre está deseando que acabe la boda, ¡que tiene hasta pesadillas! ¡Es que son muy pesadas, maña! ¡Muy buenas, como diría mi abuela, pero muy pesadas!

—¡Van a necesitar un balneario después de la boda si llevan tres meses así!

—Y, como yo estaba en Barcelona; ellas, junto a la madre de Álvaro, han preparado todo. ¡Imaginaros a la pobre Tessan! —Marina siempre la llamaba por su verdadero nombre, porque ya sabéis cómo son en los pueblos, cuando oyen un nombre raro, siempre preguntan: «¿oye, maña, y ese nombre cuál es?», y en cuanto conocen la traducción en castellano, la vuelven a bautizar. Pues, en ese caso, el nombre sueco de Tessan se convirtió en Teresa, ¡sin más!, y por imperativo real—. En fin, como diría mi abuelo, para aguantarlas hay que atarse las alpargatas.

Después de reírse con las ocurrencias de Marina, la tensión que había en la habitación había desaparecido. Apenas pasaron unos minutos, o eso les pareció a ellas, cuando las tres se levantaron de la cama con rapidez y recompusieron sus vestidos al escuchar unos toques en la puerta y la voz de su madre. Temían el enfado de las hermanas si supieran que se habían tumbado las tres en la cama sin ningún cuidado.

—Marina, ya tenemos que salir —les informó su madre.

Pero la revisión de los sargentos no se había acabado ahí.

Cuando llegaron a la calle, las hermanas de Marina estaban esperándola para ayudarla a entrar en el coche. Tenían preparado hasta el último detalle. Pero no contaron con que su padre rompiera el protocolo que las dos hermanas se empeñaban en mantener a toda costa. Ante el coche adornado y engalanado con lazos y flores que pretendía conducir un primo de la novia, su padre no consintió por nada del mundo.

—Pero ¿qué me estáis diciendo? ¿Que no voy a conducir mi coche? ¡De eso ni hablar! ¡Mi coche no lo conduce nadie y menos ese *tontolaba*! ¡Ya podéis quitar todos estos cachivaches y ponerlos en vuestro coche! —le dijo a Pili, su hija mayor, que intentaba convencerlo sin éxito.

—Papá, ¡por favor! Que tú tienes que ir con tu hija detrás —Pili, descompuesta, intentaba hacerlo entrar en razón.

—¿Y tu madre? ¿Dónde va tu madre?

—¡Conmigo, papá!

—¿Y por qué no puede ir detrás con tu hermana y yo conduzco? Marina, hija, ¿verdad que a ti te da igual?

—Sí, papá, a mí no me importa.

—¡Eso, tú siempre de su lado! ¡Con todo lo que nos ha costado prepararlo!

—Pili, ¡por favor! ¡Que es un detalle insignificante! ¿Qué más da?

—¡Perfecto! —contestó levantando las manos y muy enfadada—. ¡Haced lo que queráis! —Y se dirigió al coche donde le estaba esperando su marido, seguida de Olga que también se fue hacia su coche sin dejar de protestar y muy ofendida.

Su padre, después de sacar a su sobrino del asiento del conductor que el pobre no entendía nada, se puso al volante. Volvió la vista atrás y no pudo evitar soltar una sonora carcajada igual que Marina. Su madre intentaba renegarles, pero la risa se apoderaba de ella.

—Es que tus hermanas pierden el norte con tanta tontería. A tu madre porque la llevan por donde quieren, pero a mí no me van a manejar como a una marioneta. Yo no dejo el coche a cualquiera y, menos, a ese descerebrado que tienes por primo.

—No digas más tonterías, Ramón. Lo normal es que el padrino y la novia vayan en la parte de atrás. No es un capricho de tus hijas, es lo que hace todo el mundo. Pero tú siempre tienes que llevar la contraria.

Marina no podía dejar de reír y tuvo que esforzarse para parar antes de llegar al juzgado y que sus hermanas la vieran.

Detrás de la novia iban Andrea y Macarena, a las que les había costado contener la risa tonta. Pero, en cuanto Andrea vio que habían llegado al recinto de la Expo de Zaragoza en el pabellón de ceremonias del Parque del Agua, su cuerpo empezó a estremecerse y no de frío precisamente. Después de un mes, volvería a ver a Héctor y tenía miedo a su reacción.

Todos sus amigos le decían que durante ese mes él habría recapacitado al darse cuenta de que sus dudas eran de lo más normales. Pero Andrea no estaba convencida de que fuera así. Héctor era muy hermético y, durante ese último mes, ni siquiera un corto mensaje le hacía pensar que todos tuvieran razón.

Maca, a su lado, podía captar su nerviosismo sin necesidad de mirarla. Por el rabillo del ojo la veía estremecerse, pero no sabía qué decir para tranquilizarla, porque no tenía ni idea de cómo actuaría Héctor.

—No pienses más, Andrea. En pocos minutos saldrás de dudas y ten por seguro que no va a montar un espectáculo en la boda de su hermano. Si habla contigo, lo hará civilizadamente y será para hacer las paces. Y, si no es así, si no quiere volver a saber nada de ti ni siquiera se acercará.

—Ya lo sé. Pero temo haberlo perdido, yo lo amo, Maca, con toda mi alma y, si no quiere saber nada de mí, ¡me moriré!

—¡Ya tendrías que estar muerta entonces! ¡No digas tonterías! Pero no pongas esa cara de susto. Aparca y vamos a casarla antes de que sus hermanas la vuelvan loca —opinó Maca, señalando al coche de la novia donde las hermanas de esta no dejaban de bracear nerviosas—. ¡Venga, vamos a darles un respiro!

A toda prisa salieron del coche, cogieron sus bolsos y abrigos, sobre todo, porque esa mañana de marzo hacía un frío «que pelaba» en Zaragoza. El cierzo no daba tregua y aumentaba la sensación del frío a polar, además de hacer volar faldas y pelos. Menos mal que llevaba el peinado como siempre, la melena suelta sin más, porque era inútil pretender algo más.

¡Andrea iba preciosa! Había hecho todo lo que estaba en su mano y quería que Héctor no dejara de mirarla. Llevaba un vestido corto de fiesta de color azul turquesa, ya que ese color le favorecía, con unos zapatos de tacón altísimos que la hacían muy esbelta. Su maquillaje era sencillo sin escatimar en la máscara de pestañas que enmarcaban esos enormes ojazos pardos. Eran una mezcla indefinida entre verde, marrón y algo de ocre, siempre dependiendo de la luz que los iluminaba. Un toque de color sobre su rostro para evitar la palidez del invierno y una pequeña cantidad de colorete que le aportaba un sonrojo iluminando su cara. Esa vez dedicó especial atención a sus labios. Héctor le repetía siempre que tenía unos labios que estaban hechos para besar y que nunca pasaban desapercibidos. Pues entonces no iba a poder evitarlo o al menos eso pretendía. Los maquilló de un tono granate con sumo cuidado y poniendo especial atención en que quedaran completamente simétricos con la ayuda de un perfilador del mismo tono. Después, esmaltó sus uñas del mismo color, quedando un conjunto muy sofisticado.

¡El resultado era espectacular!

Se acercaron al coche y vieron que Marina estaba a punto de perder la paciencia y de soltar algún improperio que dejaría a las finolis de sus hermanas sin respiración y enfadadas para todo el día. Así que se colocaron junto a la novia.

—¡Vamos, chicas, que todos los invitados estarán impacientes por ver entrar a la novia y, como

tarde mucho en hacerlo, el cierzo no va a dejar el peinado sano! —gritó Maca viendo cómo los rizos de la larga melena de Marina iban de un lado a otro poniendo a prueba la resistencia de la laca.

Todos se fijaron en la cabeza de la novia y enseguida les entraron las prisas porque accediera al recinto lo antes posible. Ya a salvo de ese aire tan potente que soplaba con fuerza, todas unidas intentaron colocar cada cabello en su sitio.

Capítulo 24

Héctor llegó al juzgado junto a su hermano en el coche. Sus padres iban con una hermana de su madre, la tía Margareta, y su marido, el tío Sixten.

—¿Estás impaciente? No paras de moverte, parece que el traje picara —observó Héctor sonriendo al ver a su hermano removerse sin parar en su asiento.

—Ya sé que simplemente es un trámite, pero no lo puedo remediar. Sé que en cuanto la vea se acabarán mis nervios, pero hasta entonces tendré que llevarlos conmigo. —Álvaro se volvió a mirar a su hermano, habían pasado ya la estación de Delicias, llegando al puente del Tercer Milenio. Tenían que llegar hasta el recinto de la Expo, donde se encontraban los juzgados.

—Y, tú, ¿estás nervioso? —le preguntó sin confiar en que le dijera nada.

—Yo no me caso, no tengo por qué estar nervioso —contestó muy escuetamente, sabiendo que no iba a engañar a su hermano.

—¡Ya! Si crees que me engañas y que, después de un mes sin vernos y apenas hablar, lo has conseguido, ¡lo llevas claro! ¡Estás más nervioso que yo! Andrea estará allí, y no sabes todavía si vas a hablar con ella o si tu orgullo se interpondrá y dejarás que se aleje de ti. ¿Me equivoco? No me equivoco, ya lo sé yo.

—Pues, si lo sabes todo, ¡déjame en paz y no me des más la brasa!

—¿Y se puede saber por qué le has dicho a Elena que venga a la boda?

Héctor se volvió hacia su hermano como si tuviera un muelle en el cuello y lo miró con los ojos fuera de las órbitas por la ira que desprendía.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo la invité? Si no sabes lo que pasó, no hables, que eres un bocazas. —Se quedó callado durante unos segundos, pero al final no quiso dejar a su hermano con la incertidumbre de lo que había sucedido—. Si realmente quieres saberlo, pregúntale a Alex, y él te lo dirá —dicho eso, volvió la vista de nuevo a la carretera para seguir diciendo—: ¿Qué esperabas que hiciera tu hermano? Elena trabaja en el despacho junto a él, es una de sus colaboradoras. O invitaba a todos los trabajadores o a ninguno.

—Alex no me dijo nada —comentó sin más.

—No sé por qué te lo habrá ocultado, pero me hago una idea. Seguro que ha callado ese detalle por miedo a que te negaras a que viniera a la boda; pero, si todo el despacho estaba invitado, ella iba incluida en el paquete. ¿No crees?

—¿No te causará ningún problema?

Héctor lo volvió a mirar con la sorpresa reflejada en su cara. Tendría que haberse imaginado que el motivo por el que Álvaro hubiera dejado a Elena sin una invitación era él. Pero habían pasado muchos años y esa herida estaba totalmente cicatrizada.

—¿Elena? No. La vi un día en Canfranc, estuvo en mi casa.

Álvaro no pudo evitar la cara de asombro. Sabía cuánto le había hecho sufrir aquella mujer y no la quería de nuevo cerca de su hermano. Cuatro años atrás había sido testigo de su llanto desconsolado. Nunca lo había visto tan mal como entonces, ni siquiera al abandonar Canfranc donde vivían «asalvajados», como les decía su abuela, para instalarse en Jaca, le había hecho derramar ni una sola lágrima a pesar de ser unos niños.

—No pensarás volver con ella, ¿verdad? —susurró temiendo la respuesta de su hermano. Si había en el mundo una persona a la que no tragaba era, precisamente, a Elena.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Noooooo! ¿Cómo se te ha ocurrido semejante barbaridad? Que la haya visto, o que nos encontremos de nuevo en tu boda, no significa nada.

—Has dicho que estuvo contigo en tu casa de Canfranc, ¿qué puedo pensar?

—Lo que sucedió fue que subió a esquiar con unos amigos, me vio en la ventana de casa y subió a saludarme; nada más.

—¿Seguro? ¿No es Elena la causa de que no le des una oportunidad a Andrea?

—Pero ¿qué tienes tú en la cabeza? —manifestó sorprendido por las preguntas de su hermano.

—¡Muchas cosas y la culpa es toda tuya! No dices nada ni de cómo te sientes o en qué estás pensando, si estás bien o mal. ¡Nada! Total hermetismo por tu parte, como si a los demás nos importara una mierda lo que te sucede. Te he mandado un montón de mensajes, incluso te comenté que Andrea nos había pedido que no os pusiéramos juntos para ver si reaccionabas. Solo entonces te dignaste a devolvernos un escueto mensaje para decirnos que, en el banquete, te pusiéramos en una mesa desde la que pudieras observarla. ¿Qué pensarías tú?

Héctor se quedó un segundo rumiando lo que su hermano acababa de explicarle y tenía toda la razón. Durante el último mes, apenas le había comentado nada más que lo justo; que estaba bien, dónde estaba y poca cosa más. Ellos siempre habían respetado sus respectivos espacios sin agobiarse, siempre esperando que, voluntariamente y sin ir detrás, expresaran sus preocupaciones. Pero Héctor, en esa ocasión, no había dicho nada y su hermano estaba al límite. Así que a pesar del escaso trayecto que quedaba para llegar a los juzgados, quiso dejarle tranquilo con muy pocas palabras.

—Sigo amando a Andrea más que a nadie en el mundo y me muero por verla. No pienso desaprovechar la ocasión de decírselo hoy mismo. Si ella quiere escucharme y me perdona por alargar tanto su dolor, ¡te juro que no voy a volver a separarme de ella jamás! Y te dije que me pusieras donde pudiera verla, porque es evidente que es ella la que no quiere estar junto a mí cuando te ha pedido que la sentéis en otra mesa diferente.

—Nos pidió que no la pusiéramos junto a ti, pero por motivos diferentes a los que estás pensando. Tenía miedo de tu rechazo o a que la dejaras en evidencia delante de todo el mundo.

—¿De verdad que pensaba eso? —preguntó Héctor sin dar crédito.

Álvaro asintió con la cabeza, pero no dijo nada, no hacían falta palabras porque ya le había dicho todo. Se relajó porque él sabía que Andrea estaba dispuesta a perdonarlo y una sonrisa apareció en su semblante.

En completo silencio, observando cómo el revoltoso cierzo levantaba todo lo que encontraba a su paso y cómo el sol lucía en lo alto de un cielo completamente azul, aunque insuficiente para calentar el frío día de marzo, los dos hermanos se pararon ante el juzgado.

—¿Preparado? —preguntó Héctor antes de salir del coche.

Álvaro asintió con la cabeza contestando sin palabras. Y, después de hacer la intención de abrir la puerta, se paró en seco volviendo la cabeza hacia Héctor y esa vez fue él quien le interrogó.

—¿Y tú?

Héctor repitió el gesto de su hermano y movió la cabeza en señal de afirmación.

Después de la breve conversación que habían mantenido en el coche, todo volvía a estar en orden entre ellos. Se había restaurado de nuevo la confianza y la complicidad que siempre habían compartido.

Se mezclaron entre los invitados y lentamente entraban en el recinto para resguardarse del fuerte viento. La sala estaba preparada para la ceremonia con las sillas forradas de blanco y un lazo de color marrón alrededor del respaldo. Los invitados se fueron colocando en los asientos. Álvaro se quedó de pie frente a una mesa con dos sillas delante, y sus hermanos, Héctor y Alex, a

su lado. Los tres reían y hablaban sin cesar, esperando la llegada de la novia. Los gemelos escondían con suma maestría sus nervios, cada uno por un motivo diferente.

Héctor se colocó de tal manera que, por el rabillo del ojo y de una forma muy disimulada, no perdía de vista el acceso a la sala. Además, estaban frente a las cristaleras por donde no podían perderse la llegada de todos los invitados, excepto la de la novia que su coche pararía frente a la entrada.

Los minutos pasaban y todos los asientos de la sala estaban ocupados, señal de que la novia estaba a punto de entrar.

En ese momento, el corazón de los dos gemelos actuó de la misma forma, dando un fuerte vuelco de emoción. Álvaro porque sentía ya la presencia de Marina, y Héctor porque a través de las cristaleras estaba viendo cómo Andrea y Macarena salían del coche luchando contra el viento. A pesar de la distancia, le pareció que estaba preciosa, metió las manos en los bolsillos del pantalón porque no sabía qué hacer con ellas.

Segundos después, la perdió de vista, entonces no pudo disimular que estaba como un flan. Él, el hombre duro y de hierro que apenas dejaba escapar un pequeño signo de debilidad, estaba a punto de correr hacia aquella mujer que lo había vuelto loco y sin la que no podía vivir por mucho que lo había intentado.

En cuanto Marina estuvo preparada, asintió con la cabeza. Esa era la señal para que la música elegida por los novios, *Brooklyn Baby* de Lana del Rey, empezara a sonar. Al escuchar los primeros acordes, todos los invitados miraron hacia la puerta, la novia iba a hacer una entrada triunfal en la sala.

Héctor y Alex se alejaron de su hermano dándole una cariñosa palmada en la espalda. Los dos se retiraron hasta el primer banco junto al resto de la familia. Héctor no perdía de vista la puerta de entrada, pero no por ver a Marina, sino que buscaba desesperadamente a Andrea.

Álvaro, inquieto e impaciente, alzó la cabeza sobre los invitados para dar con Marina que, en la puerta y cogida del brazo de su padre, avanzaba hacia el lugar donde él la esperaba. Cuando sus miradas se cruzaron, ninguno de los dos pudo evitar que una radiante sonrisa escapara de sus labios y los nervios se acabaron.

Tras Marina y su padre, esperando para entrar cuando nadie se fijara en ellas, estaban Andrea y Maca. Las dos observaban emocionadas cómo su amiga avanzaba hacia el lugar en el que Álvaro la esperaba impaciente.

Era una novia preciosa, parecía una princesa de cuento de hadas; rubia y delicada, con una piel de alabastro. Y, en contraste con esa palidez, unos enormes ojos azules miraban al que en pocos minutos se convertiría en su marido con todo el amor de su corazón. Sus labios se abrían en una radiante sonrisa capaz de iluminar la sala más oscura.

Álvaro no la perdía de vista mientras ella se aproximaba a paso lento y, antes de que llegara hasta él, alargó su mano con impaciencia para tomar la de Marina. Cuando sus manos se estrecharon con fuerza, no pudo conformarse con un simple beso en la mejilla, como era lo normal, sino que la acercó a él estrechándola fuertemente contra su cuerpo.

Andrea no pudo evitar que sus ojos repasaran a todos los invitados, intentando encontrar a uno en especial. Héctor era alto y destacaría entre los demás. Y, justo en una esquina al final del primer banco, lo encontró. Él también la observaba, pero Andrea no supo descifrar aquella mirada.

—Si Héctor no deja de observarte de esa manera, te va a traspasar con la mirada —le comentó Maca que no se perdía detalle.

—Pero es una mirada que no dice nada en especial. No sé si es de indiferencia o de cariño. ¡Es

tan difícil!

—Si fuera de indiferencia, no llevaría haciéndolo desde que hemos entrado, ¿no crees?

Andrea pensó que tenía razón su amiga, pero con Héctor nunca se sabía, era un hombre de negocios acostumbrado a esconder todos sus sentimientos para no dar pistas a sus clientes. Tenía una buena escuela en ese apartado. Pero su orgullo no dejaba de malmetter y quiso darle la última lección, después de eso, se rendiría a sus pies, así que se volvió hacia el lugar donde su hermano estaba dando el «sí, quiero» a Marina, la mujer perfecta para Álvaro.

Cuando Marina llegó junto a Álvaro y este la recibió con un intenso abrazo, todo el mundo prestó atención a la ceremonia. Tanto Andrea como Maca se quedaron en los últimos bancos desde donde disfrutaron de aquel momento tan especial.

Ya marido y mujer; la pareja salió por el pasillo central recibiendo los vítores, felicitaciones y besos de todos los invitados. Las fotografías fueron pospuestas para el restaurante, aquel infernal cierzo impedía que las hicieran en otra parte. Deprisa, a causa del tremendo frío, todos los invitados volvieron a coger sus coches para dirigirse al lugar donde tendría lugar el banquete nupcial, el Restaurante Aura, a orillas del Ebro y con unas vistas espectaculares de la ciudad.

Capítulo 25

Andrea y Macarena volvieron a montar en su coche, siguiendo a los invitados porque no sabían exactamente el lugar del banquete. Andrea se subió al vehículo y resopló descargando toda su impotencia con unos golpes sobre el sufrido volante.

—¡Uffffffff! ¡Lo sabía! ¡No quiere saber nada de mí! —declaró colocando la frente sobre el volante y apretando mucho los ojos para evitar que las lágrimas dieran rienda suelta a sus deseos.

—¡Dale un poco de tiempo, hija! Estaba rodeado de gente que lo reclamaba, y tú tampoco se lo has puesto muy fácil. En cuanto has visto la ocasión, has huido.

—Si tuviera intención habría pasado de todo el mundo para acercarse a mí. ¡No ha hecho ni el amago! ¡No me vas a convencer, Macarena! En cuanto lo he visto, mi corazón me lo ha dicho.

Sin ningún convencimiento, Andrea aparcó al lado de donde lo habían hecho unos invitados a la boda que les habían hecho de guía. Miró a su alrededor y no vio a Héctor ni a su coche, tampoco estaba el de los novios. Entraron las dos al elegante y moderno restaurante que parecía flotar en el aire. Situado a orillas del río y con toda la sala delimitada por enormes cristalerías, daba la sensación de encontrarse en el exterior, eso sí, sin el frío y sin el desagradable cierzo.

Era un amplio salón con espacio para moverse entre las mesas, a pesar de las enormes y cómodas sillas. En ningún momento se sentía estar encajonado sin poder moverse de su sitio durante todo el banquete para no molestar.

Las dos amigas buscaron sus asientos como hacían el resto de invitados. Andrea, durante el último mes, le había pedido a Marina casi de rodillas que no los pusiera juntos. Si en todo ese tiempo Héctor no había querido hablar con ella, no era buena idea sentarlos uno al lado del otro. De lo que no se dio cuenta, fue de que él no estaba en aquella mesa, pero sí en la de al lado.

Héctor fue el último en llegar porque llevaba el coche de los novios y a ellos, claro está. Al final, Ramón, el padre de Marina, había consentido en cambiar el coche con el hermano del novio porque nunca había conducido un Audi deportivo de dos plazas y le apetecía probar la experiencia, si no, los hubiera llevado él.

Antes de que Marina y Álvaro entraran en la sala, buscó su asiento sin perder de vista a Andrea. La tenía justo enfrente, como le había rogado a su hermano. Sabía que ella había pedido no estar en la misma mesa, pero no había sugerido nada más, así que Héctor le solicitó un lugar desde donde pudiera contemplarla durante todo el banquete.

Cuando Andrea se dio cuenta de que lo tenía frente a ella, los nervios afloraron en todos sus movimientos. Se le caían los cubiertos, derramaba su copa, no se podía hacer con el control de su cuerpo, sabiéndose vigilada, no acertaba a hacer nada bien.

Disimuladamente, lo miraba siempre que podía y, cada vez que lo hacía, se encontraba con aquellos intensos ojos azules traspasándole el alma. Todo daba a entender que, en cualquier momento, uno de los dos se levantaría del asiento y correría hasta el otro.

Sin embargo, lo que sucedió a continuación enfrió las intenciones que sus almas anhelaban. Elena hizo acto de presencia en la sala y, al ver un sitio libre junto a Héctor, no lo dudó ni un segundo, se acercó hasta él, rodeó con sus brazos el cuello de Héctor, le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado.

—Parece que el sitio era para mí. ¿No has venido acompañado? Es que me han puesto en un lugar muy aburrido y, al verte solo, no he podido resistirme.

Andrea no dejó de observar la escena y era como si el pasado se repitiera. En su memoria tenía muy reciente una escena similar, más tórrida que la que estaba teniendo lugar ante sus ojos y la de todos los invitados, pero el significado era el mismo.

Volvía a pensar seriamente que su vida era igual que la película de *Atrapado en el tiempo*. Parecía que su sino en la vida era repetir una y otra vez; la pelea, el abandono y por último, como si el destino quisiera cebarse con ella, otra vez volvía a ver, desde un lugar preferente, al hombre que amaba en brazos de otra mujer.

De repente todo se quedó en silencio, no podía escuchar lo que hablaban a su lado, era como si hubiera perdido el sentido del oído. Tampoco podía ver nada más que no fuera a la mujer sentada junto a Héctor, todo lo demás había desaparecido. Era guapa, ¡más que guapa! Llevaba su rubia melena recogida bajo un pequeño tocado del mismo color que su vestido; un rojo púrpura. ¡Si es que todo en ella era llamativo!

Todos los sonidos retumbaban a su alrededor. Ella estaba mirando fijamente sin moverse, ni siquiera sus pestañas parpadeaban. No se perdía ni un detalle de lo que estaba sucediendo en la mesa de enfrente. Ante un comentario de la rubia, Héctor volvió la vista hacia atrás y sonrió. Después se acercó a esa chica y, con esa sonrisa que hasta el mes pasado le pertenecía solo a ella, le comentó algo muy cerca de su oído, y los dos rieron sin cesar.

Toda la cena transcurrió igual; las risas y conversaciones entre ellos le resultaban insultantes, incluso Marina y Álvaro se dieron cuenta de lo mal que estaba actuando Héctor y sufrían por su amiga Andrea, que no les quitaba ojo de encima.

—Estoy por ir a la mesa y darle un par de hostias a tu hermano, ¡joder! ¡No tiene derecho a hacerla sufrir de esa manera! —suspiraba Marina que, desde su asiento, veía perfectamente la escena.

—Te juro que no entiendo qué le ha sucedido, cuando íbamos hacia el juzgado me ha confesado que iba a pedirle perdón por su forma de comportarse.

—Extraña forma de disculparse. ¿Quién la ha puesto a ella en ese asiento? —le preguntó Marina.

—Su sitio estaba asignado junto a los demás compañeros de trabajo —le manifestó Álvaro señalando una mesa en una esquina.

—Pues vaya morrazo que tiene la pava.

Andrea aguantaba estoicamente aquel continuo desplante por no estropear el día más feliz de la vida de su amiga; pero, a pesar de aparentar una calma y un saber estar envidiable, por dentro se estaba rompiendo en mil pedazos. No debería haber asistido, porque siempre intuyó que algo no saldría bien. Presentía que Héctor no querría saber nada de ella, era un cabezota de cuidado y no se iba a bajar del burro, tal y como le habían asegurado todos. Sabía lo que iba a suceder antes de verlo y su corazonada no la había engañado.

Maca, a su lado, estaba viendo lo mismo que Andrea y le dolía por su amiga, pero no decía nada, era mejor no echar leña al fuego. Pensaba lo mismo que Marina y, en más de una ocasión, tuvo que cogerse con fuerza a la silla para no salir en estampida hacia Héctor y propinarle una buena bofetada, a él y a la tonta de la rubia que estaba a su lado. Prefería mantenerse callada y estar pendiente de Andrea sin que esta se diera cuenta.

Pero la gota que colmó el vaso, y que le hizo tomar la rotunda decisión de «hasta aquí hemos llegado», fue el momento en el que Álvaro dio un pequeño discurso a todos los invitados. Les agradeció la presencia a los asistentes en su nombre y en el de su recién estrenada mujer. Al final del discurso, se dirigió a su hermano gemelo y le dijo todo lo que significaba para él. Aquellas emotivas palabras llenas de sentimiento consiguieron que la coraza de Héctor se rompiera en mil

pedazos sin poder evitar que la emoción se escapara de su control. Al finalizar, aquella mujer que tenía al lado, se acercó a él y, tomando su cara entre las manos, lo besó en los labios.

«¡Ya está! ¡Suficiente!», Andrea se levantó de la mesa, cogió su bolso y el abrigo. Maca, que estaba hablando con el invitado de al lado, se volvió hacia ella.

—¿Dónde vas? —le preguntó con curiosidad.

—Voy al lavabo.

—¿Y por qué llevas el abrigo? —No podía evitar preguntarlo todo, se notaba que era periodista.

Andrea resopló antes de contestar y, como si fuera el interrogatorio de una madre, le dijo con un tono lleno de condescendencia llegando a contener un cierto cariz de burla:

—¿Porque voy a salir al coche? En este bolso —señaló levantando la pequeña cartera que llevaba en la mano de un tono beige oscuro que hacía juego con sus zapatos— no cabe nada y necesito cambiarme. ¿Da usted su aprobación?

—No seas tan sarcástica. ¿Quieres que te acompañe?

—Perdona. No, no hace falta que vengas conmigo, ahórrate el frío.

Tuvo suerte de que la luz estuviera atenuada y toda la atención puesta en las palabras que Álvaro dedicaba a su hermano. Sin que nadie supiera sus intenciones y, lo más importante, sin ser vista; Andrea desapareció en silencio.

Salió al aparcamiento, no había engañado a Maca del todo. Lo que no le dijo era que no pensaba volver a la fiesta, que ya había aguantado suficientes desplantes y su cupo de sufrimiento estaba lleno.

En cuanto abandonó la sala, haciendo acoplo de toda la discreción posible. No pudo evitar que sus ojos se llenaran de las lágrimas retenidas y que apenas viera por dónde iba. Salió del restaurante con el vestido sin mangas y el fuerte viento junto a las bajas temperaturas casi la echan para atrás. Atravesó corriendo la distancia hasta el aparcamiento y enseguida se refugió en su coche.

Se dio unos minutos para llorar apoyando su frente en el volante, pero en pocos segundos reaccionó. Si no actuaba con rapidez, enseguida vendrían a buscarla. No debía perder el tiempo, ya lloraría con tranquilidad más tarde.

Abandonó el lugar a toda prisa cogiendo la calle paralela al río en dirección al puente Santiago. Intentaba que su cabeza quedara vacía y evitar las lágrimas. Pero era imposible. No dejaba de reproducir, como si de una moviola se tratara, cómo aquella desconocida para ella acercaba sus labios a los de Héctor y lo besaba. La escena martilleaba en su cerebro y la convencía de que él la tenía más que olvidada, que no le importaba nada, o menos que nada, ni sus sentimientos ni su dolor.

Por segunda vez, todos volvían a equivocarse en sus premoniciones; que si en la boda harían las paces, que estaba deseando verla, que en cuanto la viera no podría dejar de mirarla. ¡Patrañas! ¡Mentiras piadosas!

Héctor no había demostrado ni pizca de interés por alguien que no fuera su acompañante. A ella la había mirado, sí, pero estaba comprendiendo el motivo, quería asegurarse de que entendía el mensaje sin necesidad de intercambiar ninguna palabra. Le había pasado a la rubia por los morros.

Se paró en un semáforo en rojo y apenas echó un vistazo y reconoció la zona, iba a cruzar la avenida Pirineos, la que se tomaba para volver a Barcelona. Pero no quería ir en esa dirección, quería perderse, aunque no supiera dónde. Así que, cuando el semáforo se puso en verde, giró para tomar dicha avenida dejando detrás la ciudad de Zaragoza y entrando en la autopista. No

tomó la salida a casa, sino que eligió el camino contrario. Ni siquiera sabía hacia dónde iba, aunque eso era lo que menos le importaba. Su intención, en ese momento, era hacer kilómetros sin parar. Conectó la música y hundió el pie en el acelerador. No tardó mucho en darse cuenta de que conducía en dirección a Logroño. ¿Qué más daba hacia dónde fuera? Lo único que quería era alejarse de Zaragoza, de la boda de sus amigos y sobre todo de Héctor; el hombre que le había robado el corazón y que lo estaba rompiendo en añicos.

Paró en la primera estación de servicio que encontró. No quería que nadie se preocupara por ella, así que le mandaría un mensaje a Maca. Al pensar en su amiga se dio cuenta de algo que hasta ese momento no había caído. «¡Ostras! ¡la he dejado tirada en Zaragoza!».

Cogió el móvil para avisarla y se dio cuenta de que tenía un montón de mensajes, pero no quiso abrir ninguno de ellos, únicamente leería el de Maca para dejarle una escueta respuesta.

«Siento dejarte tirada en Zaragoza. Me marcho porque no lo puedo soportar. Podrás volver a Barcelona con algún invitado. Estoy bien, pero necesito estar sola. Un beso».

Con aquel corto texto quería disculparse con Maca. Estaba a punto de mandarlo cuando cayó en la cuenta de que todo el mundo sabría que había huido porque era incapaz de encarar la realidad. Así que, por el momento, se quedó sin enviar. Llenó el depósito y volvió a la autopista. Cuando el sueño apareciera, ya buscaría dónde dormir; mientras tanto, solo pensaba en poner tanta distancia entre ellos como fuera posible.

Aunque si pensaba que, cuanto más se alejara, más se atenuaría su dolor; se iba a llevar una fuerte decepción.

Cantaba a pleno pulmón las canciones que sonaban. Con algunas de ellas no podía evitar que las lágrimas hicieran acto de presencia porque le recordaban momentos vividos al lado de Héctor. Pero, en cuanto eso sucedía, las limpiaba con el dorso de su mano llena de rabia. No podía evitar echarse a sí misma unos «piropos» totalmente enfurecida y gritando a plena voz.

—¿Por qué lloras? ¿Por él? ¡Valiente imbécil! ¡Te vas a pasar toda la vida llorando! ¿Y ellos qué hacen? ¡Olvidarte con otra! —gritó enjugándose de nuevo las lágrimas de un potente manotazo—. ¡Tú, llorando como una tonta, mientras él, en un mes, ya te ha sustituido!

Y, aunque sentía mucha rabia, no podía evitar que el fuerte dolor que le oprimía su pecho rebosara en forma de lágrimas. En aquellos momentos, era difícil mantenerlas a raya. ¡Eran las mismas cataratas del Niágara! Inundaban primero sus ojos para después deslizarse en torrente hacia la comisura de los labios o la barbilla. ¡Igual que una cascada!

No le quedó más remedio que parar en un área de servicio hasta calmarse y evitar así un posible percance. Las lágrimas impedían que viera con claridad a pesar de conducir despacio. Después de llenar el depósito de gasolina y de comprar unas chokolatinas, se quedó sentada, mirando al frente, mientras las luces de la gasolinera parpadeaban. No estaba lloviendo, pero los ojos de Andrea estaban inundados de saladas y amargas gotas. Recordar aquellos exuberantes y rojos labios de la mujer desconocida sobre los de Héctor era igual que sentir cómo un objeto punzante entraba en su ya roto corazón y terminaba de romperlo. Ese era el efecto que aquella imagen estaba produciendo al repetirla una y otra vez dentro de su cabeza. No podía sacarla.

Quitó el papel de una chokolatina y empezó a mordisquearla sin preocuparse por las lágrimas que llegaban a la comisura de sus labios creando un sabor agrídulce en su boca. No había nada como el chocolate para hacerle olvidar su nuevo fracaso, para ella era adictivo.

No sabía dónde estaba y menos hacia dónde se dirigía. Debía calmarse y dejar de llorar para poder seguir adelante. No estaba para prestar atención a los numerosos letreros que, continuamente, aparecían para informar a los viajeros de próximas salidas, solo quería

desahogarse y sacar toda la pena. Pero sabía, por experiencia, que hasta que llegara ese momento le faltaba un largo camino por recorrer.

Capítulo 26

Héctor había observado, durante todo el banquete, a Andrea y no se perdía ni uno solo de sus gestos. Aunque reía y hablaba con Elena, muchas veces no estaba en la conversación y simplemente contestaba por inercia. Lo que de verdad le interesaba era lo que sucedía en la mesa de enfrente. ¡Estaba tan guapa que se quedaba ensimismado mirándola! En muchas ocasiones tenía que cogerse con fuerza a la silla para no salir disparado hacia ella. Estaba distraído y pendiente de Andrea, cuando sintió los labios de Elena sobre los suyos. No supo reaccionar y, durante unas décimas de segundo, aquella boca ya olvidada se presionó contra la suya. Cuando aquel primer momento de sorpresa pasó, se apartó como si fuera lo más desagradable del mundo. Con urgencia, retiró aquellos brazos que lo rodeaban y se apartó de ella. Viendo su cara en esos momentos, se dio cuenta de que estaba jugando con fuego y quiso ponerle fin.

—¿Qué haces, Elena?! —preguntó Héctor sorprendido, retirando su cara en cuanto sintió cómo abría sus labios—. ¿A qué estás jugando?!

—Yo no juego, ¡eres tú el que lleva toda la noche tirándome los tejos!

—¿Que yo te tiro los tejos? —La miraba como si le estuviera hablando en un idioma completamente desconocido—. ¡Te estás confundiendo!

—Creo que eres tú el que me ha confundido a mí. Llevas toda la noche con sonrisas, con gestos provocadores y con miradas pícaras. ¿Qué quieres que piense?

—No era mi intención —le contestó avergonzado, porque era verdad, la había utilizado para poner nerviosa a Andrea; más que nerviosa, celosa. Miró hacia la mesa donde estaba la mujer con la que realmente quería estar y vio cómo hablaba con Maca y se alejaba en dirección al vestíbulo.

—¿Querías devolverme la pelota? ¿Todavía recuerdas lo que sucedió entre nosotros? Ya sabía yo que eras rencoroso y que había sido muy fácil volver a hablar contigo después de todo lo ocurrido. No imaginé que después de tanto tiempo pretendieras vengarte.

—¡Te equivocas!

—¿Seguro? Entonces, ¿qué pretendías con tantas miradas y sonrisas?

—¿Y tú qué pretendías acercándote a mí y, sobre todo, con el beso que acabas de darme? —preguntó Héctor como contestación. Él sabía perfectamente lo que quería conseguir acercándose a ella, pero desconocía los motivos de Elena.

—No pretendía nada en especial, lo normal en estos casos. La atracción entre nosotros nunca fue un problema y sigue sin serlo. Llevamos toda la noche flirteando y calentando los ánimos. Simplemente di por supuesto que acabaríamos en la cama. Yo no tengo pareja y, por lo que observo, tú tampoco. ¿Qué hay de malo?

—Venga, Elena, que nos conocemos. ¿De verdad has llegado a pensar que entre nosotros puede haber algo, aunque solo sea carnal? —No entendía cómo había sido capaz de sonreírle. Seguía detestándola de la misma manera que años atrás.

—¡Me conocías! —exclamó indignada—. Pero, a lo largo de estos casi tres años, la vida me ha enseñado de la manera más cruel que no se puede utilizar a las personas —confesó casi con un lamento mientras sus ojos brillaban más de la cuenta—. ¿No te ha contado nada tu hermano Alex? —preguntó completamente sorprendida.

—No. Cuando saliste de mi vida, les dejé muy claro a todos que no quería saber nada de ti. Me conocen y acataron mi orden sin rechistar y durante todo este tiempo ha sido como si estuvieras

muerta, como si nunca hubieras pasado por mi vida. Soy radical, lo sé, y rencoroso también; pero, cuando me fallan y rompen la confianza que les doy, no los quiero a mi lado nunca más.

—Mil veces intenté pedirte perdón, pero te conozco muy bien y sabía que en cuanto escucharas mi voz colgarías. Han sido unos años muy duros para mí y comprendo cómo te sentiste mejor que nadie. Será castigo divino o que la tortilla dio la vuelta; pero, lo mismo que yo te hice a ti, me lo hicieron a mí por duplicado.

—No quiero saber nada, te lo acabo de decir. Una cosa es que podamos saludarnos, pero no te confundas, Elena, no quiero nada más contigo.

—El confundido eres tú, yo lo tengo todo muy claro y me gustaría volver a ser lo que un día fuimos. Las cenizas todavía están calientes. Has dejado que me sienta a tu lado y, si te dejas llevar, como yo —continuó poniendo su mano sobre la bragueta de su pantalón y abarcando con ella todo el miembro de Héctor—, verás que nada ha cambiado.

Él no podía separarse, estaban en medio de un banquete y todo el mundo los miraba. Temía que, al apartarse, Elena no soltara la mano, montando un espectáculo delante de todos. Al menos así el mantel de la mesa lo tapaba todo.

Cuando tomó el control de lo que estaba sucediendo con una aparente sonrisa, fría como el mismo hielo, se acercó a su oído y, susurrándole entre dientes, le advirtió:

—Haz el favor de dejar de tocarme —comentó amenazadoramente.

—¿Y si no? —le retó Elena sin apartar la mano, sino apretando con más fuerza.

Héctor metió su mano bajo el mantel y le cogió por la muñeca con tanta fuerza que Elena dejó escapar un grito de dolor. Pero ninguno de los dos retrocedía. Él aguantaba el dolor sin que nada se reflejara en su semblante; en cambio, Elena estaba a punto de claudicar. De repente, ella liberó su miembro, pero él seguía presionando.

—Me haces daño —se quejó cuando comprobó que sus huesos corrían grave peligro. Héctor no escuchaba nada, el malestar en su entrepierna y la rabia de sentirse chantajeado le estaban nublando la cordura—. Solo me he dejado llevar al sentirte cerca, ¡te lo prometo! Dejar que me sentara a tu lado para mí ha significado tu perdón. Durante toda la cena me has dado esperanzas, y yo... volvería contigo con los ojos cerrados.

—¿Volver contigo? —exclamó con una sorpresa aplastante—. ¡Ni loco! ¿Me has escuchado bien? Ni harto de vino. Prefiero tener la compañía de una víbora, me parece menos peligrosa que tú. Una vez jugaste conmigo, me engañaste y nunca tropiezo dos veces con la misma piedra, porque la aparto del camino.

—Sé que me ves como a una arpía, pero te aseguro que no soy nada más que una mujer desgraciada. La vida me ha hecho sufrir mucho este último año y creo que he pagado con creces todo el daño que te hice.

—En ocasiones, la justicia divina existe —contestó Héctor sin ninguna pena por ella.

—Te dejé por un hombre que casi me mata —confesó Elena estremeciéndose.

Tenía que contarle a Héctor el calvario que había vivido y, si tenía suerte, quizás con lástima consiguiera lo que con seducción no había logrado. Utilizaría todas las armas a su alcance para atrapar de nuevo al hombre que una vez la hizo sentir una princesa, y ella, para compensarle, lo engañó, lo traicionó y se burló de él. No le importaba exagerar su mala experiencia si con ello conseguía el premio gordo.

—No tienes que decirme nada. Todo eso es parte del pasado —se apresuró a decir Héctor, no le interesaba nada de su vida.

—¡Por favor, deja que te cuente! y así, quizás, puedas perdonarme —mintió Elena, no era el perdón lo que estaba buscando, sino volver con él. Cuando estaban juntos tenía una vida fácil, era

la novia del jefe y todos los privilegios que eso conllevaba; viajes y muchos caprichos. Además, entraba y salía del trabajo cuando quería y cualquier excusa era buena para ausentarse. En esos momentos no tenía privilegios y los añoraba—. No me cuesta contarte esta historia. Lo que sucede es que me estoy dando cuenta de que tenía el cielo estando contigo y, como una tonta, lo cambié por el infierno, a pesar de seguir amándote.

—Elena, ¡no sigas por ahí! —comenzó Héctor.

—Deja que te lo cuente, por favor. —Y, sin más, comenzó el relato—. Conocí a Luis en la cafetería que hay delante de la oficina seis meses antes de abandonarte. Durante aquel tiempo, tejí a mi alrededor la tela de araña y empleó a fondo su encanto. En esos meses me sentí abandonada, tú estabas muy centrado en el trabajo, en levantar la empresa y apenas tenías tiempo para mí. Luis tuvo paciencia y me repetía al oído todo lo que yo quería escuchar, hasta que, a punto de coger las vacaciones, me fui con él.

»No tardé mucho en empezar a darme cuenta de que algo no cuadraba y, poco a poco, las palabras cariñosas que me habían conquistado se transformaron en insultos. A los ojos de Luis, la mujer tan maravillosa y perfecta que era cuando nos conocimos se fue transformando en una mujer insegura, miedosa y temblorosa.

»¡No era yo, Héctor, no sé ni cómo consiguió cambiarme! —le confesó Elena elevando el tono de voz y llamando la atención de algunos comensales de la mesa.

—Déjalo, Elena —comentó incómodo ante aquella situación.

—¡Por favor, Héctor! —suplicó de nuevo—. Deja que purgue mi culpa y así estaremos en paz para, al menos, volver a ser amigos.

—Está bien, pero vamos al vestíbulo, estamos llamando la atención.

Los dos se levantaron y, cuando llegaron al amplio *hall* del restaurante, se sentaron en la esquina más alejada de oídos indiscretos. Elena, por fin, había conseguido su propósito, lo tenía alejado de todos y utilizaría todas las tretas que conocía para recuperarlo. Si tenía que llorar o exagerar para dar pena, lo haría sin ningún remordimiento. El fin justificaba los medios.

—No tienes por qué hacerlo —repitió Héctor por tercera o cuarta vez ya acomodados en el vestíbulo.

—Lo sé, pero quiero contártelo. No sé cómo empezó, lo único que sé es que yo estaba tan encandilada que le permitía todo, ¡todo! Y él me trataba como a una ramera. Venía a casa cuando quería y me hacía hacer cosas de las que me avergüenzo con solo pensarlas. Después, se marchaba y, como agradecimiento, cada día antes de salir de casa me repetía que no sabía complacer a un hombre de verdad. Poco a poco el temor se apoderó de mí. —Se levantó la falda del vestido y le enseñó unas cicatrices—. Hasta que, un día, se le fue la mano y me dejó tirada en el suelo malherida. Como pude me arrastré, cogí el móvil y llamé a emergencias. Vino la policía y tuve valor, por primera vez vi muy claro que si no lo denunciaba un día me mataría.

—¡Lo siento mucho, Elena! Nunca deseé que te sucediera algo así —le dijo poniendo su mano en el hombro como señal de consuelo.

—Todavía voy a terapia y, según el sicólogo, tardaré mucho tiempo en recuperar mi autoestima. Las heridas externas, como has podido ver, están cicatrizadas, pero las internas cuestan más y no sé si algún día lo conseguiré.

—Eso espero. Y, si necesitas mi ayuda, ya sabes dónde encontrarme. —Al escuchar aquel ofrecimiento, se aferró a él en un abrazo y buscó con urgencia sus labios. Pero en esa ocasión no logró su propósito. Héctor la cogió por las muñecas manteniéndola a distancia y en sus ojos pudo distinguir la furia al ver su plan por los suelos. Por un momento lo había engañado, pero estaba muy claro que su intención no era conseguir su perdón—. Creí que habías cambiado, pero eres la

misma de siempre, capaz de utilizar cualquier artimaña para conseguir tus propósitos. Incluso dudo que sea verdad la patraña que me has contado. —Se levantó del asiento dispuesto a alejarse de aquella mujerzuela.

—¿Qué tiene esa mujer que no has dejado de mirar durante toda la noche que no tenga yo? He podido comprobar cómo os observabais. No es escultural. ¿Se puede saber qué has visto en ella? —le gritó al ver que este le daba la espalda y se alejaba.

Por un momento, Héctor se paró en seco y se quedó pensativo, ¿cómo se había dado cuenta? Pensaba que había disimulado muy bien, sin embargo, era evidente que no era así. Sin volverse hacia ella, le contestó.

—Algo de lo que tú no sabes su significado. Su lealtad es tan elevada que jamás me sería infiel ni me engañaría.

—¡Eso es lo que tú te crees! —contestó soltando una sonora carcajada.

—No solo lo creo, sino que me lo demostró, y yo no lo supe ver. Adiós, Elena, espero no volverte a ver nunca más y de eso me encargaré personalmente.

—¿Vas a hacer que me despidan? —preguntó con cierto temor.

—Has dado en el blanco. Voy a hacer lo que tenía que haber hecho años atrás, alejarte de mi vida en todos los sentidos. No te quiero cerca de nada que me pertenezca.

Y volvió al salón de la fiesta en donde los novios iban de una mesa a otra recibiendo las felicitaciones de los invitados, intercambiando saludos y conversaciones. Se acomodó en su asiento y miró hacia el lugar que ocupaba Andrea, pero no la encontró allí.

Maca volvió dos veces la mirada hacia el asiento vacío de Andrea. Tardaba demasiado en volver, claro que, si había salido al coche y se había entretenido con alguien, no era extraño.

Pero los minutos pasaban y ni rastro de ella por todo el salón. Cansada de esperar, se levantó y, después de observar toda la estancia detenidamente sin dar con ella, se dirigió al lavabo. Había un montón de gente y en un principio pensó que esa era la causa de que tardara tanto. Pero, cuando le tocó entrar, comprobó que Andrea no estaba allí. Salió al exterior a pesar del frío y corrió hacia el aparcamiento. Cuando llegó al lugar donde habían aparcado el coche, tuvo la absoluta certeza. Lo que llevaba minutos sospechando se convirtió en una realidad, Andrea se había marchado. ¡Había huido!

Volvió al comedor y se planteó el dilema, ¿le decía algo a Marina o no?

Preguntó a otra periodista, María, que estaba en la misma mesa que ellas y que trabajaban juntas.

—María, ¿has visto a Andrea?

—No, pero puede estar en cualquier mesa, después del postre todo el mundo se cambia de sitio. Maca no quiso contarle sus sospechas y, muy escuetamente, le contestó.

—Sí, tienes razón. Voy a darme una vuelta a ver si la encuentro.

Se levantó cogiendo su bolso en la mano y sacó el móvil para intentar dar con ella sin llamar la atención. El teléfono de Andrea estaba apagado, así que le mandó un mensaje para que le llegara en cuanto lo encendiera. Sin embargo, la preocupación estaba en su cara, no podía esconderla. Debía disimular, no quería que Marina se inquietara con la desaparición de Andrea. Aunque era inevitable, se iba a enterar en cuanto preguntara por ella, porque no iba a ser fácil esconder su ausencia. Así que Maca puso en marcha sus neuronas y pronto tuvo una ocurrencia, les diría a todos que se había marchado porque...

Mientras pensaba en una excusa creíble, miró hacia Héctor y al momento comprendió por qué Andrea había salido huyendo. La rubia que estaba sentada junto a él había sido la causa, ¡se jugaría el cuello y no lo perdería!

La tonta de Andrea no se había dado cuenta de que Héctor estaba utilizando a esa mujer para ponerla nerviosa y darle celos durante toda la cena. ¡Pues lo había conseguido y hasta qué extremo! No pudo con la presión que le imponía Héctor y había decidido huir.

«¡Será tonta! ¿Es que no se ha dado cuenta? ¡Pero si hasta un ciego lo ve! Solo intentaba ponerla celosa», pensaba Maca sin dejar de observar a Héctor. Aunque ella tampoco entendía muy bien el motivo de aquella tonta estrategia cuando conocía perfectamente los sentimientos de Andrea. No necesitaba seducirla, la tenía más que conquistada. Era un juego que él se había montado para demostrarse algo a sí mismo, porque otra cosa no le entraba en la cabeza. ¡Qué complicados eran los hombres! ¡Se comportaban como niños!

Héctor estiró la cabeza buscándolas por todo el salón, pero únicamente vio a Maca y, en cuanto sus miradas se cruzaron, supo que algo no iba bien.

Se levantó de su asiento y se dirigió hasta ella que no dejaba de mirarlo entre enfadada y asustada. Cuando llegó junto a Maca, sin mediar ningún saludo, le preguntó:

—¿Dónde está Andrea? —Su voz estaba llena de ansiedad.

—¡No tengo ni idea! —Si la culpa era suya, no pensaba disimular ni evitarle una preocupación. «¡Que se joda!», pensó Maca mientras hablaba—. Llevo más de un cuarto de hora buscándola. Sencillamente, ha desaparecido de la fiesta, ¡se ha esfumado! Ha cogido su coche y se ha largado. ¡Claro que tú tienes mucha culpa de eso! Llevas toda la noche jugando, flirteando con la rubia de al lado hasta que Andrea no lo ha resistido más. ¡La muy tonta no se ha dado cuenta de que estabas haciéndolo para molestarla!

—¿Qué estás diciendo? —intentó negar Héctor—. ¡Yo no quería que se marchara!

—¡Claro que no, hijo de la gran puta! —Héctor la conocía y sabía que esa expresión no era literal. Aunque, eso sí, estaba enfadada—. ¡Pero te has pasado tres pueblos! Con tantos arrumacos y sonrisas como le has dedicado a la rubia, y que Andrea ha confundido, no ha podido resistir. Vengo del aparcamiento y su coche ha desaparecido. Estaba buscando una excusa para darle a Marina y que no se preocupara, no vamos a estropearle su final de fiesta.

—¿La has llamado al móvil?

—¡Mira tú el capullo este! —manifestó Macarena, poniendo sus brazos en jarras y observándolo fijamente a punto de fulminarlo con la mirada—. ¡No hay cosa que me dé más coraje que te pregunten lo más tonto intentando dejarte por idiota! ¡Pues claro que la he llamado, listo! ¡Pero lo tiene apagado!

—¡Perdona! Estás un poco irascible, ¿no crees? —le contestó Héctor.

—¡Igual tengo motivos!, ¿no crees? —repitió Maca en tono, claramente, de burla—. Te pasas toda la noche martirizando a mi amiga hasta que consigues que salga huyendo y ¡ahora me recriminas si estoy un poco irascible! Mira, Héctor, eres un verdadero gilipollas y no me había dado cuenta hasta hoy.

—¿Por qué es un gilipollas mi querido cuñado? —La voz de Marina tras ellos les hizo callar de golpe y se volvieron con la sensación de sentirse pillados, lo llevaban reflejado en la cara—. ¿Se puede saber qué os pasa?

—¡Nada, no pasa nada! —contestaron los dos a la vez.

—¿Me tomáis por tonta? ¡Desembuchad ahora mismo!

Héctor y Maca se miraron sabiendo que no podían ocultar por más tiempo la huida de Andrea. Suspiraron y no les quedó más remedio que contar la verdad.

—¡Joder, Héctor! Después de lo que sufrió y de cómo la culpabilidad se apoderó de ella cuando vio a Mateo en brazos de otra, ¡tú haces lo mismo!

—¡De verdad que no era mi intención! Pero....

—¡Pero nada! Viste la oportunidad de hundirla un poco más, de hacerla sentir más culpable de lo que ya se sentía y aprovechaste la ocasión, ¿no es cierto? —inrepó Marina muy enfadada y a punto de cogerle por el cuello—. ¡Pues la has cagado, chico! ¡Ojalá pases tan mal rato como el que le has hecho pasar a la pobre Andrea! Me imagino que no coge el móvil, porque la habréis llamado, ¿verdad?

—¡Otra igual! ¡Mira, rica, tú no serás tonta, pero los demás tampoco! —contestó Maca ofendida por la duda.

—¡Lo siento, maña, son los nervios! Y no lo coge, ¿verdad?

—Yo creo que se ha ido al hotel o la loca esta es capaz de haberse marchado para Barcelona.

—¿Dejándote aquí? No lo creo.

—Sabe que María y Roberto vuelven a Barcelona después de la boda. Aunque igual solo ha ido a dar una vuelta completamente sola y, cuando se calme, vuelve; creo que es lo más seguro. Después de ver durante toda la noche cómo este capullo «ponía ojitos a la rubia» —alegó Maca, mirando con desprecio a Héctor— necesitará calmarse antes de volver a la fiesta. Nosotros nos encargamos, Marina. Tú disfruta de tu día, sabes que en cualquier momento aparecerá. ¡La encontraremos!

A partir de ese momento, Marina volvió a la pista de baile. Maca y Héctor se dedicaron a buscarla, primero por todo el edificio y las diferentes salas. Después fueron hasta el hotel donde no había ni rastro. Era inútil indagar a la desesperada cuando podía estar camino de Barcelona.

Volvieron a la fiesta y comenzaron a bombardear el móvil de Andrea con llamadas y mensajes, en algún momento encendería su teléfono, y a lo mejor reaccionaba y volvía.

Héctor se culpaba y el remordimiento estaba haciendo estragos. Sabía que se había comportado como un adolescente y no era propio de él. En ese momento que lo pensaba detenidamente, no sabía muy bien qué pretendía provocando celos a Andrea. Si hubiera hablado con ella en cuanto llegaron, aún estarían disfrutando de la fiesta, de eso estaba seguro. Pero su comportamiento fue inesperado e inmaduro en un hombre.

Era doloroso reconocerlo, pero se aprovechó de Elena para demostrarle a Andrea que sin su amor podía vivir perfectamente, cuando era la mentira más grande que podía imaginar. Después de vivir amargado durante el último mes, esa mañana venía dispuesto a postrarse de rodillas ante ella y pedirle que le perdonara por no haber atendido sus ruegos, sus llamadas y mensajes. Que únicamente su orgullo se había interpuesto entre ellos y que sentía haberla hecho sufrir.

Pero, cuando la vio tan guapa y cómo todos los invitados la admiraban, quiso castigarla sin comprender que Andrea había hecho todo lo posible por arreglarse solo para él. Y, más tarde, cuando Elena se acercó a su asiento, sintió un fuerte deseo de darle celos. Entonces, viendo las consecuencias, se arrepentía de la irresponsable actitud de niño consentido y de la injusta rabieta que había tenido resultados imprevisibles. Nunca pensó que Andrea saliera huyendo, sino todo lo contrario; que suplicaría de nuevo por su amor, pero su prepotencia le nubló y jamás pensó en aquel desenlace. Empezaba a tener miedo, no había medido las consecuencias de sus actos y que su chulería podía pagarla muy cara.

¿Y si Andrea se había cansado de suplicar?

¿Y si era el último cartucho que quemaba ella y a partir de entonces decidía que se había acabado?

¿Y si no le creía?

Su frente empezó a perlearse, el temor a perderla por su minuto de gloria haciéndose el gallito empezaba a tener consecuencias. ¡Estaba jodido! Si su comportamiento hubiera sido la gota que colmaba el aguante de Andrea, ¡no se lo perdonaría jamás!

Capítulo 27

Andrea, dos horas después de comenzar su viaje o más bien su despavorida huida, decidió que no podía continuar. A pesar de circular por la autopista, durante todo ese tiempo apenas había recorrido sesenta kilómetros. Un enorme letrero anunciaba ante ella la salida de Gallur. Después de titubear durante unos segundos, accionó el interruptor de la derecha y decidió abandonar la autopista. No sabía cómo sería el pueblo, si era grande o pequeño, lo único que le interesaba era una habitación para poder desahogarse a gusto. El municipio era pequeño, pero, en cuanto llegó al centro de la villa, enseguida pudo distinguir el nombre de un hotel. Aparcó el coche y, al acercarse por la calle, comprobó que era un edificio original, pintado de un fuerte color rosa y apenas tenía dos o tres pisos como mucho de altura. No tuvo problema para conseguir alojamiento y la tranquilidad se respiraba por aquel pasillo mientras un amable señor la guiaba a su habitación.

Cuando entró en aquel sencillo dormitorio, aquel hombre se volvió hacia ella antes de salir.

—Que pase buena noche. Si necesita algo, no dude en llamar —le dijo señalando el teléfono de la habitación.

—Muchas gracias.

Se quedó sola en medio del cuarto y miró alrededor prestando muy poca atención a los escasos muebles de pino que llenaban la pequeña estancia. Tampoco se percató de la sencilla colcha marrón brillante que cubría la cama ni reparó en la oscura cortina para evitar la luz del día o del cuadro de Miguel Ángel, *La creación de Adán*, colocado sobre un cabezal de piel. Tan solo se fijó en la puerta entreabierta donde estaba el lavabo. Entró en el pequeño aseo y se lavó la cara a conciencia. Cuando terminó, no quedaba ni rastro del maquillaje que tan concienzudamente se había aplicado. «Aunque para lo que ha servido —pensaba Andrea—, me lo podía haber evitado, ¡con todo lo que me he esforzado por estar radiante! Pero Héctor ni se inmutó, solo tenía ojos para su rubia acompañante».

Salió del lavabo, se quitó los altos zapatos que llevaba y que tanto estilizaban sus piernas y se tumbó sobre la cama. Hacía frío, así que se tapó y cerró los ojos, las palabras del recepcionista que la había acompañado hasta la habitación se repetían dentro de su cabeza: «si necesita algo...».

Necesitaba muchas cosas, pero aquel señor no podía ayudarla. Necesitaba a Héctor, sus besos, sus caricias y sus dulces palabras susurradas al oído, consiguiendo que se derritiera. Necesitaba su amor, su pasión, ese mal genio que ella sabía cómo ahuyentar. Añoraba su risa abierta y contagiosa, la sonrisa tan sensual que el ligero movimiento de sus labios provocaba. Aquel guiño que sin palabras ni gestos decía tanto y del que solo ella conocía su significado. Era un simple parpadeo del ojo izquierdo que para ellos entrañaba mucha pasión y deseo, recordando, con aquella sencilla mueca, toda la intimidad que compartían. Muchas veces ese simple y rápido tic, entre mucha gente, le producía un sonrojo que no podía evitar. Como si las personas que les rodearan supieran su significado. A Héctor le encantaba provocarla en público y comprobar cómo el color escarlata le subía a la cara y no podía evitar sonreír con mucha picardía.

Pero no tenía nada de eso y lo peor de todo era que, todos aquellos gestos que tanto significaban para ella, se los estaba llevando otra mujer. No pudo evitar romper a llorar desconsoladamente. Comprobar todo lo que acababa de perder la estaba martirizando.

La imagen de Héctor junto a aquella mujer llenaba su cabeza. No pudo evitar sentir una fuerte punzada de dolor cuando pudo ver la complicidad que existía entre ellos, las sonrisas que intercambiaban y, para terminar, ¡ese beso! ¡Esos labios eran de ella, solo de ella!

Por eso no pudo seguir allí y salió huyendo. ¿Que era una cobarde? ¡Por supuesto que lo era! No obstante, no tenía entrañas para seguir viendo escenas así. Sin embargo, una vez tomada distancia en la soledad de la habitación, se sentía perdida, hundida y necesitaba que alguien la reconfortara. No podía llamar a Maca ni a Marina porque la estarían buscando y a lo mejor Héctor estaba con ellas. Por eso pensó en Julia, aunque era un poco tarde, sabía que a ella no le importaría, así que cogió su móvil y, sin hacer caso a todos los mensajes que tenía sin leer, llamó a su amiga y cuñada.

Ellos también iban a venir a la boda, pero una urgente intervención quirúrgica de Diego a uno de sus pacientes había hecho imposible que acudieran. Por lo que, tras excusarse, quedaron en celebrarlo todos juntos, cuando los novios volvieran de su viaje.

Tardó en coger la llamada y, cuando lo hizo, la alarma asomaba en sus palabras.

—Andrea, ¿sucede algo? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Ella, en cuanto escuchó la voz alterada y preocupada de Julia, en vez de contestar con rapidez y tranquilizarla, no pudo evitar romper a llorar llenando de ansiedad a su cuñada. Esta, a toda prisa, salía de la habitación para que Diego no se despertara del todo. Cerró la puerta despacio y bajó a la cocina.

—¡Por lo que más quieras, cálmate! Cuéntame qué te sucede —manifestó con voz sosegada, intentando tranquilizarla.

Pero Andrea no podía calmarse. Llevaba tanto tiempo aguantando la presión que cuando explotaba, como estaba haciendo en ese momento, era imposible parar.

A Julia, escucharla llorar tan amargamente a través del teléfono sin saber ni dónde estaba ni qué le sucedía, la estaba angustiando e iba a estallar de un momento a otro; pero tenía que mantenerse en calma para conseguir tranquilizarla. Después de estar unos minutos intentando que se sosegara e insistiendo para que le hablara sin resultado, su paciencia se estaba acabando.

—Mira, ¡si no me hablas, cuelgo! ¡Se acabó! —sentenció tajante Julia.

Andrea sabía que no era un farol y que hablaba en serio. Así que sorbió sus lágrimas y, con una voz ronca por el llanto, le suplicó sin dejar de llorar:

—¡No me cuelgues, por favor! —articulando con dificultad esa simple frase.

—¡Pues cálmate y cuéntame dónde estás y qué ha sucedido!

A duras penas pudo contarle algo porque, en cuanto recordaba lo que había pasado a lo largo de toda la noche, volvía a llorar desconsolada. Cuando terminó su corto relato, apenas podía hablar y esa vez era el hipo el que no la dejaba acabar las frases.

Julia, mientras la escuchaba, suspiraba en silencio. ¡No se lo podía creer! ¡La historia se volvía a repetir y le volvía a suceder lo mismo! ¿Cómo la iba a consolar? ¿Qué le decía? Si estuviera en casa bebería junto a ella para olvidar, como hizo unos meses atrás cuando descubrió a Mateo con otra, pero ni siquiera sabía el paradero de su amiga.

—¿Dónde estás? —preguntó con cierto temor. Ya se la imaginaba vagando por cualquier calle o lugar solitario con el frío que estaba haciendo.

—Estoy en un pueblo cerca de Zaragoza. No me acuerdo cómo se llama. Vi un cartel que anunciaba la salida de la autopista y cogí el camino sin pensar —le contestó mientras miraba a su alrededor intentando encontrar la respuesta. Y enseguida lo supo, en un cenicero estaba impreso el nombre del hotel con la dirección—. ¡Gallur! —exclamó de repente—. Así se llama el pueblo. He cogido una habitación de hotel.

—¡Bien! —contestó Julia más tranquila. Al menos no estaba en una cuneta o en un parque llorando a solas—. ¿Has hablado con Maca?

—¡No, ni quiero hacerlo! Cuando termine de hablar contigo, le mandaré un mensaje para tranquilizarla, pero no quiero que nadie me convenza para volver a la fiesta. ¡Ni siquiera a Zaragoza pienso regresar!

—¡Vale! Al menos estás en una habitación y podrás dormir un poco. Mañana lo verás todo más claro —anunció poco convencida de que fuera verdad. Al día siguiente estaría igual y al otro, y al otro, y al otro; le quedaban muchos días por sufrir.

Pero Andrea ya había pasado por una situación similar o casi idéntica y, como si escuchara los pensamientos de su amiga, le contestó:

—¡Venga, Julia! ¿A quién crees que vas a engañar? ¿A mí? Ahórrate esas palabras. Ni mañana estaré mejor ni todo se va a arreglar. Todo son chorradas que estás diciendo para consolarme y lo sabes.

—¡Ya lo sé, coño! Solo quiero que duermas esta noche y que mañana, en cuanto te levantes, desayunes y vengas directamente aquí. Yo cuidaré de ti y, si quieres, te acompañaré a olvidar las penas. ¡No quiero que hagas ninguna locura que te conozco!

—Pero ¿qué crees que voy a hacer? ¿Tirarme por un puente? Mañana te vuelvo a llamar y no te preocupes, de verdad. Antes de venir a la boda, por mucho que me decíais todas que me iba a perdonar, yo sabía que había perdido a Héctor. Hoy solo ha sido la confirmación. Gracias por ayudarme y por estar siempre cuando te necesito.

—No sé qué más decirte. Ven cuanto antes —agregó Julia a punto de echarse a llorar.

—Tranquila, volveré sana y salva. —Había notado el temblor en la voz de Julia y tenía que colgar antes de que la emoción las embargara a las dos y lloraran sin consuelo. Y eso fue precisamente lo que hizo, nada más colgar aparecieron las primeras lágrimas rodando por sus mejillas.

Después miró los mensajes y también tenía llamadas de todo el mundo; de Maca, de Marina, de Álvaro y... ¿de Héctor? ¿Por qué la llamaba si en toda la velada ni siquiera la había saludado? ¡Claro, para encontrarla! No era muy difícil suponer que le habían obligado a ello para poder averiguar dónde se había ido. Pero ella no pensaba contestar a nadie. Únicamente a sus dos amigas, Maca y Marina, les mandó un escueto mensaje para tranquilizarlas.

«Estoy bien. No os preocupéis por mí y disfrutad de la fiesta. Nos veremos en Barcelona. Siento dejarte tirada, pero puedes volver con mucha gente. Hablamos».

Cuando vio que el mensaje lo habían recibido, apagó el móvil. No quería que le contaran mentiras después de lo que ella misma había visto. Necesitaba alejarse de todos y, como no tenía que trabajar hasta el martes, tenía dos días completos por delante.

Unas horas después, se quedó dormida por el agotamiento de tanto llorar.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, la habitación estaba totalmente a oscuras. Pensó que todavía no había amanecido. Alargó la mano para encender el móvil y vio que eran las diez. «¡Dios mío, he dormido casi nueve horas!», pensó.

Accionó el interruptor de la luz y al ver las tupidas y oscuras cortinas comprendió el motivo de aquella oscuridad. Se levantó y las corrió tapándose los ojos al entrar los potentes rayos de sol, dejándola ciega por unos instantes. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, los abrió y comprobó que hacía un día estupendo. No sabía qué temperatura haría fuera, pero sí que lucía un sol esplendoroso, el cielo estaba totalmente azul y los árboles apenas se movían. El cierzo que el día anterior azotaba sin piedad aquella zona se había calmado.

Sacó de su bolsa la ropa que había traído para el domingo y, después de darse una ducha y secarse, se asustó. El espejo le estaba devolviendo su imagen y en nada se parecía a la guapa mujer que llegó al juzgado de Zaragoza el día anterior. Tenía sus enormes ojos hinchados de tanto llorar, apenas se veían y la viveza y alegría que desprendían habían desaparecido. En su lugar, un halo de tristeza había llegado para quedarse. Poco podía hacer por su cara, así que se peinó y ya no se volvió a mirar, las gafas de sol taparían aquel desastre.

Se vistió con una camiseta blanca de manga larga, sus tejanos y las botas. Dándose cuenta en ese instante de que llevaba la bolsa de Macarena en el maletero del coche, suerte que solamente llevaba la ropa y que todo lo demás lo tenía ella en su bolso. Seguro que Marina le dejaba algo para cambiarse, de lo que estaba segura era de que el martes la mataría.

Bajó de la habitación y decidió desayunar allí mismo. Todavía no tenía decidido qué hacer, si irse a Barcelona sobre la marcha o retrasar su vuelta. Temía volver y dar explicaciones, porque todo el mundo le preguntaría. Tarde o temprano iba a suceder, pero prefería que fuera más tarde que temprano.

Y tampoco quería volver a Zaragoza. Era muy difícil, pero no quería encontrarse con nadie, así que decidió seguir adelante. Tenía que buscar un lugar donde poder perderse durante todo el día y que no estuviera demasiado lejos.

Necesitaba silencio, un lugar por donde pasear sin conocer a nadie. Ese día necesitaba pensar sin interrupciones y que no le martillearan la cabeza con palabras vacías solamente para consolarla. Tenía que poner su vida en orden de nuevo porque volvía a estar sola y con el corazón roto.

Mientras desayunaba, instintivamente encendió el móvil y leyó algunos de los mensajes, imposible leerlos todos.

MARINA: «¿Se puede saber dónde te has metido?».

MACA: «¡Como me dejes tirada, te enteras!».

MARINA: «¡Te estás confundiendo! Vuelve y te lo explicaremos».

MACA: «¡Qué cobarde eres! Siempre huyendo. Estás confundida».

MARINA: «Nos has dejado sin la foto de las amigas, ¡ya te vale!».

No pudo evitar que las lágrimas fluyeran. Todos le decían que volviera, que era un malentendido.

ÁLVARO: «¿Dónde te has metido? ¡Dime dónde estás y voy a buscarte!».

HÉCTOR: «Andrea, ¡vuelve, tenemos que hablar!».

Incluso Héctor le decía que tenían que hablar, le quedó muy claro que eran capaces de decir cualquier mentira para que regresara, incluso lo habían involucrado a él para que intentara convencerla. ¡Como si no lo hubiera visto durante todo el banquete de la boda! Sus amigas eran capaces de cualquier cosa para hacerla volver. Sin querer leer nada más, escribió un mensaje a Maca para tranquilizarlos. No quería dar lástima a nadie, y menos a Héctor, no iba a ser tan patética de volver dejándose engañar con una falsa esperanza.

«No voy a volver hasta el lunes. Mi vida es un lío y quiero estar sola para tomar la mejor decisión y afrontarlo como pueda. Necesito calmarme y mucha paz y eso solo lo encontraré en soledad. No os preocupéis por mí, estoy bien y no voy a

hacer ninguna locura».

Apagó el móvil y lo dejó dentro del bolso. No quería saber nada más ni leer más mensajes insistiendo con que volviera, incluso empleando mentiras para conseguirlo.

Salió a la calle y, aunque ya no soplaba el cierzo, la temperatura debía de ser bajísima. Subió el cuello de la cazadora, colgó la bolsa sobre su hombro y fue hasta el aparcamiento con paso ligero. Sin perder ni un minuto en dejar el equipaje en el maletero; se metió en el coche, lo puso en marcha encendiendo la calefacción antes que nada, el vehículo estaba congelado. Mientras esperaba que se templara para quitarse la cazadora, mecánicamente puso la radio. No había salido siquiera del estacionamiento cuando Amaral empezó a cantar *Días de verano*.

—¡Joder! —exclamó en voz alta mientras maniobraba para salir del aparcamiento—. ¡Qué casualidad! ¡Estoy yo para escuchar esto!

Pero no hizo intención de quitarla. No sabía qué tenía esa canción que aparecía siempre en los momentos más críticos y dolorosos de su vida. Y, cuantas más veces la escuchaba, más convencida estaba de que Amaral se había fijado en su patética vida para crear la letra. Cuando terminó, no se lo pensó ni un segundo y volvió a ponerla y en esa ocasión, en vez escucharla, la cantaba entre lágrimas.

«No quedan días de verano
para pedirte perdón
para borrar del pasado
el daño que te hice yo».

Cuántas veces durante aquel último mes había repetido aquellas mismas palabras. Su espontaneidad le había acarreado, a lo largo de su vida, muchas dificultades. Pero Héctor le juró, la noche de fin de año, que con él no sucedería, que su carácter no les traería ningún problema y que entre los dos solucionarían cualquier altercado o malentendido. Le prometió que su espontáneo temperamento no les pasaría factura como pareja; pero, en la primera ocasión que había sucedido, la abandonó. Sin dejarle hablar, sin dejar que se explicara bien, ¡nada! Salió aquella mañana de su casa y, por lo que había visto el día anterior, era algo permanente, no pensaba volver. ¡Después de lo que vio lo sabía con seguridad!

Fue cruel la forma que eligió Héctor para decirle que su historia de amor había acabado. Le había mostrado sin ningún miramiento que la había sustituido, que en su vida ya había otra mujer y completamente diferente a ella.

Los ojos se le empezaron a nublar y, si seguía de esa forma, pronto las cataratas del Niágara se quedarían cortas a su lado.

Sacó el CD que sonaba, lo tiró con enorme furia sobre el asiento del copiloto y buscó otro completamente distinto.

—¡Ya está bien de sensiblerías! ¿Te han dejado de nuevo? ¡Pues date caña, pánfila, y deja de lloriquear! —se decía a sí misma gritando—. Pero ¿todavía no te has dado cuenta? ¿Cuántas veces más tendrá que sucederte lo mismo? No sirves para tener pareja, no tienes tacto y ellos te devuelven la ofensa por duplicado o triplicado. —Lloraba de rabia y con brusquedad se pasaba la manga para limpiar las gotas saladas.

Enseguida dio con el CD que buscaba. Era uno de color rojo. El cambio lo hizo de una manera brusca y enfadada con ella misma. Mientras esperaba el sonido, todavía tuvo tiempo para decirse algo más en voz alta.

—¡Esto te espabilará! ¡Y déjate de ñoñerías!

Y, sin más, AC/DC empezó a sonar con uno de sus temas más cañeros *Black in Black* atronando

dentro del coche. Ella los acompañaba cantando como si le fuera la vida en ello y, en pocos segundos, las lágrimas se acabaron. Era el efecto que tenía en ella esa música. Con tanto ruido, era imposible escuchar también todo lo que se cocía dentro de su cabeza. En muchos momentos, conseguir el silencio interior era un alivio.

Se internó en la autopista dirección a Logroño cantando a pleno pulmón dispuesta a pensar qué haría con su vida al volver a Barcelona, pero no le daría vueltas mientras conducía, ya habría tiempo cuando llegara a su desconocido destino.

Capítulo 28

La fiesta de la boda terminó y Andrea no había vuelto. Macarena había recibido el mensaje de su amiga y compañera, para decirle que se marchaba y que sentía dejarla tirada.

Era inútil buscarla, había decidido poner tierra de por medio, y nadie conocía el destino. Podía volver a Barcelona o marcharse a cualquier lugar; Andrea era imprevisible y los que la conocían bien lo sabían.

Héctor, al leer el mensaje que había mandado a su amiga, se dejó caer en una silla y la culpabilidad hizo mella en él. Se sentía como un idiota que había alejado lo que más quería sin comprender el motivo que le había llevado a actuar así. No sabía qué había nublado su mente y qué extraña razón le había hecho comportarse de aquella manera tan rara en él. ¡Ojalá pudiera retroceder en el tiempo solamente unas horas! Sabiendo las consecuencias y el tiempo que había perdido haciéndose el gallito, jamás volvería a actuar de la misma forma.

Pero no quería lamentarse más. Se había comportado como un perfecto gilipollas, eso lo sabía él y todos sus amigos. Todos, menos Andrea. Estaba acostumbrado a tomar decisiones, a buscar soluciones ante cualquier contratiempo que se presentaba en sus negocios, ¿no iba a encontrar una solución para el desaguisado que había provocado en su vida? ¡Y tanto que lo haría!

Se acercó al grupo que formaban su hermano; su ya cuñada, Marina, y Maca y, con una resolución que dejó a todos con la boca abierta, planificó lo que había que hacer como si de una estrategia militar se tratara.

—Bueno, vamos a dejar de lamentarnos y manos a la obra. Vosotros dos a lo vuestro —dijo señalando a su gemelo y a Marina—. Mañana tenéis que coger un avión hasta la otra punta del mundo y tendréis que descansar. —Y, mirándolos con gesto pícaro, añadió—. Bueno, si queréis o no tenéis nada que hacer. —Seguidamente señaló a Maca—. Tú te vienes conmigo. Nos vamos a Barcelona a buscar a esa loca que, con lo lista que es, no sabe leer entre líneas.

—¡Ya! —le contestó ella dolida porque también veía reflejada su propia historia y le había removido las entrañas—, nosotras tenemos que saber interpretar los signos cuando la evidencia dice todo lo contrario. Los hombres muchas veces os pensáis que somos pitonisas o videntes para entender lo que queréis decir, lo contrario de lo que dais a entender. ¡Hay que joderse! ¡Dando órdenes y organizando como si na'! ¡Como si no fueras el causante de esta situación! ¡Yo es que me mondo con los hombres!

Héctor la miró con una humildad y culpabilidad que hizo que Maca callara rápidamente. Bajó la vista a los zapatos negros que movía sin parar y pensó por un momento en lo que iba a decir. No le importaba hacerlo, pero necesitaba tomar aire porque el dolor y la culpa lo estaban matando, aunque lo escondiera. Lentamente levantó la cabeza del suelo y miró a Maca, la cual, al comprobar la expresión atormentada de Héctor, se arrepintió al momento de sus palabras.

—¡Jamás ninguno de vosotros llegará a saber cuánto me arrepiento de lo que he hecho! Si te dijera que me quitaría años de mi vida para poder evitar el daño que le he causado hoy a Andrea, ¿me creerías? ¡Pues créetelo! No vas a poder ofenderme con cualquier cosa que me digas, porque yo me repito peores palabras de las que tú me acabas de decir. Sé perfectamente que soy un desgraciado, un cabrón y no sé si algún día llegaré a perdonarme. Pero quiero a Andrea, la quiero más que a mi propia vida y pienso ir a buscarla allá donde esté y, si tengo que recorrer el mundo entero, ¡lo haré! Pero no pienso sentarme a esperarla, tengo que ir a su encuentro porque, si no me

pongo en movimiento, ¡me volveré loco! No sé dónde buscarla, pero si ha vuelto a Barcelona lo sabré en cuanto llegue a su casa. Si no está, mañana iré a casa de Julia; tengo la corazonada de que ella sabe algo y no pienso moverme de allí hasta que me lo diga.

Todos lo miraron apenados por él; por lo idiota que había sido queriéndola como la quería y, a pesar de ello, se había comportado como un verdadero cafre. Pero tenía razón, no podían cruzarse de brazos, así que Maca se volvió hacia él, y le dijo:

—¿Cuándo salimos? —preguntó con contundencia.

—Cuando estés preparada —respondió con decisión.

—Pues vamos al coche, todo lo que tengo lo llevo aquí dentro —dijo señalando su pequeño bolso de ceremonia—. Mi bolsa de viaje va en el maletero del coche de Andrea. ¡Cuando la encuentre, la guantá' no se la va a quitar nadie!

Héctor se fue a decirles adiós a sus padres y a ponerles una excusa por salir a esas horas hacia Barcelona. Con su padre fue fácil, ni siquiera le pareció algo extraño, pero no fue tan sencillo engañar a su madre. Lo cogió aparte y el interrogatorio comenzó. Él sabía que ella tenía un sexto sentido para sus mentiras, así que desde un principio decidió contestarle con la verdad. Esa sería su penitencia, porque cuando ella se enterara de cómo se había comportado con Andrea, no se libraría de un buen pescozón.

—¿No puedes esperar a salir mañana por la mañana? —cuestionó su madre preocupada.

—No, mamá, tengo que salir ya.

—Mañana es domingo, ¿por qué tanta prisa? —insistió—. Después de una fiesta, lo más conveniente no es un viaje, precisamente.

—Mira, mamá, te voy a contar la verdad con la condición de que no digas nada más. Llevo un mes sin hablar con Andrea después de una discusión. Hoy pensaba decirle que la quería y que nada de lo que había sucedido tenía importancia. Pero, en vez de eso, me he pasado toda la velada dándole celos con Elena y al final ella se ha marchado, ha cogido su coche y no sabemos dónde está. Me voy porque tengo que encontrarla y decirle lo imbécil que soy y que la quiero más que a nada en el mundo.

Su madre lo miraba y veía cómo sus ojos brillaban y cómo su voz empezaba a tomar un tono ronco lleno de emoción, así que no le dejó continuar, simplemente lo abrazó.

—¡Anda, ve a buscarla! —lo animó—. Ya te has dado cuenta de una cosa que cuesta aprender: que en el amor el orgullo no cabe. Espero que hayas escarmentado porque con los celos no se puede jugar.

—¡Gracias por entenderme y no juzgarme!

La abrazó tan fuerte que su madre protestó dándole palmadas en la espalda.

—Sé prudente y deja tu orgullo, ¡todo!, en esta sala. Cuando estés delante de ella, lleva solo tu amor, nada más —le aconsejó emocionada.

Héctor simplemente asintió, si decía algo, a pesar de lo duro que era, las lágrimas harían acto de presencia. Después se acercó a su hermano y se fundió en un emotivo abrazo.

—Está comprobado que tú eres el gemelo listo, y yo el burro —le dijo Héctor manteniendo a su hermano abrazado—. No hace falta que te aconseje nada porque me das mil vueltas. Nos vemos pronto.

Después se acercó a Marina y también la abrazó con mucho cariño.

—Cuida de él y, sobre todo, deséame suerte.

—No te hará falta. Sabes que Andrea te ama, solo tienes que escucharla y dejarte llevar por tus sentimientos. Llámame en cuanto la encuentres o déjanos un mensaje, nosotros estaremos en pleno vuelo y no nos enteraremos de nada. Antes de subir al avión, haré un último intento de conectar

con ella. Si tengo más suerte que tú, te aviso.

Asintió nervioso, entre todos al final le harían llorar. Se volvió hacia Maca y carraspeó antes de hablar, la emoción le impedía pronunciar una palabra.

—¿Nos vamos ya? —formuló mirándola.

—Cuando quieras. Me despido de estos tortolitos —comentó a la vez que los abrazaba—. Y voy a decirles adiós a los compañeros del periódico y a tus padres. ¡Dame solo cinco minutos!

Salió corriendo y en ese tiempo exacto estaba de vuelta con Héctor que seguía donde lo había dejado.

—En marcha —anunció ansioso por salir.

Levantó la mano para decir adiós en general y atravesó junto a Maca el umbral del restaurante. Se montaron en el coche y salieron casi derrapando.

El Audi volaba por la autopista. Maca en un principio no se dio cuenta; pero, al mirar por la ventanilla y comprobar con qué rapidez pasaban los árboles de los márgenes, se asomó para mirar el cuentakilómetros. Al comprobar a qué velocidad iban, tuvo que llamarle la atención.

—¿Pretendes llegar antes que ella? Porque si sigues a este paso lo conseguirás.

—No me había dado cuenta —se excusó mirando hacia el salpicadero y levantando el pie del acelerador—. Iba pensando en otra cosa.

—Ya. Pues céntrate en la carretera. ¡De verdad que no puedo entender a los hombres! Durante toda la noche no has sido capaz de acercarte a ella y simplemente decirle: «tenemos que hablar» y ahora vuelas para alcanzarla. ¡Y luego tenemos que escuchar que a nosotras no hay quién nos entienda!

—¡Ya lo sé y me arrepiento, pero no puedo hacer nada más! Solo quiero encontrarla lo antes posible.

—Pufffffff, ¡hombres!

—¿Se puede saber qué te pasa a ti con los hombres? ¿También tienes a un idiota como yo?

—¡También, también! —comentó con amargura.

—¡Cuéntamelo, Maca! Es para consolarme y pensar que no soy el único imbécil del mundo. Porque el que te haya dejado a ti también lleva su ración, debe de ser bastante cretino, casi tanto como yo.

—¡Ya te digo que no eres el único! En mi historia, también yo he tenido mucha culpa. Estoy enamorada desde hace años de mi antiguo compañero. Juntos recorríamos el mundo tras cualquier noticia y nos enamoramos, al menos yo. Él estaba casado, pero la relación con su mujer era, cuanto menos, peculiar; al menos eso me decía porque ya dudo de todo. Decía que no la quería, pero no podía abandonarla. Durante un año jugó con las dos, estaba conmigo y me juraba que al llegar hablaría con ella. Sin embargo, cuando regresaba a su lado, me volvía a llamar diciendo que no podía hacerlo. Yo consentía y me engañaba, hasta que hace unos meses hice lo mismo que Andrea, simplemente hui; dejé el periódico, la ciudad y me vine a Barcelona. Conocí a Julia en nuestra época de reporteras y coincidíamos en muchos lugares del mundo. Cuando me vine a Barcelona, ella me recomendó en la agencia de noticias donde ella trabaja y hasta día de hoy.

—No me asustes, ¿piensas que Andrea ha hecho como tú?

—No creo, ella ya ha pasado por esto cuando Mateo la abandonó y, si pudo una vez, pensará que puede volver a superarlo.

—Siento lo que te ha sucedido y no me extraña que pienses así de los hombres. ¿No sabes nada de él? ¿En todo este tiempo no ha intentado llamarte por teléfono o ponerse en contacto contigo de cualquier otra forma?

—Al principio, pero nunca he cogido su llamada. Ya te he dicho que yo también tengo mucha

culpa y no quiero que me vuelva a convencer como hacía siempre. Si sabe dónde estoy y conoce mi paradero, nunca lo ha demostrado.

—Si te sirve de consuelo, con una persona así no has perdido nada.

—No me consuelan esas palabras, todo el mundo me dice lo mismo, pero la verdad es que no siento ningún alivio. No le conocéis para juzgarlo; la culpabilidad que siente no le deja seguir con su vida.

—Entonces, que sea legal y que se aparte de ti.

—¿No ves cómo estoy? Sola. Se ha apartado de mí.

—No, Maca, te apartaste tú.

—Sí, yo di el primer paso, pero él no me ha buscado, solamente al principio. No le hubiera costado encontrarme, pero no lo ha hecho —replicó, enseñando por primera vez desde hacía mucho tiempo sus sentimientos.

Tres meses antes, justo después de Año Nuevo, y sin saber por qué motivo, la melancolía se adueñó de ella. Durante unos días, su jovial y desenfadado carácter cambió y le costaba mucho disimular su pena, hasta que un día no pudo más y explotó. Estaba con Julia, Andrea y Marina pasando una de esas tardes invernales en las que solo apetece quedarse frente al fuego. No hablaban de eso ni de nada parecido, pero Maca, sin más, empezó a derramar unas lágrimas en silencio hasta que se derrumbó por completo. Ellas la miraban sin saber cómo reaccionar porque la sorpresa fue monumental, ninguna se esperaba algo así de ella. Una mujer siempre tan bromista y con una sonrisa en la boca que de repente sollozara con tanta amargura provocó un llanto colectivo.

En aquel momento les contó a sus amigas toda la verdad, la historia completa y les descubrió cómo se sentía sin esconder nada ni hacerse la fuerte. Su alma se quedó tan liberada que no había vuelto a tener un ataque de melancolía desde entonces. Sin embargo, en ese momento, se volvía a sentir vulnerable. Había sido un día lleno de emociones y, de nuevo, su fibra sensible se había visto afectada por todos los acontecimientos. La boda y la felicidad absoluta que vio en los novios le hizo pensar en lo imposible de su historia. Y la huida de Andrea, junto a su desesperación, lo estropeó del todo. Se replegó en el cómodo asiento de cuero y se sintió pequeña y frágil.

Héctor, que no estaba acostumbrado a verla así, se sintió mal por haber provocado aquella situación incómoda para Macarena y convencerla para que le contara su historia. Maca era la alegría en persona, y él no quería ser el causante de aquella tristeza que se estaba apoderando de ella.

—Lo siento, Maca, no debí meterme donde no me llaman. Yo soy el menos indicado para juzgar a nadie, no tengo ningún derecho. Perdóname —suplicó Héctor.

Macarena se volvió hacia él y sonrió al ver su cara. Realmente estaba preocupado. Ella hizo un esfuerzo y se sobrepuso a la añoranza que empezaba a adueñarse de su corazón herido.

—No te preocupes. Pero no te irá mal que empieces a practicar, perder tu altanería, dejar a un lado tu orgullo y pedir perdón.

El comentario provocó las risas y que aquella tristeza se mantuviera a raya.

Eran las cinco y media de la mañana cuando entraban en Barcelona. Héctor dejó a Maca en la puerta de su casa y, antes de bajar del coche, se volvió hacia él y le dio un último consejo:

—¡Suerte! ¡Empléate a fondo, Andrea se lo merece!

—No te preocupes, ya sé lo que tengo que hacer y no voy a ser un imbécil por más tiempo. He aprendido la lección. Espero que ella me escuche.

—Ya verás cómo lo hace, Andrea tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Ahora, en serio, cuidala mucho. Es todo corazón, aunque sea tan impulsiva.

—Lo sé. Cuídate, Maca, tú también eres una persona excelente y te mereces lo mejor.

Maca salió del coche y el impacto del frío hizo que las lágrimas que estaban a punto de salir se quedaran quietas. Héctor esperó a que entrara en el portal para acelerar e incorporarse en el escaso tráfico a esas horas del domingo. No tuvo que pensar mucho hacia dónde se dirigía, era como si el coche pensara por él y, en cuestión de un cuarto de hora, estaba frente a la casa de Andrea. Fue hasta su portal y, como llevaba su llave encima, no se lo pensó dos veces y subió para comprobar, nada más entrar, que Andrea no estaba allí.

Se entretuvo unos segundos y volvió al coche. Se fue a desayunar y a cambiarse de ropa, y de allí a casa de Julia y Diego. Era un poco temprano para visitas, pero necesitaba hablar con ellos. Si alguien sabía el paradero de Andrea eran ellos.

Le abrieron la puerta del jardín al escuchar su nombre y los dos, con aspecto somnoliento, lo esperaban en el acceso a la vivienda. Se acercó a ellos y lo primero que escuchó fue a Julia protestar.

—Pero ¿os habéis propuesto jodernos el sueño? Anoche la loca me llama casi a la una, y tú hoy te presentas en casa antes de las seis.

—¿Hablaste con ella? ¿Dónde está? ¿Qué te dijo? —preguntó lleno de ansiedad.

—Sí, ¡claro que hablé con ella y me dijo que un gilipollas le había dejado muy claro que no quería nada con ella, que ya tenía una sustituta! Pero no sé dónde está.

—Por favor, Julia, ¡ayúdame! Jugué a darle celos y creo que me pasé. Pero tengo que encontrarla. La amo más que a mi vida y tengo que decirle que el orgullo me cegó. Tengo que ir a buscarla donde esté.

Tanto Julia como Diego lo miraban apenados. Tenían que echarle una mano tanto a Héctor como a Andrea.

—Anoche, después de tu escena —le explicó—, salió de Zaragoza y pasó la noche en un pueblo que se llama Gallur, ¿lo conoces?

—¡Claro!, está muy cerca de Zaragoza a unos cuarenta o cincuenta kilómetros. ¡Si lo hubiera sabido anoche!

—Me dijo que hoy me llamaría y me diría a dónde se dirigiría.

—¿Puedo esperar hasta que llame?

Y allí se acomodó dispuesto a contarles todo. Prepararon unos cafés mientras Héctor les relataba lo que sucedió aquel día, un mes antes, con muchos más detalles de los que Andrea les había dado. Tanto Diego como Julia no se podían creer la forma de explicarle a Héctor sus dudas.

«¡Pa' matarla! —pensaba Julia mientras escuchaba a Héctor—. ¡Es que es pa' matarla, no una vez, sino dos o tres seguidas!».

Y así transcurría el tiempo, hasta que, a las doce, el móvil de Julia sonó y todos se apelotonaron a su alrededor. ¡Era Andrea!

—Hombre, ¡ya te vale llamar tan tarde después de lo preocupada que me dejaste anoche! —la sermoneó con tono de reproche.

—¡Buenos días a ti también! ¡Me he levantado tarde, petarda! Y hasta ahora no he decidido hacia dónde voy a ir.

—Si que estamos agresivas esta mañana —le replicó con sorna.

—¡Pues tienes toda la razón! Llevo una hora cantando a pleno pulmón con AC/DC y, quieras que no, me ha endurecido un poco el alma. Porque no veas cómo he empezado la mañana, llorando como una imbécil mientras escuchaba a Amaral, igual que hacías tú, ¿te acuerdas?

Diego la miraba con cara de interrogación frunciendo el ceño, ante la negativa de Julia para explicarle. Solo faltaba que aireara sus más vergonzosos episodios, claro que la pobre no sabía

que su conversación la estaban escuchando todos.

—¿Ya has decidido dónde vas a ir?

—Sí, pero no voy, sino que ya he llegado. Estoy en Sos del Rey Católico. He cogido una habitación en el Parador Nacional y creo que no volveré mañana, lo haré el martes. No tengo que empezar a trabajar hasta las dos de la tarde.

A Héctor no le importaba el resto de la conversación, les dijo adiós con la mano y salió disparado hacia su coche. Mientras salía de Sant Cugat para coger la AP2, pensaba mentalmente cuánto tardaría en llegar. Era domingo y en dirección a Lérida habría poco tráfico. Mentalmente hizo el recorrido, en cuatro horas podría estar en Sos y, si podía correr, en menos. No le importaba si el radar le pillaba, quería llegar cuanto antes junto a Andrea.

Capítulo 29

Andrea terminó su conversación con Julia y volvió a desterrar el móvil en su bolso. No quería interrupciones de nadie, tenía que sobreponerse de su segunda decepción amorosa.

—La próxima vez saldrá mejor, no me voy a dar por vencida. Ya lo dicen, a la tercera va la vencida —se dijo a sí misma para levantar su moral—. Míralo por el lado bueno, en tu próxima relación ya sabrás unas cuantas cosas que no debes hacer. No debes perder el respeto a tu pareja, aprendido de tu primera ruptura. Tienes que tener tacto para decir las cosas, deberás de ensayar y apuntar antes de hacerlo, gentileza de tu segunda ruptura —proclamó ante el espejo del lavabo, mientras se arreglaba para salir.

Se asomó al pequeño balcón de su habitación y las vistas la impresionaron. ¡Era preciosa! Sos estaba situado en lo alto de una pequeña colina; señorial, recio y con solera, así vio ella aquel pueblo. Y desde el parador dominaba el amplio llano que se divisaba. Era el lugar donde nació Fernando II de Aragón, el Rey Católico. Su madre, Juana, a punto de dar a luz, vino desde Navarra que estaba en plenas disputas, para que su hijo naciera en tierras aragonesas. No pudo elegir un lugar más perfecto para salvaguardar al futuro rey. Desde su altura podía vigilar quién llegaba por cualquier costado. Imposible acercarse a Sos sin ser vistos.

Paseó por sus calles, declaradas Conjunto Histórico Artístico y Bien de Interés Cultural. Hacía un frío que desmontaba, suerte que iba bien abrigada, viajar a Zaragoza en invierno suponía echar ropa de abrigo por si acaso. Se quedó encantada con todo lo que observaba, no le importaría quedarse allí durante unos días, era un lugar anclado en tiempos remotos. Se iba internando en aquellas calles estrechas y empedradas, las casas de piedra con los grandes portones de madera las hacían señoriales. Había gran cantidad de miradores desde donde se podían observar las bellas vistas. Todo estaba muy limpio y se encontraban pequeños rincones llenos de encanto en cualquier sitio. Callejeó hasta el Palacio de Sada, lugar exacto del nacimiento de Fernando el Católico y actual oficina de turismo. Allí le entregaron folletos de todos los monumentos de la localidad, así como información y la historia que guardaban aquellas paredes milenarias. Sus calles parecían laberintos y llegó hasta el Portal de la Reina, una de las siete puertas con las que cuenta Sos.

Como si de un juego se tratara, no paró de dar vueltas hasta descubrir las restantes. Pero la búsqueda fue amena visitando las pequeñas tiendas artesanales que había en cualquier calle, imprimiendo una nota de color entre las piedras. Entraba en todas y en cada una se llevaba algo. Había cogido miel de diferentes flores; chocolates Santa Orosia, hechos en una pequeña fábrica a la entrada del pueblo, que le habían llamado mucho la atención. También se llevó diversas cucharas de madera de bog, magdalenas con muy buena pinta y tortas de manteca. Iba cargada, pero no pensaba terminar su paseo, todavía no.

A la una y media llegó a la plaza de la Villa. Bajo los arcos del viejo mercado medieval se encontraba la terraza de un bar. A pesar del frío que hacía, no pudo resistirse y sentarse en una pequeña mesa. Cuando llegó el camarero, este la avisó:

—Señorita, estará mejor dentro, no hace día de terraza.

—Gracias, entraré enseguida, pero tenía que disfrutar de este rincón al menos unos minutos.

—Muy bien, pero no se quede mucho tiempo, se lo aconsejo. Se puede quedar como un témpano de hielo.

—Muchas gracias. —Sonrió agradecida.

Con su caña, sentada en aquella silla de aluminio y disfrutando de la sensación de estar en un lugar milenario que seguía conservando intacta su esencia, pasó unos minutos. Pero, como le aconsejó el camarero, solo estuvo un escaso momento y terminó su consumición dentro donde el ambiente era muy cálido.

El teléfono vibró en su bolsillo, aunque sería más exacto decir que vibraba continuamente, salvo que llevaba una hora, más o menos, sin sentirlo. La curiosidad la llevó a echar un vistazo y, cuando vio que era Maca, no pudo ignorarla. La había dejado tirada y se merecía una explicación. Así que descolgó.

—Hola, Maca —saludó avergonzada.

—¿Cómo estás? ¿Dónde te encuentras? ¿Estás en Barcelona? ¿Por qué no me dijiste nada? Me hubiera ido contigo sin decir una palabra.

No sabía por dónde empezar a contestar las continuas preguntas que lanzaba su amiga con gran preocupación.

—Estoy bien. No he vuelto a Barcelona, estoy en un pueblo de Zaragoza. Maca, siento haberte dejado tirada, pero no podía permanecer allí, si hubiera seguido un minuto más, me hubiera roto en mil pedazos. Aguanté todo lo que pude desde el principio de la cena hasta los postres, pero ya no podía más.

—Lo sé. Mira, Andrea, lo que viste no tiene nada que ver con la realidad. Héctor está tan desconsolado como tú, debéis encontraros y hablar. No des nada por hecho.

—¿Desconsolado, dices? No me hagas reír. Que se arrime a la rubia que tuvo a su lado durante toda la noche, que ya verás qué pronto lo consuela. Mira, Maca, no tienes la necesidad de mentirme, no sé qué habéis pensado de mí, ¡joder! Que no estoy loca ni me voy a suicidar por eso. Solo me faltaría, ¿un fracaso amoroso más? Pues ya está, otro a la lista. ¿Que no me quieren como soy? Pues me quedaré sola.

—Andrea, estás sacando las cosas de quicio —comentó sin querer decirle nada más. Tenía que mantener una conversación con Héctor y que él le contara lo sucedido en realidad durante la cena, pero no le correspondía a ella hacerlo.

—Maca, ¡por Dios! Que tú estabas a mi lado y viste todas las sonrisas, los arrumacos y hasta el beso que compartieron durante la cena, igual que yo, ¡no me jodas con que no saque las cosas de quicio! —gritó sin importarle dónde estaba.

—Andrea, escúchame, a veces las cosas no son lo que parecen. Solo te digo eso —volvió a decir Maca nerviosa por no poder contarle a su amiga todo lo que sabía.

—Ya veo, has hablado con el encantador de serpientes, ¿verdad? Pues, te digo una cosa, lo que vi no se borra de mi retina, se repite una y otra vez. ¿Él os ha convencido de que lo que vi no existió? Además, ¿qué más le da a él? En fin, vamos a dejarlo que estaba muy tranquila paseando por este lugar y disfrutando de un día espectacular. —Pero fue ella la que volvió de nuevo al tema—. Si yo ya lo sabía, ¿qué te dije cuando viajábamos hacia Zaragoza? Pues, lo que yo pensaba, que no me diría nada como todos vaticinabais. Lo que no me esperaba era que me hubiera sustituido tan pronto, pero todo se supera en esta vida y lo sé por experiencia, recuerda que no es la primera vez que me sucede algo parecido.

—¡Joder, Andrea! No puedo decirte nada más —inquirió Maca sabiendo que Héctor sí sabía su paradero, estaría viajando hacia ella en ese momento—. Pero, insisto, a veces las apariencias engañan.

—Claro que sí, Maca, lo que tú digas. —Y cambió de conversación por completo—. ¿Me perdonas? Además, tengo toda tu ropa en el maletero. ¿Con quién volviste a Barcelona?

Estaba pensando en decirle cualquier otro nombre, pero una cosa era ocultar información y otra muy diferente engañarla. La confianza no se podía basar en mentiras, aunque sean piadosas. Así que confesó la verdad.

—Volví con Héctor —simplemente dijo eso sin añadir nada más.

Durante unos segundos su respuesta dejó muda a Andrea y miles de preguntas se agolpaban en su boca, pero no formuló ni una.

—Eso lo explica todo. Te dejo, Maca, mañana volveré y nos veremos —repuso únicamente.

—Cuídate y vuelve ya, la soledad no es buena compañera.

—Hasta el martes.

Su cabeza iba a toda velocidad y se le presentaron muchas dudas. No pensaba quedarse con ellas así que tecleó un mensaje para Maca.

«¿Cuándo volvisteis a Barcelona?».

La respuesta de ella no se hizo esperar.

«En cuanto descubrimos tu marcha. Quizás tardamos veinte minutos o media hora en salir detrás de ti».

Andrea frunció el ceño haciendo cuentas mentales, si se marcharon tan pronto, no pudo irse con la rubia después de la boda. ¿Por qué la dejó colgada? ¿Por qué no se fue con ella? No entendía nada, pero conocer aquel dato la hizo sentirse mucho mejor.

Más animada después de la conversación con Maca, siguió con su paseo. Sin darse cuenta, eran cerca de las tres de la tarde y el estómago empezaba a gruñir. Buscaría algún lugar para comer y si no volvería a... ¿Cómo se llamaba? ¡Sí, Las Coronas! Un letrero en mitad de la calle junto a una pizarra le llamó la atención, se acercó y una enorme puerta de madera muy antigua llena de esos clavos cuadrados, estaba abierta dando paso a los visitantes como ella.

El lugar era precioso. Entró a un comedor con las paredes de un bonito tono granate combinado con piedra, y techos y suelos de madera. El ambiente era cálido y muy acogedor. El camarero la guio hasta una mesa situada delante de un gran ventanal que daba a una terraza. Supuso que aquel espacio se convertiría en comedor durante el verano, porque en aquellos momentos era imposible comer allí ni en un día soleado.

Sentada en la mesa, bebía una cerveza mientras esperaba que le trajeran la comida y observaba aquel paisaje. Pensó que el mundo estaba lleno de maravillas y que estas aparecían donde menos te lo esperabas. Las vistas que contemplaba eran preciosas, a pesar de la aridez del terreno. Sacó su móvil y miró los mensajes. Había tantos que empezó por los de sus amigas. Todos le repetían lo mismo que le había dicho Maca. Hubo uno que le emocionó más que ninguno, era de Marina.

«Hola, cielo, me imagino cómo te encuentras, pero no desesperes. A punto he estado de no subir al avión para salir a buscarte, pero Héctor me ha prometido que a la vuelta estaréis los dos esperándonos en la escalerilla del avión, como si fuera una artista de cine».

Andrea no pudo evitar una sonrisa con las ocurrencias de Marina.

«Dime cómo estás. Espero que en cuanto llegue a mi destino tu mensaje me haga una persona más feliz de lo que ya soy».

Con los ojos inundados se esforzó por contestarle, no quería que en su luna de miel hubiera nada que lo nublara.

«No te preocupes por mí, estoy bien. Tranquila, que todo se arreglará. Disfruta de tu viaje y a la vuelta te espero al pie del avión para ponerte una banda».

El humor relajaba mucho y eso era lo que pretendía, que no se preocupara por ella y disfrutara de su viaje. El camarero puso fin a la lectura de mensajes, los de Héctor se habían quedado sin mirar. Los guardaba para la soledad de su habitación.

Le sirvieron una comida para chuparse los dedos que degustó con ganas. Cuando terminó de comer, se fue caminando hasta el parador y fotografió cada rincón de aquel precioso pueblo porque enseguida se haría de noche. Eran casi las cinco de la tarde.

Agradeció la calidez del parador al entrar, pero no pudo evitar que un estremecimiento la recorriera de arriba abajo. Se acercó a la recepción pidiendo si le podían servir un café en la sala. Había visto la chimenea encendida y nadie ocupaba aquel confortable rincón.

Se sentó en el sillón contemplando el fuego y perdiéndose en sus pensamientos. Durante todo el día apenas había pensado en Héctor ni en su futuro. La magia y personalidad de aquel precioso lugar había hecho que se olvidara de todo. Pero, una vez que se relajó; la soledad de aquel lugar, los recuerdos, el dolor y la rabia la inundaban. Estaba tan perdida que no sabía si podría llevar aquel peso otra vez, aquella opresión que le estaba machacando el corazón. Lo habían vuelto a destrozar, ¿cuántas veces podría resistirlo? ¿Cuántas veces podría recomponerlo y seguir viviendo?

No pudo evitar que las lágrimas resbalaran. Su vida era una mierda y no sabía cómo hacer para seguir adelante sin romperse una y otra vez.

Lo que Andrea desconocía era que, muy cerca de ella, a tan solo unos metros; Héctor la observaba buscando el momento propicio para acercarse. Pero antes tenía que poner su cabeza en orden. Tenía que pensar muy bien lo que le quería decir, necesitaba convencerla de que todo lo que vio la noche anterior era falso, que aquella mujer que estaba a su lado no le interesaba lo más mínimo. No sería fácil que lo creyera, pero se emplearía a fondo para conseguirlo.

Había corrido como nunca por la carretera, suerte que se conocía el recorrido y eso le dio seguridad. Llevaba media hora esperando medio escondido en aquel salón. Cuando la vio entrar en el parador, su pecho dio un vuelco y el corazón empezó a latir con tanta fuerza que por un momento pensó que su sonido le delataría. Todo su cuerpo le exigía acercarse a la mujer que acababa de entrar, pero sus rodillas flaqueaban. Estaba paralizado, observándola a hurtadillas como una fiera al acecho de su presa y buscando el momento más oportuno para acercarse.

No podía dejar de mirarla. ¡Estaba preciosa! En cuanto la vio no tuvo ninguna duda, era la mujer que le había robado el corazón y que amaba más que a nada en el mundo. Solo esperaba que le perdonara porque sin ella estaba perdido.

Lentamente se acercó hasta el rincón donde Andrea disfrutaba de un café totalmente abstraída. Observaba el fuego con la mirada perdida entre las llamas, estas parpadeaban con un ritmo desigual que hipnotizaba, parecía imposible salir de aquel embrujo. Ni se dio cuenta de que alguien se sentaba ocupando el sillón de al lado. Instintivamente miró hacia su derecha para encontrarse de pleno con los ojos de Héctor.

—¡Hola, preciosa! —la saludó Héctor con mucha suavidad y con toda la emoción que pudo impregnar en aquellas dos palabras. Andrea no pudo evitar que las lágrimas que se derramaban fueran más abundantes. Al escuchar su voz y verlo ahí sentado, pensó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada. ¡Héctor no podía estar allí! Pero, al sentir en su piel cómo su dedo pulgar arrastraba las lágrimas que fluían sin cesar, supo que no era su imaginación, que él de verdad estaba con ella—. No llores más, cariño. He venido a buscarte.

Si pensó que esas simples palabras la convencerían, se equivocó. Andrea, nerviosa y sin poder

dejar de llorar, le suplicaba:

—¡Por favor! Si alguna vez de verdad me has querido no me hagas esto. No me engañes, no juegues conmigo, ¡te lo ruego! Sé lo que pretendes, lo que te han obligado a hacer en contra de tu voluntad, pero no es necesario. Dile a todos que estén tranquilos, que volveré a casa mañana, que no se preocupen por mí, no voy a hacer ninguna tontería. No hacía falta que te mandaran como señuelo —exclamó sin dejar de llorar con gran amargura—. Pero necesito recomponer mi vida de nuevo y no quiero que nadie se compadezca de mí —dijo levantando la vista por primera vez desde que empezó a hablar—, y tú menos que nadie. Has hecho un viaje inútil, no voy a volver. Pero ya puedes tranquilizar a todo el mundo que todavía no me he vuelto loca —declaró mientras se levantaba del sillón e intentaba huir de nuevo—. Y ahora me voy a mi habitación, estoy cansada.

La había escuchado sin interrumpirla para que se desfogase y dijese todo lo que quisiera, sin embargo, no pensaba dejarla ir y, si se marchaba, sería junto a él. Así que alargó su mano y la tomó del brazo cuando ya se daba la vuelta para huir. Se puso frente a ella sin soltarla. Al ver que Andrea iba a protestar, colocó su dedo índice sobre sus labios para que no dijera nada.

—¡Shsssss! He escuchado todo lo que has querido decir. Me toca a mí hablar, y tú vas a mantenerte calladita y vas a oír todo lo que tengo que explicarte. En primer lugar, debo aclararte que nadie me ha mandado a buscarte, ni soy un señuelo ni he venido en contra de mi voluntad. Tampoco pretendo engañarte ni mucho menos jugar contigo o compadecerme de ti. —Suspiró nervioso antes de seguir hablando—. No quiero que recompongas tu vida, quiero que se quede como estaba. Te quiero, Andrea.

—¿Que me quieres? ¿De qué forma me quieres? ¡Te vi ayer durante toda la fiesta! Y perdona que ponga en duda esos sentimientos, pero no tenías ojos nada más que para la rubia que te acompañaba y ¿ahora pretendes que te crea? Lo que realmente creo es que te estás riendo de mí —afirmó haciendo fuerza para soltarse de aquel amarre y marcharse cuanto antes.

—¡Déjame hablar y, cuando termine, juzgas! —le rogó con contundencia e impidiendo que se alejara ni un centímetro de él.

Andrea no protestó ni tampoco se movió, pero sus ojos estaban llenos de rabia. La imagen de Héctor besando a aquella mujer no podía quitársela de la cabeza.

Cuando Héctor la vio calmada siguió hablando.

—La mujer que estaba a mi lado era Elena, mi exnovia, y me serví de ella, como lo oyes. No entiendo muy bien qué pretendía, pero quería verte celosa y me cejó el orgullo. Quería devolverte tus palabras y convencerte de la mayor mentira; que no te necesitaba, cuando no sé vivir sin ti. Ella lo confundió todo y me besó, pero te juro por lo que más quiero que jamás fue mi intención y que no respondí a aquel beso.

—¡Claro, fue un beso de mentira, como los del cine! ¿No es así? ¡Las sonrisas entre los dos me las invento! ¡Las miradas cariñosas no existieron! ¡Venga ya, debes de pensar que soy idiota para negar lo que sucedió delante de mis narices! ¡Eres un cínico!

—¿Me quieres escuchar, Andrea? ¡Déjame que llegue al final! —protestó, ya sin paciencia.

—¿¡Como tú me escuchaste a mí!? ¿Me diste tú esa oportunidad? —contestó dolida e intentando de nuevo soltarse.

—¡No, para gilipollas yo solo me basto! Solo quiero que sepas lo que sucedió de verdad, no lo que tú creíste ver.

Andrea resopló con fuerza y, cuando iba a replicar, un beso la hizo callar. En cuanto los labios de Héctor rozaron los suyos, una corriente eléctrica los atravesó y los dos se olvidaron de lo que estaban hablando.

Héctor la estrechó con ansias mientras, lentamente y con mucha dulzura, se abría paso en su boca. Sentir de nuevo los carnosos y calientes labios de Andrea le dieron la tranquilidad y la calma que no había tenido durante el último mes. Además, su cuerpo casi en letargo empezaba a despertar al deseo. En realidad, eso no era así, su cuerpo empezó a reaccionar el día anterior, en cuanto la vio a través de la cristalera del juzgado, hubiera corrido hasta ella y... no sabía qué le hubiera hecho.

Pero, en ese momento que la volvía a tener de verdad entre sus brazos, el deseo y la pasión se estaban convirtiendo en necesidad. Sus labios se movían nerviosos y temblaban por muchas causas; por el miedo que había sufrido desde que Andrea desapareció de la fiesta, por el reencuentro y también por la anticipación. ¡Tenía que explicarle todo lo sucedido y cuanto antes!

Andrea cerró los ojos en cuanto sintió los labios de Héctor sobre los suyos. Estaba perdida, no podía luchar contra él si la besaba de esa manera. Intentó poner resistencia, pero su orden no llegó a los labios y, cuando notó cómo él intentaba abrirse paso, se rindió y se dejó manejar como una marioneta. No tenía voluntad para luchar contra algo que deseaba con toda su alma; los besos de Héctor. Pero un *flash*, una dolorosa imagen, irrumpió en su mente y, aunque no podía separarse de Héctor, las lágrimas hicieron acto de presencia.

En cuanto él sintió en su boca el gusto salado, se retiró para mirarla y pudo ver sus ojos inundados. Las lágrimas sin derramar esperaban su turno para rodar por las mejillas. Héctor sintió una punzada en el corazón, sabía que ese llanto era por su causa, por su orgullo, por forzar una situación que a nada conducía. La abrazó con toda su alma y la mantuvo así, apoyada sobre su pecho. Después, cuando consiguió calmarla, siguió hablando.

—Siento lo que has visto y que, sin quererlo, yo he provocado. Pero, antes de seguir disculpándome, te diré que te amo más que a nada en el mundo. Este mes lejos de ti ha sido, sin ninguna duda, el peor de mi vida. Estar apartado de ti me ha demostrado algo que ya sabía; que no puedo vivir si no estás a mi lado, que te necesito hasta para respirar. Que tu risa, tu alegría, tus besos y todo lo que eres me dan la vida. Pero el orgullo me ha perdido y me ha jugado una mala pasada. Quise castigarte cuando te vi llegar tan guapa, al comprobar que todos te admiraban y casi te pierdo. He pasado tanto miedo que no podía ni respirar, me faltaba el aire.

Héctor se quedó callado y, pasados unos segundos, Andrea se separó de él y comprobó cómo estaba luchando con la emoción que le inundaba al recordar su sufrimiento. No lloraba, pero sus ojos estaban vidriosos y ella sabía que, si seguía hablando, se rompería. Así que levantó su mano y acarició su áspera mejilla.

—¡Vas sin afeitarte! Y pinchas —exclamó Andrea sintiendo en la palma de la mano su barba.

Héctor no pudo evitar echarse a reír. Así era Andrea, capaz de quitar dramatismo con un simple comentario.

—Sí, no me he afeitado, porque tampoco he dormido.

—¿Por qué estabas con ella si me quieres a mí? —preguntó dolida, después de devolverle la entereza con su tonta pregunta anterior.

—Ayer, cuando me dirigía al juzgado con mi hermano, iba convencido para decirte todo lo que te acabo de confesar. Pero en medio se cruzó mi orgullo, un tonto impulso para demostrarte que podía seguir adelante sin ti, cuando esa es la mentira más grande que podría imaginar. Y, cuando se acercó Elena, vi la forma de demostrar mi absurda mentira. ¡Te juro que, hasta que no me besó, no entendí el alcance de mi tontería! Después, Maca me dijo que te habías marchado con el coche, y mi mundo se derrumbó. Desde entonces, no he dejado de repetirme a mí mismo, ni un solo momento de este largo día, lo imbécil que llegué a ser. En ese mismo instante, el orgullo dejó paso al miedo. ¡He vivido durante veinticuatro horas completamente aterrado pensando que te había

perdido!

—Yo llevo un mes pensando que fui una bocazas y, por mucho que intenté llamarte, jamás me contestaste ni hiciste un gesto que me hiciera pensar que te importaba. He pasado treinta días martirizándome por lo mal que lo hice, aunque yo pensé en aquel momento que hacía lo más legal. ¡Me equivoqué! En cuanto saliste de mi casa, supe que te amaba con todas mis fuerzas, que no necesitaba pensar nada y que tú eras el hombre de mi vida. Imagina mi desesperación cuando no pude decirte nada. ¡No me dejaste! —dijo empezando a llorar desconsoladamente—. ¡Llevo un mes rota pensando que te había perdido! Todos me decían lo contrario, pero mi corazón me repetía que la había vuelto a cagar.

—Shhhhhh, no llores más, mi vida. No merezco ni una sola de tus lágrimas. Solo te pido que me perdones y que olvides lo imbécil que he sido, porque eres mucho mejor que yo. No me cansaré de repetirte, hasta quedarme afónico, que eres la mujer de mi vida y que sin ti no soy nada.

—¡Como la canción de Amaral! —comentó Andrea entre sollozos. Había escuchado esas canciones hasta la saciedad.

Y, sin mediar más palabras ni confesiones, Andrea subió sus brazos rodeando el cuello de Héctor y acercando sus labios, húmedos por las lágrimas, lo besó como llevaba días soñando. Abrió su boca disfrutando de su inconfundible sabor, ¡lo amaba! Y no iba a perder ni un minuto más con reproches. Se fundieron en un abrazo y sus bocas se dijeron todo lo que sentían sin necesidad de una sola palabra.

Héctor no podía estrecharla con más fuerza contra su cuerpo sin partirla en dos, pero necesitaba más. Sus labios y su lengua tomaron posesión de la dulce boca de Andrea, y ella se contoneaba contra su cuerpo, poniendo a Héctor en una posición algo comprometida.

—No sigas, cariño, porque me estás llevando al límite y no respondo de mí. Podemos montar un espectáculo en medio de la sala. La recepcionista no deja de mirarnos y creo que, de un momento a otro, nos va a llamar la atención por escándalo público. —Andrea miró a su alrededor, y varios huéspedes los observaban con curiosidad, así que, con un suspiro lleno de resignación, se separó de Héctor y, cogiéndole de la mano, tiró de él—. ¿Se puede saber a dónde me llevas? —La verdad es que no tenía ni idea de las intenciones de Andrea. Se dejó llevar, aunque no le contestase.

No tardó nada en saber a dónde se dirigían, cuando Andrea tomó las escaleras que subían a las habitaciones. Al llegar al pasillo de la primera planta, Héctor tiró de su mano hasta darle la vuelta quedando uno frente al otro.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? ¿No quieres castigarme más? Me lo merezco y aguantaré estoicamente la pena que quieras imponerme con tal de que me perdones.

—¿Qué pretendes? ¿Que te tenga unos días suplicando para demostrar mi valía? ¿Y mortificarme yo a la vez? ¡Ni hablar! Yo llevo un mes castigada.

Sin añadir nada más, llegó hasta la puerta de su habitación. El ambiente era cálido y muy acogedor. No era muy amplia, pero tenía una cama victoriana con unas cortinas alrededor de la cama blancas con dibujos verdes igual que las que cubrían las ventanas. A los pies de la cama un puf de cuadros en verde oliva con un sillón a juego. La ventana tenía las vistas hacia la amplia explanada que se extendía a los pies de la colina en la que estaba asentado el pueblo. Unas vistas privilegiadas. Los dos entraron en la habitación, y Andrea, tras cerrar la puerta, se quedó apoyada mirando a Héctor que contemplaba la estancia.

Los nervios les hacían sentirse dos jovencitos ante su primera cita. Héctor se volvió hacia la puerta para encontrarse con unos enormes ojos que lo miraban expectante. No pudo esperar mucho

más tiempo y dio un paso vacilante hacia ella, no podía creer que la tuviera tan cerca, era como si todavía estuviera soñando a pesar de tener en su boca el sabor de Andrea. Ella no se quedó quieta, sino que acortó la distancia quedando tan cerca que los dos podían escuchar los acelerados latidos de sus corazones.

—Andrea, te amo más que a mi vida y pienso recompensarte por todo el sufrimiento que te he causado. —Al ver de nuevo en sus ojos la emoción a punto de desbordarse, la tomó por la cintura, oprimiéndola contra su pecho y sintiendo, sin necesidad de palabras, cómo latía su corazón y era solo por ella—. No llores más, cariño, no puedo resistirlo, me siento tan culpable que cada lágrima se me clava en el corazón como una daga.

No alargaron más ese momento íntimo lleno de nervios, la volvió a besar llenándose de aquel sabor que tanto había añorado durante el tiempo de separación. Quería que fuera un beso dulce, lleno de cariño, de suavidad, pero no pudo mantener sus deseos, porque la pasión iba ocupando el terreno de la dulzura y en segundos la estaba devorando.

Andrea, en cuanto sintió los labios de Héctor sobre los suyos, se abandonó a las sensaciones y, dejando a un lado las sutilezas, se rindió a él. Este lanzó un suspiro lleno de tranquilidad al sentir su entrega; se había dejado llevar y era toda suya. No se lo llegaba a creer, la había añorado tanto durante toda su ausencia que le parecía un sueño. Pero el sabor de su boca y sentir cómo se contoneaba contra su cuerpo, le hizo regresar de ese pasado oscuro y duro para sumergirse de lleno en aquel presente tan lleno de luz. La tenía de una forma sumisa entre sus brazos y pensaba disfrutar de ella todo lo que su cuerpo aguantara, sin importarle que llevara casi cuarenta y ocho horas sin dormir. Si algo le había dejado claro durante el tiempo que duró la separación, era que sabía, sin ninguna duda, que Andrea era la mujer de su vida y que, sin ella a su lado, jamás podría llegar a ser feliz.

Tenía clara una cosa y era que el resto de su vida viviría únicamente para hacer feliz a la mujer que, en esos momentos, se estremecía entre sus brazos.

Andrea terminó aquel frenético beso haciendo un enorme esfuerzo, no quería dejar de sentirlo. Pero tenía que decirle algo antes de seguir adelante. Quería tranquilizarlo porque sentía la ansiedad en sus labios. Así que, casi sobre su boca, susurró.

—Creo que no hace falta que te diga nada —comenzó explicando—, es algo muy obvio estando así contigo, pero quiero hacerlo. No entiendo cómo pude dudar de mis sentimientos hacia ti, porque te amo como nunca amé a nadie. Pensé que te había perdido y, en esta ocasión, no sabía cómo seguir adelante con mi vida. ¿Y me dices si quiero castigarte? Lo único que deseo es amarte y es precisamente lo que voy a hacer.

Ya no cabían más palabras ni más declaraciones, ni siquiera un simple perdón. Todo el dolor, el sufrimiento, las dudas y el orgullo quedaban atrás. Ante ellos solo estaba el futuro.

Héctor la besaba con lujuria, sin dejar que siguiera hablando porque ya no eran necesarias las palabras, era la hora de que sus cuerpos lo hicieran sin emitir ningún sonido. Tomaba posesión de su boca, reclamando lo que era suyo y dejando en su piel una firme promesa impresa en cada beso; que jamás se volvería a alejar de ella.

La levantó del suelo sin dejar de besarla y la llevó hasta la enorme y confortable cama. Cuando sintió que su pierna tropezaba con el borde del lecho, se dejó caer sin soltarla, quedando debajo de ella. Se giró con Andrea en brazos para dejarla sobre la cama y, con suavidad y mucha rapidez, le quitó la ropa dejándola en pocos segundos totalmente desnuda. No se cansaba de contemplarla, de acariciarla con mano temblorosa recorriendo todo su cuerpo y sintiendo cada estremecimiento. No pudo resistir más tiempo y en segundos se quitó toda la ropa, necesitaba sentir su piel y saciarse de ella.

En pocos momentos volvía a cubrirla con su cuerpo, piel contra piel. Tomó su boca mientras se contoneaban buscando ese roce placentero y ansiosos porque la culminación de la pasión llegara, eso sí, disfrutando de cada segundo.

Ninguno de los dos tenía necesidad de ningún juego para estimularse, porque un simple roce los estaba llevando casi al éxtasis. Héctor separó sus piernas con la rodilla, dejando ante él el camino abierto. Bajó su mano a esa zona que tanto anhelaba poseer y sus dedos resbalaron por la suave y mojada hendidura, provocando que Andrea soltara un gemido que él, rápidamente, capturó en su boca.

No podía esperar más y, sin demorar por más tiempo aquello que los dos esperaban llenos de ansiedad, entró en ella hasta lo más profundo de su cuerpo.

¿Cómo había podido pasar un mes entero sin amarla?

Era lo que Héctor se repetía sin cesar. No imaginaba nada mejor y después de todo lo ocurrido estaba seguro; si existía el cielo, no podía ser mejor que amar a Andrea.

La miraba comprobando cómo la cara de Andrea reflejaba satisfacción y se mordía el labio para evitar que el placer máximo la invadiera, alargando ese momento hasta que no pudiera más. ¡Era la mujer más bonita que había en el mundo! ¡Y era toda suya: su mujer!

Con aquellas reflexiones, bajó su guardia sin ejercer dominio sobre su pasión y, al sentir dentro de la boca aquellos sensuales gemidos, la besó para atraparlos entre sus labios y, junto a ella, se dejó llevar.

Cuando sus cuerpos se llenaron por completo el uno del otro, se relajaron y, sin separarse ni un centímetro, disfrutaban en silencio de aquella cercanía. La luna y su tenue luz en medio de la noche, que tímidamente entraba a través de la ventana siendo testigo mudo de su amor, iluminaba discretamente a los amantes.

La mano de Andrea recorría suavemente y enredaba sus dedos entre la suave maraña de vello del torso de Héctor, mientras él le acariciaba el costado llegando hasta su firme trasero.

—¿Dónde estuviste durante todo este tiempo? —preguntó Andrea de repente.

Héctor la atrajo hacia él, llegaba el momento de las confesiones, de poner todas las cartas sobre la mesa y disipar todas las dudas y quería tenerla lo más cerca posible.

—Estuve en Canfranc. Ya sabes que allí tengo un pequeño apartamento.

—Nunca me has llevado —comentó suavemente, pero delatando entre esas palabras el dolor.

—Porque siempre vamos a Zaragoza y en un fin de semana apenas hay tiempo. Pero, si quieres, podemos ir cuando nos levantemos, no está muy lejos de aquí.

—A ella sí la has llevado, ¿verdad? —volvió a preguntar, sabiendo la respuesta.

—Sí —contestó en medio de un suspiro. No quería verla sufrir, pero era mejor dejar todo bien claro, sin nubes negras que pudieran causar una tormenta sobre su relación—. Mira, cuando estaba con Elena ya tenía ese apartamento y subíamos a esquiar durante todo el invierno, así que, sí, Elena ha estado allí. —Volvió a pensar, pero Andrea se merecía toda su sinceridad, no quería esconderle nada—. Hace dos semanas, Elena me vio desde la calle y subió a saludarme. Estaba con unos amigos y entre nosotros no intercambiamos ni un beso. La farsa que puse en escena ayer durante la boda, nada tiene que ver con la realidad.

—Pero ¡os besasteis! —insistió Andrea con los ojos brillantes y llenos de dolor—. ¡Yo lo vi!

—Te voy a decir la verdad, fue un beso robado, yo jamás se lo hubiera dado porque no me pertenecen, son solo tuyos. Ella me lo dio y, dicho sea de paso, a mí me cogió totalmente desprevenido. Pensé que había cambiado cuando me contaba su desgracia, pero al final solo pretendía recuperarme. Lo que ella desconocía es que eso es imposible porque mi amor solo tiene una dueña; tú.

—¡Oh, Dios mío! Siento lástima por ella y me siento la mayor imbécil del mundo. Si me hubieras hablado, si me hubieras dicho... —Y sin más le propinó una fuerte cachetada en el culo —. ¡Tú tienes la culpa de todo!

—¡Ya lo sé, cariño! —aseguró estrechándola entre sus brazos con más fuerza—. Y, ahora mismo, voy a volver a pedirte perdón.

De repente, Andrea salió de entre sus brazos y alargó la mano para coger el móvil que tenía sobre la mesilla.

—No me lo puedo creer, ¿en este preciso momento vas a llamar a alguien? —preguntó Héctor lleno de incredulidad.

—No, tonto. Espera un momento.

Y, poniéndose de nuevo entre sus brazos, alargó la mano para hacer una foto.

—No entiendo nada. —Pero hizo lo que Andrea le pedía. Una vez hecha, se sentó en la cama con una intención, mandarla por mensaje.

—¿Me puedes explicar de qué va esto? —preguntó sentándose en la cama y mirando sobre su hombro intentando averiguarlo él mismo.

Cuando terminó, se volvió hacia Héctor.

—Hay dos personas que están muy preocupadas por nosotros y que están viajando —le explicó —. Cuando bajen del avión quiero que les llegue nuestra imagen y que disfruten del viaje sabiendo que todo está arreglado. ¿Te parece bien?

—Me parece genial.

Y, sin necesidad de más palabras, la envolvió de nuevo con sus brazos acercándola a él todo lo posible, tomó su boca y volvió a entrar en ella para hacerle el amor una vez más. Los dos se olvidaron de todo, únicamente la blanca luz de la luna era testigo de su amor.

Epílogo

Tres meses tardaron Héctor y Andrea en seguir los pasos de su amiga Marina y Álvaro.

Esa vez el enlace tuvo lugar en Barcelona y con una boda mucho más sencilla. Había pocos invitados, la familia más allegada y todos los amigos sin excluir a ninguno. En un ambiente muy familiar todos fueron testigos del amor que había entre ellos.

Andrea y Héctor se casaron en una masía a pocos kilómetros de Barcelona. Era una casa de campo preciosa, situada entre la playa y la montaña ofreciendo a los invitados unas vistas únicas. Ubicada entre un frondoso pinar mediterráneo y con un enorme mirador a pocos metros de la playa. Era una combinación perfecta.

Durante todo el día y la noche tenían la masía para ellos, pudieron utilizar las habitaciones para vestirse y en el inmenso jardín con el mar de fondo se prometerían amor eterno ante todos los asistentes. Aquel fue el regalo de boda de Julia y Diego. ¡Cuando decidieron casarse lo antes posible! El problema que surgió fue que todo estaba ocupado. Pero su cuñada le dijo:

—Déjalo en mis manos y preocúpate de tu vestido y de vuestro viaje, todo lo demás corre de mi cuenta.

Tanto Andrea como Héctor confiaron con los ojos cerrados en ella y no habían visto el lugar ni sabían el tipo de boda que ella había preparado, incluido el menú. Hasta que dos días antes, y presionada por Diego, Julia accedió a enseñarles el lugar.

—Si no lo haces tú, lo haré yo. No puedes llevarlos con una venda a su propia boda. ¿Y si hay algo que no les gusta? Deberías enseñarles el lugar, el menú y todo lo demás.

A regañadientes, esa misma tarde, los cuatro se acercaron hasta la masía, la cual ya empezaban a preparar para el acontecimiento. Cuando los novios vieron el lugar nada más salir del coche y se encontraron con aquella maravilla, no les importó nada más.

—¡Dios mío, Julia!, ¿cómo lo has conseguido? ¡Es precioso! —exclamó Andrea abrazando a su amiga hasta que casi caen las dos al suelo. Suerte que Diego estaba a su lado y las sujetó, si no hubieran rodado por la pequeña ladera que había frente a la entrada.

—¿Te gusta, loca? No pensaba decirte nada hasta el día de la boda para que la sorpresa fuese completa, pero tu hermano es un aguafiestas y no me dejó —manifestó sacando la lengua a su marido.

Diego puso los ojos en blanco al escucharla y soltó un gran suspiro. «¡Qué paciencia!», pensó con esa expresión. Pero solo fue un momento. Le encantaba que fuera así, nunca cambiaría nada de Julia y cada día que pasaba estaba más loco por ella. La amaba más que a su vida.

—¿Y si algo no te hubiera gustado? ¡La hubieras matado! ¡Te conozco, Andrea! Por eso quería que lo vieras todo antes de la boda —se defendió Diego.

Andrea lo miraba todo con cara de sorpresa, la misma que un inocente niño pone el día de Reyes ante los regalos, sin llegar a creerse lo que veía. Arrastraba a Héctor de una sala a otra, del comedor a la sala de baile y, solo por ver la expresión de su cara, merecía la pena todo el esfuerzo y dinero que Julia y Diego habían invertido.

Cuando terminó de recorrer toda la masía, llegó hasta su hermano y, acurrucándose en su pecho, lloró como una niña, las emociones la estaban superando.

Pero Diego no sabía el motivo de esas lágrimas y empezó a preocuparse.

—¿Hay algo que no te gusta? Tranquila, puedes cambiar lo que quieras —intentó tranquilizarla su hermano con mucha preocupación.

Julia, a su lado, soltó una fuerte carcajada y, acercándose a su marido, le dijo:

—Le encantó todo, por eso llora. Es de alegría, ¿verdad, Andrea?

Ella no pudo contestar, pero asintió y dejó a su hermano para refugiarse en los brazos de Héctor, que la acogió y la tranquilizó como nadie sabía hacerlo. En pocos minutos estaba totalmente calmada y volvía a ser la alocada de siempre.

El día de la boda todo estaba perfecto. El ambiente era íntimo y acogedor. La familia toda cercana, pero no por eso menos numerosa. Y también los acompañaron todos sus amigos y compañeros de trabajo.

Marina y Álvaro vivieron con especial cariño esa boda, ellos todavía seguían en plena luna de miel. También a Julia y Diego les pasaba algo parecido, no hacía ni un año que habían vivido la misma experiencia y tampoco podían mantenerse uno lejos del otro. Derek se convirtió en el rey indiscutible de la celebración, aunque el niño no se separaba de su abuelo y este no podía estar más orgulloso. Y, después de su abuelo, el Derek tenía adoración por Julia, su madre, la única que el niño había conocido.

Todo el mundo disfrutaba de la fiesta, y Maca no iba a ser menos. Pero sus amigas sabían que solo era fachada, que estaba haciendo de tripas corazón para que nada nublara la felicidad de Andrea. Solo por ese motivo, impediría por todos los medios a su alcance que su lacerante dolor saliera a la superficie. Mirándola nadie diría que se sentía como la mujer más desgraciada del mundo, pero odiaba que sintieran lástima por ella, por eso bailaba y jaleaba como la que más, aunque por dentro se desangrara.

Todo se había descubierto el martes de la semana anterior, cuando las cuatro amigas se reunieron en casa de Julia para cenar. Diego tenía guardia en el hospital, Derek se quedaba con su abuelo y Dolores se iba con sus amigas, así que aprovecharían la ocasión y tendrían una clásica fiesta de pijamas.

Se prometía una noche de risas y así empezó, pero acabó de una manera muy distinta.

Maca intentó disimular con todas sus fuerzas, pero tanto Julia como Andrea y Marina se dieron cuenta de que algo le pasaba a la sevillana, aunque esta se esforzaba por ser la de siempre. Al final no pudo esconderles lo que le estaba sucediendo y, cuando fue incapaz de seguir aguantando la presión, se derrumbó ante la sorpresa de todas. Era la segunda vez en pocos meses que le ocurría lo mismo, se hundía por completo ante sus amigas.

Maca rompió a llorar desconsoladamente y no había forma de calmarla. No podía hablar, y sus amigas la rodeaban llenas de preocupación. Cuando al fin se tranquilizó les pudo explicar el motivo de sus lágrimas:

—Bruno me llamó. —Y, sin poder dejar de llorar, entrecortadamente les contó—: Dice que todo ha cambiado, que su mujer lo entiende. Pero no me fío, me ha engañado muchas veces con la misma historia. No quiero volver a verlo porque me duele y mi corazón esta tan roto que necesitaré tres vidas para que vuelva a funcionar.

—¿Qué te dijo? —la interrogó Julia. Todas conocían la historia, pero ella era la única del grupo que conocía a Bruno.

—¡Lo de siempre! ¡Qué hartura escuchar siempre lo mismo! Pero esta vez no voy a dejar que me convenza. Lo que pasa es que no pude resistirme a oír su voz. —Rompió de nuevo a llorar—. Dejé que hablara sin tener los suficientes ovarios para colgarle —agregó sollozando aún más fuerte—. Lo peor de todo y lo más patético es que, a pesar de todas las veces que me ha engañado, lo sigo amando con toda mi alma.

Ninguna insistió en preguntar nada más, pero Julia se quedó con la mosca detrás de la oreja, no le cuadraba que Bruno hubiera tardado en llamarla más de un año. Algo fallaba, pero, como Maca

no le dejó hablar, se quedaban sin saberlo. Ella no era de las que se quedaban quietas y su cabeza empezó a maquinarse.

La hora de cortar el pastel se acercaba y los novios se colocaron delante de la hermosa tarta para seguir con la tradición. ¡Quién les iba a decir a ellos, tan antibodas, que disfrutarían tanto en la suya! Todo era perfecto. Cuando lo cortaron y se observaron no fue necesario que abrieran la boca; sus ojos se dijeron en una sola mirada lo que en palabras tardarían horas. Héctor oprimió con fuerza la mano de Andrea, y esta hizo el mismo gesto, reafirmando los sentimientos que reflejaban sus miradas.

Terminado el ritual del corte del pastel, Héctor ciñó a su mujer contra su cuerpo y la besó ante los aplausos de todos los comensales. Todavía sobre sus labios, de los que le costaba separarse y antes de soltarla, no pudo evitar que le confesara su amor en un susurro que nadie más que ella escuchó.

—Te amo. —Esas dos solitarias y simples palabras encerraban todo lo que su corazón sentía, dos palabras muy simples para unos sentimientos muy intensos.

—Te amo —susurró con un nudo en la garganta y los ojos brillantes.

—¿Para siempre? —preguntó Héctor.

—Hasta mi último suspiro.

A pocos pasos de unos emocionados novios, Maca salía al jardín para fumar un cigarro mientras ellos se recomponían del momento tan intenso que acababan de vivir. Julia la acompañaba, no querían dejarla sola, todas sus amigas estaban felizmente casadas, y ella viviendo su peor momento. No era justo que una persona como ella; tan noble, leal, sincera y desprendida; lo pasara tan mal por amor, no era justo que obtuviera ese trato del destino. Se merecía, como mínimo, la misma fortuna que todas ellas.

—¡Qué cara de satisfacción tienen! No te cansas de mirarlos —comentaba Maca, mientras inhalaba con avidez la primera calada de su cigarro.

—¡Venga, están especialmente empalagosos! —Intentó quitarle romanticismo Julia. Era una persona tan empática con la gente de su alrededor que sufría por la situación de su amiga.

—Mira que eres mala —replicó ella soltando una risotada. Las salidas de Julia siempre la hacían reír en el momento que más lo necesitaba.

Julia, en cuanto salieron del edificio, miraba nerviosa de un lado a otro. Empezaba a sentir cierto temor por lo que había hecho, pero después de enterarse de toda la verdad, no tuvo más remedio que forjar un plan. Maca era muy cabezota y, aunque se lo hubiera pedido, jamás le habría dado permiso.

Si salía bien, siempre se lo agradecería. Pero, si salía mal..., mejor no pensar en eso, ya lo recapacitaría más adelante. Y, cuando vio a lo lejos que venía hacia ellas un hombre; alto, moreno, con el pelo negro alborotado y su característica barba, empezó a ponerse muy nerviosa.

—Maca, lo he tenido que hacer porque te estabas equivocando, ¿vale? No juzgues hasta el final, primero escucha y luego haz lo que tengas que hacer.

Se acercó más a su amiga y le dio un beso antes de volver al salón corriendo y dejándola plantada ante la puerta de entrada con una explicación incoherente.

Maca no entendía nada, no encontraba sentido a sus palabras y observaba sorprendida cómo se marchaba. Su mente iba más deprisa y pensaba: «¿A esta qué coño le pasa?». Hasta que el sonido de unos pasos sobre la gravilla la hizo volverse con rapidez para quedarse más que sorprendida, a punto de sufrir un infarto.

—¡Bruno!, ¿qué haces aquí?

Volvió la cabeza rápidamente hacia la puerta por donde había desaparecido Julia, para ver

cómo esta juntaba sus manos para pedir perdón. La muy bruja era la responsable de que él estuviera allí en ese momento. Estuvo a punto de chillar a su amiga miles de improperios, de cogerla por ese moño tan perfecto que llevaba y arrastrarla por toda la finca, de correr hasta ella y meterle un dedo en el ojo. En un segundo se le presentaron mil formas de vengarse, pero al final solo pudo soltar una exclamación muy suya:

—¡¡¡La madre que la parió!!!

Fin

Agradecimientos

Esta es una de las partes más delicadas del libro porque no quiero olvidarme de nadie.

Empezaré por dar las gracias a todos los lectores, tanto a los que me leen en papel como en digital y en especial a todos los que, después de leer el libro, dedican cinco minutos de su tiempo para dejar un comentario en Amazon. Sin vosotros sería imposible seguir publicando.

Haré una mención especial para dos personas: Teresa Tomás y Nuria Pazos, sé que *Besos de agua* es una novela mejor por vuestros consejos e inestimable ayuda.

No puedo olvidarme del trabajo de dos profesionales, Raquel Antúnez y Alexia Jorques, sin vuestra aportación no sería posible este resultado.

Gracias para todas las organizadoras de los increíbles encuentros de romántica y los divertidos cafés literarios, además de ser un buen escaparate para nuestros libros, nos dan la oportunidad de conocer a lectoras y autoras.

No sería justa si no agradeciera a todas las administradoras de los grupos de Facebook su labor, gracias por permitirnos publicar y hacer que nuestras novelas sean visibles.

Esta vez acabaré por dar las gracias a mi familia, aunque no puedo hacerlo solo por su ayuda en este libro, sino por estar siempre a mi lado, en los buenos y en los malos momentos.

Biografía

Mariló Lafuente



Nací en Jaca (Huesca) en el año 1960. Con tres años, mi familia se trasladó a Zaragoza donde viví hasta los veinte. Soy la mayor de cuatro hermanos a los que estoy muy unida. Me casé trasladándome a Gavá (Barcelona) municipio en el que vivo desde entonces junto a mi marido. Madre de dos hijos y también orgullosa abuela.

Soy esteticista, profesión que me permite compartir confidencias con mi clientela en la intimidad de la cabina, convirtiendo el trabajo cotidiano en una continua fuente de inspiración y el principio de muchas historias.

Amante de la lectura y, aunque leo de todo, siento predilección por el género romántico. Soy una modesta pintora y me encanta realizar cualquier tipo de manualidades. Otra de mis pasiones es la música, imprescindible en mi vida.

Mi primer libro, *¿Y si el amor existe de verdad?*, fue publicado por la Editorial LXL. Le siguieron, *Nada nos volverá a separar* y *Un error no me alejará de ti* de la serie *Amor y Leyes*. Y, para terminar, la serie *Hermanas Egea*, con *Lucía*, *Blanca*, *Lola* y *Ana*.

En último lugar, he publicado el primer libro de la serie *Reporteros: Rímel de Miel* y este segundo que cae en tus manos, *Besos de agua*.

Redes sociales:

Facebook – Mariló Lafuente González

Página de autora en Facebook - Marilo Lafuente @marilolafuente60

Instagram - @marilolafuente